MAGGIE STIEFVATER

EL REY CUERVO

THE RAVEN BOYS IV

Gansey lleva años buscando un rey perdido.

Y, una a una, va atrayendo a otras personas hacia su empeño:

Ronan, que desvalija sueños;

Adam, cuya vida ya no le pertenece;

Noah, cuya vida ya no es vida;

Blue, que lo ama… y sabe que está destinada a matarlo.

Nada muerto es fiable.

El juego final ya ha comenzado.

Nada vivo es seguro.

Los sueños y las pesadillas empiezan a converger.

El amor y la pérdida son inseparables.

Y la búsqueda rehúsa confinarse a un sendero fijo…

Lectulandia

Maggie Stiefvater

The Raven Boys: El rey cuervo

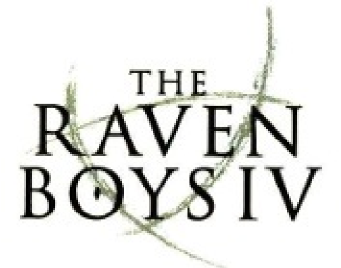
The Raven Cycle - 4

ePub r1.0
Titivillus 25.03.2019

Título original: *The Raven King*
Maggie Stiefvater, 2016
Traducción: Xohana Bastida

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0


EL REY CUERVO



Para Sarah,
que aceptó con gallardía
el Asiento Peligroso.

Dormir, nadar y soñar para siempre.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE,
El sueño de un nadador

Esos signos me han dado la marca de lo extraordinario; y todo el curso de mi vida muestra que no estoy en el cómputo de los hombres comunes.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Enrique IV

Querido, el compositor ha entrado en el fuego.

ANNE SEXTON,
El beso



Richard Gansey III ya no recordaba cuántas veces le habían dicho que estaba destinado a la grandeza.

Había nacido para ello, fruto de dos linajes llenos de nobleza y determinación. El padre de su madre había sido diplomático, un arquitecto de destinos; el padre de su padre había sido arquitecto, un diplomático de los estilos. La madre de su madre había sido institutriz de los hijos de varias princesas europeas; la madre de su padre había usado su herencia para fundar una escuela para niñas. Los Gansey eran cortesanos y reyes, y cuando no disponían de un palacio al que acudir, se construían uno.

Gansey era un rey.

Hacía mucho tiempo, el joven Gansey había muerto por las picaduras de un enjambre de avispas. Gansey gozaba de ventaja en todos los aspectos, y la mortalidad era uno más de ellos. Una voz le había susurrado al oído: *Vivirás por Glendower. Otro muere en la línea ley cuando no debiera, conque tú vivirás cuando debieras morir.*

Había muerto, pero no había seguido muerto.

Era un rey.

Su madre, tan regia como él, se había presentado como candidata al Congreso por Virginia y, previsiblemente, había ascendido con elegancia hasta la parte superior de las encuestas. Adelante y arriba. ¿Acaso había habido alguna duda al respecto? En

realidad, sí; siempre las había, porque los Gansey jamás exigían favores. A menudo, ni siquiera los pedían. Solo hacían a los demás lo que desearían que les hicieran a ellos, y esperaban en silencio a que los demás les correspondieran.

Dudas. Los Gansey no hacían más que dudar. Todos ellos metían la mano con bravura en el agua ciega y oscura, y aguardaban su destino incierto hasta que la empuñadura de la espada se apoyaba en su esperanzada palma.

Sin embargo, unos meses atrás, este Gansey había extendido la mano en la oscura incertidumbre del futuro, buscando la espada prometida, y en su lugar había sacado un espejo.

Justicia. De algún modo inverso, aquello parecía justo.

Era el 25 de abril, la víspera del día de San Marcos. Años atrás, Gansey había leído *El gran misterio: líneas ley del mundo,* escrito por Roger Malory. En aquel libro, Malory explicaba exhaustivamente que, si se velaba la víspera de San Marcos en una línea ley, podían verse los espíritus de aquellos que morirían a lo largo del año venidero. Para entonces, Gansey había presenciado maravillas de todo tipo en las líneas ley o en sus cercanías —una chica que podía leer un libro en la oscuridad; una señora capaz de levantar una caja de fruta con el poder de su mente; tres trillizos de piel crepuscular nacidos sobre la misma línea ley, que lloraban lágrimas de sangre y sangraban agua salada—, pero ninguno de estos prodigios le afectaba a él. Ninguno lo había reclamado ni explicado.

No sabía por qué se había salvado.

Necesitaba saberlo.

De modo que había velado una noche entera en aquella línea ley que se había convertido en su laberinto, junto a la iglesia del Sagrado Redentor. No había visto ni oído nada. La mañana siguiente, se había arrodillado junto a su Camaro, aturdido por el agotamiento, y había escuchado la grabación de la noche.

«Gansey», susurró su propia voz desde el reproductor. Y luego, tras una pausa, continuó: «Sí, es todo».

Por fin estaba ocurriendo. Gansey ya no era un observador de aquel mundo; se había convertido en un participante.

Pero incluso en aquel momento, una pequeña parte de Gansey intuyó lo que significaba oír su nombre en la grabación. Tal vez se acabara de convencer cuando sus amigos fueron a recoger su coche averiado, una hora más tarde; o cuando las videntes del 300 de Fox Way le leyeron el tarot; o cuando le contó la historia a Roger Malory en persona.

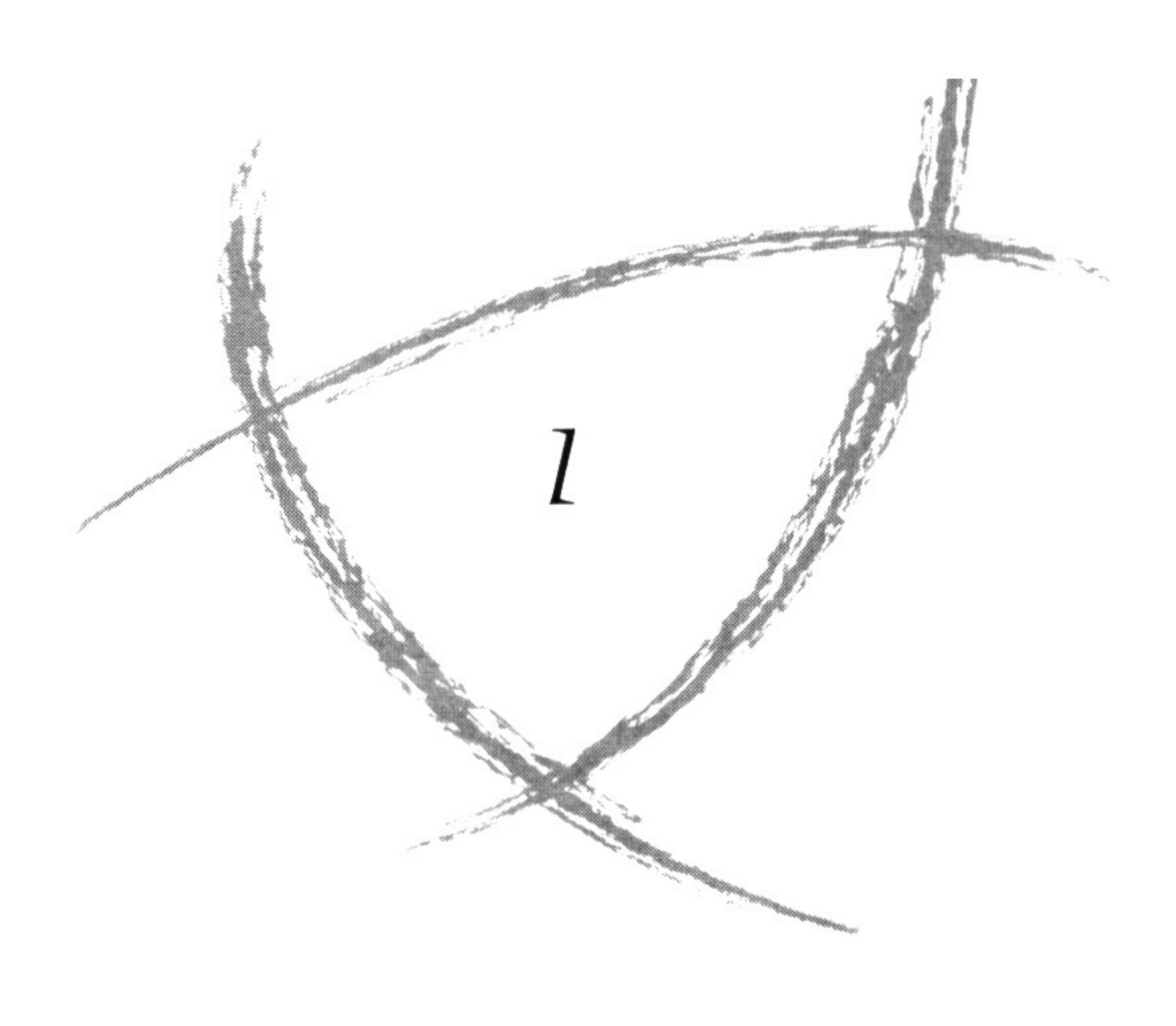
Gansey sabía a quiénes pertenecían las voces que susurraban en la línea ley durante la víspera de San Marcos. Sin embargo, había pasado muchos años encadenando sus miedos, y no estaba preparado para liberarlos aún.

Solo cuando una de las videntes del 300 de Fox Way murió —cuando la muerte volvió a convertirse en algo real— Gansey se sintió incapaz de negar la verdad por más tiempo.

Los perros del Club de Caza de Aglionby lo aullaron todo aquel otoño: *aún, aún, aún*.

Gansey era un rey.

Y aquel era el año en el que iba a morir.



1

Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de las mujeres del 300 de Fox Way.

Las historias se estiran en todas direcciones. Érase una vez una chica a la que se le daba muy bien jugar con el tiempo. Dando un paso hacia un lado: érase una vez la hija de una chica a la que se le daba muy bien jugar con el tiempo. Un paso hacia atrás: érase una vez la hija de un rey a la que se le daba muy bien jugar con el tiempo.

Principios y finales, reproduciéndose hasta donde alcanzaba la mirada.

Con la notable excepción de Blue Sargent, todas las mujeres del 300 de Fox Way eran videntes. Eso podría sugerir que todas tenían muchas cosas en común; pero a la hora de la verdad, tenían tanto en común como un grupo de músicas, médicas o empleadas de una funeraria. La videncia, para ellas, no era tanto una personalidad compartida como un conjunto de aptitudes, un sistema de creencias, un acuerdo tácito de que el tiempo, como las historias, no era una línea sino un océano. Si aquellas mujeres no podían encontrar el momento preciso que buscaban, lo achacaban a que no habían nadado lo bastante lejos; o a que no nadaban lo suficientemente bien; o a que,

como reconocían a regañadientes, algunos momentos estaban ocultos en tiempos tan remotos que había que dejárselos a las criaturas abisales. Como aquellos peces erizados de dientes con una lucecita sobre la cara, por ejemplo. O como Persephone Poldma. Aunque Persephone estaba muerta, de modo que tal vez no fuera un buen ejemplo.

Un lunes, las ocupantes del 300 de Fox Way decidieron evaluar por fin la maldición que pesaba sobre Richard Gansey, la desintegración de su propia vida tal como la conocían y la relación que aquellos dos acontecimientos guardaban entre sí, si es que la había. Además, Jimi había recibido una botella de whisky oloroso a turba a cambio de una limpieza de chakras, y estaba deseando acabarla en compañía.

Cala salió al frío aire otoñal para dar la vuelta al cartel que había junto al buzón, de modo que decía: «CERRADO, ¡VUELVA PRONTO!». Dentro de la casa, Jimi, que creía firmemente en la magia de las plantas, sacó de un cajón varias bolsitas de artemisa (para fortalecer la proyección del alma en otros planos) y luego colocó ramitas de romero sobre unos carbones encendidos (para facilitar la memoria y la clarividencia, que eran el mismo fenómeno en dos direcciones diferentes). Orla meneaba un haz humeante de salvia sobre las barajas de tarot. Maura llenó de agua un cuenco de cristal negro. Gwenllian, mientras tanto, cantaba una cancioncilla estridente mientras encendía un círculo de velas y bajaba las persianas. Cuando ya acababa, Cala entró en la sala con tres figurillas sujetas en el hueco del brazo.

—Aquí apesta a restaurante italiano —le dijo a Jimi, que siguió tarareando mientras abanicaba el humo y meneaba su considerable trasero.

Sin esperar respuesta, Cala colocó la feroz estatua de Oya junto a su silla y la de Oshun danzante junto al asiento de Maura. Luego agarró la tercera figura, que representaba a Yemayá, una deidad acuática yoruba que siempre había estado junto al sitio de Persephone (cuando no se hallaba en la cómoda de Cala).

—Maura —dijo—, no sé dónde colocar a Yemayá.

La aludida señaló a Gwenllian, quien la señaló a su vez.

—Dijiste que no querías hacer esto con Adam, así que tendrá que ser ella.

—Yo no dije eso —replicó Cala—. Solo dije que esta situación le toca muy de cerca.

En realidad, la situación las tocaba a todas muy de cerca. Llevaba meses tocándolas de cerca. Las tocaba tan de cerca que era difícil juzgar si la situación eran ellas mismas o no.

Orla dejó de mascar chicle por un momento para preguntar:

—¿Estamos listas?

—MmmmmhhmmmmperofaltaBluemmmmhhmmm —respondió Jimi sin dejar de canturrear y de balancearse.

Era cierto que la ausencia de Blue se dejaba notar; su poder como amplificadora psíquica habría resultado muy útil en un momento como aquel. Sin embargo, la noche anterior todas habían acordado en susurros que sería una crueldad hablar delante de ella acerca del destino de Gansey más de lo estrictamente necesario. Tendrían que arreglárselas con Gwenllian, aunque era la mitad de efectiva y el doble de difícil que Blue.

—Luego le contamos lo que averigüemos —dijo Maura—. Y ahora, será mejor que saque a Artemus de la despensa.

Artemus: examante de Maura, padre biológico de Blue, consejero de Glendower y habitante de la despensa del 300 de Fox Way. Lo habían rescatado de una cueva mágica hacía poco más de una semana, y desde entonces no había contribuido en nada a reforzar los recursos emocionales o intelectuales del grupo. Cala pensaba que carecía de carácter (no se equivocaba). Maura lo tenía por un incomprendido (no se equivocaba). Jimi opinaba que tenía la nariz más larga que había visto en su vida (no se equivocaba). Orla no creía que encerrarse en un armario lleno de provisiones fuera protección suficiente contra una vidente que te odiaba (no se equivocaba). Gwenllian era la vidente que lo odiaba (tampoco se equivocaba al hacerlo).

A Maura le costó bastante trabajo sacarlo de la despensa, y aun después de que Artemus ocupara su puesto en la mesa, junto a ellas, siguió pareciendo fuera de lugar. En parte se debía a que era un hombre y a que era muchísimo más alto que cualquiera de sus compañeras. Pero, sobre todo, se debía a que su mirada oscura y eternamente angustiada indicaba que había visto el mundo y que se había sentido abrumado por él. Su miedo, profundo y auténtico, contrastaba con los distintos niveles de confianza en sí mismas que mostraban las mujeres presentes en la sala.

Tanto Maura como Cala, que lo habían conocido antes de que Blue naciera, pensaban que Artemus parecía mucho menos impresionante que en el pasado. En realidad, era Maura la que lo encontraba mucho menos impresionante, ya que Cala nunca se había sentido muy impresionada por él. Los tipos larguiruchos que se materializaban en bosques místicos nunca habían sido su tipo.

Jimi sirvió una ronda de whisky.

Orla cerró las puertas de la sala de videncia.

Las mujeres se sentaron.

—Vaya panda —dijo Cala a modo de introducción (no se equivocaba).

—No podemos salvarlo, ¿verdad? —preguntó Jimi refiriéndose a Gansey, con la mirada empañada por las lágrimas. No es que le profesara un cariño especial; pero era una mujer muy sentimental, y la idea de que un joven muriera en la flor de la vida la entristecía.

—No —contestó Maura.

Las mujeres bebieron; Artemus, no. Estaba ocupado mirando a Gwenllian con inquietud. La muchacha, tan impresionante como siempre con su pelambrera llena de lápices y de flores, le devolvió una mirada tan incendiaria que hubiera podido inflamar el licor que aún quedaba en su vaso.

—Entonces, ¿tenemos que detenerlo?

Orla, la más joven y ruidosa de las mujeres de la sala, soltó una carcajada ruidosa y juvenil.

—¿A Gansey? ¿Por qué? —preguntó.

—He dicho detenerlo, no detenerle —replicó Maura, puntillosa—. Sé que no puedo impedir a ese muchacho que rebusque su propia tumba por toda Virginia. Me refiero a detener lo que va a ocurrirles a los demás.

Cala dejó el vaso en la mesa con gesto brusco.

—Ah, yo sí que podría parar al chico. Pero eso no es lo importante… Todo está ya en su lugar.

(Todo en su lugar: el asesino a sueldo y Maura, metidos en una relación; el exjefe del asesino a sueldo, metido en su casa de Boston; la siniestra entidad que estaba enterrada en las rocas bajo la línea ley; las peculiares criaturas que emergían de una cueva oculta tras una granja abandonada; el poder creciente de la línea ley; el bosque mágico y dotado de conciencia situado en la línea ley; el pacto entre un muchacho y el bosque mágico; la capacidad de otro muchacho para materializar sus sueños; la negativa de otro muchacho, este muerto, a descansar; el poder sobrenatural de una muchacha para amplificar el noventa por cien de los elementos de esta lista).

Las mujeres se sirvieron otra copa.

—¿Deberían seguir visitando ese bosque demencial? —preguntó Orla.

A Orla no le gustaba demasiado Cabeswater. Había ido allí en una ocasión, junto al grupo, y se había aproximado lo bastante para… sentir el bosque. Su forma de clarividencia funcionaba mejor por teléfono o email; para ella, los rostros obstaculizaban la verdad. Cabeswater carecía de rostro, y la línea ley venía a ser la línea telefónica más eficaz del mundo. Orla había percibido claramente que el bosque le pedía cosas. No hubiera sabido decir exactamente qué cosas eran, pero no le parecía que fueran necesariamente malas. Lo que sí había percibido con claridad era la enormidad de sus peticiones y el peso de sus promesas, que podían cambiar la vida de cualquiera. Y dado que Orla se encontraba muy a gusto con su vida, le había dado unas gracias mentales al bosque y se había alejado de él.

—El bosque está bien —dijo Artemus.

Todas las mujeres lo miraron.

—Describe «está bien» —le pidió Maura.

—Cabeswater los aprecia —respondió Artemus, cruzando sus enormes manos sobre su regazo y levantando su larguísima nariz para mirarlas. Su mirada inquieta se volvía una y otra vez hacia Gwenllian, como si temiera que la chica fuera a abalanzarse sobre él.

Ella le lanzó una nueva mirada cargada de intención y tapó con su vaso una de las velas hasta apagarla, oscureciendo un poquito más la sala donde ejercían la videncia.

—¿Te importaría ampliar la información? —intervino Cala.

A Artemus sí que parecía importarle, porque siguió callado.

Las mujeres volvieron a beber.

—¿Va a morir alguien de esta habitación? —preguntó Jimi—. ¿Apareció alguien más que conozcamos en el cementerio, aquella noche?

—Nosotras no podemos aparecer en el desfile de los muertos —le recordó Maura.

Era cierto: la comitiva de la víspera de San Marcos solo predecía la muerte de quienes hubieran nacido en las cercanías del pueblo o sobre el camino de los espíritus (en el caso de Gansey, había renacido allí), y todos los presentes en la sala venían de fuera.

—Blue sí que podría —puntualizó Orla.

Maura barajó las cartas con brusquedad.

—Aun así, eso no la pone a salvo. Hay destinos peores que la muerte —dijo.

—Bueno, pues vamos a echar las cartas —resolvió Jimi.

Cada una de las mujeres se llevó su mazo de cartas al corazón. Luego las mezclaron, eligieron una al azar y la colocaron boca arriba sobre la mesa.

Dado que el tarot es algo muy personal, la decoración de cada baraja reflejaba el talante de su poseedora. La de Maura, toda trazos gruesos y colores planos, resultaba tan utilitaria como infantil. La de Cala era barroca y recargada, plagada de detalles. En la de Orla, todas y cada una de las cartas representaban una pareja besándose o haciendo el amor, aunque el significado de la carta no tuviera nada que ver con ello. Gwenllian se había hecho la suya garabateando signos oscuros y angulosos en una baraja de póquer normal. Jimi era fiel a la baraja de Gatos Sagrados y Mujeres Santas que había encontrado en una tienda de segunda mano, allá por 1992.

Todas las mujeres habían extraído distintas versiones de la Torre. Tal vez la que mejor transmitiera el significado de la carta era la de Cala: en ella, un rayo golpeaba un castillo que representaba la estabilidad. El edificio, ya en llamas, estaba rodeado de culebras que parecían atacarlo. Por una ventana asomaba una mujer afectada por el rayo, y cerca de ella había un hombre que parecía haberse caído —o lanzado— de la parte superior. Fuera como fuese, el hombre estaba en llamas, y tras él caía otra culebra.

—De modo que, si no hacemos nada por evitarlo, vamos a morir —dedujo Cala.

—*Owynus dei gratia Princeps Waliae*, tra la la, *Princeps Waliae*, tra la la… —canturreó Gwenllian.

Artemus soltó un gemido e hizo ademán de levantarse, pero Maura lo detuvo apoyando una mano en la de él.

—Pues claro que vamos a morir —dijo—. Al final, todo el mundo se muere. No os dejéis llevar por el miedo, ¿de acuerdo?

—Solo veo una persona que se deja llevar por el miedo —replicó Cala con los ojos fijos en Artemus.

Jimi volvió a pasar la botella de whisky a sus compañeras.

—Queridas, ya es hora de que resolvamos todo esto. ¿Cómo vamos a buscar la solución?

Todas se volvieron hacia el cuenco de adivinación. En realidad, aquel objeto no tenía nada de especial: se trataba de un cacharro decorativo comprado por once dólares en una de esas tiendas llenas de cosas para mascotas, útiles de jardinería y electrodomésticos rebajados. El jugo de arándano que lo colmaba no tenía ningún poder mágico. Y sin embargo, en aquel momento parecía rodeado de un aura ominosa, como si el propio líquido estuviera inquieto. Aunque lo único que reflejaba la oscura superficie era el techo, daba la impresión de que quería mostrar otras cosas. Era como si el cuenco de adivinación contemplara diversas posibilidades, no todas buenas.

(Una de las posibilidades: que usara el reflejo del observador para separar su alma de su cuerpo y matarlo).

Maura lo apartó, aunque había sido ella quien lo había llevado allí.

—¿Por qué no hacemos una lectura de vida? —propuso Orla, y luego hizo explotar un globo de chicle.

—Uf, ni hablar —refunfuñó Cala.

—¿De todas nosotras? —preguntó Maura sin hacer caso de Cala—. ¿De nuestra vida como grupo?

Orla hizo un ademán que abarcó todas las barajas, y sus enormes pulseras de madera chasquearon al entrechocar como si estuvieran satisfechas.

—Me gusta la idea —repuso Maura, y Cala y Jimi suspiraron al unísono.

Normalmente, cuando las videntes echaban las cartas solo usaban una parte de los setenta y ocho naipes de la baraja. Solían sacar entre tres y diez, o tal vez alguno más si querían aclarar algún detalle. La posición de cada carta indicaba una pregunta diferente: ¿en qué estado se encuentra tu inconsciente? ¿De qué tienes miedo? ¿Qué necesitas? En cada caso, la respuesta la daba la carta elegida.

Setenta y ocho cartas daban para un montón de preguntas. Especialmente, si se multiplicaban por cinco.

Cala y Jimi volvieron a suspirar, pero empezaron a barajar sin decir nada. Al fin y al cabo, tenían muchísimas preguntas y necesitaban otras tantas respuestas.

Al cabo de un momento, las mujeres dejaron de mezclar las cartas, cerraron los ojos y se llevaron los mazos al corazón, concentrándose en la presencia de las demás y en la forma en que sus vidas se entrelazaban. Las velas titilaron. Las estatuillas de las diosas arrojaron sombras largas, cortas, de nuevo largas… Gwenllian empezó a tararear y Jimi la imitó.

Solo Artemus se mantenía al margen, mirándolo todo con el ceño fruncido.

Sin embargo, las mujeres lo incluyeron al empezar a echar las cartas. Empezaron por colocar un tronco de cartas superpuestas, hablando a las demás en murmullos sobre las distintas posiciones y significados mientras lo hacían. Luego dispusieron ramas que señalaban a Cala, a Maura, a Gwenllian… Las cinco fueron colocando los naipes, acercando las cabezas para examinarlos, riéndose cada vez que sus frentes entrechocaban y compartiendo jadeos de asombro.

Al cabo de un rato, empezó a hacerse evidente una línea argumental. Trataba de personas a las que ellas habían cambiado, y de personas que las habían cambiado a ellas. La tirada mostraba todos los momentos significativos: la historia de amor de Maura y Artemus; el puñetazo que Jimi le había dado a Cala; el desfalco que Orla había hecho en la cuenta bancaria común, para financiar un negocio de internet que aún no había generado ganancias; la fuga de Blue y su regreso a casa, escoltada por la policía; la muerte de Persephone…

La rama de Artemus, erizada de espadas, tenía un aspecto amargo y podrido. La oscuridad que la recorría llevaba de vuelta al tronco, donde se unía con una podredumbre siniestra que brotaba de la raíz de Gwenllian. No cabía duda de que aquella era la oscuridad que los mataría a todos si no hacían nada por impedirlo; sin embargo, ninguna de las mujeres era capaz de adivinar de qué se trataba exactamente. Sus poderes de videncia nunca habían sido capaces de penetrar en la zona situada sobre la línea ley, y aquel era el mismo centro de la oscuridad.

Sin embargo, la solución para contrarrestar aquella oscuridad sí que se encontraba fuera de la línea ley. Era un sendero complejo, incierto y difícil, pero sus resultados eran claros y directos.

—¿Tienen que trabajar juntos? —se asombró Cala.

—Eso dicen las cartas —repuso Maura.

Jimi levantó la botella de whisky y vio que estaba vacía.

—¿No podemos ocuparnos nosotras y ya está?

—Solo somos personas —replicó Maura—, humanas normales y corrientes. Ellos son especiales. Adam está vinculado a la línea ley. Ronan es un soñador. Blue amplifica las capacidades de los dos.

—Pero el chico rico es una persona normal y corriente —protestó Orla.

—Exacto. Y va a morir.

Las cinco mujeres volvieron a contemplar las cartas.

—¿Significa esto que sigue viva? —preguntó Maura mientras señalaba la Reina de Espadas que había en una de las ramas.

—Puede —gruñó Cala.

—Y esto, ¿significa que la veremos marcharse? —inquirió Orla, señalando otra carta y refiriéndose a una persona diferente.

—Puede —gruñó Cala.

—Y esto otro, ¿significa que la veremos volver? —dijo Cala, señalando una tercera carta y refiriéndose a otra persona distinta de las anteriores.

—¡Puede! —chilló Gwenllian, y se levantó de un salto para dar vueltas con los brazos alzados por toda la habitación.

Las demás se miraron, incapaces de seguir sentadas. Cala apartó la silla para levantarse.

—Voy a ponerme otra copa —dijo.

Jimi chasqueó la lengua en señal de asentimiento.

—Si se va a acabar el mundo, no se me ocurre nada mejor que hacer.

Mientras las demás se alejaban, Maura se quedó sentada, observando la rama envenenada que formaban las cartas de Artemus y mirando de cuando en cuando al propio Artemus, que seguía encorvado a su lado. Aunque los desconocidos que aparecían en bosques místicos ya no eran su tipo, recordaba haber amado a Artemus; pero este Artemus apenas era una sombra de su anterior ser.

—Artemus… —susurró.

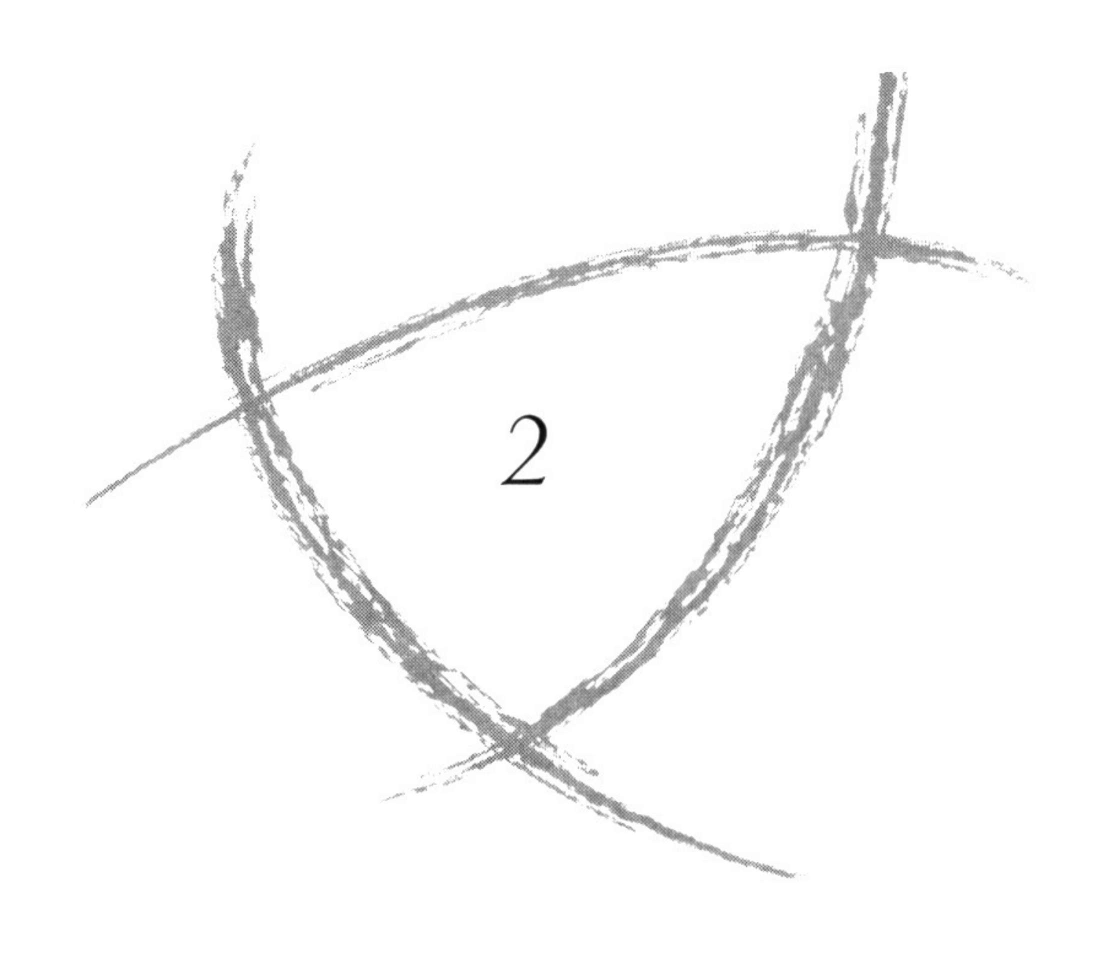
Él ni siquiera levantó la cabeza.

Maura le tocó la barbilla con el dedo, y él se estremeció. Ella agachó la cabeza y la ladeó hasta que quedaron cara a cara. Artemus nunca se había esforzado por rellenar los silencios con palabras, y al menos en aquello no había cambiado. De hecho, tenía aspecto de no querer volver a hablar jamás, si podía evitarlo.

Desde su salida de la cueva, Maura no le había preguntado nada sobre lo que le había ocurrido a lo largo de los años anteriores. Sin embargo, ahora quería saber.

—¿Qué te ha ocurrido para que estés así? —le preguntó.

Él cerró los ojos.



—¿Dónde se habrá metido Ronan? —preguntó Gansey, haciéndose eco de unas palabras pronunciadas por cientos de humanos desde la aparición del lenguaje.

Salió por la puerta del aulario de Ciencias y miró hacia arriba, como si Ronan Lynch —soñador, guerrero y alumno frecuentemente ausente— pudiera encontrarse suspendido en el cielo por alguna razón. No lo estaba. Lo único que se veía era un avión que sobrevolaba en silencio el intenso azul del cielo. Al otro lado de la verja de hierro, la ciudad de Henrietta emitía los ecos afanosos de una tarde laborable. En este lado, los alumnos de Aglionby emitían los ecos perezosos de una tarde adolescente.

—¿Ha ido a Tecnología?

Adam Parrish —mago y acertijo, estudiante y experto en lógica, hombre y muchacho— lo miró y se acomodó en el hombro la correa de su sobrecargada mochila. No comprendía por qué Gansey daba por hecho que Ronan se había acercado al colegio aquel día; tras la semana anterior, llena de cuevas mágicas y durmientes misteriosos, a él le estaba haciendo falta toda su fuerza de voluntad para concentrarse en los estudios, a pesar de que era el alumno más motivado de los tres. Ronan, por su parte, llevaba tiempo sin acudir regularmente a nada más que a las

clases de Latín. Y ahora que los alumnos de aquella asignatura habían sido asignados sin muchos miramientos a la asignatura de Francés, ¿por qué iba a acudir?

—¿Ha ido? —repitió Gansey.

—Creí que era una pregunta retórica.

Gansey pareció molesto durante el tiempo aproximado que tardó una mariposa otoñal en revolotear junto a ellos y desaparecer arrastrada por la brisa.

—Ni siquiera se molesta en intentarlo —masculló.

Hacía ya una semana que habían rescatado a Maura —la madre de Blue— y a Artemus —el… ¿padre de Blue?— del laberinto de cuevas. Hacía tres días que habían metido a Roger Malory —el carcamal británico con el que Gansey mantenía amistad — en un avión con rumbo a su país. Llevaban dos días de clases.

Y Ronan aún no había aparecido en ninguna de ellas.

¿Era un desperdicio? Sí. ¿Era enteramente por culpa de Ronan Lynch? Sí.

A la espalda de los dos, la campanilla del aulario de Ciencias repicó con estrépito dos minutos después de que la clase hubiera terminado. Se trataba de una campanilla de verdad, con una cuerda de verdad, y se suponía que había un alumno encargado de tocarla al final de cada clase. El retraso de dos minutos disgustaba a Adam Parrish y lo hacía sentirse como un viejo prematuro. Le gustaba que la gente cumpliera sus obligaciones a conciencia.

—Di algo —le pidió Gansey.

—Esa campanilla…

—Todo es terrible, sí —asintió Gansey.

Los dos amigos salieron del sendero para dirigirse a los campos de deporte. Aquel cambio de aula, desde el edificio de Ciencias hasta Gruber Hall, era un regalo, un glorioso paseo de diez minutos que les permitía atesorar aire fresco y luz entre asignatura y asignatura. En general, a Adam le reconfortaba ir a clase; la predecible rutina estudiantil lo arrullaba. Estudiar duro, ir a clase, alzar la mano, responder a las preguntas, avanzar hacia la graduación… Muchos de sus compañeros se quejaban por el trabajo que requería aprobar. Trabajo… El trabajo era la isla hacia la que Adam nadaba en aquel mar tormentoso.

Y el mar estaba verdaderamente tormentoso. Los monstruos se retorcían en la línea ley, bajo ellos. A través de las manos y los ojos que Adam había cedido a Cabeswater estaba brotando un bosque. Y Gansey iba a morir antes de abril. Esas eran las aguas revueltas, y Glendower era la isla. Quien lo despertara podría solicitar un favor, y ese favor sería la vida de Gansey. Aquel país encantado necesitaba un rey encantado.

Aquel fin de semana, Adam había soñado dos veces que ya habían encontrado a Glendower, pero que tenían que volver a buscarlo. La primera noche, el sueño había

sido una pesadilla. La segunda, un alivio.

—¿Qué tenemos que hacer ahora para encontrar a Glendower? —preguntó con cautela.

—Ir a la cueva de Dittley —respondió Gansey.

La contestación sobresaltó a Adam; Gansey optaba normalmente por la prudencia, e ir a la cueva de Dittley era todo menos prudente. Para empezar, después de que sacaran de ella a Gwenllian, la hija de Glendower, habían empezado a salir criaturas extrañas de la gruta. Y para terminar, Piper Greenmantle había matado de un tiro a Jesse Dittley en la entrada de la cueva. Todo en aquel lugar apestaba a muerte pasada y futura.

—Si Gwenllian creyera que su padre está en el interior de esa cueva, ¿no crees que nos lo habría dicho antes de dejarnos entrar en la cámara de los huesos?

—Creo que Gwenllian solo vela por sus propios intereses —replicó Gansey—, y aún no he logrado averiguar cuáles son.

—En cualquier caso, no creo que sea un riesgo razonable. Por no hablar de que es la escena de un crimen.

Si Ronan hubiera estado allí, habría dicho: «Todos los lugares son escenas de algún crimen».

—Entonces, ¿tienes otras ideas? —preguntó Gansey.

«¿Ideas, en plural?», pensó Adam. En realidad, se habría contentado con tener una sola. La perspectiva más prometedora que habían encontrado era una cueva en Cabeswater, pero se había derrumbado en su última expedición y aún no habían encontrado nada que la sustituyera. Gansey había comentado que le parecía una prueba para comprobar su valía, y Adam estaba de acuerdo. Cabeswater les había enviado un desafío, ellos lo habían aceptado y, de algún modo, habían fracasado en su empeño. Y sin embargo, había sido tan satisfactorio… Ronan y él habían colaborado para eliminar los peligros que contenía la cueva, y luego todos habían sumado sus talentos para revivir por un momento los esqueletos de una antiquísima manada de animales que había llevado a Ronan y a Blue hasta Maura. Desde entonces, Adam revivía aquel recuerdo cada noche antes de dormirse. Los sueños de Ronan, la forma en que Adam había centrado la línea ley, el poder de Blue para amplificar sus poderes, las cuidadosas previsiones de Gansey… Adam jamás se había sentido tan… sustancial. Entre todos, habían formado un mecanismo impecable.

Pero ese mecanismo no había logrado llevarlos hasta Glendower.

—¿Volver a hablar con Artemus? —sugirió.

Gansey masculló un «Ajá» que habría sonado a desánimo en boca de cualquiera, y que en la suya sonó aún peor.

—No creo que tengamos ningún problema para hablar con él —repuso—. Lo que me preocupa es conseguir que nos responda.

—¿No dices siempre que eres un tipo muy persuasivo? —replicó Adam.

—En esta ocasión, los hechos lo desmienten.

—¡Gansey, muchacho! —gritó alguien desde el otro lado de los campos de deporte.

Whitman, uno de los antiguos compañeros de Gansey en el equipo de remo, levantó tres dedos para saludarlo, pero Gansey no le correspondió hasta que Adam le rozó el hombro con el dorso de la mano. Gansey parpadeó y, al momento siguiente, en su cara se dibujó la sonrisa de Richard Campbell Gansey Tercero. Aquella sonrisa era un tesoro hereditario, transmitido de padres a hijos a lo largo de los siglos y guardado con celo durante las generaciones sin hijos varones, abrillantado y expuesto con orgullo cuando se marchaban las visitas.

—¡Eh, Whitman! —respondió Gansey, espesando las vocales con su generoso acento sureño—. ¡Dejaste las llaves en la puerta!

Whitman soltó una carcajada y se subió la cremallera del pantalón. Luego se plantó junto a ellos de tres zancadas, y Gansey y él comenzaron a charlar amigablemente. Al cabo de un momento se unieron a ellos dos estudiantes más, seguidos de otros dos. Pronto todos intercambiaban bromas y burlas joviales. Eran un grupo de jóvenes alegres, amistosos y bienhumorados, como un anuncio sobre los beneficios de una vida sana y una buena educación.

Aquella era una asignatura que nunca se le había dado bien a Adam, a pesar de que había pasado meses estudiándola con empeño. Había analizado las expresiones de Gansey, había diseccionado las reacciones de los demás chicos, había catalogado esquemas de preguntas y respuestas… Había constatado cómo un ademán ejecutado con soltura podía desencadenar una panoplia de conversaciones masculinas con tanta elegancia como un truco de magia. Había tomado buena nota de lo que ocurría detrás del escenario, de cómo un Gansey deprimido podía adoptar un gesto risueño en un instante. Sin embargo, no lograba dominar la parte práctica. Los saludos calurosos se helaban en sus labios. Sus gestos despreocupados parecían desdeñosos. Sus miradas francas se convertían en desafíos.

Había vuelto a examinarse evaluación tras evaluación, para llegar a la conclusión de que, increíblemente, tal vez existieran algunas habilidades que ni siquiera Adam Parrish podía dominar.

—¿Dónde está Parrish? —preguntó Engle.

—Aquí mismo —repuso Gansey.

—No sé cómo he podido pasar por alto el viento del glaciar —bromeó Engle—. ¿Cómo va, hombre?

Se trataba de una pregunta retórica, a la que podía contestarse con un esbozo de sonrisa. Los muchachos estaban allí por Gansey. «¿Dónde está Parrish? En un lugar demasiado alejado para llegar caminando en una jornada».

Hasta hacía no tanto, a Adam le molestaba aquella dinámica. Se sentía amenazado. Pero ahora que estaba seguro de ser uno de los dos compañeros favoritos de Gansey, se limitó a meterse las manos en los bolsillos y echar a caminar junto al resto sin decir nada.

De pronto, notó que Gansey se tensaba a su lado. Mientras los demás seguían soltando exclamaciones y carcajadas, Gansey había adoptado una expresión pensativa. Adam siguió su mirada hasta las dos grandes columnas que sustentaban el porche de Gruber Hall. El señor Child, el director de Aglionby, estaba de pie entre ellas, sosteniendo un libro de texto o algo similar. Era un hombre de piel correosa como la de un pájaro, un recordatorio viviente de las bondades de la crema de protección solar y los sombreros de ala ancha.

—Muy bien, caballeros —exclamó—. Me temo que los he oído desde mi despacho. ¿Acaso son ustedes cuervos? Vamos: las aulas los esperan.

Los chicos se despidieron en una confusión de puños que entrechocaban, manos que revolvían pelambreras y empujones amistosos. Todos se dispersaron salvo Gansey y Adam, que se quedaron inmóviles. Child miró a Gansey y alzó la mano a modo de despedida. Luego desapareció en el interior de Gruber Hall.

Gansey volvió a parecer enfadado por un momento, pero su rostro adoptó de inmediato una máscara inexpresiva. Echó a andar hacia su próxima clase.

—¿Qué fue eso? —se extrañó Adam.

Gansey hizo como si no lo hubiera oído y continuó subiendo por la escalera en la que había estado Child momentos antes.

—Gansey, ¿qué fue eso?

—¿El qué?

—El saludo. Child.

—Un gesto amable.

No era raro que el mundo se comportase de manera más amable con Gansey que con Adam, pero sí que resultaba extraño en el señor Child.

—Di que no me lo quieres contar, Gansey, pero no me mientas.

Gansey se remetió la camisa del uniforme y se estiró el jersey, como si ello le exigiera un gran esfuerzo de concentración.

—No quiero discutir.

Adam decidió lanzar una suposición.

—¿Ronan?

Los ojos de Gansey lo enfocaron por un momento y luego volvieron a clavarse en su jersey.

—No puede ser —masculló Adam—. ¿Qué…? No me lo creo.

En realidad, no sabía de qué estaba acusando a Gansey exactamente. Pero era consciente de lo que Gansey quería para Ronan, y tenía muy presente la forma en que Gansey conseguía lo que se proponía.

—No quiero discutir —repitió Gansey mientras alargaba la mano hacia el picaporte.

Adam le agarró la mano antes de que pudiera abrir la puerta.

—Mira a tu alrededor —dijo—. ¿Ves a Ronan? A él no le importa, Gansey. No le va a dar más hambre porque le embutas la comida en la garganta.

—No quiero discutir.

En ese momento, un zumbido salvó a Gansey: su teléfono había empezado a sonar. Aunque en teoría los alumnos no podían hablar por teléfono durante la jornada lectiva, Gansey se sacó el teléfono del bolsillo y le dio la vuelta para que Adam viera la pantalla. Este se sorprendió por dos cosas: en primer lugar, porque la pantalla decía que quien llamaba era la madre de Gansey —lo que muy bien podía ser cierto—, y en segundo, porque la hora que indicaba eran las 6:21 —lo que no era cierto en modo alguno.

La postura de Adam cambió sutilmente; ahora su mano no impedía que Gansey abriera la puerta, sino que se apoyaba en el picaporte para detectar si alguien trataba de salir.

Gansey se llevó el teléfono al oído.

—¿Sí? Ah. Madre, estoy en Aglionby. No, el fin de semana fue ayer. No. Por supuesto. No, pero sé rápida.

Mientras Gansey hablaba por teléfono, Adam notó que Cabeswater se ofrecía a hacerse cargo de su fatigado cuerpo, y por un solo minuto, se lo permitió. Durante algunas respiraciones, todo se convirtió en hojas y agua, troncos y raíces, piedras y musgo. La línea ley zumbaba en su interior, subiendo y bajando al ritmo de su pulso o tal vez al revés. Adam notaba que el bosque necesitaba decirle algo, pero no lograba averiguar qué era. Tendría que usar el cuenco de adivinación después de las clases, incluso buscar un rato para ir al bosque.

Gansey colgó y volvió a guardarse el teléfono.

—Quería preguntarme si me parece bien que organice un evento de campaña aquí, en Aglionby, este fin de semana. Me ha preguntado si entrará en conflicto con el Día del Cuervo, si me importa preguntárselo a Child… Yo le he dicho que… Bueno, ya has oído lo que le he dicho.

En realidad, Adam no había prestado atención; no estaba escuchando a Gansey, sino a Cabeswater. De hecho, seguía escuchándolo tan intensamente que, cuando el zumbido osciló de súbito, él se tambaleó también. Desconcertado, aferró el picaporte para no perder el equilibrio.

La energía de Cabeswater ya no zumbaba en su interior.

Adam apenas tuvo tiempo de preguntarse qué había ocurrido, y si la energía resurgiría, cuando la línea ley volvió a murmurar dentro de él. En el fondo de su mente se desplegó una masa de fronda. Adam soltó el picaporte.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gansey.

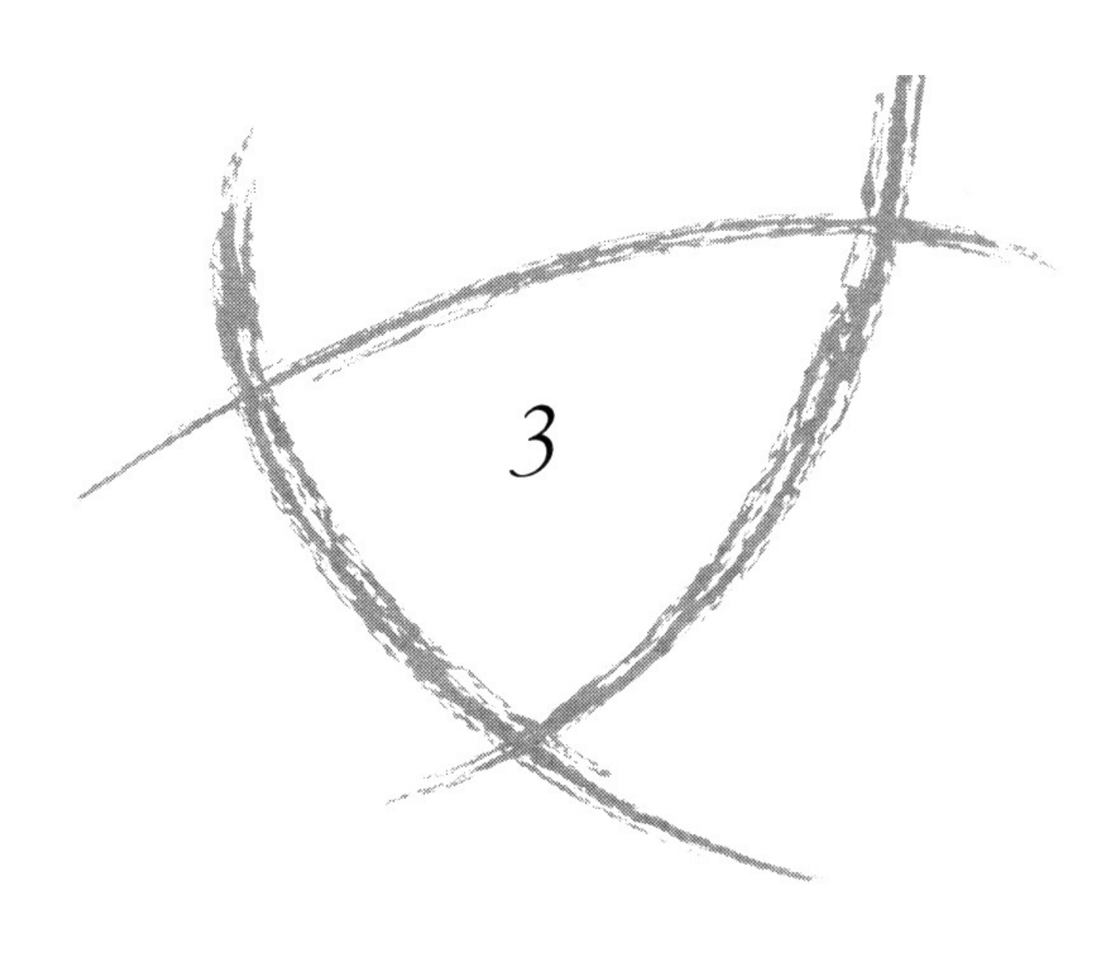
—¿El qué? —replicó Adam; aunque aún jadeaba un poco por la impresión, no pudo resistirse a imitar el tono que había empleado Gansey con él segundos antes.

—No seas idiota. ¿Qué ha pasado?

Lo que había pasado era que alguien había extraído una enorme cantidad de energía de la línea ley; tanta, que el propio Cabeswater había dado un respingo. Que Adam supiera, no había muchas cosas que pudieran provocar algo así.

Mientras la energía iba recuperando poco a poco el ritmo de antes, se volvió hacia Gansey y dijo:

—Creo que sé lo que está haciendo Ronan.



3

Aquella mañana Ronan Lynch se había despertado temprano sin necesidad de despertador, pensando en ir a su casa.

Comprobó que Gansey dormía —con el teléfono aferrado en una mano y sus gafas de montura metálica plegadas sobre el colchón, como si sestearan— y bajó la escalera con sigilo, apretando a su cuervo contra el pecho para evitar que hiciera ruido. Caminó frente a la casa, mientras la hierba empapada de rocío lamía sus botas y la neblina se enroscaba en torno a las ruedas de su BMW gris marengo. Por encima de Manufacturas Monmouth, el cielo se veía del mismo color que un lago cenagoso. A pesar del frío, el inflamable corazón de Ronan estaba en llamas. Se acomodó dentro del coche, dejando que el vehículo se convirtiera en su piel. El aire nocturno aún se acumulaba bajo los asientos y acechaba en los compartimentos de las puertas, y Ronan se estremeció mientras sujetaba su cuervo con un cordel al enganche del cinturón. No es que fuera un sistema muy glamuroso, pero no resultaba agradable tener un córvido suelto dentro de un coche deportivo. Sierra le picoteó la mano con enojo, pero su pico no era tan cortante como el frío de la madrugada.

—Pásame la cazadora, plasta —le pidió al cuervo, que se limitó a mirar con curiosidad el mando de la ventanilla.

Ronan se echó hacia atrás para agarrarla él mismo del asiento trasero. La chaqueta de Aglionby también estaba allí, arrebujada bajo la caja rompecabezas —un objeto soñado que traducía al inglés decenas de idiomas, incluido uno imaginario—. ¿Cuándo volvería a Aglionby? Quizá no lo hiciera. Tal vez presentara su renuncia oficial al día siguiente. Aquella misma semana, o a la siguiente. ¿Qué se lo impedía? Gansey. Declan. La memoria de su padre.

Aun a aquella hora tan temprana, se tardaban al menos veinticinco minutos en llegar a Singer's Falls. Sin embargo, aún faltaba un rato para el amanecer cuando Ronan atravesó la ciudad dormida y llegó por fin a Los Graneros. Las ramas de las zarzas y los árboles se fueron cerrando alrededor del coche mientras avanzaba por el largo paseo de entrada. La finca, empotrada a los pies de varias colinas y accesible solo por el serpenteante paseo que se hundía entre los árboles, parecía cobrar vida con los sonidos de los bosques circundantes: las hojas de los robles farfullaban entre sí, los animales —coyotes o ciervos— caminaban haciendo crujir la hojarasca, los matojos secos susurraban, los búhos se interpelaban… Todo respiraba y se desplazaba fuera del alcance de la vista. Aunque el tiempo ya era frío para las luciérnagas, un sinnúmero de ellas titilaban por encima de los campos.

Todo aquello era de él. Extravagante e inútil, pero bello.

A Ronan Lynch le encantaba soñar cosas luminosas.

En tiempos, Los Graneros constituían el ecosistema de Ronan. Cuando era niño, su familia rara vez abandonaba la finca: porque no les hacía falta, porque daba mucho trabajo hacerlo, porque Niall Lynch apenas confiaba en nadie que pudiera cuidar del lugar durante su ausencia.

Como decía siempre Aurora, la madre de Ronan, era mejor que quedaran con sus amigos en las casas de ellos, porque allí su padre tenía muchas cosas que se podían romper.

Una de las cosas que podían romperse era Aurora Lynch. La rubísima Aurora era la reina evidente de un lugar como Los Graneros, la soberana gentil y alegre de aquel país pacífico y secreto. Apoyaba sin reservas las extravagantes artes que practicaban sus hijos (aunque Declan, el mayor, rara vez se permitía ser extravagante) y participaba de manera incansable en sus juegos de fantasía (aunque Declan, el mayor, rara vez se permitía jugar). Amaba a Niall, por supuesto; todo el mundo amaba al abrumador Niall, el poeta fanfarrón, el rey de los músicos. Sin embargo, a diferencia del resto del

mundo, Aurora lo prefería cuando guardaba silencio. Aurora amaba la verdad, y esta era incompatible con Niall Lynch cuando él estaba hablando.

Ella era la única persona a la que Niall no podía deslumbrar, y él la amaba por eso.

Muchos años más tarde, Ronan supo que el rey había soñado a su reina. Visto en retrospectiva, era lógico. A su padre también le gustaba soñar cosas luminosas.

Ronan entró en la casa y encendió algunas lámparas para expulsar la oscuridad al exterior. Tras unos minutos de búsqueda, encontró un cubo lleno de bloques con letras y lo volcó para que Sierra se entretuviera. Luego puso uno de los discos de la Bothy Band que había dejado su padre, y moviéndose al son del violín y las gaitas que crepitaban y resollaban por los estrechos pasillos, limpió el polvo de los estantes y arregló la puerta de un armario de la cocina. Mientras el sol de la mañana empezaba por fin a espolvorear de dorado el estrecho valle, se afanó en encerar la escalera de madera que llevaba a la antigua habitación de sus padres.

Tomaba aire. Lo soltaba.

Cuando no estaba en su casa, Ronan olvidaba cómo respirar.

En aquel lugar, el tiempo tenía un ritmo propio. En Aglionby, un día era una abrupta sucesión de imágenes que no importaban y de conversaciones que no permanecían. En Los Graneros, ese mismo día progresaba con un aplomo parsimonioso que dejaba espacio para el cuádruple de cosas: leer en el asiento del alféizar, ver películas antiguas en el salón, reparar con calma una puerta del granero que no cerraba bien… Las horas duraban tanto como uno necesitara.

Poco a poco, los recuerdos de la vida pasada de Ronan —lo que aquel lugar había sido para él, cuando habitaba allí toda la familia Lynch— iban siendo cubiertos por los recuerdos y las esperanzas de su vida posterior: cada uno de los minutos en que Los Graneros habían sido suyos, todo el tiempo que había pasado allí solo o con Adam, soñando y haciendo planes.

«Mi casa».

Era el momento de dormir, de soñar. Había un objeto concreto que Ronan llevaba tiempo queriendo crear, y no era tan necio como para pensar que lo conseguiría al primer intento.

—Reglas para los sueños —dijo Jonah Milo.

Ronan estaba en clase de Lengua. Milo, el profesor, estaba de pie ante una pizarra digital resplandeciente, ataviado con una camisa de cuadros. Sus dedos tamborileaban

en la pizarra como un metrónomo que marcara el ritmo de sus palabras:

—Reglas para los soñadores. Reglas para los soñados.

—¿Cabeswater? —preguntó Ronan al resto de la clase. El odio le nublaba las ideas. Jamás olvidaría el olor de aquel lugar: goma, detergente industrial, moho y salsa teriyaki de la cantina.

—Señor Lynch, ¿hay algo que desee comentarnos?

—Por supuesto: no voy a quedarme en esta maldita clase ni un segundo…

—Nadie lo retiene aquí, señor Lynch. Aglionby es una elección —repuso Milo con aire decepcionado—. Centrémonos: reglas para los sueños. Léalas en alto, señor Lynch.

Ronan se quedó callado. No podían obligarlo a leer.

—Los sueños se quiebran con facilidad —canturreó Milo, como si estuviera entonando la musiquilla de un anuncio de detergente—. Resulta difícil mantener el equilibrio necesario entre el consciente y el inconsciente. Busquen ustedes el diagrama de la página cuatro del libro.

La página tres era una masa negra. La página cuatro no estaba. No había diagrama.

—Reglas para los sueños. Señor Lynch, ¿podría enderezar un poco la espalda, meterse la camisa en el pantalón y mostrar un talante más digno de Aglionby? Un psicopompo podría ayudarle a conservar sus pensamientos de vigilia. Por favor, comprueben todos si sus compañeros de sueños están aquí.

La compañera de sueños de Ronan no estaba allí.

Pero Adam se encontraba sentado en la última fila. Atento, motivado. La viva imagen de un estudiante de Aglionby, representante del legado de los Estados Unidos. Su libro de texto se veía en un bocadillo de cómic que flotaba sobre su cabeza, lleno de anotaciones y de esquemas.

La barba de Milo era más larga que al comienzo de la clase.

—Reglas para los soñadores —repitió—. En realidad, todo esto trata de la arrogancia, ¿no cree? Señor Lynch, ¿desea discutir sobre la afirmación de que Dios ha muerto?

—Esto no es más que una sarta de estupideces —dijo Ronan.

—Si se siente más capacitado que yo, puede venir al estrado y hacerse cargo de esta clase. Yo solo estoy tratando de comprender qué lo lleva a pensar que no acabará asesinado como su padre. Señor Parrish, ¿podría hablarme de las reglas para el soñador?

—Heaney establece claramente en la página veinte que los soñadores pueden ser calificados de armas letales —contestó Adam con la precisión de un manual—. Los estudios comparativos muestran que los hechos sustentan esta teoría. Ejemplo A: el padre de Ronan está muerto. Ejemplo B: K. está muerto. Ejemplo C: Gansey está

muerto. Ejemplo D: yo también estoy muerto. Ejemplo E: Dios ha muerto, como acaba usted de mencionar. Podría añadir a Matthew y a Aurora Lynch a esa lista, pero según el estudio realizado por Glasser en 2012, ninguno de los dos es humano. Lo muestran estos diagramas.

—Vete a la mierda —dijo Ronan.

Adam lo fulminó con la mirada. Ya no era Adam, sino Declan.

—Haz la tarea por una vez en tu condenada vida, Ronan. ¿Es que ni siquiera sabes lo que eres?

Ronan se despertó furioso y con las manos vacías. Se levantó del sofá, fue a la cocina y empezó a abrir y cerrar violentamente las puertas de los armarios. La botella de leche que había en la nevera se había agriado, y Matthew se había comido todos los perritos calientes la última vez que Ronan lo había llevado allí. Furioso, salió al porche cerrado, iluminado por la suave luz de la mañana, se acercó a un árbol que crecía en un tiesto y arrancó uno de los frutos que crecían en sus ramas: una bolsa de cacahuetes cubiertos de chocolate. Luego empezó a dar vueltas a un lado y a otro, mientras Sierra revoloteaba tras él lanzando picotazos a las manchas oscuras del suelo con la esperanza de que fueran cacahuetes caídos.

Reglas para los soñadores: Milo le había preguntado dónde estaba su compañera de sueños. Era una buena pregunta. La niña huérfana frecuentaba los sueños de Ronan desde que él tenía memoria; era una criatura menuda y triste, siempre ataviada con una gorrita blanca que apenas tapaba su cabello muy rubio. Ronan tenía la impresión de que ahora era más joven que al principio, pero tal vez fuera su propia percepción lo que había cambiado. Hacía años, la niña lo ayudaba a esconderse durante las pesadillas. Ahora, normalmente, se limitaba a ocultarse detrás de él, pero su presencia aún le servía a Ronan para mantenerse centrado. Era extraño que no hubiera aparecido cuando Milo la mencionó. El sueño entero había sido extraño.

«¿Es que ni siquiera sabes lo que eres?».

Aunque Ronan no lo sabía exactamente, le parecía que cada vez se le daba mejor convivir con el misterio en evolución permanente que era él mismo. A la mierda con aquel sueño.

—Croac —dijo Sierra.

Ronan le tiró un cacahuete y luego entró a grandes zancadas en la casa en busca de inspiración. A veces, tocar algo real le ayudaba a superar un momento de estancamiento en los sueños. Para extraer un objeto soñado y llevarlo a la realidad, debía conocer su tacto y su olor, la forma en que se doblaba y se estiraba, la manera en

que se comportaba ante la gravedad… Todo aquello, en suma, que convertía el objeto en algo físico y no efímero.

En la habitación de Matthew encontró una bolsita de seda llena de piedras magnéticas que le llamó la atención. Mientras examinaba la tela, Sierra avanzó lentamente entre sus piernas, emitiendo una especie de gruñido. Ronan no podía entender por qué su cuervo caminaba y saltaba con tanta frecuencia. Si él hubiera tenido alas, no habría hecho otra cosa que volar.

—No está aquí —le dijo a Sierra, mientras el ave estiraba el cuello para tratar de ver la superficie del colchón.

El ave soltó un nuevo gruñido a modo de respuesta y miró a su alrededor en busca de algo mejor que hacer. No se veía nada especial; a pesar de lo vivaracho y alegre que era Matthew, su cuarto resultaba austero y ordenado. Hasta hacía poco, Ronan pensaba que Matthew guardaba el caos de su alegre personalidad dentro de su cabeza. Ahora, sin embargo, sospechaba que, cuando él mismo lo había soñado, aún carecía de la imaginación suficiente para crear un humano enteramente formado. A sus tres años de edad, Ronan había deseado un hermano cuyo amor fuera tan absoluto como sencillo. Y había soñado a Matthew, que era lo opuesto a Declan en todos los sentidos. ¿Era Matthew humano? El Adam/Declan de su sueño opinaba que no; pero el Adam/Declan de su sueño era obviamente un mentiroso.

Reglas para los soñadores…

«Los soñadores pueden ser calificados de armas letales».

Ronan sabía muy bien que él mismo era un arma, pero estaba tratando de contrarrestarlo. Su objetivo de aquel día era soñar algo que salvase a Gansey si volvía a picarle una avispa. Ronan ya había soñado antídotos en más de una ocasión —inyecciones de epinefrina, medicamentos…—. El problema era que no podía saber si funcionaban hasta el momento decisivo, cuando tal vez fuera tarde.

Así que había concebido un plan mejor y más simple: una piel acorazada. Algo que protegiera a Gansey antes del posible accidente.

Ronan no lograba sacudirse la impresión de que se estaba quedando sin tiempo.

Aquello tenía que funcionar. Lo haría.

A la hora de comer, se levantó de la cama tras otros dos intentos fallidos. Se puso unas botas de goma y un impermeable mugriento y salió al exterior.

Los Graneros eran un conjunto de casetas, cobertizos y grandes establos. Ronan se detuvo en uno de ellos para llenar varios cubos con pienso y colocar un bloque de sal encima de cada uno, en una variación de su rutina de infancia. Luego echó a andar hacia los pastos altos, pasando entre las reses dormidas que había soñado su padre. En

cierto momento, se desvió hacia uno de los cobertizos donde se guardaban los aperos y la maquinaria. Se detuvo ante la puerta y, de puntillas, palpó la parte superior del marco hasta encontrar una flor soñada que había dejado allí. Cuando la lanzó al aire, la flor quedó suspendida sobre su cabeza y empezó a emitir un suave resplandor amarillento. Guiado por su luz, Ronan se internó en el cobertizo sin ventanas. Avanzó por aquel espacio cerrado y polvoriento, pasando junto a las máquinas agrícolas —algunas en buen uso, otras no tanto—. A medio camino, acurrucada sobre el capó de un coche viejo y herrumbroso, encontró a su criatura de pesadilla: un horripilante y andrajoso amasijo albino. Sus garras, blancas y salvajes, habían trazado surcos en el capó que dejaban entrever el metal de debajo; claramente, la criatura llevaba allí más de unas horas. El monstruo abrió un ojo enrojecido y observó a Ronan.

—¿Necesitas algo, pequeño bastardo? —le preguntó este.

La criatura volvió a cerrar el párpado.

Ronan prosiguió su camino, escuchando el reconfortante golpeteo de los cubos. Al salir a la luz del día, dejó que la flor siguiera suspendida sobre él. Para cuando llegó a la altura del establo más grande, ya no estaba solo. Las matas de hierba susurraban en torno a él, agitadas por marmotas, ratas y bestezuelas inexistentes que salían de los campos para arremolinarse a su alrededor y avanzar en su estela. Ante él, las siluetas de varios ciervos emergieron de la linde del bosque, invisibles gracias a sus pelajes moteados hasta que empezaron a moverse.

Algunas de las criaturas eran reales. La mayor parte de los ciervos eran venados de cola blanca de Virginia, a los que Ronan había alimentado hasta domesticarlos por puro y simple placer. En la tarea le había ayudado un cervato soñado por él que vivía entre los demás. Era una bestia delicada de pelaje claro, con pestañas largas y trémulas y orejas rojizas como las de un zorro. Ahora, fue el primero en aceptar el bloque de sal que Ronan hizo rodar por la hierba a modo de ofrenda. Luego le permitió atusar el áspero pelo de su lomo y desenredar las briznas de hierba que se le habían enganchado detrás las orejas. Uno de los ciervos salvajes comió algo de pienso de las manos de Ronan, y el resto aguardaron pacientemente a que esparciera varios puñados por el suelo. Ronan no estaba muy seguro de que aquello fuera legal; jamás lograba acordarse de qué estaba permitido alimentar o matar legalmente en los bosques de Virginia.

Los animales más pequeños se acercaron lentamente, algunos reptando hasta las mismas botas de Ronan, otros posándose a su lado, otros moviéndose con tanta rapidez que inquietaban a los ciervos. Ronan esparció más pienso para ellos y los examinó en busca de heridillas y garrapatas.

Tomó aire. Lo soltó.

Pensó en el aspecto que quería darle a la coraza de piel. Tal vez no tuviera por qué ser invisible. Podía hacerla plateada. Ponerle lucecitas, incluso.

Sonrió ante la idea, sintiéndose de pronto como un chico alocado, perezoso y tontorrón. Se puso en pie y dejó que el peso de los fracasos del aquel día se deslizara por sus hombros hasta caer al suelo. Mientras se estiraba, el cervato blanco alzó la cabeza y lo observó con atención. Los demás notaron su interés y se volvieron también hacia Ronan. Eran bellos de la misma manera en que podían serlo los sueños de Ronan o Cabeswater, solo que, en ese momento, Ronan estaba despierto. De algún modo, sin que él lo hubiera previsto, la brecha entre su vida de vigilia y su vida onírica había empezado a cerrarse. Aunque la mitad de aquella extraña manada caería aletargada si Ronan moría, mientras él estuviera allí, mientras siguiera tomando aire y soltándolo, sería un rey.

Se alejó dejando su mal humor en el prado.

Y al llegar de vuelta a la casa, soñó.



4

El bosque era Ronan.

Estaba tumbado boca abajo en el suelo, con los brazos estirados y los dedos hundidos en la tierra para buscar la energía de la línea ley. Sentía el olor de las hojas que ardían y caían al suelo, muerte y resurrección. El aire era su sangre. Las voces que le murmuraban desde las ramas eran la suya, repitiéndose una y otra vez sobre sí misma. Ronan repetido; Ronan de nuevo; Ronan otra vez.

—Levántate —le dijo la niña huérfana en latín.

—No —replicó él.

—¿Estás atrapado?

—No quiero marcharme.

—Yo sí.

Ronan dirigió la mirada hacia ella de algún modo, aunque estaba unido al suelo por sus dedos-raíces y por las ramas de tinta que nacían del tatuaje de su espalda. La niña huérfana estaba de pie, con una cubeta de alimento entre las manos. Tenía los

ojos oscuros y hundidos; era la mirada de alguien siempre hambriento, siempre necesitado. Su gorrito blanco estaba bien calado sobre su corto pelo rubio.

—No eres más que un cacho de sueño —le dijo él—. Eres una especie de subtermierda de mi imaginación.

Ella gimió como un cachorro apaleado, y a Ronan lo invadió una oleada de ira hacia ella o hacia sí mismo. ¿Por qué no podía decirle sin más lo que era?

—Antes te estuve buscando —le dijo, porque acababa de acordarse. La presencia de la niña le recordaba una y otra vez que se hallaba en un sueño.

—Kerah —respondió ella, aún dolida por lo que él le había dicho.

—Búscate otro nombre para mí —le espetó Ronan, molesto porque la niña se apropiara del graznido que Sierra usaba para referirse a él.

Pero se le habían quitado las ganas de tratar a la niña con firmeza, aunque no había hecho más que decirle la verdad. Ella se sentó a su lado y dobló las piernas hasta apoyárselas en el pecho.

Ronan apretó la mejilla contra la fresca tierra y se hundió un poco más. Sus dedos rozaron larvas y lombrices, topos y culebras. Las larvas se enderezaron a su paso. Las lombrices avanzaron para acompañarlo. El pelaje de los topos lo acarició. Las culebras se enroscaron en sus brazos. Ronan era todos ellos.

Suspiró.

En la superficie, la niña huérfana se balanceó y entonó para sí una cancioncilla de duelo, mirando al cielo con inquietud.

—*Periculosum* —le advirtió a Ronan—. *Suscitat.*

Ronan, sin embargo, no percibía ningún peligro. Solo la tierra, la energía de la línea ley y las ramas de sus venas. Casa, casa.

—Está aquí debajo —le dijo a la niña, y la tierra se tragó sus palabras para convertirlas en nuevos brotes.

La niña huérfana apoyó la espalda contra una de las piernas de él y se estremeció.

—*Quid*… —comenzó, pero se interrumpió para seguir en un inglés entrecortado —. ¿Qué es?

Era una piel irisada, casi transparente. Ronan estaba lo bastante hundido en la superficie del bosque para distinguir su silueta entre el humus. Tenía forma de cuerpo humano, como si hubiera germinado bajo tierra y estuviera a la espera de que alguien la liberase. Su textura recordaba a la de la bolsa que Ronan había encontrado en la habitación de Matthew.

—La tengo —dijo rozándola con las yemas de los dedos. «Ayúdame a sujetarla», añadió, aunque tal vez solo lo pensara.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó de pronto la niña huérfana.

Su voz apenas se había apagado cuando Ronan sintió…

Algo.

¿Alguien?

No eran las escamas frescas y secas de las culebras, ni el rápido pulso de los topos. No era la blandura móvil y terrosa de las lombrices ni la carne blanda y lisa de las larvas.

Era algo oscuro.

Que impregnaba.

No era tanto algo como la ausencia de algo.

Ronan no perdió un instante; había aprendido a reconocer una pesadilla de inmediato.

—Niña —dijo—, sácame de la tierra.

Estiró una de sus manos-raíces y aferró la piel soñada, esforzándose por grabarla en su memoria rápidamente: su peso, su densidad, su presencia.

La niña huérfana había empezado a escarbar como un perrillo alrededor de él, sin dejar de soltar gemidos de miedo. Ronan sabía cuánto odiaba la niña sus sueños.

La oscuridad que no era oscuridad se deslizó por la tierra, devorando todo lo que tocaba. Aunque no lo devoraba, en realidad; simplemente, las cosas dejaban de estar allí.

—Más rápido —ladró Ronan, retrocediendo con la piel bien sujeta entre sus leñosos dedos.

Podía dejar allí la piel soñada y despertarse sin más.

Pero no quería hacerlo. Tal vez funcionara.

La niña huérfana había agarrado una de sus piernas, o sus brazos, o sus ramas, y tiraba con todas sus fuerzas para desenterrarlo.

—Kerah —sollozó.

La oscuridad roía todo a su paso. Si alcanzaba la mano de Ronan, tal vez se despertara sin ella. Iba a tener que retirarse…

Con un último tirón desesperado, la niña lo liberó y cayó de espaldas. La oscuridad brotó como un chorro del suelo, tras Ronan. Sin pararse a pensarlo, se lanzó sobre la niña para protegerla.

«Nada es imposible», dijo el bosque. O la oscuridad. O Ronan.

Ronan despertó. Estaba paralizado, como le ocurría siempre que sacaba algo de cierta entidad de uno de sus sueños. No se sentía las manos —«Por favor, por favor, que no me hayan desaparecido las manos»— ni las piernas —«Por favor, por favor, que no me hayan desaparecido las piernas»—. Se pasó unos minutos mirando al techo. Estaba tumbado en el viejo sofá de cuadros del salón, contemplando las tres grietas que

llevaban años trazando la letra M en la escayola. El ambiente olía a madera de nogal y de boj. Sierra aleteó encima de él y se posó con pesadez en su pierna izquierda.

Al menos, seguía teniendo aquella pierna.

Ahora que no estaba ante la oscuridad, no habría sabido decir qué la hacía tan aterradora.

Sus dedos empezaron a moverse poco a poco, lo que indicaba que seguía teniéndolos. La piel soñada había salido junto a él, y ahora caía por el borde del asiento. Era un retal vaporoso y de aspecto frágil, manchado de tierra y desgarrado en muchos puntos. Ronan conservaba todos sus miembros, pero la piel estaba hecha un asco. Además, se moría de hambre.

El teléfono de Ronan zumbó y Sierra aleteó para posarse en el respaldo del sofá. En circunstancias normales, Ronan no habría leído el mensaje; pero el recuerdo de aquella nada oscura lo había dejado tan alterado que usó sus recién recuperados dedos para sacarse el aparato del bolsillo y comprobar que no era Matthew.

Era Gansey. «Parrish quiere saber si te has matado soñando hace un momento dime algo por favor».

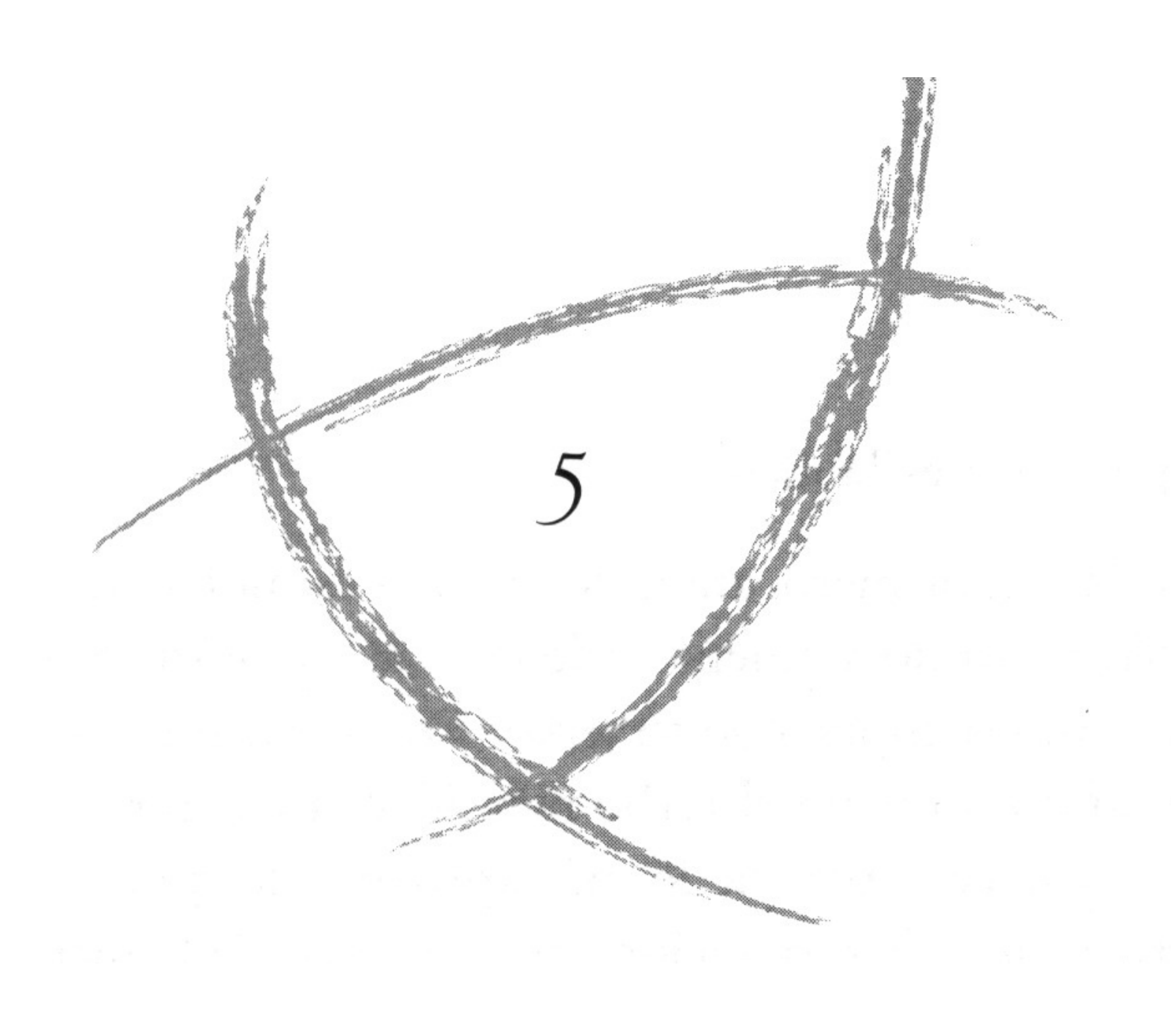
Antes de que Ronan tuviera tiempo de identificar lo que sentía ante aquella percepción de Adam, Sierra agachó la cabeza bruscamente para mirar más allá del sofá. Las plumas de su cuello se erizaron con alarma. Su mirada estaba fija en algo que había en el suelo.

Ronan se incorporó y siguió la mirada del cuervo. Al principio solo vio el desorden habitual en la estancia: la mesita baja, la televisión, el armario de los juegos, el cesto de los bastones… De pronto, detectó algo que se movía bajo la mesa apoyada en la pared opuesta.

Se quedó helado.

Tardó unos segundos en identificar lo que estaba viendo.

—Mierda —masculló cuando lo hizo.



A Blue Sargent la habían expulsado del instituto.

Era una expulsión de un día; en teoría, veinticuatro horas bastarían para que se arrepintiera de haber dañado los objetos personales de un compañero «y de mostrar una actitud desafiante que, francamente, Blue, nos ha sorprendido a todos». Blue no lograba sentirse tan compungida como sabía que debería estar; comparado con el resto de su vida, nada de lo que hacía en el instituto le parecía especialmente real. Mientras aguardaba de pie en el pasillo, frente a los despachos del equipo directivo, Blue oyó cómo su madre explicaba que un miembro de la familia había muerto recientemente, y que el padre biológico de Blue acababa de regresar al pueblo, todo lo cual resultaba bastante traumático. Incluso podía ser —añadió Maura, cuyo olor a artemisa delataba que había hecho algún ritual con Jimi mientras Blue estaba en clase— que las acciones de su hija fueran fruto del trauma, aunque ella no se diera cuenta.

Pero Blue se daba cuenta perfectamente.

Ahora estaba sentada bajo el haya que crecía en el patio trasero del 300 de Fox Way. Se sentía enfurruñada. Una parte lejana de sí misma se daba cuenta de que su

madre estaba muy enfadada con ella, más de lo que había estado en mucho tiempo. Sin embargo, la parte más inmediata de su ser estaba aliviada por no tener que fingir, al menos durante un día, que le importaban sus clases. Lanzó a la verja un hayuco agujereado por los gusanos, que rebotó con un chasquido casi tan fuerte como un disparo.

—Vale, pues esta es la idea.

Blue oyó la voz primero, antes de notar el escalofrío que le recorrió la piel. Al segundo siguiente, Noah Czerny se situó junto a ella, vestido, como siempre, con su jersey azul oscuro de Aglionby. Tal vez «situarse» no fuera el verbo más adecuado; en realidad, lo que hizo fue aparecer. Aunque lo más aproximado quizá fuera hablar de un truco de la luz, o, mejor aún, un truco de la mente. Blue no solía percibir el momento exacto en que Noah aparecía junto a ella. No era que el chico se fuera solidificando con una lentitud imperceptible; era como si, de algún modo, la mente de Blue reescribiera el minuto precedente para indicar que Noah había estado acurrucado allí desde hacía un buen rato.

A veces resultaba inquietante tener un amigo muerto.

—Lo mejor que puede hacer uno es comprarse un remolque —continuó Noah amigablemente—. No un remolque como el de Adam, sino uno comercial.

—¿Cómo? ¿A quién te refieres?

—A todo el mundo. ¿Cómo se llama eso de referirse a todo el mundo usando «uno»? Es algo de gramática.

—Ni idea. Seguro que Gansey lo sabe. ¿Qué quiere decir eso del remolque de Adam?

—¿Indefinido generador? —reflexionó Noah en voz alta, como si no la hubiera oído—. Bueno, lo que sea; me refiero a todo el mundo, en fin. Bueno, pues lo que hay que hacer es conseguir cinco recetas fenomenales para hacer pollo. Cocinarlo primero en un asador… Esos son los cacharros que dan vueltas y vueltas, ¿no? A ver. Pollo estilo mexicano —fue contando con los dedos—. Al curry con miel. Con salsa barbacoa. Esto… ¿teriyaki? Y con ajo o algo así. Lo otro que necesitas son bebidas de esas que te dejan enganchado. Esas que hagan pensar a la gente: «Me muero de ganas de zamparme un pollo con curry y miel y un vaso de… de té al limón», eso es, a tope, para chuparse los dedos con el pollo y tal.

Blue nunca había visto tan animado a Noah. Ahora se daba cuenta de que aquella versión charlatana y alegre de su amigo debía de ser mucho más cercana al Noah vivo, el alumno de Aglionby aficionado a hacer skate y dueño de un Mustang rojo. De pronto, le golpeó la idea de que tal vez nunca se hubiera hecho amiga de aquel Noah. No es que le cayera mal, pero resultaba más inmaduro de lo que ella había sido jamás. Era una idea incómoda, oblicua.

—… Y lo llamaría… ¿Estás preparada? NO SEAS GALLINA. ¿Lo entiendes? «¿Qué quieres cenar esta noche, hijo?». «Ay, mamá, compra pollo, ¡NO SEAS GALLINA!» —Noah dio un manotazo amistoso a la coleta corta de Blue, que azotó su coronilla—. ¡Podrías ponerte un gorrito de papel! Serías el rostro de no seas gallina.

Blue perdió de repente la paciencia.

—Vamos a ver, Noah —explotó—: si no paras, vas a…

Se interrumpió bruscamente al oír una carcajada áspera encima de sus cabezas. Por el aire cayeron algunas hojas secas. Blue y Noah levantaron la cara para mirar hacia arriba.

Era Gwenllian, la hija de Glendower, encaramada en una rama gruesa, con el torso apoyado en el tronco del haya y los brazos enlazados alrededor de otra rama de corteza blanca y lisa. Como siempre, era una visión tan terrorífica como prodigiosa. El nubarrón de pelo oscuro que coronaba su cabeza estaba cuajado de lápices, llaves y trocitos de papel retorcidos. Llevaba puestos al menos tres vestidos, cuyas faldas, ya fuera por el ejercicio de trepar o por voluntad de su dueña, estaban arremolinadas en torno a su cintura. Noah la miró pasmado.

—Hola, cosa muerta —canturreó Gwenllian, extrayendo un cigarrillo de un lado de su cabellera y un encendedor del lado opuesto.

—¿Cuánto llevas ahí arriba? ¿Estás fumando? —le preguntó Blue—. Haz el favor de no cargarte mi árbol.

Gwenllian dejó escapar una bocanada de humo oloroso a clavo.

—Suenas igual que Artemus.

—Si tú lo dices… —replicó Blue, intentando sin éxito que no se notara lo molesta que estaba con él. No es que esperase que Artemus colmara un vacío en su corazón, pero tampoco había supuesto que su padre se metería en una despensa y se negaría a salir.

Gwenllian lanzó un anillo de humo que atravesó las hojas secas, y luego se apartó del tronco y se dejó resbalar hasta caer en una rama más baja.

—La criaturilla del matorral que es tu padre no resulta fácil de conocer, Blue Lily, lirio azul. Pero tampoco lo es esa cosa de ahí abajo, ¿no crees?

—¿Qué cosa? ¿Noah? ¡Noah no es una cosa!

—Me encontré un pájaro en un matorral, en un matorral, en un matorral —cantó Gwenllian, resbalando de rama en rama hasta que sus botas quedaron suspendidas frente a los ojos de Blue—. ¡Y luego encontré a treinta más! Te estabas sintiendo muy vivo entre nosotras dos, ¿verdad, mi cosita muerta? Lily Blue con su poder de reflejo, Lily Gwen con el espejo de su poder y tú en medio recordando la vida, ¿verdad?

A Blue le molestó darse cuenta de que Gwenllian debía de estar en lo cierto: aquel Noah efervescente y vivaracho solo había sido posible por la combinación de sus

poderes como baterías psíquicas. También la enfadó ver que Gwenllian había acabado con el buen humor de Noah; su amigo había agachado tanto la cabeza que ahora solo se veía el remolino de su coronilla.

Blue miró a Gwenllian con el ceño fruncido.

—No hay quien te aguante —gruñó.

—Gracias.

Gwenllian se dejó caer, meneando los brazos como si aleteara, y apagó su cigarrillo en el tronco del haya. Blue sintió que la marca negra que había dejado se reflejaba en su alma.

Le lanzó a Gwenllian una mirada incendiaria. No era fácil, porque la destinataria era mucho más alta que ella; pero Blue no aguantaba las ganas de fulminarla con la mirada y Gwenllian parecía decidida a provocarlo, así que la cosa funcionó.

—¿Qué quieres oírme decir? ¿Que está muerto? ¿De qué te sirve recordárselo así?

Gwenllian se agachó hacia ella hasta que las narices de las dos se rozaron. Cuando habló, sus palabras salieron envueltas en una nube de aroma a clavo.

—¿Nunca has resuelto una adivinanza que no te han planteado?

Cala pensaba que Gwenllian cantaba y parloteaba tanto por haberse pasado seiscientos años enterrada en vida. Pero ahora, mientras miraba fijamente sus ojos brillantes de regocijo y recordaba que la habían enterrado por haber tratado de apuñalar al poeta de Glendower, Blue pensó que tal vez Gwenllian hubiera sido siempre así.

—No hay manera de resolver a Noah —respondió—, salvo ayudarlo a que… a que avance a otro estado. ¡Y él no quiere eso!

Gwenllian soltó una risita como un graznido.

—Querer y necesitar son dos cosas distintas, cordera —dio un toque en la coronilla de Noah con la puntera de su bota—. Enséñale lo que has estado ocultando, cosa muerta.

—No tienes por qué obedecerla, Noah —repuso Blue rápidamente, dándose cuenta de que creía a Gwenllian y temía saber la verdad sobre su amigo.

Todos sabían que la existencia de Noah era frágil, sujeta a los vaivenes de la línea ley y a la localización de su cadáver. Blue y Gansey, en particular, habían comprobado con sus propios ojos lo mucho que le empezaba a costar a Noah enfrentarse a los caprichos de la muerte. Lo que Blue ya sabía de Noah la asustaba; si había cosas aún peores, no estaba segura de querer saberlas.

Noah suspiró.

—Mereces saber la verdad. Solo que… lo siento, Blue.

Ella empezó a notar un tamborileo nervioso en su interior.

—No tienes por qué pedirme disculpas.

—Sí, sí que tengo por qué hacerlo —replicó él en un susurro—. Pero no… no te… En fin.

Gwenllian dio un paso atrás para permitir que Noah se levantara y él lo hizo con gesto rígido, dándole la espalda a Blue. Levantó sus hombros, normalmente encorvados, como si se preparase para entrar en combate. Blue sintió el preciso instante en que él dejaba de absorber la energía de ella; fue como dejar caer una mochila al suelo.

Y entonces, Noah se dio la vuelta y la miró.

Cada verano, una feria ambulante visitaba Henrietta. Los feriantes se instalaban en el gran descampado que había detrás del Walmart, y durante unas noches todo era césped pisoteado, algodón de azúcar y bombillas parpadeantes en la oscuridad. Blue siempre había querido disfrutar del acontecimiento —había ido varios años con compañeros de clase, de cuya compañía también habría querido disfrutar—, pero al final siempre se sentía como si la fiesta de verdad no hubiera comenzado. En cierta ocasión, pensando que lo que necesitaba eran sensaciones fuertes, montó en la Torre de Caída. Sus compañeros y ella se elevaron lentamente —crac, crac, crac, hacían los engranajes—, y entonces… no sucedió nada. Un fallo en el mecanismo hizo que, en vez de desplomarse, volvieran a bajar del mismo modo en que habían subido. Pero, aunque no llegaron a caer, durante un breve instante el estómago de Blue se encogió como si ya estuviera cayendo, en una sensación doblemente extraña por el hecho de que el resto de su cuerpo seguía inmóvil.

Eso fue exactamente lo que sintió ahora.

—Ah —jadeó.

Ojos vacíos, dientes que asomaban tras los labios retraídos, jirones de alma entrelazados entre los huesos pelados. Hacía años que la vida había abandonado aquella figura. Era imposible no ver lo deteriorada que estaba su alma, lo alejada de su antigua humanidad, lo raída que se había quedado después de tanto tiempo alejada del pulso vital.

Noah Czerny estaba muerto.

Esto era todo lo que quedaba de él.

Esta era la verdad.

Un tumulto trémulo recorría el cuerpo de Blue. Ella había besado a aquel ser, aquel pálido, frío recuerdo de un ser humano.

Y como Noah ya solo era energía, podía percibir los pensamientos de Blue con tanta claridad como sus palabras. Blue sintió cómo recorría sus recuerdos y luego emergía por el otro lado.

—Te dije que lo sentía —siseó.

Blue tomó aliento.

—Y yo te dije que no tenías por qué pedirme disculpas.

Era sincera.

No le importaba que aquel… chico, o aquella cosa, o Noah, pareciera extraño, terrorífico y deteriorado. Sabía que su amigo —aquello, Noah— era extraño y terrorífico y deteriorado, y sabía que lo quería aun así.

Abrazó al ser; al chico; a Noah. No le importaba que ya no fuera del todo humano. Fuera lo que fuese, seguiría llamándole Noah durante tanto tiempo como él quisiera que lo llamara así. Y le alegró que él pudiera leer sus pensamientos en ese momento, porque quería que él supiera lo convencida que estaba de ello.

Su cuerpo se heló cuando Noah volvió a absorber su energía, pero sus brazos no se aflojaron.

—No se lo cuentes a los demás —le pidió él.

Dio un paso atrás, con sus cadavéricas facciones ocultas de nuevo bajo una máscara juvenil.

—¿No necesitas marcharte? —le preguntó Blue. Se refería a marcharse para siempre, pero no era capaz de decirlo en voz alta.

—Todavía no —murmuró él.

Blue se enjugó una lágrima con la palma de la mano, y él le enjugó otra lágrima que caía por la mejilla opuesta.

La barbilla de Noah se arrugó como si fuera a echarse a llorar, pero Blue apoyó dos dedos en ella y las facciones del chico se relajaron.

Su rumbo se dirigía hacia el final de algo, y los dos eran conscientes de ello.

—Estupendo. Odio a los mentirosos y a los cobardes —aprobó Gwenllian y, sin más, empezó a trepar por el tronco del haya.

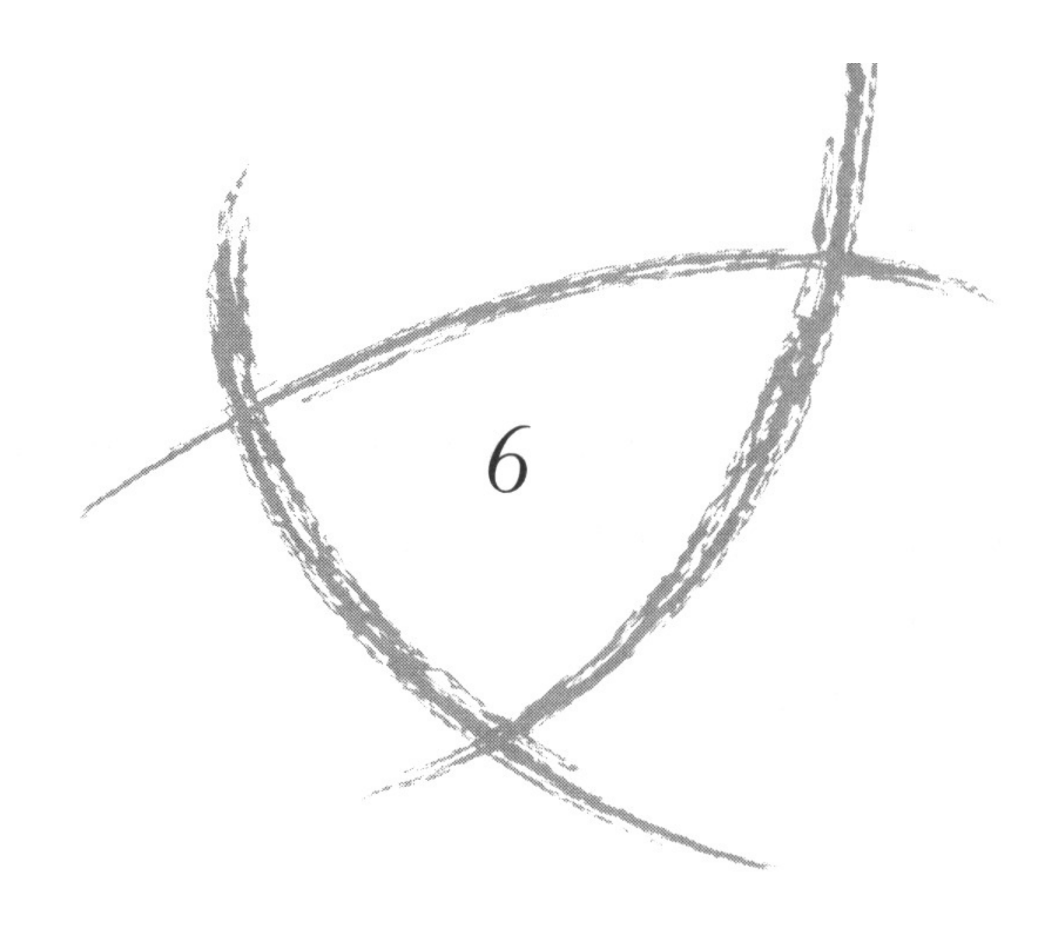
Blue se giró de nuevo hacia Noah, pero él ya no estaba allí. Tal vez se hubiera ido antes de que Gwenllian hablase; al igual que ocurría con sus llegadas, era difícil precisar cuándo se marchaba. El cerebro de Blue ya había reelaborado los segundos que rodeaban a su desaparición.

El recuerdo de su expulsión del instituto le parecía tan desvaído como un sueño. ¿Qué era lo real? Aquello era lo real.

La ventana de la cocina gimió al abrirse y Jimi se asomó.

—¡Blue! Tus chicos están en la fachada, y parece como si fueran a enterrar un cadáver.

«¿Otro?», pensó Blue.



6

Blue entró en el Suburban negro de Gansey y descubrió que Ronan ya estaba instalado en el asiento de atrás, con la cabeza recién afeitada, las botas sobre el asiento y aspecto de buscar guerra. Su presencia en la parte trasera del coche sugería que algo no iba bien. En su puesto habitual de copiloto viajaba Adam, vestido con una camiseta blanca y un mono de trabajo amarrado en la cintura. Gansey iba al volante, ataviado con su uniforme de Aglionby y con una expresión encendida que sobresaltó a Blue. Sus rasgos parecían muy despiertos y resplandecientes, como si hubiera una cerilla encendida justo detrás de sus ojos. No era la primera vez que Blue veía aquel Gansey tan vívido, pero hasta ahora solo había ocurrido cuando estaban solos.

—Hola, Jane —saludó él, con una voz tan brillante e intensa como su mirada.

Resultaba difícil no dejarse absorber por aquella versión de Gansey, animada por una tensión tan magnética como preocupante.

«No te quedes mirándolo».

Demasiado tarde: Adam ya la había descubierto. Blue desvió la mirada y, para disimular, se recolocó las medias de medio muslo que llevaba puestas.

—Buenas.

—¿Podrías venir con nosotros a un recado? —preguntó Gansey—. ¿Tienes algo

que hacer? ¿Deberes?

—Cero deberes. Me han expulsado.

—No jodas —exclamó Ronan en tono admirativo—. Sargent, eres un mal bicho.

De mala gana, Blue hizo chocar su puño con el que él le ofrecía, mientras Gansey le lanzaba una mirada cargada de significado por el espejo retrovisor.

Adam volvió la cabeza hacia atrás, pero en vez de hacerlo hacia la izquierda, se giró hacia la derecha hasta que sus ojos asomaron entre el respaldo y la ventanilla. Cualquiera que no lo conociera habría pensado que estaba escondiéndose, pero Blue sabía que solo quería dirigir hacia ellos su oído bueno.

—¿Por qué motivo? —preguntó él.

—Por vaciar la mochila de un compañero encima de su coche. Mira, no quiero hablar de ello.

—Pero yo sí —replicó Ronan.

—Pues yo no. No me siento orgullosa de ello.

—Yo me enorgulleceré por ti —replicó Ronan palmeándole una pierna.

Blue le lanzó una mirada incendiaria, pero lo cierto era que, por primera vez en todo el día, estaba calmada. Aunque se sentía muy cercana a las mujeres del 300 de Fox Way —eran su familia de siempre, el lugar en el que se hundían sus raíces, y nada cambiaría eso jamás—, notaba que aquella nueva familia hecha de retales era cada vez más poderosa. Todos ellos estaban creciendo y acercándose unos a otros, como arbolillos que se esforzaran por buscar el sol.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó.

—Por difícil que resulte de creer —comenzó Gansey, aún con el tono de helada cortesía que empleaba siempre que estaba enfadado—, yo tenía la intención de ir a tu casa para hablar con Artemus acerca de Glendower. Ronan, sin embargo, tenía otros planes, ideas diferentes sobre cómo debemos pasar la tarde. Cosas más importantes a las que debemos dedicar nuestro tiempo.

Ronan se inclinó hacia adelante.

—Dime, padre: ¿estás enfadado porque la he jodido, o solo porque he faltado a clase?

—Yo creo que tanto lo uno como lo otro cuenta como una cagada, ¿no crees?

—Uf, para —bufó Ronan—. Cuando tú lo dices suena muy vulgar.

Mientras Gansey arrancaba con brusquedad, Adam le lanzó a Blue una mirada cargada de significado: «Sí, llevan así un buen rato», parecía decirle. Blue se sintió extrañamente agradecida por aquella comunicación sin palabras. Después de su accidentada ruptura (¿pero habían llegado a ser novios, en realidad?), Blue se había hecho a la idea de que Adam estaba demasiado dolido e incómodo para seguir siendo

su amigo. Sin embargo, él lo estaba intentando y ella también. La cosa parecía funcionar.

Salvo por el pequeño detalle de que Blue estaba enamorada del mejor amigo de Adam, y no se lo había dicho a él.

La calma que notaba Blue se disipó de inmediato, reemplazada por la misma sensación que la había invadido justo antes de vaciar la mochila de Holtzclaw sobre el capó de su coche. Sus emociones chisporrotearon y se fundieron en un resplandor blanco.

Tenía que encontrar alguna forma de controlarse, y cuanto antes, mejor.

—¡EH, GANSEY! ¡MUCHACHO!

Todos se sobresaltaron al oír el grito, que había entrado por la ventanilla de Gansey. Estaban parados en el semáforo que había frente a la puerta principal de Aglionby, y en la acera se veía un grupo de alumnos que enarbolaban pancartas. Gansey los saludó con desgana, levantando tres dedos de la mano derecha, y entre los chicos se levantó un coro de respuestas.

La visión de aquellos chicos ataviados con uniformes despertó en Blue una sensación desagradable. Era una emoción compleja y reprimida desde hacía mucho, compuesta de prejuicios, experiencias y envidia, que siempre incomodaba a Blue. No es que pensara que su opinión negativa sobre el colectivo de los chicos del cuervo estaba del todo desencaminada; pero conocer a Gansey, a Adam, a Ronan y a Noah había hecho que le resultara difícil manejar aquella opinión. Todo era mucho más sencillo cuando aún creía que podía despreciarlos a todos desde la limpia atmósfera de su superioridad moral.

Torció el cuello en un intento de leer las pancartas, pero ninguno de los chicos dirigía el texto hacia la calzada. Por un instante se preguntó si, de ser alumna de Aglionby, ella habría participado en algo como aquello.

—¿Por qué protestan?

—Por la vida —replicó Adam sin más.

Blue volvió a mirar a los muchachos que caminaban en círculos por la acera y se dio cuenta de que conocía a uno de ellos. El chico tenía una inconfundible mata de pelo negro cuidadosamente peinada hacia arriba, y llevaba un par de deportivas altas que solo habrían parecido más caras si hubieran estado envueltas en billetes.

Henry Cheng.

Blue lo había conocido mientras estaba en una cita secreta con Gansey. No recordaba todos los detalles de la escena; solo que el súper coche eléctrico de Henry se había estropeado y estaba parado en la cuneta, que Henry había hecho una broma sin gracia y que hablar con él la había hecho ser consciente de todas las cosas que la separaban de Gansey. No había sido un buen final para la cita.

Henry también debía de recordarla a ella, porque le dirigió una sonrisa de oreja a oreja, se señaló los ojos con dos dedos y luego señaló los ojos de ella.

Los sentimientos encontrados de Blue entrechocaron aún más.

—¿Cómo se llama eso de referirse a todo el mundo empleando el pronombre «uno»? —preguntó inclinándose hacia delante, sin despegar los ojos de Henry.

—Indefinido genérico, creo —contestó Gansey.

—Eso es —corroboró Adam.

—Vaya puñado de patanes pretenciosos —gruñó Ronan, y Blue no supo si se refería a Gansey y a Adam, con sus conocimientos de gramática, o a los estudiantes que se paseaban con sus pancartas escritas a mano.

—Tienes toda la razón —repuso Gansey, sin abandonar el tono de frío enojo que había usado antes—. Dios nos libre de los jóvenes que se dedican a defender sus principios con manifestaciones vanas, cuando podrían estar faltando a clase y criticando a sus compañeros desde el asiento trasero de un automóvil.

—¿Principios? El único principio que le importa a Henry Cheng es el de escribir su nombre con una fuente lo más grande posible en el boletín del colegio —Ronan carraspeó e hizo una versión vagamente ofensiva de la voz de Henry—: ¿Con serifa? ¿Sin serifa? Más negritas, menos cursivas.

Blue vio que a Adam se le escapaba una sonrisa. Aunque el chico volvió apresuradamente el rostro para que Gansey no lo viera, ya era demasiado tarde.

—*Tu quoque, Brute?* —le dijo Gansey a Adam—. Qué decepción.

—Yo no he dicho nada —protestó Adam.

El semáforo se puso verde y el Subaru empezó a alejarse de los manifestantes.

—¡Gansey! ¡Eh, Gansey! ¡Richard, hombre! —gritó una voz.

Era la de Henry; incluso Blue pudo reconocerla. No había ningún vehículo detrás de ellos, así que Gansey detuvo el coche y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué se le ofrece, señor Cheng? —dijo.

—Llevas… El portón del maletero está abierto, creo —respondió Henry, cuya expresión liviana se había complicado. Su jovial sonrisa no había llegado a desdibujarse del todo, pero ahora había algo más detrás de ella.

Blue sintió de nuevo que la invadía la incertidumbre; aunque sabía cómo era Henry, no alcanzaba a saber todo lo que era.

Gansey recorrió el salpicadero con la mirada para ver si había algún piloto encendido.

—No está… Ah —dijo, con una voz de pronto tan complicada como la expresión de Henry—. Ronan.

—¿Qué? —contestó este con brusquedad, tan celoso de Henry que sus sentimientos hubieran podido adivinarse desde el espacio.

—El maletero está abierto.

Un conductor tocó la bocina detrás de ellos. Gansey hizo un amplio ademán de disculpa, se despidió de Henry con la mano y pisó el acelerador. Blue se dio la vuelta justo antes de que Henry se girase hacia sus compañeros, con las facciones de nuevo relajadas en la sonrisa fácil de antes.

«Interesante».

Ronan, mientras tanto, se había retorcido para meter la cabeza en el espacio del maletero.

—No te levantes —dijo.

Estaba claro que no se dirigía a Blue.

—¿Me podéis explicar otra vez lo que tenemos que hacer? —preguntó ella entrecerrando los ojos.

—Lynch, en su infinita sabiduría —repuso Gansey de inmediato—, decidió soñar en lugar de ir a clase y se trajo de vuelta algo más de lo que pretendía.

Ronan se giró de nuevo hacia ellos, con la alegre agresividad de hacía un momento agriada por el encuentro con Henry.

—Podrías haberme dejado que me las apañara yo solo. Mis sueños son asunto mío y de nadie más.

—Ah, no, Ronan —intervino Adam—. No me gusta tomar partido en las discusiones, pero eso que acabas de decir es una tontería.

—Gracias —dijo Gansey.

—Eh, tío…

—No sigas por ahí —cortó Gansey a Ronan—. Jesse Dittley murió porque hay personas muy interesadas en los sueños de tu familia, así que deja de actuar como si a los demás no nos afectara que tu habilidad siga siendo un secreto. Tus sueños son más tuyos que de nadie, pero sus ondas expansivas nos alcanzan a todos los demás.

Aquello dejó callado a Ronan. Se apoyó con brusquedad en el respaldo, se volvió hacia la ventanilla y empezó a morder una de sus pulseras de cuero.

Blue estaba más que harta. Tiró de su cinturón para poder girarse y apoyó la barbilla en el respaldo para examinar el maletero. No lo vio de inmediato; o tal vez sí lo hiciera pero su mente no quisiera registrarlo, porque, en cuanto el sueño de Ronan se delineó ante su mirada, le resultó inconcebible no haberlo visto a la primera.

Antes de girarse, se había preparado para cualquier sorpresa.

Y aún así estaba petrificada de asombro.

—¿Es…? —preguntó—. ¿Es una niña?

En el maletero, entre una bolsa de deporte y la mochila de Gansey, había una criatura acurrucada. Sus enormes ojos quedaban casi cubiertos por el gorrito blanco que le cubría la cabeza. Llevaba un grueso jersey de lana clara, raído y demasiado

grande para ella, y sus piernas eran de color gris o tal vez estuvieran enfundadas en medias grises. Las remataba algo que tanto podían ser botas como pezuñas. Los pensamientos de Blue se retorcieron sobre sí mismos.

Ronan habló con un susurro monocorde.

—Siempre la he llamado «la niña huérfana».



Adam había propuesto llevarla a Cabeswater, de modo que allí fueron.

Sin embargo, Adam no estaba seguro de lo que harían al llegar; solo era lo primero que se le había pasado por la cabeza. O más bien lo segundo, a decir verdad; pero lo primero lo avergonzaba tanto que se arrepintió nada más pensarlo.

Al echar el primer vistazo a la niña, había pensado que, si hubiera sido un horror nocturno más, podrían haberla matado o abandonado.

Un segundo más tarde —no, no, menos de un segundo; medio segundo, o quizá simultáneamente— se había odiado a sí mismo por pensar aquello. Era exactamente el tipo de idea que habría esperado oír de un hijo de su padre. «Ah, ¿quieres marcharte de casa? ¿Te vas ya? ¿Es esa tu maleta? Créeme: si yo pudiera deshacerme de ti, hace tiempo que te habría tirado a una cuneta. Siempre estás complicando las cosas…».

Adam se odió a sí mismo y de inmediato odió a su padre, y luego le entregó aquella emoción al Cabeswater que moraba dentro de su cabeza y el bosque la apartó

suavemente.

Y ahora estaban en el Cabeswater real, el Cabeswater tangible, gracias a la segunda idea que se le había ocurrido a Adam —y que hubiera deseado tener en primer lugar—, llevándole la niña a Aurora, la madre de Ronan. Aquel era el prado que habían visto desde el aire hacía tanto tiempo, con el enorme cuervo hecho de caracolas.

A pesar del cuidado con el que conducía, Gansey no pudo evitar aplastar algunas de las conchas esparcidas; sin embargo, en ningún momento pisó la silueta del cuervo. Adam apreciaba aquella faceta de Gansey, su infinito cuidado hacia todo lo que estaba a su cargo.

El coche se detuvo. Gansey, Blue y Adam se bajaron. Ronan y su extraña criaturilla se quedaron dentro, como si estuvieran negociando algo.

Los otros tres esperaron.

Fuera, el cielo parecía bajo, gris y desgarrado por las cumbres que asomaban sobre el marrón-rojo-negro de los árboles de Cabeswater. Desde donde estaban, casi era posible imaginar que aquel era un bosque normal en las estribaciones de una de las sierras de Virginia. Pero si se miraba a Cabeswater con atención durante un rato, entrecerrando los ojos del modo adecuado, podían verse los secretos que correteaban entre los árboles; las sombras de bestias astadas que no llegaban a aparecer; las lucecillas parpadeantes de las luciérnagas de los veranos anteriores; el murmullo quieto de cientos de alas, recuerdo de una enorme bandada que nunca estaba al alcance de la vista.

La magia.

Tan cerca del bosque, Adam se sentía muy… Adam. En su cabeza solo había lugar para la sensación cotidiana de su mono arrebujado alrededor de la cintura y para la idea del examen de Literatura del día siguiente. Le daba la impresión de que, en la proximidad de Cabeswater, debería convertirse en alguien más extraño, más ajeno; y sin embargo, cuanto más se acercaba al bosque, más presente se sentía. Su mente no tenía que vagar para comunicarse con Cabeswater, cuando su cuerpo solo tenía que alzar una mano para tocarlo.

Le parecía curioso no haber intuido desde el principio, hacía meses, lo que aquel sitio llegaría a ser para él. Pero tal vez no fuera curioso; gran parte de la magia —del poder, en general— requería de la fe como condición previa.

Gansey contestó a una llamada de teléfono. Adam se alejó para orinar. Ronan siguió montado en el todoterreno.

Adam regresó y se acercó a Blue, que estaba al otro lado del coche. Tuvo que esforzarse para no dirigir la mirada a sus pechos ni a sus labios. Blue y él ya no estaban juntos —en la medida en que habían llegado a estarlo—, y Adam era consciente de que la ruptura había sido para bien; sin embargo, eso no había aminorado la atracción

que sentía hacia aquellas partes de Blue. El pelo de su amiga parecía ahora más rebelde que cuando la había conocido, menos contenido por las decenas de horquillas; su boca era ahora más tormentosa, anhelante de besos prohibidos; su postura era más erguida, con la columna rígida por la pena y los peligros.

—Creo que tú y yo deberíamos hablar de… —comenzó a decir ella.

Aunque no remató la frase, no hacía falta: sus ojos estaban fijos en Gansey. Adam se preguntó si se daría cuenta de lo mucho que la delataba su mirada. ¿Lo habría mirado a él alguna vez con tanta hambre?

—Sí —contestó, dándose cuenta demasiado tarde de que Blue debía de referirse al favor de Glendower y no a su relación clandestina con Gansey.

Daba igual; también tenían que hablar de aquello.

—¿Cuándo? —preguntó Blue.

—Te llamo esta noche. No, espera… Tengo que trabajar. ¿Mañana, después de clase?

Los dos asintieron: estaba cerrado.

Gansey seguía hablando por teléfono.

—No, nunca hay tráfico a no ser que sea noche de bingo. ¿Un autocar? ¿A cuánta gente esperas? No se me ocurre que… Ah. Sí, supongo que podríamos convencerlos de que nos dejen el autobús del colegio.

—¡KERAH!

Blue y Gansey se estremecieron al oír aquel grito salvaje. Adam, que había reconocido el apelativo de Sierra para Ronan, dirigió la mirada al cielo.

—Por todos los santos —gruñó Ronan, exasperado—, ¿quieres entrar en razón?

No había sido Sierra la que había gritado, sino la lastimosa criaturilla huérfana. Estaba acurrucada sobre la hierba detrás del vehículo, como un montón de andrajos increíblemente pequeño, balanceándose y sin querer levantarse. Cuando Ronan le silbó algo, ella levantó la cara y le soltó un nuevo grito. Su voz no era la de una niña, sino la de una bestezuela.

Adam ya había visto bastantes sueños de Ronan materializados, y sabía lo salvajes, bellos, terroríficos y caprichosos que podían ser. Sin embargo, aquella niña era lo más semejante al propio Ronan que Adam había visto jamás. Un monstruillo aterrado…

—Es el apocalipsis. Llámame si se te ocurre algo más, ¿de acuerdo? —Gansey colgó—. ¿Qué le ocurre? —preguntó vacilante, como si no estuviera seguro de si le pasaba algo concreto o si la niña era siempre así.

—No quiere entrar en el bosque —explicó Ronan.

Luego, sin ceremonia alguna, se inclinó, alzó en vilo a la niña y echó a andar con ella hacia la linde del bosque. Ahora que sus flacas piernecillas colgaban sobre uno de los brazos de Ronan, era evidente que estaban rematadas por sendas delicadas pezuñas.

Adam vio por el rabillo del ojo cómo Blue se llevaba una mano a la boca y la dejaba caer de inmediato.

—Ay, Ronan… —musitó, en el mismo tono en que podría haber susurrado: «Ay, madre…».

Porque era imposible. Aquella criatura soñada era una niña y al tiempo no lo era; era una huérfana, pero ellos no eran padres. Adam no se sentía con derecho para juzgar a Ronan por la grandeza de sus sueños; al fin y al cabo, también él manejaba una magia que no acababa de comprender. En los últimos tiempos, parecía que todos tuvieran las manos extendidas hacia el cielo con la esperanza de atrapar algún cometa. La única diferencia era que el indómito y expansivo universo de Ronan Lynch estaba contenido en su cabeza.

—*Excelsior* —dijo Gansey.

Todos siguieron a Ronan hasta el interior del bosque.

Ya dentro, oyeron los murmullos de Cabeswater: bisbiseaban desde los ancianos árboles otoñales y se hundían en los peñascos musgosos. Aquel lugar significaba algo diferente para cada uno de ellos. Adam, el guardián del bosque, se había comprometido a ser sus manos y sus ojos. El poder amplificador de Blue estaba conectado a Cabeswater, de algún modo. Ronan, el Greywaren, había estado allí mucho antes que cualquiera de los demás, tanto tiempo antes como para dejar frases escritas con su letra en una roca. Gansey se limitaba a profesarle un amor temeroso, sobrecogido, reverencial.

Sobre ellos, los árboles susurraban primero en una lengua secreta, luego en latín y luego en una mezcla corrupta de las dos cosas, con palabras inglesas intercaladas. Cuando ellos habían llegado al bosque, los árboles aún no hablaban nada de inglés, pero ahora estaban aprendiendo. Y rápido… Adam estaba convencido de que bajo aquella evolución lingüística se escondía algún secreto. ¿De verdad habían sido ellos los primeros hablantes de inglés que habían hallado aquellos árboles? Y, si no era así, ¿por qué solo habían empezado ahora a hablar ese idioma? ¿Y por qué hablaban antes latín?

Le daba la sensación de que estaba a punto de distinguir la verdad que se escondía tras aquel acertijo.

—*Salve* —saludó Gansey a los árboles, tan cortés como siempre.

Blue estiró un brazo para rozar una rama; a ella no le hacían falta palabras para saludarlos.

«Hola», murmuró el follaje en respuesta, y las hojas se estremecieron bajo las yemas de los dedos de Blue.

—¿Adam? —preguntó Gansey.

—Dame un segundo.

Todos aguardaron a que Adam se orientase. Dado que el tiempo y el espacio eran flexibles en la línea ley, era perfectamente posible salir del bosque en un tiempo y un lugar muy diferentes a los de la entrada. Al principio, aquel fenómeno les había parecido caprichoso. Pero poco a poco, a medida que Adam ajustaba su sensibilidad a la de la línea ley, empezaron a darse cuenta de que seguía unas reglas. Eso sí, las reglas no eran lineales, como cabría esperar en el mundo real. Se parecían más a respirar: contener el aliento, acelerar o calmar la respiración, sincronizar el aliento con el de otra persona… Moverse a través de Cabeswater equivalía a orientarse con los patrones de respiración existentes; era posible desplazarse con el bosque y no contra él, avanzando hasta recuperar un tiempo y lugar que se hubieran dejado atrás.

Adam cerró los ojos y permitió que la línea ley se apoderase de su corazón durante unos latidos. Al acabar, sabía en qué dirección corría bajo sus pies, y era consciente de que se cruzaba con otra línea a varias millas a su izquierda y con otras dos hacia la derecha. Levantó el rostro hacia el cielo. Sintió el pinchazo de las estrellas que brillaban sobre él y notó cómo estaba orientado con relación a ellas. En su interior, Cabeswater desplegó un manojo de enredaderas cautelosas, aguardando a ver cómo reaccionaba él, evitando forzar sus límites, como hacía el bosque desde hacía algún tiempo. Lentamente, Cabeswater usó la mente y los ojos de Adam para examinar el terreno a su alrededor, ahondando en busca de cursos de agua y piedras que le proporcionaran puntos de referencia.

Adam cultivaba muchas habilidades diferentes, lo que lo hacía ser bueno en muchas cosas. Aquello, sin embargo… No sabía ni siquiera cómo llamarlo. Videncia, sensibilidad, magia, magia, magia. No solo era bueno haciéndola, sino que la anhelaba, la deseaba, la amaba de un modo que casi lo abrumaba de gratitud. Hasta entonces no estaba seguro de saber amar de verdad. Gansey y él se habían peleado por esa razón, tiempo atrás; Gansey, disgustado, le había pedido que dejara de calificarlo de privilegio, porque el amor no podía ser un privilegio. Pero Gansey siempre había tenido amor a su alcance, siempre había sido capaz de amar. Cuando Adam descubrió por fin ese sentimiento en su interior, supo aún con mayor certeza que estaba en lo cierto: el amor era un privilegio. Y ahora que gozaba de él, se negaba a renunciar. Quería recordar una y otra vez la sensación que producía amar.

Aprovechando que los sentidos de Adam estaban completamente receptivos, Cabeswater intentó torpemente comunicarse con su mago humano. Tomó sus memorias, las volteó y las puso del revés, reconstruyéndolas en el lenguaje jeroglífico de los sueños: una seta en un árbol; Blue trastabillando en su prisa por alejarse de él; una costra de sangre seca en su muñeca; el rincón de la piel en el que Adam sabía que se escondía el ceño de Ronan, justo bajo sus cejas; una serpiente deslizándose bajo la

superficie terrosa de un lago; el pulgar de Gansey en su labio inferior; el pico de Sierra abierto y un gusano saliendo de él, en lugar de entrar.

—Adam —preguntó Blue.

Él se alejó de sus pensamientos.

—Sí, sí. Estoy listo.

Todos prosiguieron el camino. Era difícil saber cuánto tardarían en llegar al sitio en el que vivía la madre de Ronan. A veces se tardaba un instante en alcanzarlo; otras, horas, como repetía una y otra vez Ronan mientras acarreaba a la niña. Trató de convencerla de que caminase por sí sola, pero ella volvió a derrumbarse en el suelo del bosque como si careciera de huesos. Esta vez, Ronan no se molestó en discutir más con ella; se limitó a alzarla de nuevo en vilo, con las facciones fruncidas por el enojo.

La niña huérfana debió de darse cuenta de que estaba abusando de la paciencia de Ronan, porque de pronto, mientras él caminaba a zancadas bruscas, abrió la boca y dejó escapar una nota sostenida, entrechocando las pezuñas al compás de los pasos. Un segundo más tarde, un pájaro contestó desde el follaje, trinando en una nota tres tonos más alta que la de la niña. Ella subió una nota, y otro pájaro oculto entre las ramas hizo la segunda voz. La voz de la niña volvió a subir, y un tercer pájaro respondió. Las voces de los cuatro ondularon unas alrededor de otras hasta tejer una canción en torno a los visitantes del bosque, una tonadilla sincopada hecha de la voz de una niña y los trinos de tres pájaros que tal vez no existieran.

Ronan miró a la niña con expresión ceñuda, pero era obvio lo que escondía su entrecejo. La forma en que sus brazos la abrazaban era pura protección.

Adam veía claramente lo bien que se conocían Ronan y la niña. Aquella no era una criatura cualquiera, nacida de un sueño entrecortado. No; Ronan y ella transitaban por los desgastados surcos emocionales de dos hermanos. Ella sabía cómo manejar el tormentoso humor de él, y él parecía saber hasta qué punto podía permitirse ser gruñón con ella. Eran amigos, aunque ni siquiera los amigos soñados de Ronan tuvieran un carácter fácil.

La niña huérfana siguió graznando su parte de la canción, y pronto se hizo evidente que aquella tonadilla estridente estaba suavizando el ánimo de Gansey tanto como el de Ronan, haciéndole olvidar la discusión mantenida en el coche. Gansey alzó los brazos sobre su cabeza y los movió al compás de la música como un director de orquesta, extendiéndolos hacia las hojas otoñales que caían alrededor de él. Cada jirón rizado y castaño que rozaba con los dedos se transmutaba en un pececillo dorado que echaba a nadar por el aire. Cabeswater, atento a su intención, hizo flotar más hojas secas hacia él. Pronto, un torrente de peces —un banco, un cardumen— lo rodeó, inquieto, irisado y resplandeciente bajo los rayos de luz que rebotaban en las escamas.

—Siempre estás con esto de los peces —protestó Blue, pero se echó a reír cuando los animalillos le rodearon la garganta y las manos haciéndole cosquillas.

Gansey la miró brevemente y luego apartó la vista, buscando una nueva hoja que añadir a su séquito. El gozo del momento parecía resplandecer entre los dos; tanto Gansey como Blue profesaban un amor puro y simple por la magia de aquel lugar.

Ellos dos aún podían tomarse las cosas con ligereza.

Cabeswater presionó ligeramente los pensamientos de Adam, reclamando una docena de buenos recuerdos ocurridos a lo largo del año anterior. En realidad, no podían ser más que del año anterior; el propio Cabeswater habría tenido dificultades para conjurar alguna escena feliz ocurrida a Adam antes de que conociera a Gansey y a Ronan. Al notar que Adam se resistía aun así, Cabeswater empezó a lanzar imágenes de él a través de su mente: Adam, tal como lo veían los demás. Su discreta sonrisa, sus carcajadas sorprendidas, sus dedos estirados hacia el sol… Aunque Cabeswater no acababa de entender a los humanos, estaba aprendiendo. «Felicidad», insistía. «Felicidad».

Adam cedió. Mientras seguían caminando, con la niña huérfana canturreando su tonada y los peces volando veloces a su alrededor, reunió su intención y la lanzó al exterior.

El grave bramido lo sorprendió incluso a él. Pudo percibirlo con un oído, y su vibración le cosquilleó en los pies. Los demás volvieron a sobresaltarse al oír una nueva nota envolvente y profunda al inicio del siguiente compás. Cuando sonó la tercera, todos se dieron cuenta de que acompañaba a la canción de la niña. Cada uno de los árboles junto a los que pasaban emitía una vibración electrónica, hasta que el bosque resonó a su alrededor con el bajo sincopado que siempre salía de los auriculares o los altavoces del coche de Ronan.

—Por Dios… —gimió Gansey entre risas—. ¿También tenemos que soportar esto aquí? ¡Ronan!

—No he sido yo —replicó este.

Se volvió hacia Blue, quien se encogió de hombros. Luego su mirada se encontró con la de Adam. Cuando la boca de este se frunció en una mueca jovial, el rostro de Ronan pareció serenarse por un momento, para adoptar de inmediato la sonrisa que solía reservar para las trastadas de Matthew. Adam notó que lo invadía una oleada de orgullo y nervios. Estaba patinando al borde del abismo. Hacer que Ronan Lynch sonriera era una hazaña tan peligrosa como cerrar un trato con Cabeswater. Ninguno de los dos era una fuerza que conviniera tomarse a la ligera.

La voz de la niña huérfana se interrumpió bruscamente. Al principio, Adam pensó que la criatura había percibido su cambio de ánimo, de algún modo. Sin embargo, se dio cuenta enseguida de lo que ocurría: habían llegado a la rosaleda.

El claro en el que vivía Aurora Lynch estaba rodeado en tres de sus lados por arbustos, enredaderas y árboles cuajados de rosas exuberantes. Las flores alfombraban el suelo y trepaban por el cuarto lado, una pared rocosa excavada en el costado de una montaña. El aire estaba traspasado de rayos de sol, como si la luz penetrara en una masa de agua, y en él flotaban perezosamente pétalos sueltos.

Todo allí era de un suave color rosado, de un blanco tierno, de un amarillo resplandeciente.

Si todo Cabeswater era un sueño, la rosaleda era un sueño dentro de él.

—Tal vez la niña le haga compañía a Aurora —dijo Gansey, observando cómo el último de sus peces volaba fuera del claro.

—No creo que puedas entregarle una niña sin más y esperar que la acepte encantada —replicó Blue—. No es un gato, ¿sabes?

Gansey abrió la boca, y Adam supo que de ella estaba a punto de salir un comentario casi ofensivo. Sus ojos se encontraron con los de Gansey, y este cerró los labios. El momento de incomodidad había pasado.

Sin embargo, Gansey no iba del todo desencaminado. Aurora había sido creada para amar; y eso era lo que hacía, de un modo específico para cada uno de los receptores de su afecto. De modo que abrazaba a Matthew, su hijo menor; preguntaba a Gansey sobre personajes famosos de la historia; le regalaba a Blue flores extrañas que encontraba en el curso de sus paseos, y permitía que Ronan le enseñase lo que había soñado o hecho durante la semana anterior. A Adam, sin embargo, le preguntaba cosas del estilo de: «¿Cómo puedes saber que el color al que tú llamas amarillo es el mismo al que llamo yo amarillo?», y escuchaba atentamente las elucubraciones con las que él le respondía. A veces, Adam trataba de empujarla a deducir por sí misma; pero lo que le gustaba a Aurora no era tanto pensar como disfrutar de la alegría que les producía hacerlo a otras personas.

De modo que, en el fondo, todos sabían cómo acogería a la niña huérfana. Cosa muy distinta, sin embargo, era la cuestión de si estaba bien darle a Aurora una persona más a la que amar.

—Mamá, ¿estás ahí? —preguntó Ronan.

La voz de Ronan sonaba distinta cuando se dirigía a su madre o a Matthew. Era Ronan al natural.

No: era Ronan sin coraza.

Su tono le recordó a Adam la sonrisa sincera de un momento atrás. «No juegues», se dijo.

Aunque, si era sincero consigo mismo, debía reconocer que aquello no le parecía ningún juego. La adrenalina susurraba en su corazón.

Aurora Lynch apareció en el claro.

No es que emergiera de la zona en la que dormía, ni del camino por el que ellos habían llegado. Lo que hizo fue aparecer entre la cortina de rosas que ocultaba la pared rocosa. Por imposible que fuera ver brotar a una mujer entre flores y piedra, eso fue lo que hizo Aurora. Su dorada cabellera caía en cascada alrededor de su rostro, entrelazada con rosas tiernas y adornada con perlas. Por un breve instante, fue al mismo tiempo rosas y mujer, y al momento siguiente era Aurora. Cabeswater reservaba para Aurora Lynch un trato diferente al que les deparaba al resto de ellos; al fin y al cabo, ellos eran humanos, y Aurora era una criatura de sueño. Ellos iban allí a pasar el rato; para Aurora, aquel era su hogar.

—Ronan —dijo Aurora, con la felicidad sincera que constituía su estado de ánimo habitual—. ¿Dónde está mi Matthew?

—Jugando al lacrosse u otra estupidez así —contestó él—. Una de esas cosas que hacen sudar.

—¿Y Declan?

Se hizo una pausa que duró una respiración de más.

—Trabajando —mintió Ronan.

Todos los presentes miraron a Ronan.

—Ah, vaya. Siempre ha sido tan hacendoso… —dijo Aurora, y luego se volvió para mirar a Adam, Blue y Gansey y saludarlos con la mano—. ¿Ya has encontrado a ese rey, Gansey?

—No —contestó él.

—Ah, vaya —repitió Aurora.

Se acercó a Ronan, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó su pálida mejilla en la pálida mejilla de él, tan poco sorprendida como si su hijo llevara en brazos una bolsa de comestibles y no una extraña criaturilla.

—¿Qué me has traído esta vez, hijo? —le preguntó.

Ronan dejó sin contemplaciones a la niña en el suelo, y ella, casi perdida en el enorme jersey, se acurrucó alrededor de las piernas de él.

—¡Quiero marcharme! —lloriqueó en un inglés teñido de un acento extraño.

—Y yo quiero volver a sentir mi brazo derecho —replicó Ronan.

—¡*Amabo te*, Greywaren! —insistió ella—: «Por favor, Greywaren».

—Levántate, ¿quieres? —resopló él.

La ayudó a incorporarse agarrándola de la mano y ella se quedó en pie a su lado, tiesa como un palo, con sus pezuñas pardas y perfectas un poco separadas. Aurora se arrodilló para mirarla directamente a la cara.

—Qué bonita eres… —exclamó.

La niña no miró a Aurora. Parecía petrificada.

—Mira, una flor del mismo color que tus preciosos ojos… ¿Quieres sostenerla? —dijo Aurora, mostrándole a la niña una rosa en la palma de la mano.

Era cierto: el color de sus pétalos era el mismo que el de los ojos de la niña, un azul mate y tormentoso. No existían las rosas de aquel color, pero aquella estaba allí.

La niña ni siquiera volvió el rostro hacia la flor. Sus ojos estaban clavados en algún punto más allá de la cabeza de Adam, con una expresión que podía ser de indiferencia o de aburrimiento. De pronto, Adam reconoció su mueca. En las facciones de la niña no había rastro de ira ni terquedad. Aquello no era una rabieta.

Adam se había sentido igual que ella, acurrucado junto a los muebles de la cocina, mirando fijamente la lámpara que había al otro lado de la sala mientras su padre le salpicaba la oreja de saliva al chillar. Podía reconocer aquel tipo de miedo a primera vista.

No soportaba seguir mirando a la niña.

Levantó la vista hacia las ramas medio desnudas por el otoño, mientras Ronan y su madre dialogaban en voz baja. De pronto, increíblemente, el teléfono de Gansey sonó, y este se lo sacó del bolsillo para mirarlo.

Cabeswater trataba de captar la atención de Adam. Blue formaba una línea de pétalos marchitos a lo largo de su brazo. Los grandes árboles que circundaban el claro les susurraban sin cesar frases en latín.

—No, mamá —dijo Ronan en voz alta, con un tono repentinamente impaciente que captó la atención de los demás—. Esto no es lo mismo de otras veces; esto ha sido un accidente.

Aurora lo observó, con una expresión de incredulidad benevolente que claramente estaba irritando a su hijo mediano.

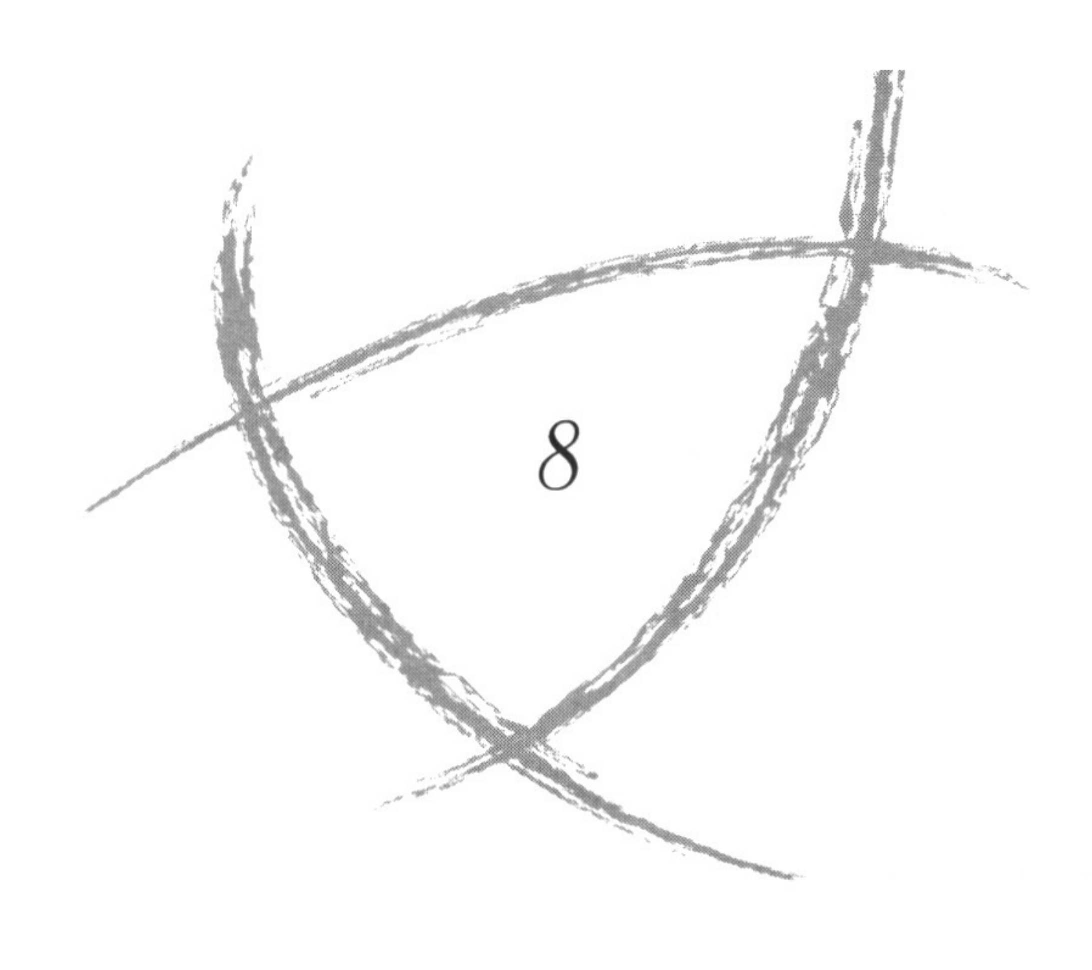
—Te digo que fue un accidente —repitió él, a pesar de que Aurora no había dicho nada—. Tuve una pesadilla, y en ella había algo… distinto.

—¿En qué sentido? —intervino Blue.

—Era algo muy muy jodido, una cosa negra que me dio una sensación extraña —Ronan apartó la mirada y examinó los árboles con el ceño fruncido, como si ellos pudieran ofrecerle las palabras que lo eludían—. Era algo… deteriorado. Corrompido.

Sus palabras los afectaron a todos. Blue y Gansey cruzaron una mirada, como si aquello fuera la continuación de un diálogo ya empezado. Adam recordó las inquietantes imágenes que Cabeswater le había mostrado al internarse en él. La dorada expresión de Aurora se empañó. Los miró a todos por un momento y luego dijo:

—Creo que debería enseñaros algo.



Para disgusto de Gansey, su teléfono no había perdido la señal.

Normalmente, la energía del bosque interfería en las ondas telefónicas. Aquel día, sin embargo, mientras Gansey subía y luego bajaba por la ladera de una colina, el móvil no hacía más que vibrar con mensajes sobre el evento de recaudación de fondos que iba a celebrarse en Aglionby.

Los mensajes de su madre parecían dosieres oficiales:

Aunque el señor Child también dice que vamos muy justos de tiempo, por suerte, mi equipo tiene ya la práctica suficiente para montar el evento con rapidez. Va a ser maravilloso colaborar en esto contigo y con tu colegio…

Los mensajes de su padre eran joviales, de hombre a hombre:

El dinero no es problema; lo importante es hacerlo y punto. Lo que queremos no es recaudar fondos, sino pasar un buen rato.

Los de su hermana Helen iban directamente a los detalles importantes:

Dime cómo pueden despellejar los periodistas a tus amigos de clase para que pueda ir limitando los daños desde ya.

Gansey esperaba que la cobertura se acabase en cualquier instante, pero los mensajes seguían llegando. Lo cual provocaba situaciones como recibir una consulta sobre la disponibilidad de plazas hoteleras en Henrietta para los invitados al evento, mientras observaba de reojo un árbol mágico que exudaba una sustancia negra de aspecto ponzoñoso.

«Greywaren», susurró una voz desde las ramas más distantes. «Greywaren».

El líquido perlaba la corteza del árbol como si fuera sudor, y se acumulaba en la base formando una cascada lenta y viscosa.

Todos lo miraban asombrados salvo la extraña niña, que tenía el rostro enterrado en el costado de Ronan. A Gansey le habría gustado imitarla; mirar directamente lo que le ocurría a aquel árbol resultaba… difícil.

Gansey nunca se había parado a pensar en la escasez de cosas netamente negras en la naturaleza, hasta ver aquella savia alquitranada. La tiniebla líquida que destilaba del tronco parecía venenosa, artificial.

El teléfono de Gansey volvió a vibrar.

—Eh, Gansey, ¿está impidiendo este árbol enfermo que te dediques a las redes sociales? —preguntó Ronan.

En realidad, eran las redes sociales las que estaban impidiendo que Gansey prestara la atención debida al árbol enfermo. Para él, Cabeswater era un refugio; la irrupción de mensajes de texto allí parecía tan ajena y fuera de lugar como la oscuridad que emanaba de las ramas.

—¿Es el único árbol al que le pasa esto? —preguntó mientras apagaba el teléfono.

—Es el único que he encontrado en mis paseos —contestó Aurora; aunque su expresión era tan serena como de costumbre, no dejaba de atusarse la melena con una mano.

—Sea lo que sea, lo está dañando —dijo Blue, levantando la cara para observar las hojas arrugadas y marchitas.

Aquel árbol oscuro era la antítesis de Cabeswater. Cuanto más tiempo pasaba Gansey en el bosque, más lo reverenciaba; cuanto más miraba aquella savia negra, más horrorizado se sentía.

—¿Tiene algún efecto? —preguntó.

Aurora inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿A qué te refieres? ¿A otros efectos, además de los evidentes?

—No sé… —murmuró Gansey—. No sé a qué me refiero. ¿Es… es solo una enfermedad repugnante, o es algo mágico?

Aurora se encogió de hombros; su estrategia para resolver problemas consistía en encontrar a alguien que los resolviera. Mientras Gansey rodeaba el árbol en un intento de sentirse útil, vio que Adam se acuclillaba frente a la niña huérfana y empezaba a

desabrocharse la correa del reloj. Ella siguió impasible, mirando a la lejanía. Adam le dio un suave toque en el dorso de la mano, lo justo para hacerle notar el regalo que le ofrecía. Gansey observó a la niña, esperando que lo ignorase o rechazase el obsequio como había hecho con la rosa de Aurora. La criatura, sin embargo, aceptó el reloj sin vacilar y empezó a darle cuerda con gran concentración, mientras Adam la observaba un momento más con expresión pensativa.

Gansey se acercó a Ronan, que continuaba de pie frente al tronco. De tan cerca, la oscuridad líquida parecía vibrar por la pura ausencia de sonido. Ronan le dijo algo en latín al árbol, pero no obtuvo ninguna respuesta audible.

—No parece tener voz —dijo Aurora—. Resulta muy peculiar… No hago más que regresar aquí una y otra vez, a pesar de que no es mi intención hacerlo.

—Me recuerda a Noah —observó Blue—. Deteriorado.

La melancolía que transpiraba su voz hizo que, de pronto, Gansey comprendiera todo lo que Blue y él perdían por mantener su relación en secreto. Blue irradiaba energía psíquica para quienes la rodeaban, pero necesitaba el contacto físico para recobrarla. Por eso a menudo abrazaba a su madre, agarraba la mano de Noah, enlazaba su brazo con el de Adam o apoyaba las botas en las piernas de Ronan cuando se sentaban en el sofá. O rozaba la nuca de Gansey, justo entre la línea del cabello y el cuello de la camisa… La preocupación que respiraba su tono pedía dedos entrelazados, un brazo apoyado en el hombro, una mejilla apoyada en el pecho de Gansey.

Pero como este era demasiado cobarde para confesarle a Adam que se había enamorado de ella, Blue tenía que quedarse allí de pie, sola con su tristeza.

Aurora la tomó de la mano.

Gansey notó que lo inundaba una vergüenza tan negra como la savia del árbol.

«¿De verdad quieres pasar así el resto de tu vida?».

Un movimiento repentino entre los árboles distrajo la atención de Gansey.

—Oh —jadeó Blue.

Tres figuras, tan familiares como imposibles.

Eran tres mujeres con el rostro de Blue, o algo semejante. En realidad, sus facciones no eran las mismas que las de Blue, sino las que alguien podría figurarse al recordar su cara. Quizá la diferencia no habría sido tan obvia si Blue no hubiera estado allí, con ellos. Blue era la realidad; ellas, el sueño.

Se acercaban, también, de la forma en que lo hacen los sueños. ¿Caminaban? Gansey era incapaz de recordarlo, a pesar de que lo estaba presenciando en ese mismo instante. Se aproximaban, eso era todo lo que sabía. Las tres tenían las manos extendidas a los lados de la cara. Sus palmas eran rojas.

—Dejad paso —dijeron al unísono.

Ronan lanzó una rápida mirada a Gansey.

—Dejad paso al Rey Cuervo —añadieron las mujeres.

La niña huérfana se echó a llorar.

—¿Nos está queriendo decir algo Cabeswater? —preguntó Gansey en voz baja.

Las tres figuras se acercaban. Sus sombras eran negras, y los helechos que caían bajo ellas se marchitaban y morían.

—Es una pesadilla —contestó Adam, que se agarraba la muñeca izquierda con la mano derecha como si quisiera tomarse el pulso—. Mía. No era mi intención pensar en ellas… Cabeswater, llévatelas.

Las sombras se estiraron hacia la negra sustancia del árbol, claramente emparentadas con ella. El líquido burbujeó y brotó con más abundancia. Sobre el grupo gimió una rama.

—Abrid paso —repitieron las mujeres.

—¡Haced que se vayan! —lloriqueó la niña huérfana.

—Cabeswater, *dissolvere* —dijo Ronan.

Aurora se había colocado delante de él en un gesto de protección; en aquel momento, no había nada inconcreto en ella.

Las tres figuras estaban aún más cerca, aunque Gansey había vuelto a pasar por alto su avance. Estaban lejos en un momento y cerca en el siguiente. Ahora Gansey percibió un olor a podredumbre; no era un aroma dulzón a plantas o comida estropeadas, sino el tufo almizclado de la carroña.

Blue se apartó bruscamente de la trayectoria de las mujeres. Gansey pensó que lo hacía por miedo, pero enseguida se dio cuenta de que solo quería acercarse a él para agarrarle la mano.

—Sí —exclamó Adam, comprendiendo antes que Gansey lo que se proponía Blue —. Dilo, Gansey.

«Dilo». Querían que les dijera a las mujeres que se marcharan, que se lo dijera de verdad. En la cueva de los huesos, Gansey había ordenado a los esqueletos que despertasen, y los esqueletos le habían obedecido. Había usado la energía de Blue y su propia intención para pronunciar una orden imposible de ignorar. Pero Gansey no comprendía por qué aquello había funcionado; para él era un misterio que Adam, Ronan o Blue pudieran manejar a voluntad sus capacidades mágicas, cuando a él las suyas le parecían un misterio.

—Abrid paso al Rey Cuervo —repitieron las mujeres.

De pronto estaban a un paso de él. Tres falsas Blues, frente a Blue y a Gansey.

Para asombro de Gansey, en la mano libre de Blue apareció una navaja de resorte. Supo que Blue no dudaría en usarla; al fin y al cabo, ya había herido a Adam con ella

en una ocasión. Sin embargo, Gansey dudaba mucho que el arma sirviera de algo contra las tres pesadillas que se erguían ante ellos.

Recorrió con la mirada los negros ojos de las mujeres e, imbuyendo su voz de toda la certidumbre que encontró dentro de sí, dijo:

—Cabeswater, aleja el peligro.

Las tres mujeres se disolvieron en gotas de lluvia.

El agua salpicó la ropa de Blue y el jersey de Gansey, y luego se coló rápidamente en la tierra. Blue dejó caer la cabeza y soltó un suspiro leve y musical.

Las palabras de Gansey habían vuelto a funcionar, pero él seguía sin saber por qué ni cómo debía usar aquella habilidad. Sabía que Glendower controlaba el clima con su voz y que hablaba con los pájaros; por eso se aferraba a la posibilidad de que su rey, cuando al fin despertase, le explicaría los recovecos de su propio interior.

—Lo siento —dijo Adam—. Me he portado como un estúpido. No estaba atento a lo que hacía, y creo que este árbol lo ha… lo ha intensificado.

—Tal vez haya sido yo también —repuso Blue.

Gansey se volvió hacia ella. Estaba contemplando sus hombros humedecidos por la lluvia, con una expresión tan horrorizada que Gansey se los miró de reojo para asegurarse de que la lluvia no había corroído la lana del jersey.

—¿Podríamos alejarnos ya? —añadió Blue.

—Me parece buena idea —aprobó Aurora con un tono más pragmático que preocupado.

A Gansey se le ocurrió que, para una criatura de sueño, encontrarse con una pesadilla tal vez fuera un encuentro desagradable, pero no especialmente espeluznante.

—No deberías acercarte al árbol —le aconsejó Ronan a su madre.

—Es él quien me encuentra —replicó ella.

—*Operae pretium est* —dijo la niña huérfana.

—No te pongas estupenda, que ya no estamos en un sueño —le espetó Ronan—. Habla en inglés.

La niña se quedó callada, ignorando su orden. Aurora se inclinó hacia ella y le dio una palmadita en la cabeza cubierta por el gorro blanco.

—Será mi pequeña ayudante —dijo—. Vamos, os acompañaré a la linde.

Aurora caminó con ellos hasta llegar al coche; aunque estaba fuera de los límites del bosque, la madre de Ronan no se aletargaba en el instante en que salía de él. A diferencia de las criaturas soñadas por Kavinsky, que cayeron dormidas en el preciso momento en que él murió, la esposa de Niall Lynch siempre atesoraba un poco de tiempo propio. Tras la muerte de Niall había logrado permanecer tres días despierta, y en otra ocasión había resistido una hora fuera de Cabeswater. Al final, sin embargo, el sueño siempre necesitaba a su soñador.

Fuera del bosque, Aurora tenía un aspecto aún más onírico: una visión salida de un sueño, que se paseaba por el mundo de la vigilia cubierta de flores y de luz.

—Dile a Matthew que lo quiero mucho —le pidió a Ronan mientras lo abrazaba —. Me ha encantado volver a veros a todos.

—Quédate con ella —le ordenó Ronan a la niña huérfana, quien le contestó con una imprecación—. Eh, cuidado con lo que dices delante de mi madre —la regañó.

La niña dijo algo más en un susurro apurado y musical.

—No puedo entender eso cuando estoy despierto —estalló Ronan—. Tienes que hablarme en inglés o en latín. Querías salir, ¿no? Bueno, pues ya estás fuera. Y las cosas aquí son diferentes.

Aurora y Adam se volvieron hacia él, preocupados por su tono.

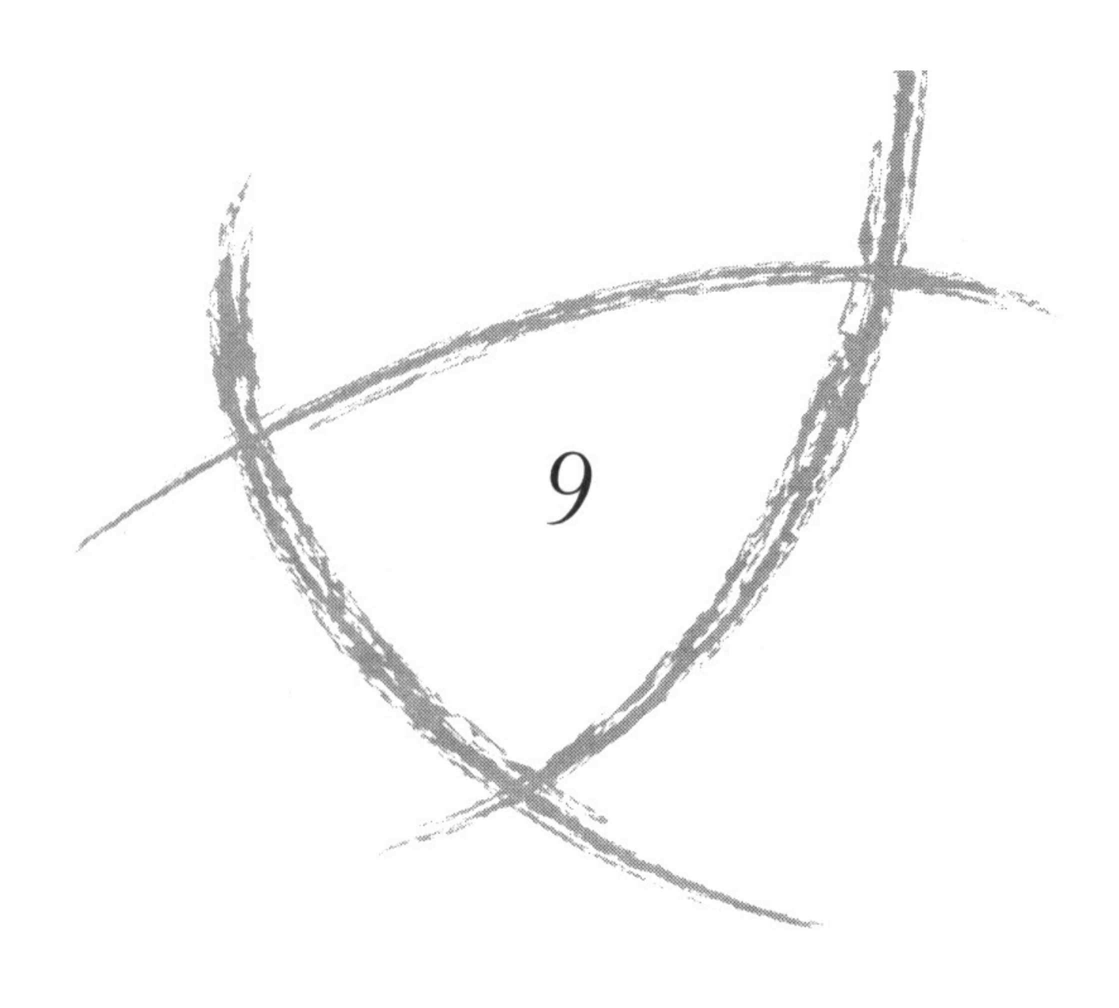
—No te pongas triste, Ronan —dijo ella. Su hijo apartó la mirada, rígido y furioso.

Aurora extendió los brazos y giró sobre sí misma.

—Va a llover —comentó y, sin más, cayó blandamente de rodillas.

Ronan, aún ceñudo y muy real, cerró los ojos.

—Te ayudaré a llevarla dentro —se ofreció Gansey.



En el momento en que Blue llegó a casa desde Cabeswater, se metió de cabeza en un problema más. Tras bajar del coche, entró en la cocina a grandes zancadas y comenzó a interrogar sin ningún éxito a Artemus, que seguía refugiado tras la puerta de la despensa. Al comprobar que él se negaba a responder a sus razonables preguntas sobre mujeres con manos sangrientas y con la misma cara que ella, o sobre el posible paradero de Glendower, Blue se impacientó y empezó a chillar y a aporrear la puerta. En su corazón solo había sitio para los hombros de Gansey, salpicados por la lluvia —llevaba puesto el jersey de Aglionby, exactamente igual que en la visión del camino de los espíritus—, y su cabeza estaba rebosante de rabia por la sospecha de que Artemus sabía más de aquello de lo que reconocía.

Gwenllian, encantada, observaba los acontecimientos encaramada en la encimera.

—¡Blue! —llamó su madre desde algún lugar de la casa—. ¡Bluuuueeeee! ¿Por qué no vienes a charlar con nosotras un momentito?

Al oír su tono dulzón, Blue se dio cuenta de que se había pasado. Dejó caer el puño con el que estaba golpeando la puerta y empezó a subir las escaleras. La voz de

Maura parecía venir del único cuarto de baño de la casa.

Cuando entró, Blue descubrió que su madre, Cala y Orla estaban sentadas en la bañera llena de agua, las tres tan vestidas como empapadas. Jimi, por su parte, se había acomodado sobre la tapa del retrete y las miraba, con una vela encendida entre las manos. Las cuatro parecían haber llorado, pero ninguna lo hacía ya.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blue, notando que la garganta le escocía; tal vez sus gritos hubieran sido algo más fuertes de lo que pretendía.

Su madre le lanzó una mirada de una autoridad sorprendente, teniendo en cuenta su posición.

—¿A ti te gustaría que alguien empezara a aporrear la puerta de tu dormitorio ordenándote que salieras?

—Una despensa no es lo mismo que un dormitorio —replicó Blue—. Eso, para empezar.

—Las últimas décadas han sido muy estresantes para él —arguyó Maura.

—Los últimos siglos han sido muy estresantes para Gwenllian, ¡y al menos está sentada en la encimera de la cocina!

—Querida —intervino Jimi—, no puedes comparar la resiliencia de una persona con la de otra.

Cala soltó un bufido desdeñoso.

—¿Es por eso por lo que os habéis metido todas en la bañera? —preguntó Blue.

—No seas sarcástica, hija —protestó Maura—. Estábamos tratando de contactar con Persephone. Antes de que preguntes, te diré que no lo hemos conseguido. Y ya que estamos hablando de cometer tonterías, ¿podrías decirme dónde te habías metido? Que te expulsen temporalmente del instituto no es lo mismo que estar de vacaciones, ¿sabes?

—¡No estaba de vacaciones! —se encendió Blue—. Ronan sacó de un sueño a su ser infantil, o algo así, y tuvimos que llevar la criatura al bosque para que la cuide su madre. Mientras estábamos allí, vimos a las tres mujeres del tapiz del que te hablé y un árbol con una enfermedad siniestra, ¡y Gansey podría haberse muerto y yo habría estado allí, junto a él!

Las cuatro videntes la miraron con lástima, y eso encendió todavía más a Blue.

—Quiero avisarle —dijo.

Se hizo el silencio.

Blue no sabía qué quería decir aquello hasta que las palabras salieron de su boca. Ahora ya estaba dicho, de modo que prosiguió.

—Sé que vosotras opináis que saberlo le arruinaría la vida y no ayudaría a salvarlo. Lo entiendo. Pero esto es diferente: vamos a encontrar a Glendower, y cuando lo

hagamos, le pediremos que salve la vida de Gansey. De modo que necesitamos que Gansey viva hasta entonces, ¡y para eso tiene que dejar de meterse en la boca del lobo!

La frágil esperanza que aún conservaba no habría podido resistir una nueva mirada de pena. Por fortuna, en esta ocasión las cuatro mujeres reaccionaron de manera distinta. Se miraron entre sí como si se estuvieran consultando tácitamente. Blue no hubiera sabido decir si estaban tomando la decisión de manera natural o con medios psíquicos.

Maura se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo.

—¿De acuerdo?

—Sí, eso he dicho —repuso Maura, lanzando a Cala una última mirada a la que esta respondió encogiéndose de hombros—. Díselo.

Blue se dio cuenta de que había esperado una oposición mayor por su parte, porque ahora, al no encontrar resistencia, se sintió como si le hubieran retirado la silla cuando estaba a punto de sentarse.

Una cosa era informar a las mujeres de Fox Way de que iba a hablar a Gansey de su muerte; otra muy distinta era imaginarse diciéndoselo a él. Una vez lo hiciera, no habría vuelta atrás. Blue cerró los párpados con fuerza —«Sé razonable, cálmate»— y luego los abrió de nuevo.

La madre miró a la hija. La hija miró a la madre.

—Blue —dijo Maura, y Blue dejó escapar el aire y se encorvó.

Jimi apagó de un soplido la vela que sostenía y la dejó en el suelo. Luego rodeó con los brazos la cintura de Blue y tiró de ella para sentarla en sus rodillas, como hacía cuando Blue era pequeña. (En realidad, Blue aún era pequeña, de modo que habría que decir «cuando Blue era niña»). El retrete gimió bajo el peso de las dos.

—Al final vamos a romper este trasto —farfulló Blue, pero permitió que Jimi la abrazara y la refugiara en su amplio regazo.

Soltó un suspiro entrecortado cuando Jimi empezó a rascarle la espalda, murmurando suavemente para sí. Blue no podía comprender cómo aquel consuelo infantil podía resultarle al mismo tiempo tan consolador y tan sofocante. A pesar de que se alegraba de disfrutar de una calidez así, en el fondo deseaba estar en otro lugar, algún sitio donde no hubiera tantos lazos que la unieran a cada uno de los desafíos y las tristezas de su vida.

—Blue, te das cuenta de que no es malo que quieras marcharte de Henrietta, ¿verdad? —le preguntó su madre desde la bañera.

La pregunta respondía tan estrechamente a los pensamientos de Blue que, por un momento, dudó si Maura había recurrido a sus poderes de videncia o si simplemente

la conocía muy bien. Se encogió de hombros, notando cómo su espalda rozaba el torso de Jimi.

—Hum —masculló a modo de respuesta.

—No siempre es lo mismo que huir —intervino Jimi, y su profunda voz resonó en el pecho de Blue antes de llegar a sus oídos—. Me refiero a marcharse.

—No vamos a pensar que nos odias, aunque te vayas —añadió Cala.

—Es que no os odio.

—Ya lo sé —repuso Maura apartando de su pelo las manos de Orla, que pretendía trenzar su húmeda melena—. No puedes odiarnos, porque somos estupendas. Pero la diferencia entre un hogar cómodo y una cárcel cómoda puede ser muy pequeña. Nosotras elegimos Fox Way; Cala, Persephone y yo creamos este hogar. Para ti es solo una historia de origen, no tu destino final.

Por alguna razón, aquella muestra de sabiduría por parte de Maura enfadó a Blue.

—Di algo —intervino Orla.

Blue dudó; no sabía bien cómo expresar sus sensaciones, porque ni siquiera las identificaba del todo.

—Es que… Me parece un desperdicio tan grande haberme enamorado de todo ello…

Aquel «todo ello» era literal, e integraba muchas cosas: el 300 de Fox Way, los chicos, Jesse Dittley… Para ser una persona tan sensata, a Blue le parecía que tenía problemas con el amor.

—Y no me digáis que son experiencias valiosas para la vida —añadió en un tono erizado de peligros—. Ni se os ocurra.

—Yo me he enamorado de mucha gente —repuso Orla—. Y a mí sí que me parecen experiencias valiosas para la vida. De todos modos, te advertí hace mucho que esos chicos te dejarían atrás.

—Orla —estalló Cala mientras Blue se esforzaba por calmar su respiración—. A veces me horroriza pensar lo que puedes estar contando a tus pobres clientes por teléfono.

—Qué más da… —resopló Orla.

—Yo no iba a hablar de experiencias vitales —dijo Maura, lanzándole una mirada tormentosa a Orla por encima del hombro—. Lo que iba a decir es que, a veces, es bueno apartarse de las cosas. Y no tienen por qué ser despedidas definitivas; es posible marcharse para regresar más tarde.

Jimi acunó suavemente a Blue. La tapa del retrete crujió.

—No creo que pueda ir a ninguna de las universidades que me gustan —dijo Blue —. La orientadora cree que no será posible.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Maura—. No me refiero a los estudios, sino a la vida.

Blue se tragó la verdad y respiró hondo, porque estaba dispuesta a cambiar las crisis y los llantos por soluciones y estabilidad. Luego, más serena, dijo la verdad lenta y cuidadosamente, tratando de hacerla digerible:

—Lo que he querido siempre: conocer el mundo. Hacerlo mejor.

—¿Y estás segura de que ir a la universidad es la única forma de lograrlo? —repuso Maura, que también parecía estar escogiendo cuidadosamente sus palabras.

Aquella era una de las típicas preguntas imposibles que la orientadora escolar de Blue le planteaba tras examinar su situación financiera y académica. Sí, estaba segura. ¿Cómo iba a cambiar el mundo para mejor, si no averiguaba primero cómo hacerlo? ¿Y cómo iba a conseguir un trabajo que le diera el dinero suficiente para viajar a Haití, India o Eslovaquia, si no iba a la universidad?

Y entonces, de pronto, recordó que quien le acababa de preguntar aquello no era su orientadora, sino su madre. Y su madre era adivina.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó con una mirada sagaz—. ¿Qué me… me habéis visto hacer en el futuro?

—Viajar —respondió Maura—. Cambiar el mundo.

—Hemos visto árboles en tus ojos —añadió Cala en un tono mucho más suave de lo habitual—. Estrellas en tu corazón.

—¿Cómo? —insistió Blue.

Maura suspiró.

—Gansey se ha ofrecido a ayudarte, ¿verdad?

Para adivinar aquello no hacían falta poderes psíquicos; con conocer mínimamente a Gansey bastaba. Blue, enfadada, intentó levantarse, pero Jimi no se lo permitió.

—No pienso subirme al tren de la caridad de Gansey —dijo.

—No seas así —replicó Cala.

—¿Así? ¿Cómo?

—Así de amarga —dijo Maura. Hizo una pausa y añadió—: Solo quiero que consideres tu futuro como un mundo en el que todo es posible.

—¿Todo? —repitió Blue de inmediato—. ¿Por ejemplo, que Gansey no muera antes del próximo abril? ¿O que yo no mate a mi verdadero amor con un beso? ¿Eso entra dentro de las posibilidades?

Su madre guardó silencio durante un largo minuto. Blue se dio cuenta de que, en el fondo, aún esperaba oírle decir que ambas predicciones podían ser erróneas y que a Gansey no le ocurriría nada.

—Habrá vida después de que él muera —dijo Maura al fin—. Lo que tienes que pensar es qué harás tú entonces.

Blue ya llevaba un buen rato pensando en ello; de hecho, eso había sido lo que le había provocado la crisis de ansiedad.

—De todos modos —respondió— no pienso besarlo, así que no va a morirse de ese modo.

—Yo no creo en el concepto de amor verdadero —comentó Orla—. No es más que un constructo de nuestra sociedad monógama. Somos animales; nos apareamos entre la maleza.

—Muchas gracias por tu aportación, Orla —dijo Cala—. ¿Por qué no llamamos por teléfono a la predicción de Blue y se lo hacemos saber?

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Maura con expresión intrigada.

—Preferiría no estarlo.

—Tiene un montón de rasgos negativos en su carácter. Podría explicártelos, si quieres —ofreció Maura.

—Ya los conozco. Me los sé de memoria. De todos modos, todo esto es absurdo. Es cierto que el amor verdadero es un constructo. ¿Fue Artemus tu amor verdadero? ¿Lo es el Hombre de Gris? ¿Hace eso que el primero de los amores haya dejado de ser verdadero? ¿O es que solo hay una oportunidad y ya está?

Aunque Blue formuló la última pregunta en tono casi jocoso, en el fondo era la que más daño le hacía. Si ya le resultaba difícil aceptar la idea de que Gansey muriese, más difícil aún le resultaba imaginarlo muerto el tiempo suficiente para que ella se metiera alegremente en una relación con alguien a quien aún no había conocido. Lo único que quería era que Gansey y ella siguieran siendo amigos para siempre, y tal vez, algún día, tener un cierto trato carnal con él. Aquello le parecía una ambición de lo más sensata; y a Blue, que llevaba la vida entera tratando de comportarse con sensatez, la enfurecía tener que renunciar a algo tan natural.

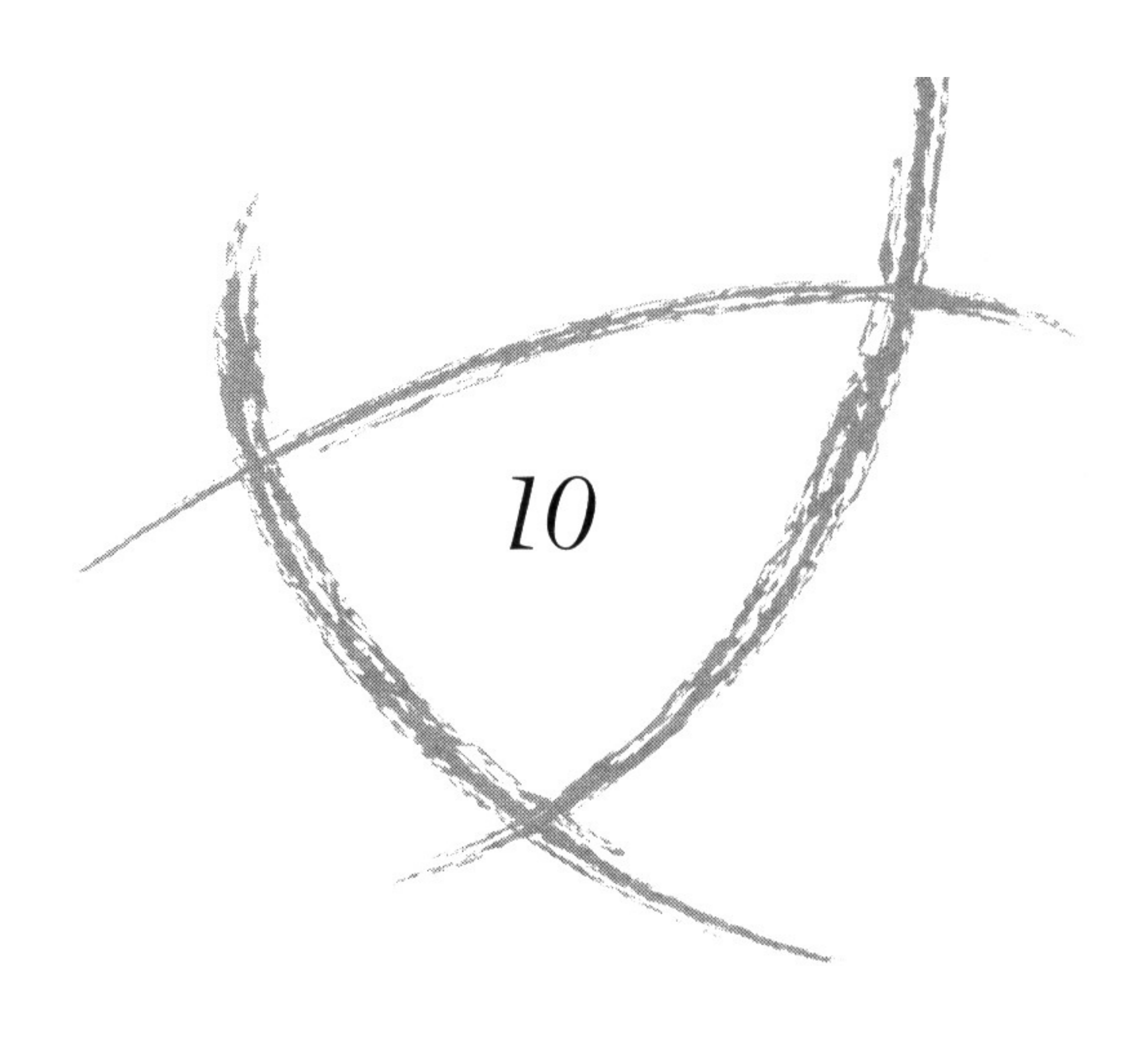
—Blue, te lo diré como madre y también como vidente: no conozco la respuesta a esas preguntas, aunque nada me gustaría más que contestarte.

—Pobrecita mía —murmuró Jimi, con la boca enterrada en el pelo de Blue—. Ah, cómo me alegro de que seas tan bajita.

—Por Dios, Jimi —explotó Blue.

Cala se levantó con dificultad y se agarró a la barra de la ducha para no perder el equilibrio. Orla agachó la cabeza para evitar el agua que chorreaba de su blusa.

—Bueno, ya está bien de lloriquear —les espetó Cala a todas—. Vamos a hacer un pastel.



A setecientos cincuenta kilómetros de allí, Laumonier fumaba un cigarrillo en la sala principal de un viejo ferry. La estancia era de una fealdad práctica, con ventanas de cristales sucios y marcos metálicos, tan fría y olorosa a pescado como el puerto en el que el ferry estaba atracado. Aquí y allá pendían las guirnaldas de un cumpleaños celebrado hacía tiempo, tan raídas por el tiempo que resultaban vagamente ominosas.

Los ojos de Laumonier estaban fijos en las distantes luces de Boston. Su mente, sin embargo, estaba en Henrietta, Virginia.

—¿Tomamos la iniciativa? —preguntó Laumonier.

—No sé si este asunto requiere acción —replicó Laumonier.

—Me gustaría obtener alguna respuesta —comentó Laumonier.

Los trillizos Laumonier eran casi idénticos. Había leves diferencias: uno de ellos era un poquitito más bajo, y otro tenía una mandíbula considerablemente más ancha. Pero cualquier rasgo distintivo que pudiera mostrar su aspecto quedaba eclipsado por su inveterada costumbre de usar solo su apellido. Alguien que no los conociera bien tal vez podría notar que el Laumonier de su segunda conversación no era el mismo con el

que había tratado en la primera; sin embargo, dado que tanto el uno como el otro usarían el mismo nombre para referirse a sí mismos, el extraño se vería obligado a tratarlos como si fueran el mismo. En realidad no existían los gemelos Laumonier, sino un Laumonier único.

—¿Y cómo te parece que podemos conseguir esas respuestas? —preguntó Laumonier con tono escéptico.

—Uno de nosotros va allí —contestó Laumonier— y le pregunta.

«Allí» se refería a Black Bay, el hogar de su antiguo rival, Colin Greenmantle. En cuanto a «le pregunta», significaba hacerle algo desagradable para devolverle los desaires recibidos durante los últimos cinco años. Laumonier llevaba años metido en el mercado de los artefactos mágicos, ya desde su llegada a Boston, y nadie le había hecho sombra hasta la aparición de aquel pijo arribista de Greenmantle. A los vendedores se les habían subido los humos a la cabeza. Los artefactos se habían encarecido. Se había hecho necesario contratar matones. A Laumonier le daba la impresión de que tanto Colin Greenmantle como Piper, su mujer, habían visto demasiadas películas de mafiosos.

Sin embargo, Colin acababa de mostrar su debilidad al retirarse de Henrietta, que formaba parte de sus territorios tradicionales. E iba solo; no había rastro de Piper.

Laumonier quería saber qué significaba aquello.

—No me opongo —dijo Laumonier lanzando una bocanada de humo por la sala. La terquedad con la que se negaba a dejar de fumar impedía que lo dejaran los otros dos, y constituía una excusa que los tres apreciaban.

—Yo sí —replicó Laumonier—. No quiero liarla, y ese mercenario suyo es terrorífico.

Laumonier sacudió la ceniza de su cigarrillo y lanzó una mirada calculadora a las guirnaldas, como si estuviera considerando la posibilidad de incendiarlas.

—Se dice que el Hombre de Gris ya no trabaja para él. Y nosotros somos muy discretos.

Los Laumonier compartían nombre y objetivos, pero no metodologías. Uno de ellos se inclinaba por la prudencia; otro, por la barbarie; en cuanto al tercero, le tocaba el papel de mediador y de abogado del diablo.

—Tiene que haber otro modo de averiguar algo sobre… —comenzó a decir Laumonier.

—No digas ese nombre —lo interrumpieron los otros dos a coro.

Laumonier frunció los labios. Fue un gesto complicado, ya que todos los hermanos tenían una boca generosa y notable —algo que hacía casi guapo a uno de ellos y daba un aspecto casi lascivo a otro.

—Bueno, pues entonces vamos allí para hablar… —comenzó de nuevo.

—Hablar —repitió Laumonier con sorna mientras jugueteaba con el encendedor.

—Deja de hacer eso, ¿quieres? Pareces un matón de colegio —le espetó otro Laumonier, quien había conservado su acento original para usarlo justamente en situaciones que, como aquella, requerían de un extra de desdén.

—El abogado dice que no puedo cometer ningún otro delito hasta dentro de seis meses, al menos —se lamentó Laumonier mientras aplastaba la colilla.

De pronto, Laumonier emitió un suave zumbido.

Ya habría sido inquietante que cualquiera de los tres hermanos empezase a zumbar de repente; pero además, aquel extraño sonido transmitía un desasosiego que heló el ambiente de inmediato.

Los otros dos cruzaron una mirada suspicaz; no sospechaban el uno del otro, pero sí de todo lo demás. Examinaron al hermano zumbante en busca de señales de alguna enfermedad, y luego en busca de cualquier otra cosa extraña: un antiguo amuleto robado de una tumba en Francia, una pulsera misteriosa adquirida en Chile en circunstancias no muy claras, una ominosa hebilla procedente de un saqueo en Mongolia, una incomprensible bufanda hecha con los restos de un sudario inca… Cualquier objeto, en suma, que pudiera producir efectos secundarios de índole sobrenatural.

No encontraron nada. Dado que el zumbido continuaba, procedieron a registrar la sala, pasando las manos bajo los asientos de las sillas y por los marcos de las ventanas, mirándose de cuando en cuando para asegurarse de que solo zumbaba uno de los Laumonier. Si aquello era algo maléfico, tenía que ser cosa de Greenmantle; aunque los hermanos tenían otros enemigos, Greenmantle era el más próximo a ellos en todos los sentidos.

Lo más interesante que encontraron los Laumonier fueron varios escarabajos momificados.

—¡Eh, que soy yo!

Laumonier se dio la vuelta para encarar al hermano zumbante, que ya no lo era porque había dejado de zumbar. El cigarrillo cayó de entre sus dedos y rodó, aún encendido, por el suelo de metal. Laumonier examinó el puerto con una introspección poco característica en él.

—¿Ha hablado él? —preguntó Laumonier.

Laumonier frunció el ceño.

—La voz, desde luego, no era la suya —respondió.

—¿Me oís? —preguntó el hermano que ya no zumbaba—. Es la primera vez que hago esto.

No era su voz, desde luego; ni siquiera la expresión facial era la suya. El modo en que se movían sus cejas era natural, pero en absoluto habitual en ellas. Laumonier

parecía, al mismo tiempo, más joven y más intenso.

Los otros dos Laumonier tuvieron una intuición simultánea y repentina.

—¿Quién eres? —preguntó uno.

—Piper.

Aquel nombre tuvo un efecto instantáneo en Laumonier: se sintió furioso, traicionado, atónito y luego, de nuevo, furioso y traicionado. Piper Greenmantle. La mujer de Colin. Por más que habían procurado evitar su nombre hacía un momento, allí estaba.

—¿Piper? ¿Cómo que Piper? —preguntó Laumonier—. Sal de él.

—¡Ah, de modo que es así como funciona! —se sorprendió Piper—. ¿Da miedo? ¿Es como una mezcla de llamada telefónica y posesión?

—Sí que eres tú… —murmuró Laumonier, intrigado.

—Hola, papá.

Aunque llevaban años sin tratarse, Laumonier aún recordaba muy bien las particularidades de su hija.

—No me lo creo —dijo Laumonier—. ¿Qué tal anda el cretino de tu marido?

—Está en Boston, sin mí —respondió Piper—. Creo.

—Solo te lo preguntaba para ver qué me contestabas —replicó Laumonier—. Ya sabía dónde está.

—Papá, tú tenías razón —dijo Piper—. Estaba equivocada; ya no quiero pelear más contigo.

El Laumonier que había apagado su cigarrillo se enjugó disimuladamente una lágrima.

—Después de diez años, ¿ahora vienes con que no quieres pelear más? —explotó el que seguía fumando.

—La vida es corta. Me gustaría hacer negocios contigo.

—A ver si me aclaro. El año pasado estuviste a punto de mandarnos a la cárcel. Tu marido mató a uno de mis proveedores para conseguir un artefacto que resultó no existir. Ahora mismo nos estás poseyendo. ¿Y dices que quieres hacer negocios con nosotros? No suena muy típico de la mujercita de Colin Greenmantle.

—Pues claro que no; por eso te he llamado. Estoy dispuesta a pasar página.

—¿Y a qué clase de libro pertenece esa nueva página que vas a empezar?

—A uno estupendo, lleno de chismes sobrenaturales —respondió Piper—. Tengo aquí una cosa increíble. Enorme. La oportunidad del siglo, de toda una vida. Tenéis que echar el resto, traer aquí a todo el mundo para hacer una subasta. Esto va a ser tremendo.

—Nosotros… —empezó a decir Laumonier con expresión esperanzada.

—Llámame después de agosto —le interrumpió el que continuaba fumando—. No esperarás que nos metamos en negocios contigo así, sin más, ¿verdad? Llámame loco, cariño, pero lo cierto es que no me fío de ti.

—Te doy mi palabra de que todo es verdad.

—Eso es lo menos valioso que posees —replicó Laumonier sin inmutarse.

Se volvió hacia su hermano, le tendió el cigarro y luego metió las manos por el cuello de su jersey de lana. Al cabo de un momento, las sacó con un rosario.

—Me temo —añadió— que ese valor se ha devaluado mucho en los diez últimos años.

—Eres un padre horrible —le espetó Piper.

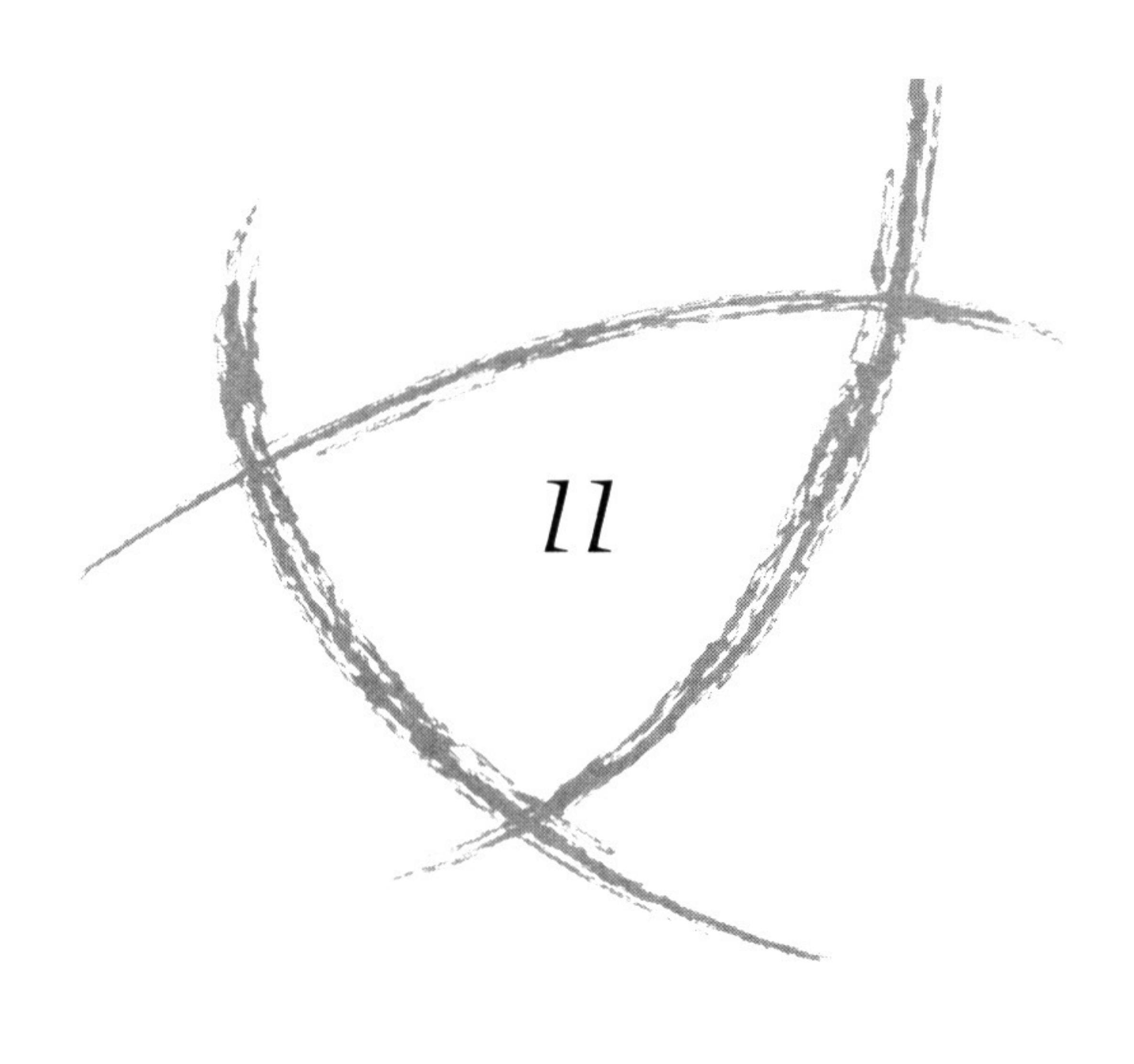
—A decir verdad, tú eres una hija espantosa —contestó él, apretando el rosario contra la frente del hermano que ya no zumbaba.

El Laumonier poseído escupió una bocanada de sangre y cayó de rodillas, mientras su cara retornaba a su expresión habitual.

—Ajá —asintió Laumonier—, es lo que sospechaba.

—No puedo creer que le hayas colgado antes de que pudiera despedirme de ella —protestó Laumonier con tono quejumbroso.

—Creo que acabo de sufrir un episodio de posesión —dijo Laumonier—. ¿Vosotros habéis notado algo?



En Henrietta, la noche seguía su curso.

Richard Gansey no podía dormir. Cerraba los ojos: las manos de Blue, su voz, negrura líquida brotando de un árbol. Todo comenzaba, comenzaba. No. Terminaba. Aquel era el paisaje de su apocalipsis personal. Lo que lo emocionaba durante la vigilia se transmutaba en miedo cuando estaba exhausto.

Abrió los ojos.

Empujó la puerta de Ronan lo justo para comprobar que Ronan dormía, con la boca entreabierta y los auriculares atronándole en los oídos. A su lado, Sierra descansaba en la jaula como un bulto informe. Gansey cerró con suavidad, salió y se dirigió a Aglionby.

Entró en el polideportivo con una llave que tenía desde hacía tiempo, fue a la piscina en penumbra, se desnudó y se lanzó a sus oscuras aguas. Todos los sonidos resultaban extraños y estridentes en el silencio de la noche. Nadó largo tras largo como

hacía al principio de su estancia en Aglionby, cuando aún pertenecía al equipo de remo y a veces iba antes de los entrenamientos para nadar un rato él solo. Casi había olvidado lo que sentía mientras estaba en el agua. Era como si su cuerpo no existiera, como si todo él fuera una mente sin límites. Se dio impulso para apartarse de una pared apenas visible y se lanzó hacia la opuesta, incapaz ya de centrarse en sus preocupaciones más concretas. El curso, el director Child, incluso la idea de Glendower se escurrieron de sus pensamientos. Solo percibía el momento. ¿Por qué había dejado de hacer aquello? Ni siquiera eso recordaba.

Ahora, sumergido en las oscuras aguas, Gansey solo era él mismo. No había muerto jamás, no moriría de nuevo. Ahora solo era él mismo, ahora, solo ahora.

Aunque él no lo veía, Noah lo observaba desde el borde de la piscina. También él, en tiempos, había sido aficionado a nadar.

Adam Parrish estaba trabajando. Le había tocado el último turno en el almacén, y llevaba varias horas desembalando y colocando frascos, puzles y aparatos electrónicos de baja calidad. A veces, cuando trabajaba a aquellas horas de la noche, su fatigado cerebro retrocedía a su vida en la caravana de sus padres. No era miedo ni nostalgia, sino puro y simple despiste. De algún modo, olvidaba que las cosas habían cambiado y se imaginaba conduciendo hasta allí al final de su turno. Al cabo de un momento, su mente se estremecía de sorpresa al recordar la realidad de su apartamento encima de Saint Agnes.

Aquella noche su memoria volvió a confundirse, hasta que, con una sacudida, se dio cuenta de que su vida había mejorado. Mientras el alivio se apoderaba de él, Adam recordó de pronto el rostro asustado de la niña huérfana. Por lo que Adam sabía, los sueños de Ronan resultaban a menudo terroríficos; y a diferencia de Ronan, la niña no podía despertarse. Al entrar en el mundo real, la niña también había debido de sentir que se había labrado una nueva vida. Y sin embargo, ellos la habían metido en una pesadilla más.

Adam trató de convencerse de que la niña no era un ser real.

Pero, por más que lo intentaba, la culpa lo carcomía.

Pensó que él, esa noche, regresaría al hogar que se había creado. La niña, sin embargo, seguiría inmersa en el espacio de los sueños, portando el viejo reloj de Adam y unos miedos como los que había abandonado él.

Mientras recogía la carpeta del inventario, el recuerdo de Cabeswater se removió en su mente; aún tenía que reflexionar sobre el origen de aquel árbol negro. Mientras fichaba a la salida, el recuerdo de Aglionby lo inquietó; debía entregar un trabajo de tres páginas sobre la economía en la década de 1930. Mientras encendía el coche, el

motor de arranque gimió, recordándole que haría bien en revisarlo antes de que se rompiera del todo.

No le quedaba tiempo para la mocosa soñada de Ronan; bastantes problemas tenía ya.

Y sin embargo, no podía sacársela de la cabeza.

De pronto, algo le hizo volver a la realidad. Su mano toqueteaba el volante del coche; a pesar de que la estaba mirando fijamente, Adam tardó un instante en comprender lo que ocurría. Los dedos recorrieron el círculo forrado de cuero, palpando sus bordes y comprobando la consistencia de los tramos almohadillados.

Adam no había ordenado a su mano que se moviera.

Cerró los dedos con fuerza, apartó la mano del volante y se agarró la muñeca.

«¿Cabeswater?».

Pero Cabeswater no parecía estar más presente en su interior de lo habitual; desde luego, a Adam no le daba la sensación de que estuviera intentando atraer su atención. Examinó la palma a la sucia luz de las farolas, desconcertado por el recuerdo de sus dedos reptando como las patas de un insecto sin que su cerebro interviniera en ello. Ahora, mientras la miraba —aquella mano normal y corriente, con los pliegues sucios de polvo y virutas de metal— le dio la impresión de que lo había imaginado. Tal vez Cabeswater le hubiera enviado la imagen.

Recordó de mala gana el trato que había hecho con el bosque: «Seré tus manos. Seré tus ojos».

Volvió a apoyar la mano en el centro del volante. La tira de piel pálida que se veía en ausencia del reloj le daba un aspecto extraño, pero no se movía.

«¿Cabeswater?», volvió a pensar.

Sus pensamientos se colmaron de hojas somnolientas que se desperezaban: era un bosque nocturno, frío y lento. La mano de Adam permanecía donde la había dejado. Su corazón, sin embargo, seguía hormigueando por la imagen de aquellos dedos moviéndose solos.

No, Adam no sabía si había sido real. La palabra «real» le resultaba menos útil cada día que pasaba.

Allá en Monmouth, Ronan Lynch soñaba.

Su sueño era un recuerdo. Los Graneros reverdecidos por el verano, los campos cuajados de vegetación, insectos y humedad. En medio del prado había un aspersor del que brotaba un chorro de agua intermitente. Matthew lo atravesó de un salto, vestido solo con un bañador. Parecía muy pequeño, con su cuerpo regordete y sus rizos casi blancos por el sol. Se reía a carcajadas fuertes y contagiosas. Un segundo más tarde,

otro chico saltó tras él y lo derribó sin dudar. Los dos rodaron por el suelo, cubiertos de hierbas húmedas.

El segundo chico se puso en pie. Era más alto, sinuoso, pagado de sí. Su pelo, oscuro y rizado, le llegaba casi a la barbilla.

Era el Ronan de antes.

Un tercer chico salvó el aspersor de un elegante salto. «Salta, salta, salta, pequeña langosta…».

—¡Ja! Creías que no lo conseguiría, ¿verdad? —dijo Gansey apoyando las manos en las rodillas.

—¡Gansey!

Esa era Aurora, riendo mientras decía su nombre con las mismas carcajadas contagiosas de Matthew. Agarró el aspersor y lo dirigió hacia Gansey, quien quedó empapado al instante.

El Ronan de antes miró al Ronan de después.

De pronto, la música electrónica de los auriculares se inmiscuyó en el sueño y Ronan se dio cuenta de que estaba soñando. Habría podido despertarse; pero aquel recuerdo, aquella escena perfecta… Por un momento se había convertido en el Ronan de antes, o tal vez el Ronan de antes se hubiera convertido en el Ronan de después.

El sol brillaba cada vez con más intensidad.

Más y más.

Era como un ojo eléctrico e incandescente. El mundo estaba bañado de una luz deslumbrante o de sombras, sin término medio. Gansey se protegió los ojos con una mano. Alguien acababa de salir de la casa.

Declan. Llevaba algo en la mano. Era algo oscuro, a pesar de la cruda luz del sol.

Una máscara.

Ojos redondos, sonrisa abismal.

Lo único que Ronan lograba recordar de aquella máscara era una sensación de horror. Había algo espantoso en ella, pero no lograba acodarse de qué era. En aquel recuerdo repentinamente radiactivo, su memoria se estaba quemando.

El hermano mayor de los Lynch avanzó con decisión, haciendo chirriar el césped mojado con cada una de sus zancadas.

El sueño pareció estremecerse.

Declan empezó a correr hacia Matthew.

—¡Niña huérfana! —gritó Ronan poniéndose en pie con esfuerzo—. ¡Cabeswater! *¡Tir e e'lintes curralo!*

El sueño tembló una vez más. La silueta fantasmal de un bosque se superpuso a la imagen, como un fotograma añadido a un rollo de película.

Ronan corrió con todas sus fuerzas por la hierba blanquecina.

Declan fue el primero en alcanzar a Matthew. Su hermano menor levantó el rostro hacia él, confiado, y eso era la pesadilla.

—Crece, imbécil —le dijo Declan a Ronan, y luego estampó la máscara en la cara de Matthew.

Eso era la pesadilla.

Ronan agarró a Matthew y se lo arrebató a Declan; el sueño sufrió una nueva sacudida. El familiar peso de su hermano pequeño reposaba en sus brazos, pero era demasiado tarde. Aquella primitiva máscara ya formaba parte natural de la cara de Matthew.

Un cuervo planeó sobre ellos y se desvaneció en mitad del cielo.

—No pasa nada —le dijo Ronan a su hermano—. Puedes vivir así. Lo que pasa es que ya nunca podrás quitártela.

Matthew lo observó por los amplios agujeros de los ojos, sin miedo aparente. Eso era la pesadilla. Eso era la pesadilla. Eso era la

Declan arrancó la máscara de un tirón.

Tras él, de un árbol empezó a manar savia negra.

La cara de Matthew era un amasijo de líneas y trazos. No estaba sanguinolenta; no era horrible; simplemente no era una cara, y eso la hacía terrorífica. No era una persona, sino algo dibujado.

El pecho de Ronan se sacudía en sollozos silenciosos. Llevaba tanto tiempo sin llorar así…

El sueño se sacudió una vez más. Ahora no era solo Matthew quien se estaba derrumbando: a su alrededor, todo parecía deshacerse. Las manos de Aurora estaban enfrentadas, con los dedos retorcidos hacia atrás y apuntando a su pecho, como líneas que se disgregaran. Tras ella, Gansey estaba arrodillado, mirándolo todo con ojos muertos.

A Ronan le dolía la garganta de gritar.

—¡Haré lo que sea! ¡Lo que sea! ¡Lo que

La pesadilla estaba deshaciendo todo lo que Ronan amaba.

—Por favor…

En un dormitorio de Aglionby, Matthew Lynch se despertó. Al estirarse golpeó la pared con la cabeza; sin darse cuenta, se había acurrucado contra ella durante la noche. Solo cuando Stephen Lee, su compañero de cuarto, soltó un gruñido de irritación, se dio cuenta Matthew de que había sido su teléfono lo que le había despertado.

Lo agarró y se lo llevó con torpeza a la oreja.

—¿Sí?

El interlocutor no dijo nada. Matthew miró la pantalla con los ojos entornados y luego volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Ronan? —susurró, aún adormilado.

—¿Dónde estás? ¿En tu habitación?

—Psche.

—Te lo estoy preguntando en serio.

—Pschi.

—Matthew…

—Sí, sí, estoy en mi cuarto. Stephen te odia. Son lo menos las dos. ¿Qué quieres?

Ronan no contestó de inmediato. Matthew no podía verlo, pero estaba agazapado en su cama de Monmouth, con la cabeza apoyada en las rodillas, aferrándose la nuca con una mano y el teléfono con la otra.

—Solo quería comprobar que estabas bien.

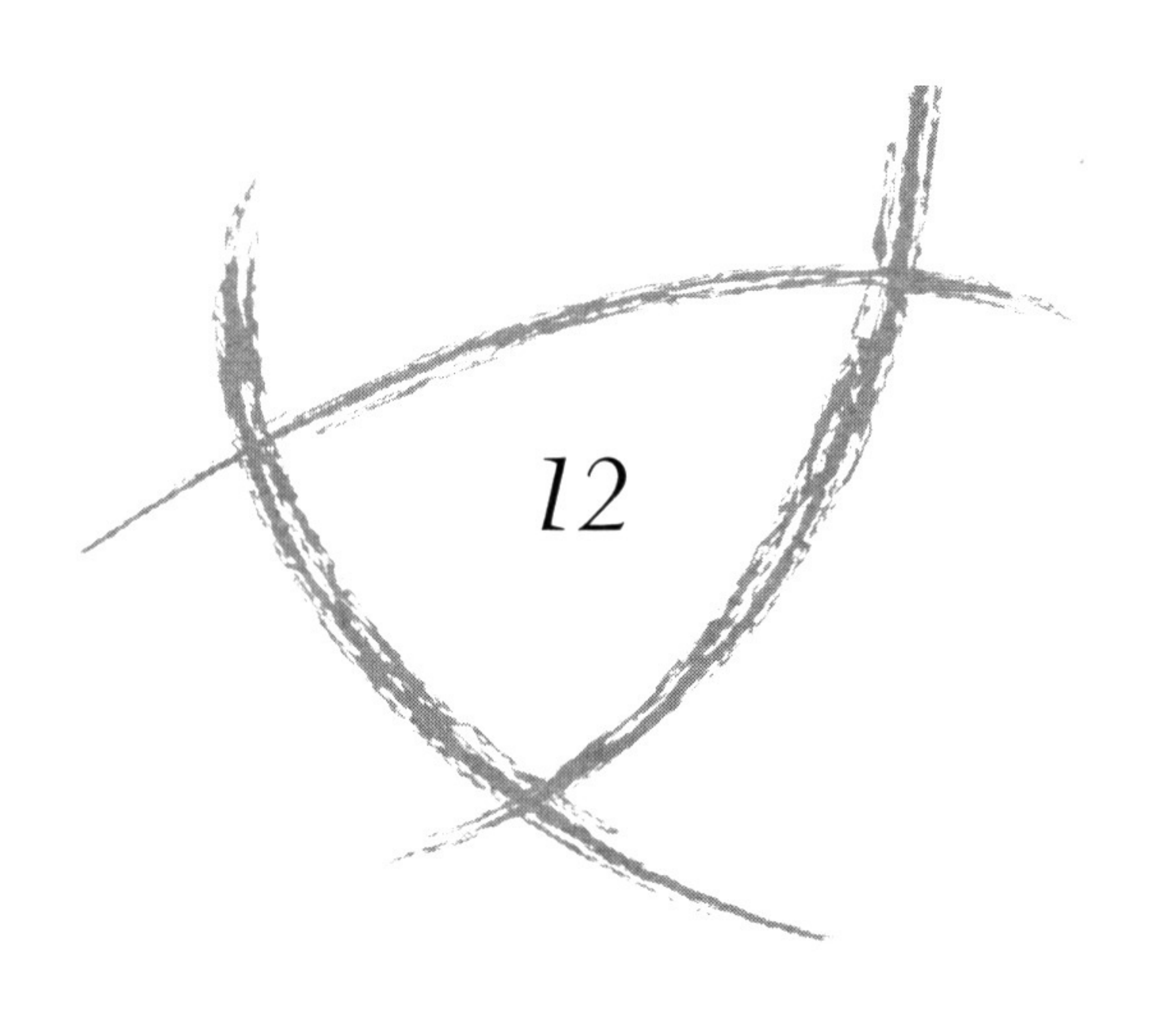
—Estoy bien.

—Vale, pues duérmete otra vez.

—Aún no me he despertado.

Los dos hermanos colgaron.

A cierta distancia de Henrietta, acurrucado en la línea ley, algo oscuro observaba todo lo que ocurría en la noche del pueblo, repitiendo: «Estoy despierto despierto despierto».



12

El día siguiente amaneció extrañamente luminoso y cálido.

Gansey y Adam, de pie y con las manos agarradas tras la espalda, flanqueaban la puerta del Teatro y Sala de Actos Gladys Francine Mollin Wright. Les había tocado hacer de acomodadores; en realidad solo le había tocado a Adam, pero Gansey se había ofrecido para reemplazar a Brand, su compañero. No se veía ni rastro de Ronan. Gansey notaba cómo el enojo burbujeaba en su interior.

—El Día del Cuervo —dijo el director Child— es algo más que una jornada para enorgullecemos de nuestro colegio. Porque, díganme, ¿acaso no nos enorgullecemos de él todos los días?

El director los miró a todos, de pie en el escenario. Era la única persona del auditorio que no sudaba ni un poco. Parecía un cowboy fibroso y acerado en medio de la caravana de la vida, con la tez tan estriada como las paredes de un desfiladero en el desierto. Gansey llevaba años diciendo que el señor Child estaba desperdiciado en aquella escuela. Obligar a un superviviente como él a vestir todos los días un traje gris

y corbata era malgastar la oportunidad de verlo a lomos de un caballo castaño, tocado con un sombrero de John Wayne.

Adam le lanzó una mirada de complicidad a Gansey y, con disimulo, hizo como que lanzaba un lazo. Sonrientes, los dos tuvieron que apartar la mirada. Los ojos de Gansey se posaron en Henry Cheng y la pandilla de Vancouver, que estaban sentados en las últimas filas, y Henry, como si sintiera su mirada, volvió la cabeza y levantó una ceja. Gansey, incómodo, recordó que Henry había visto a la niña huérfana en el maletero del coche. En algún momento tendría que decirle algo: una explicación, una evasiva, una mentira…

—En este Día del Cuervo… —continuó el señor Child.

A Gansey siempre le había encantado aquella celebración. Todo en ella le gustaba: la reunión de estudiantes vestidos con camisetas blancas y pantalones de pinzas, como extras de un documental de la Primera Guerra Mundial; las banderas ondeantes; los equipos enfrentados mientras todos sus compañeros los vitoreaban; ritos, tradiciones, bromas cómplices; maquetas de cuervos por todas partes… Los chavales de primero habían fabricado suficientes cuervos para que todos los alumnos representaran un combate simulado en los prados del colegio, mientras varios fotógrafos retrataban caras sonrientes con las que adornar los folletos promocionales del curso siguiente.

Pero ahora, todos sus pensamientos lo urgían a dejar aquello y dedicarse a buscar. Su misión era como un lobo hambriento.

—Hoy hace diez años que comenzamos a celebrar el Día del Cuervo —estaba diciendo Child—. Fue entonces cuando un alumno que llevaba años en nuestro colegio propuso la idea. Por desgracia, Noah Czerny ya no está con nosotros para compartir esta fiesta; pero antes de que empecemos con las actividades, tendremos el placer de escuchar a una de sus hermanas menores, que nos contará alguna cosa sobre Noah y sobre el origen de esta festividad.

Por un momento, Gansey creyó que había oído mal. Pero entonces Adam lo miró y bisbiseó:

—¿Noah?

Sí, Noah, porque la chica que ahora subía al escenario era una de las hermanas Czerny. Aunque Gansey no la recordase del funeral, habría reconocido sin dudar la boca ancha y traviesa de Noah, los ojillos subrayados por unas ojeras joviales, las orejas grandes que asomaban bajo el pelo fino… Resultaba extraño ver los rasgos de Noah en una chica, y más extraño aún verlos en un ser vivo. La muchacha parecía demasiado mayor para ser una de las hermanas pequeñas de Noah; pero eso se debía a que, durante unos instantes, Gansey había olvidado que Noah ya no cambiaba. Si se hubiera salvado él, en vez de Gansey, en ese momento tendría ya veinticuatro años.

Un novato exclamó algo que Gansey no captó, y dos profesores lo hicieron salir del auditorio. La hermana de Noah se inclinó sobre el micrófono y dijo una frase ininteligible por su escaso volumen y otra que quedó ahogada por un pitido. Finalmente, el técnico de sonido ajustó los controles y la voz de la chica se hizo audible:

—Hola, soy Adele Czerny. Mi discurso no será muy largo… No hace tanto que yo tenía vuestra edad, y sé lo aburridas que resultan estas charlas. Solo quiero contaros algunas cosas sobre Noah y sobre el Día del Cuervo. ¿Alguno de vosotros lo conocía?

Gansey y Adam comenzaron a levantar la mano al mismo tiempo, pero los dos interrumpieron el gesto de inmediato. Sí, lo conocían; no, no lo habían conocido. Noah había muerto antes de que ellos entraran en el colegio. Y el Noah muerto no era un simple amigo, sino un fenómeno paranormal.

—Bueno, pues no sabéis lo que os habéis perdido —prosiguió la chica—. Mi madre repite una y otra vez que era un polvorilla, lo que quiere decir que siempre andaba recibiendo multas de tráfico, saltando sobre la mesa en las comidas familiares y cosas de esas. Se le ocurrían miles de ideas… Era un torbellino.

Adam y Gansey se miraron de nuevo. Siempre les había dado la impresión de que el Noah que conocían no era el verdadero Noah, pero aun así los desconcertaba descubrir cuánta de su personalidad se había llevado la muerte. ¿Qué habría sido de aquel chico, si no lo hubieran matado?

—En fin, lo cierto es que estoy aquí porque fui la primera a la que Noah le contó su idea del Día del Cuervo. Una tarde me llamó por teléfono… Y debía de tener unos catorce años, o así… Y me dijo que había soñado con cientos de cuervos que luchaban y se perseguían. Dijo que eran de distintos colores y tamaños y formas, y que él estaba dentro del remolino que formaban —la muchacha gesticuló para representar el movimiento de los cuervos y Gansey pensó que tenía las mismas manos, los mismos codos de Noah—. Luego dijo: «Si pudiéramos hacerlo en la realidad, sería una fiesta chulísima», y yo le contesté: «Si cada alumno del colegio hiciera un cuervo, seguro que habría suficientes».

Gansey notó que el vello de los brazos se le erizaba.

—… Y entonces no habría más que cuervos planeando y haciendo picados, nada más que sueños alrededor… —continuó Adele, aunque Gansey no estaba seguro de que hubiera dicho eso, porque tal vez la hubiera oído mal y estuviera reconstruyendo sus palabras—. Bueno, sea como sea, estoy segura de que le encantaría la fiesta tal como es ahora. Así que… En fin, gracias por recordar uno de los sueños locos de mi hermano.

La hermana de Noah empezó a bajar del escenario; Adam se llevó la mano a un ojo; el resto de alumnos dieron dos palmadas, como era costumbre en Aglionby para

evitar el tumulto descontrolado de los aplausos.

—¡Adelante, cuervos! —exclamó el director Child.

Aquella era la señal convenida para que Adam y Gansey abrieran las puertas. Sus compañeros salieron a paso vivo; la humedad y la luz entraron. El director se detuvo en el umbral para chocarles los cinco, primero a Gansey y luego a Adam.

—Gracias por sus servicios, caballeros. Señor Gansey, debo confesar que dudaba de que su madre fuera capaz de organizar el evento de recogida de fondos y confeccionar la lista de invitados para el fin de semana que viene; y sin embargo, ya está todo prácticamente cerrado. Si me pidieran que le diera mi voto para gobernar el país, lo haría de inmediato.

Gansey y él cruzaron la sonrisa de camaradería de dos adultos que han hecho tratos juntos. La escena habría sido agradable si hubiese terminado ahí, pero Child se quedó un rato más charlando de esto y de lo otro con Gansey y Adam —su mejor alumno y su pupilo más brillante, respectivamente—. Durante siete minutos eternos, los tres discutieron extensamente sobre el tiempo, sus planes para las vacaciones de Acción de Gracias, sus experiencias visitando el museo del Williamsburg Colonial y, finalmente, se despidieron exhaustos al ver que los alumnos de tercero aparecían con los cuervos que habían creado.

—Madre mía —jadeó Gansey.

—Pensé que no podríamos marcharnos nunca —asintió Adam. Se rozó con los dedos el párpado izquierdo, lo cerró con fuerza y luego miró algo más allá de Gansey —. Si… Ay, espera. Vuelvo enseguida; creo que se me ha metido algo en el ojo.

Gansey, solo, se dejó llevar por el ambiente de aquel día festivo. Sin saber adónde iba, avanzó hasta el pie de las escaleras, donde varios alumnos repartían maquetas de cuervos. En la bandada había ejemplares de cartulina, de papel de aluminio, de madera, de pasta de papel, de lámina de latón… Algunos flotaban gracias a globos de helio ocultos en el cuerpo; otros planeaban como aviones de papel; otros estaban sujetos a palos finos, y sus alas articuladas podían moverse tirando de un cordel.

Noah había creado todo aquello. Lo había soñado él.

—Toma, pajarraco —le dijo un chico de tercero, ofreciéndole un crudo muñeco hecho de papel de periódico pintado de negro y grapado a un armazón de madera.

Gansey se mezcló entre los jóvenes que celebraban la fiesta, aquella fiesta que era de Noah. En un mundo mejor, habría sido su amigo quien diera la charla inaugural.

A su alrededor todo eran palitos y brazos y camisetas blancas y mecanismos y engranajes. Pero si levantaba los ojos al cielo, los palitos y los alumnos se desvanecían y todo se llenaba de cuervos que caían en picado y atacaban, hacían vuelos rasos y se elevaban, aleteaban y giraban en redondo.

Hacía muchísimo calor.

Gansey sintió que el tiempo resbalaba ante él, solo un poquito. Era una sensación extraña, como si aquella escena perteneciera más bien a su otra vida, su vida real, porque aquellos pájaros eran parientes cercanos de los seres soñados de Ronan. Parecía tan injusto que Noah hubiera muerto y Gansey no… Antes de morir, Noah vivía, mientras que Gansey se limitaba a mirar el paso del tiempo.

—¿Cuáles son las reglas de esta batalla? —preguntó.

—En la guerra, la única regla es no morirte —contestó alguien tras él.

Gansey volvió la cabeza y unas alas se agitaron delante de sus ojos. Estaba rodeado de hombros y espaldas por todas partes. No sabía quién le había contestado; ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera hecho alguien.

El tiempo tironeaba de su alma.

La orquesta Aglionby empezó a tocar. El primer compás fue una armoniosa espesura de sonido, pero uno de los instrumentos de viento atacó mal el segundo. En ese mismo momento, un insecto zumbó tan cerca de la cara de Gansey que notó su roce. De pronto, todo pareció tambalearse. El sol era blanco y cegador. Decenas de cuervos aleteaban en torno a Gansey mientras él buscaba en vano con la mirada a Adam, a Child, algo que no fuera una camiseta blanca, una mano, un cuervo de juguete. Dirigió los ojos a su reloj. Eran las 6:21 de la tarde.

Hacía tanto calor como el día de su muerte.

Estaba en un bosque de palitos de madera, de pájaros. Los instrumentos de metal rezongaban; las flautas chillaban. Las alas zumbaban, susurraban, se estremecían cerca de él. Gansey notaba el rumor de las avispas.

«No son reales».

Pero el insecto de antes volvió a revolotear a su alrededor.

Hacía años, Malory había tenido que detenerse durante uno de sus paseos para esperar a Gansey mientras este, de rodillas, se tapaba las orejas con las manos, tembloroso y vencido.

Gansey se había esforzado mucho para dejar eso atrás.

«No hay avispas. Es el Día del Cuervo. Dentro de un rato comerás canapés. Luego irás al aparcamiento y arrancarás el Camaro. Conducirás hasta el 300 de Fox Way. Le contarás a Blue lo que has…».

Los insectos se asomaban a los agujeros de su nariz, le removían suavemente el cabello, bullían en su piel. Le cayó un hilo de sudor por la espalda. La música ondeaba. Los demás alumnos eran espíritus que apenas lo rozaban al pasar fugaces junto a él. Sus rodillas estaban a punto de ceder, y él iba a permitírselo.

No podía revivir su muerte allí, en aquel momento, tan cerca del evento de su madre (a Gansey Tres se le fue la olla el Día del Cuervo, ¿no te enteraste?; señora

Gansey, ¿podríamos hablar un momento acerca de su hijo?). No podía llamar así la atención.

Pero el tiempo se escurría entre sus dedos, él mismo se escurría. Su corazón bombeaba su sangre, sangre negra.

—Eh, Gansey, muchachote.

Gansey no lograba concentrarse en las palabras de su interlocutor. Henry Cheng, todo pelo negro y sonrisas, lo miraba con expresión penetrante. Le sacó el palo del cuervo de entre los dedos y le entregó algo fresco, casi frío.

—Una vez, cuando me estaba volviendo loco, tú me trajiste café —le dijo—. Considera esto como el pago de ese favor.

Lo que Gansey tenía en las manos era un vaso de plástico lleno de agua con hielo. Por alguna razón incomprensible, aquel remedio funcionó: la sorpresa por el cambio brusco de temperatura, el ruidito cotidiano de los hielos al entrechocar, el mirar a los ojos de un compañero… Los chicos que se arremolinaban alrededor volvieron a ser solo chicos. La música volvió a ser una pieza tocada por la orquesta de un colegio en un día increíblemente caluroso.

—Este es mi chico —aprobó Henry—. A ver, Richard, atiende: fiesta de togas esta noche en Litchfield House. Tráete a tus colegas y a tu chica —dijo, y se marchó sin esperar respuesta.

El hueco que ocupaba fue llenado por los cuervos.



13

Adam tenía la impresión de que se le había metido algo en el ojo. La molestia había empezado cuando estaba en la calurosa sala de actos; no era una sensación de dolor sino más bien de fatiga, como si llevara demasiado tiempo mirando una pantalla. Podría haberlo soportado sin problemas, pero al cabo de un rato había empezado a ver borroso con ese ojo. Tampoco esto le impedía actuar con normalidad; pero, combinado con la molestia, le preocupó lo bastante para querer echarle un vistazo.

En vez de meterse en alguno de los edificios de aulas, bajó por las escaleras que llevaban a la entrada trasera del salón de actos y se dirigió a los baños que había bajo el escenario, pasando entre extravagantes bestias hechas de sillas amontonadas, siluetas extrañas construidas con elementos de atrezo y mares insondables hechos de cortinajes negros. El corredor en penumbra resultaba estrecho y agobiante, con sus descascarilladas paredes pintadas de un verde horroroso. Inquieto, Adam recordó el extraño comportamiento de su mano.

Tenía que trabajar un poco aquello con Cabeswater, y también debía indagar acerca de aquel árbol.

La luz del servicio estaba apagada. No es que importase mucho —al fin y al cabo, el interruptor estaba al entrar, a la derecha—, pero a Adam no le apetecía meter la mano en las tinieblas del baño y palpar a ciegas. Se quedó en pie ante la puerta, con el corazón alborotado, y volvió la cabeza.

A la luz enfermiza del tubo fluorescente, el aire del pasillo parecía viciado. Las sombras se fundían con los cortinajes del escenario. Por todas partes se veían masas negras que se conectaban.

«Enciende la luz de una vez», pensó Adam.

Extendió la mano libre —la que no le protegía el ojo— y la sumergió en la oscuridad del baño.

Sus dedos palparon rápidamente la fría superficie y, de pronto, rozaron…

No: solamente era una planta trepadora de Cabeswater y no estaba en la pared, sino en su cabeza. Adam dio un manotazo y encendió la luz.

El servicio estaba vacío.

Estaba vacío, por supuesto. Por supuesto que lo estaba. Por supuesto.

Dos cubículos viejos hechos de contrachapado de madera pintado de verde, muy alejados de las regulaciones de accesibilidad e higiene. Un urinario. Un lavabo con un círculo amarillento alrededor del desagüe. Un espejo.

Aún con la mano sobre el ojo, Adam se colocó frente al espejo y observó su flaco rostro. Su ceja, tan rubia que casi era invisible, estaba fruncida por la preocupación. Bajó la mano, sin dejar de mirarse. No tenía el ojo enrojecido ni lloroso. Estaba…

Frunció más el ceño. ¿Desde cuándo era él un poco estrábico? ¿Cuándo habían empezado sus ojos a mirar en direcciones ligeramente diferentes?

Pestañeó.

No, había sido una falsa alarma; un truco de aquella luz apagada y verdosa. Se agachó un poco más para comprobar si tenía enrojecido el lagrimal.

Sí, sí que era estrábico.

Adam pestañeó y el ojo regresó a su postura normal. Volvió a pestañear y el ojo se desvió. Era como uno de esos malos sueños que no llegaban a ser pesadillas, uno de esos sueños en los que trataba de ponerse los calcetines, pero estos no le entraban en los pies.

Mientras se observaba, su iris izquierdo bajó lentamente hasta enfocar el suelo, sin que el ojo derecho se moviera en absoluto.

La visión de Adam se desdibujó por un momento, y luego volvió a aclararse cuando el ojo derecho tomó de nuevo el control, jadeó, asustado. Ya había perdido un oído; no podía perder también la visión de uno de sus ojos. ¿Sería por culpa de su padre? ¿Un efecto retardado de alguno de los golpes que le había asestado en la cabeza, quizá?

El ojo izquierdo osciló lentamente, como una canica que flotase en un tarro lleno de agua. Adam notó un nudo de terror en la boca del estómago.

De pronto, le pareció que el reflejo de la sombra de uno de los cubículos cambiaba.

Se giró para mirarla… Nada. Nada.

«Cabeswater, ¿estás conmigo?».

Volvió a mirar su reflejo. Ahora, su ojo izquierdo daba vueltas en la cuenca: de lado a lado, de arriba abajo…

La respiración de Adam se cortó.

El ojo lo miraba directamente.

Reculó precipitadamente para apartarse del espejo, tapándose otra vez el ojo con la mano. Uno de sus omóplatos chocó con la pared opuesta. Adam se quedó de pie, sin aliento, paralizado por el miedo. ¿A quién iba a pedir ayuda, y qué tipo de ayuda podía prestarle nadie para algo así?

Y entonces lo vio: la sombra que había sobre el cubículo sí que estaba cambiando. Ya no era cuadrada sino triangular, porque —Dios mío— la puerta se había abierto.

De pronto, el pasillo que llevaba al exterior se le antojó una galería de los horrores.

Por la puerta del cubículo empezó a brotar negrura.

—Cabeswater, te necesito —dijo Adam.

La oscuridad se derramó por el suelo.

Lo único que Adam podía pensar era que no debía dejar que la negrura lo tocara. La idea de sentirla sobre la piel era aún peor que la imagen de su ojo enloquecido.

—Cabeswater, protégeme. ¡Cabeswater!

Se oyó un ruido seco, como un disparo —Adam se apartó, cubriéndose la cabeza con los brazos— y el espejo se partió. Al otro lado brillaba un sol de otro lugar. Las hojas de los árboles se apretaban contra el cristal, como si fuera una ventana. El bosque susurraba y bisbiseaba en el oído sordo de Adam, pidiéndole que lo ayudara a encontrar una entrada.

Adam sintió que lo invadía una gratitud tan abrumadora como el miedo. Si le ocurría algo, al menos ya no estaría solo.

«Agua», le urgió Cabeswater. «Agua agua agua».

Adam se tambaleó hasta el lavabo y abrió el grifo. Un chorro de agua olorosa a lluvia y a piedras salpicó la porcelana. Adam metió la mano para ajustar el tapón de un manotazo. La negrura ya fluía a centímetros de sus zapatos.

«No dejes que te toque».

Se encaramó al borde del lavabo justo en el momento en que la negrura alcanzaba la pared. Adam sabía que no se detendría ahí, sino que ascendería en vertical. Pero

entonces, el agua al fin colmó el lavabo y se derramó por el borde. La lámina transparente engulló la oscuridad del suelo, incolora y silenciosa, y se derramó por el desagüe que había en el centro de la sala. El suelo de cemento claro quedó limpio.

Después de que la negrura desapareciese, Adam dejó que el agua siguiera derramándose al menos otro minuto, a pesar de que sus zapatos estaban quedando empapados. Luego se dejó caer, hizo cuenco con las manos y se lavó la cara una y otra vez con aquella agua olorosa a tierra, frotando el ojo izquierdo. Lo repitió cinco, seis, siete veces, hasta que dejó de sentir aquel extraño escozor en el ojo. Cuando volvió a mirar su reflejo, vio que su rostro había vuelto a la normalidad. Solo estaba su reflejo, sin luces de algún sol ajeno ni movimientos raros del iris. En su interior, Cabeswater murmuraba y gemía, enviando enredaderas que lo acariciaban por dentro, destellos de luz en el agua, suaves guijarros que le presionaban en las palmas de las manos.

Era raro que Cabeswater hubiera tardado tanto en acudir en su ayuda. Solo unas semanas antes, cuando un montón de tejas había estado a punto de matarlo, el bosque había reaccionado al instante para salvarlo. Si hubiera ocurrido lo mismo ahora, Adam ya estaría muerto.

El bosque le susurró en una lengua hecha de imágenes y palabras, haciéndole comprender el porqué de su tardanza.

Lo que lo había atacado a él también estaba atacando a Cabeswater.



Como Maura había señalado, estar expulsada no era lo mismo que estar de vacaciones: aquella tarde, Blue tenía que trabajar en Nino's como de costumbre. A pesar del sol deslumbrante que brillaba fuera, en el interior del restaurante reinaba una extraña penumbra, fruto de las nubes de tormenta que ensombrecían el cielo por poniente. Bajo las mesas con patas de metal, las sombras eran grisáceas y difusas. Blue se preguntó si debería encender ya las lámparas bajas que colgaban sobre las mesas. La decisión podía esperar, ya que no había ningún cliente todavía.

Sin nada que hacer salvo barrer las ralladuras de parmesano de los rincones del comedor, Blue se sorprendió a sí misma pensando en la invitación de Gansey a acudir a una fiesta de togas esa noche. Para su asombro, Maura la había animado a ir. Blue había replicado que aquello atentaba contra todos sus principios. «¿El qué?», había dicho Maura. «¿Ir con alumnos de colegios privados? ¿Vestirte con trozos de tela arrebujados de cualquier manera? Pues hija, últimamente creo que no haces otra cosa».

Raaaas, raaaas. Blue barría con saña. Cada vez era menos capaz de ocultarse la verdad sobre sí misma, y no estaba segura de que eso le gustase.

En la cocina, el camarero jefe soltó una risita. Un rumor de música pegadiza se mezclaba con el rock del hilo musical; el camarero y los cocineros debían de estar viendo vídeos en el teléfono de alguno de ellos. La puerta del restaurante se abrió con un sonoro campanillazo y, para sorpresa de Blue, Adam entró en la sala y examinó las mesas desiertas. Parecía inquieto, y su uniforme estaba extrañamente desaliñado: los pantalones, arrugados y embarrados; la camisa, húmeda y llena de manchas…

—¿No quedamos en que yo te llamaría más tarde? —preguntó Blue examinando su uniforme, que, en circunstancias normales, habría estado impecable—. ¿Te encuentras bien?

Adam se dejó caer en una silla y se tocó con precaución el párpado izquierdo.

—Me acordé de que tenía Pesas y Descubrimientos después de clase, y no quería tenerte esperando mi llamada. Son dos asignaturas optativas: una de educación física y otra sobre el método científico.

Blue caminó hasta su mesa, escoba en ristre.

—No me has contestado. ¿Te encuentras bien?

Adam manoseó con impaciencia el puño de su camisa, que estaba empapado.

—Cabeswater… Le pasa algo raro, no sé qué. Tengo que trabajar un poco con él, y supongo que es mejor que alguien me acompañe. ¿Tienes planes para esta noche?

—Mi madre dice que tengo que ir a una fiesta de togas. ¿Tú irás?

—No pienso ir a una fiesta de Henry Cheng —respondió Adam en un tono que rezumaba desdén.

«Henry Cheng…», pensó Blue empezando a comprender. En un sistema de conjuntos donde uno de ellos llevara la etiqueta «fiesta de togas» y otro «Henry Cheng», era creíble que Gansey se encontrase justo en la intersección de los dos. Blue notó que volvían a invadirla sentimientos encontrados.

—¿Se puede saber qué te pasa con Henry Cheng? Por cierto, ¿quieres una pizza? Se equivocaron al hacer un encargo y nos sobran varias.

—Tú ya lo conoces, y además, no tengo tiempo de explicártelo. Y sí, pizza, por favor.

Blue fue a buscar la comida y se sentó frente a Adam mientras él la engullía tratando de no parecer demasiado maleducado. A decir verdad, hasta verle aparecer en la puerta, Blue no recordaba que habían acordado llamarse para hablar de Gansey y Glendower. Después de discutir acerca del tema con su empapada madre y sus amigas, ya no le quedaban muchas ideas que compartir.

—Si quieres que te sea sincera —comenzó—, no se me ocurre nada para evitar lo de Gansey que no sea encontrar a Glendower, y no tengo ni idea de cómo avanzar en eso.

—Tampoco yo he tenido mucho tiempo de pensar en eso hoy, porque… —Adam señaló con un ademán su arrugado uniforme, y Blue se preguntó si se referiría a Cabeswater o a Aglionby—. De modo que, en vez de una idea, tengo solo una pregunta. ¿Crees que Gansey podría ordenarle a Glendower que apareciera?

Algo en aquella pregunta hizo que el estómago de Blue diera un vuelco. No es que no hubiera pensado nunca en la capacidad de mando de Gansey; pero es que la autoridad sobrenatural que podía emanar la voz de su amigo estaba tan mezclada con su resolutivo tono de costumbre que, a veces, a Blue le resultaba difícil convencerse de que no la había imaginado. Y luego, cuando admitía que sí había algo especial ahí —por ejemplo, cuando Gansey disolvió mágicamente las tres Blues falsas, en su última visita a Cabeswater—, aun así le costaba pensar en ello desde una perspectiva mágica. El recuerdo parecía deslizarse inevitablemente hacia lo cotidiano. Pero ahora que se lo planteaba con más solidez, procurando captarlo en su totalidad, se daba cuenta de que era muy similar a las apariciones y desapariciones de Noah, o a la lógica mágica con la que Aurora emergía de una pared de roca. La mente de Blue prefería pensar que no había nada mágico en todo aquello, atribuírselo a la simple personalidad de Gansey sin pensarlo demasiado.

—No sé —contestó—. Si pudiera, ¿no crees que ya lo habría intentado?

—Mira, la verdad… —comenzó a decir Adam, pero, de pronto, su expresión cambió y se interrumpió bruscamente—. ¿Vas a ir a la fiesta esta noche?

—Supongo que sí —dijo ella, dándose cuenta demasiado tarde de que aquella pregunta tenía más peso del que parecía—. Ya te he dicho que mi madre está empeñada, y…

—Irás con Gansey.

—Sí, claro. Y con Ronan, si es que él va también.

—Ronan jamás iría a una fiesta de Henry.

—Bueno —repuso Blue con cautela—, en ese caso, sí, iré con Gansey.

Adam frunció el ceño y miró fijamente su propia mano. Parecía estar calibrando cuidadosamente sus palabras, diciéndoselas a sí mismo antes de pronunciarlas.

—¿Sabes? Cuando conocí a Gansey, me asombró que se juntara con alguien como Ronan. Gansey iba siempre a clase, hacía todas las tareas, era el favorito de los profesores. Y Ronan… Ronan ya era un ataque al corazón con forma de persona. Sabía que no tenía derecho a quejarme, porque Ronan era amigo de Gansey antes de que yo lo conociera. Pero un día, Ronan hizo otra estupidez de las suyas y yo me harté. Le pregunté a Gansey cómo podía ser amigo de un tipo como Ronan. Él me dijo que era porque Ronan siempre decía la verdad, y la verdad era lo más importante de todo.

A Blue no le costaba nada imaginar a Gansey diciendo algo así.

Adam levantó la mirada y la clavó en Blue. Fuera, el viento arrojaba hojas secas contra el cristal de la fachada.

—Y por eso —añadió Adam— me extraña tanto que no queráis decirme la verdad sobre vosotros dos.

El estómago de Blue dio un nuevo vuelco, ahora hacia el otro lado. Gansey y ella… Blue se había imaginado esta conversación docenas de veces, combinaciones infinitas de lo que ella alegaba, lo que Adam respondía, las conclusiones a las que llegaban… Podía hacer aquello. Estaba preparada.

No, no lo estaba.

—¿Nosotros dos? —repitió, demasiado confundida para reaccionar.

Blue no hubiera creído que la expresión de Adam pudiera expresar más desprecio que hacía un momento, al hablar de Henry Cheng. Ahora comprobó que sí podía.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —dijo él—. Que, con esto, veo clara la idea que tenéis de mí. Ni siquiera me habéis dado la oportunidad de tomármelo bien, tan seguros estabais de que me moriría de celos. ¿Es así como me veis?

No iba desencaminado; sin embargo, Adam había cambiado mucho desde hacía un tiempo, cuando habían decidido no contarle nada. Pero aquello no sonaría demasiado bien dicho en voz alta.

—Tú… —comenzó Blue—. Las… las cosas eran diferentes en aquel momento.

—¿«En aquel momento»? ¿Cuándo empezó todo esto?

—Bueno, yo no diría que ha empezado, exactamente —replicó Blue; una relación hecha de miradas de soslayo y llamadas secretas se quedaba tan corta, comparada con sus deseos, que Blue se negaba a considerarla una relación de verdad—. Además, esto no es como conseguir un trabajo nuevo: «¡Empecé el día tal!». No sé decirte cuándo empezó, directamente.

—Acabas de reconocer que sí, que ha empezado.

El estado mental de Blue se tambaleaba en un precario equilibrio entre la empatía y la frustración.

—No seas cabezón, Adam. Lo siento. No pensábamos que hubiera nada, pero de repente ahí estaba, y yo no sabía qué decirte. No quería arriesgarme a estropear nuestra amistad.

—Entonces, aunque yo podría habérmelo tomado de buena manera, una parte de ti decidió que me lo tomaría como una competencia absurda con Gansey y que sería mejor mentirme, ¿no es eso?

—Yo no te he mentido.

—Pues claro, Ronan. ¿O eras Blue? Solo que las mentiras por omisión también son mentiras —estalló Adam; aunque en su cara había una sonrisa torcida, a Blue no le pareció que hubiera humor en ella.

Al otro lado de la cristalera, un chico y una chica se detuvieron junto a la puerta para leer el menú. Ronan y Blue aguardaron en un silencio tenso a que la pareja se alejara. Luego, Adam miró a Blue y extendió la mano, como si esperase que ella le entregara una explicación satisfactoria a modo de propina.

La parte de Blue que se preocupaba por ser justa se daba cuenta de que era ella quien estaba en falta, y de que le correspondía desactivar el legítimo enfado de Adam. Su parte orgullosa, sin embargo, habría preferido señalar lo difícil que era tratar con Adam en el momento en que Gansey y ella se dieron cuenta de que había algo entre los dos. Con un esfuerzo, tomó un camino intermedio:

—No fue algo tan calculado como pareces pensar.

—Pero me he dado cuenta de que tratáis de ocultarlo —replicó él, negándose a aceptar aquel terreno neutral—. Y lo absurdo es que… estoy con vosotros todos los días, ¿no lo veis? ¿Pensabais que no me daba cuenta? Gansey es mi mejor amigo. ¿Crees que no lo conozco?

—Entonces, ¿por qué no hablas de esto con él? No soy yo sola, ¿sabes?

Adam extendió las manos y miró el restaurante aún vacío, como si a él también le asombrase el cariz que había tomado la conversación.

—Porque yo solo he venido para hablar contigo sobre la mejor forma de evitar que se muera. Y entonces he descubierto que vais a ir a una fiesta juntos, y no puedo creer lo irresponsable que eres.

Ahora le tocó a Blue extender las manos. Su gesto fue bastante menos elegante que el de Adam, como si estirase los dedos para no cerrar los puños.

—¿Irresponsable? ¿Yo?

—¿Sabe Gansey lo de tu maldición?

Las mejillas de Blue se encendieron.

—No vayas por ahí, Adam…

—El tipo que, en teoría, va a morir antes de que se cumpla un año está saliendo con la chica que matará a su amor verdadero con un beso. ¿No te parece significativo?

Blue estaba demasiado enfadada para hablar, así que sacudió la cabeza. Adam enarcó una ceja por toda respuesta, lo que hizo subir un grado la temperatura de la sangre de Blue.

—Sé controlarme, gracias —dijo con los dientes apretados.

—¿Bajo cualquier circunstancia? ¿Puedes garantizar que no vas a besarlo accidentalmente, o porque te tiendan una trampa, o porque pase algo raro con la magia de Cabeswater? ¿Puedes garantizarlo? No creo que puedas.

El estado de ánimo de Blue cayó definitivamente del lado de la rabia ciega.

—Mira, Adam: llevo viviendo con esto muchos más años que tú. No tienes derecho a entrar aquí de repente y decirme cómo tengo que…

—Sí que tengo derecho; es mi mejor amigo.

—¡Y el mío!

—Si fuera tu amigo de verdad, no te portarías de manera tan egoísta.

—Si fuera tu amigo de verdad, te alegrarías de que tenga a alguien a su lado.

—¿Cómo iba a alegrarme, si no queríais que me enterase?

Blue se puso de pie.

—Me asombra esto, ¿sabes? Al final, parece que todo esto gira alrededor de ti y no de Gansey.

Adam se levantó también.

—Qué curioso: estaba a punto de decirte lo mismo.

Los dos se encararon, furiosos. Blue notó que una sarta de palabras venenosas burbujeaba en su interior, como la savia de aquel árbol. Pero no iba a decirlas. No las diría. Los labios de Adam se afinaron como si fuera a añadir algo, pero al cabo de un segundo, recogió las llaves del coche con un gesto brusco y salió sin más del restaurante.

Un trueno retumbó en la lejanía. El sol ya no asomaba por ninguna parte; el viento había esparcido los nubarrones hasta cubrir el cielo entero. Aquella sería una noche tormentosa.



15

Hacía muchos años, una vidente le dijo a Maura Sargent que era «una adivina eficaz pero tendente a moralizar, con talento para tomar decisiones erróneas». Las dos llevaban un rato esperando en una salida de autopista a unos treinta kilómetros de Charleston, en Virginia Occidental. Ambas acarreaban sendas mochilas y hacían autostop. Maura había llegado allí desde el oeste; la otra adivina, desde el sur. No se conocían de nada. Aún.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo Maura.

—Me sorprende —gruñó la otra, aunque algo en su tono sugería que se trataba de un nuevo cumplido. Era una mujer más endurecida que Maura, más inclemente, ya forjada por la sangre. A Maura le había caído bien nada más verla.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

Un coche salió de la autopista y se aproximó a ellas. Las dos extendieron el pulgar. El coche pasó de largo y las dos bajaron la mano. Aún no estaban desanimadas; era uno de esos veranos verdes y ondulantes en los que todo parece posible.

—Al este, supongo. ¿Y tú?

—Lo mismo. Mis pies parecen caminar hacia allí.

—Los míos corren —repuso la otra vidente con una sonrisa ácida—. ¿Y dónde piensas detenerte?

—Supongo que, cuando llegue al lugar al que voy, lo sabré —dijo Maura con aire pensativo—. Podríamos viajar juntas. Y cuando lleguemos, montamos un negocio.

La otra levantó una ceja.

—¿Un burdel?

—Llámalo academia.

Las dos se echaron a reír, y fue así como supieron que se llevarían bien. Otro coche se acercó; levantaron los pulgares; el coche se alejó.

La tarde siguió su curso.

—¿Qué es esto? —preguntó la otra adivina.

En el inicio del carril de salida había aparecido un espejismo. Al mirarlo con atención, se dieron cuenta de que era una joven de verdad que se comportaba como una persona imaginaria. Caminaba por la mitad de la calzada en dirección a ellas, sujetando con una mano un bolso repleto que tenía forma de mariposa. Llevaba unas botas altas de cordones que parecían antiguas, y que terminaban más allá de donde llegaba su extravagante vestido. Su pelo era una esponjosa nube rubia que enmarcaba su palidísima cara. A excepción de sus ojos negros, todo en ella era tan pálido como oscura era la mujer que aguardaba junto a Maura.

Maura y la adivina morena observaron cómo la joven avanzaba con calma por el carril de salida, como si no le preocupase en absoluto que la arrollase algún vehículo.

Cuando estaba a punto de alcanzarlas, un Cadillac antiguo apareció en el carril. Aunque la recién llegada habría tenido tiempo de sobra para apartarse de su camino, no lo hizo. De hecho, se detuvo para manipular la cremallera de su bolso-mariposa, mientras, a su espalda, el Cadillac frenaba con un chirrido estruendoso y se detenía a centímetros de sus piernas.

Persephone miró a Maura y a Cala.

—Creo que estamos a punto de descubrir —dijo— que esta señora está dispuesta a llevarnos.

Habían transcurrido veinte años desde aquel encuentro en Virginia Occidental, y Maura seguía siendo una adivina eficaz y tendente a moralizar, con talento para tomar decisiones erróneas. Pero durante aquellos años, también se había acostumbrado a formar parte de una entidad de tres cabezas que lo decidía todo de manera consensuada. Las tres se habían permitido pensar que aquello no se acabaría nunca.

Resultaba tan difícil ver las cosas claras, en ausencia de Persephone…

—¿Has captado algo? —preguntó el Hombre de Gris.

—Da otra vuelta —le pidió Maura.

El Hombre de Gris giró el volante y volvió a internarse en Henrietta. Las luces de los escaparates variaban de intensidad siguiendo el pulso de una línea ley invisible. La lluvia había amainado, pero la tarde había empezado a caer, y el Hombre de Gris soltó un momento la mano de Maura para encender las luces del coche. Había accedido a hacerle de conductor mientras ella trababa de concretar una corazonada cada vez más apremiante. La sensación, un sentimiento ominoso parecido al que se tiene tras un mal sueño, la había invadido aquella mañana al levantarse. Pero en lugar de irse desvaneciendo a medida que avanzaba el día, se había solidificado, centrándose en Blue, en Fox Way y en una siniestra oscuridad que era como perder el conocimiento.

Además, le dolía un ojo.

Maura tenía la experiencia suficiente para darse cuenta de que a su ojo no le pasaba nada raro. Era el ojo de otra persona el que estaba mal, y Maura recibía la señal. El dolor la irritaba, pero no sentía la necesidad de hacer nada al respecto; la corazonada, sin embargo, sí que exigía una reacción inmediata. Lo malo de los presentimientos aciagos era que no se podía saber si, al acercarte al problema, lo ibas a solucionar o a crear. Todo habría sido mucho más fácil si aún estuvieran las tres; normalmente era Maura quien comenzaba los asuntos, Cala quien los hacía tangibles y Persephone quien los enviaba de vuelta al éter. Con solo dos de ellas, las cosas no funcionaban igual de bien.

—¿Podrías dar otra vuelta? —le pidió al Hombre de Gris.

Notaba los pensamientos de él mientras conducía. Poesía y héroes, romance y muerte. Un poema acerca de un fénix. Aquel hombre era la peor decisión que Maura había tomado hasta la fecha, pero no podía evitar tomarla una y otra vez.

—¿Te importa que hable? —preguntó él—. Si lo hago, ¿te estropeo la búsqueda?

—No he tenido suerte hasta ahora… Habla, si quieres. ¿En qué estabas pensando? ¿En pájaros que se alzan de sus cenizas?

Él le lanzó una mirada apreciativa y ella respondió con una sonrisa astuta. Era un simple truco de magia, lo más sencillo de todo lo que Maura sabía hacer —recoger al vuelo un pensamiento lanzado por una mente amistosa y desprevenida—, pero las alabanzas nunca venían mal.

—Llevo algún tiempo pensando mucho en Adam Parrish y su alegre banda —comenzó el Hombre de Gris—. En lo peligroso que es el terreno que pisan.

—Me extraña que los describas así; yo me habría referido a ellos como «Richard Gansey y su alegre banda».

Él inclinó la cabeza como si reconociera, pero no compartiera, la validez de su punto de vista.

—Ahora mismo —dijo—, estaba dando vueltas a la herencia que han recibido. El que Colin Greenmantle se haya marchado de Henrietta no hace que esto sea más seguro, sino todo lo contrario.

—Porque Greenmantle mantenía alejados a todos los demás.

—Exacto.

—Entonces, ¿crees que ahora acudirán otros, a pesar de que ya nadie vende nada por aquí? ¿Por qué habrían de hacerlo?

El Hombre de Gris señaló el semáforo que había frente al juzgado. Mientras pasaban junto a él, tres sombras lo sobrevolaron. Por más que Maura se esforzó, no pudo ver qué las arrojaba.

—Henrietta es uno de esos lugares con un aura sobrenatural que se ve a distancia —explicó el Hombre de Gris—. La gente interesada en este negocio siempre rondará por aquí para tratar de encontrar las causas o los efectos de esa aura.

—¿Y eso por qué es peligroso para la alegre banda? ¿Porque los extraños podrían encontrar algo tangible? ¿Cabeswater, por ejemplo?

El Hombre de Gris volvió a agachar la cabeza.

—Ajá. Y la finca de los Lynch… Aún no me perdono la parte de culpa que he tenido en eso, por cierto.

Tampoco Maura se lo perdonaba.

—Ya está hecho. No hay marcha atrás.

—No, pero…

La pausa que hizo en este punto era la prueba de que el corazón del Hombre de Gris estaba volviendo a brotar. La pena era que aquella semilla tuviera que germinar en el mismo terreno arrasado que había matado al primer corazón… Las consecuencias, como decía siempre Cala, eran una mala bestia.

—Maura, ¿qué ves en mi futuro? ¿Me quedo aquí? —al ver que ella no respondía, el Hombre de Gris insistió—. ¿Voy a morir pronto?

Ella sacó su mano de la de él.

—¿De verdad quieres saberlo?

—*Simle þreora sum þinga gehwylce, ær his tid aga, to tweon weorþeð; adl oþþe yldo oþþe ecghete fægum fromweardum feorh oðþringeð* —el Hombre de Gris suspiró, lo que dio más pistas a Maura sobre su estado de ánimo que aquel fragmento de poesía anglosajona en su versión original—. Cuando las apuestas solo se movían entre la vida y la muerte, era mucho más fácil distinguir a los héroes de los malvados. Es complicado manejarse en el terreno intermedio…

—Bienvenido al mundo en el que habitamos la otra mitad —sonrió Maura. De pronto, una intuición repentina le hizo trazar un símbolo sinuoso en el aire—. ¿Qué empresa tiene un logo así?

—Disney.

—Ja. Ja. Ja.

—Trevon-Bass. Está cerca de aquí.

—¿Hay alguna granja de vacas cerca?

—Sí —contestó el Hombre de Gris, haciendo un giro en redondo que era prudente pero ilegal—. Sí, hay una.

En unos minutos, el coche pasó frente al bloque de cemento desvaído de la fábrica Trevon-Bass y giró hacia un camino limitado por vallas de madera. Un sentimiento de plenitud se extendió por el interior de Maura, como si hubiera tratado de recuperar un recuerdo agradable y lo hubiera hallado justo donde esperaba que estuviera.

—¿Cómo has sabido llegar aquí? —preguntó.

—Porque no es la primera vez que vengo —respondió el Hombre de Gris en un tono vagamente ominoso.

—Espero que no matases a nadie.

—No, pero apunté con una pistola a la cabeza de una persona.

Un cartel apenas visible saludaba a los visitantes. El camino terminaba en una parcela cubierta de grava. Al detenerse, los faros del coche iluminaron un granero obviamente reformado para convertirlo en una vivienda de diseño.

—Esta es la casa que alquilaron los Greenmantle al venir a Henrietta —explicó el Hombre de Gris—. La granja está al otro lado.

Maura ya estaba abriendo la puerta para salir.

—¿Crees que podremos entrar?

—Sí, pero te sugiero que no te entretengas.

La puerta lateral no estaba cerrada con llave. Maura entró en la casa, percibiendo la presencia del Hombre de Gris a su espalda —tenso, vigilante— tanto con su clarividencia como con su corazón. En algún lugar de las cercanías, las vacas mugían y resoplaban. A juzgar por sus ruidos, parecían animales mucho más grandes de lo que debían de ser en realidad.

El interior de la vivienda estaba sumido en la oscuridad. Las sombras no dejaban distinguir las esquinas. Maura cerró los ojos para dejar que se acostumbraran a la idea de la negrura total. No le asustaban las tinieblas ni lo que podía morar en ellas. El miedo no merecía su atención; el sentimiento de plenitud, sí.

Se esforzó por recuperarlo.

Abrió los ojos y rodeó a tientas un bulto que debía de ser un sofá. La sensación de estar en la pista correcta vibró cada vez con más intensidad dentro de ella, mientras descubría una escalera y empezaba a subirla.

Arriba había una cocina integrada en el salón, iluminada vagamente por la luz grisácea que penetraba por los ventanales y por el resplandor azulado del microondas.

El ambiente resultaba desagradable, aunque Maura no habría sabido decir si se trataba de algo inherente a la estancia o del peso de los recuerdos del Hombre de Gris. Continuó avanzando.

Al fondo había un pasillo invadido por la negrura. No tenía ventanas ni iluminación alguna.

Era más que oscuro.

Maura dio un paso cauteloso para internarse en él y, de pronto, la oscuridad dejó de ser oscuridad y pasó a ser ausencia de luz. Aunque las dos cosas se asemejaban en muchas de sus características, a Maura dejaron de importarle sus semejanzas cuando se encontró rodeada de lo segundo y no de lo primero.

«Blue», le susurró algo al oído.

Todos los sentidos de Maura estaban en carne viva. No sabía si debía avanzar o detenerse.

El Hombre de Gris le tocó la espalda.

Solo que no había sido él. Maura giró la cara levemente hacia la derecha y lo vio de reojo en el borde de aquella oscuridad líquida. Respiró hondo y se concedió un segundo para crear una coraza protectora a su alrededor. Al mirar de nuevo, vio que el pasillo terminaba en una puerta. Aunque había otras a los lados, no cabía duda de que la oscuridad emanaba de aquella.

Maura hizo un gesto con la cabeza hacia el interruptor de la luz que había al lado del Hombre de Gris, y él lo presionó.

La luz, sin embargo, no consiguió imponer su lógica. Tendría que haber brillado, porque las lámparas estaban encendidas. Cuando Maura levantó la mirada hacia el techo, vio claramente que lo estaban.

Pero el pasillo seguía a oscuras.

Maura miró los ojos entrecerrados del Hombre de Gris.

Los dos recorrieron los últimos pasos sin hacer ruido, empujando la ausencia de luz que se les oponía, hasta que Maura extendió la mano hacia el picaporte. Parecía normal y corriente, como todas las cosas verdaderamente peligrosas. No arrojaba sombra alguna sobre la puerta, por la simple razón de que a él no llegaba la luz.

Maura trató de recuperar la sensación de plenitud y solo encontró terror. Se esforzó un poco más y halló la respuesta.

Giró el picaporte y empujó la puerta.

La luz goteó desde el pasillo revelando un gran cuarto de baño. Junto a la bañera había un cuenco de adivinación. En el borde del lavabo había tres velas blanquecinas, cuya cera había goteado casi hasta el suelo. Alguien había escrito en el espejo «PIPER PIPER PIPER» de derecha a izquierda, usando una sustancia sospechosamente parecida al lápiz de labios rosado.

En el suelo, un bulto grande se estremecía y arañaba el pavimento.

Maura le ordenó a su mano que encendiera la luz, y su mano le obedeció.

La cosa del suelo era un cadáver… No. Era una persona. Sin embargo, se movía de un modo en que ningún humano podría hacerlo. Los hombros parecían desplegarse. Los dedos se hincaban en las baldosas. Las piernas se estremecían, reptaban. Un sonido inhumano escapó de la boca, y entonces Maura comprendió.

Aquella persona se estaba muriendo.

Esperó a que terminase el gemido y luego dijo:

—Tú debes de ser Noah.



16

Cala también llevaba todo el día presagiando algo malo. A diferencia de Maura, que podía disponer libremente de su tiempo, ella llevaba horas trabajando en una oficina de la Academia Aglionby, y no podía dedicarse a buscar el origen del mal presentimiento. Sin embargo, este se fue intensificando de tal manera, colmándole la mente como una negra jaqueca, que Cala acabó por claudicar y pidió salir del trabajo una hora antes. Cuando la puerta de entrada del 300 de Fox Way se cerró de golpe, ella estaba tumbada boca abajo en la habitación que compartía con Jimi.

La voz de Maura se elevó en el vestíbulo.

—Traigo un muerto. ¡Anulad todas vuestras citas! ¡Colgad el teléfono! Orla, si has traído algún chico a casa, dile que se largue.

Cala salió de debajo del edredón y recogió sus zapatillas antes de dirigirse a la planta baja. Delante de ella, la siempre dispuesta Jimi estuvo a punto de tirar la máquina de coser con la cadera, en su prisa por ver lo que ocurría.

Las dos se detuvieron en seco a media escalera.

En honor a Cala, hay que decir que, al ver a Noah Czerny entre Maura y el Hombre de Gris, solo pensó en no dejar caer sus zapatillas.

Lo cierto es que «Noah Czerny» era un nombre muy humano para dárselo a lo que Cala tenía ante los ojos. A lo largo de su vida, Cala había visto muchos humanos vivos y casi otros tantos espíritus, pero jamás se había topado con algo como aquello. Un alma tan deteriorada como aquella debería estar… En realidad, no debería ni estar. Debería ser un vestigio de fantasma, un poltergeist repetitivo y sin consciencia propia. Un aroma de siglos en un corredor. Un estremecimiento junto a una ventana determinada.

Y sin embargo, por alguna razón, lo que Cala tenía delante eran jirones de alma, y en ellos aún estaba atrapado un chico muerto.

—Ay, pobrecito mío —susurró Jimi, compasiva—. Ven, voy a darte un poco de… —Jimi, siempre a vueltas con sus plantas medicinales, tenía un remedio natural para cada dolencia que podía afectar a los mortales.

—¿Un poco de qué? —dijo Cala.

Jimi frunció los labios y se balanceó adelante y atrás. Aunque estaba claramente perpleja, no quería quedar en ridículo delante de sus compañeras. Además, tenía tan buen corazón que casi resultaba aburrida, y claramente quería hacer algo por Noah.

—… de mimosa —dijo al fin con tono triunfal, y Cala soltó un suspiro de reticente aprobación—. Las flores de mimosa —le explicó Jimi a Noah, subrayando sus palabras con el dedo índice— ayudan a provocar la aparición de espíritus; estoy segura de que te fortalecerán.

Mientras ella subía a paso vivo a su cuarto, Maura le pidió al Hombre de Gris que condujese a Noah a la sala de los clientes, mientras Cala y ella deliberaban al pie de las escaleras. En vez de contarle cómo había encontrado a Noah, Maura extendió un brazo y dejó que Cala apoyara la mano en él. La psicometría de Cala —su habilidad para ejercer la clarividencia a través del tacto— a menudo proporcionaba resultados vagos; pero en esta ocasión, el evento estaba tan cercano y había sido tan vívido que Maura estaba segura de que su amiga lo captaría (y lo hizo, junto al recuerdo del beso que Maura y el Hombre de Gris se habían dado poco antes).

—El Hombre de Gris tiene talento —observó.

—Yo creo —repuso Maura fulminándola con la mirada— que es una trampa. Me da la impresión de que alguien quería que viéramos ese espejo con el nombre de Piper escrito, pero no creo que fuera Noah. Él no recuerda cómo llegó allí ni qué estaba haciendo.

—¿Crees que Noah actuó como augurio? —preguntó Cala en voz baja.

Los augurios —avisos sobrenaturales de desastres por venir— no interesaban especialmente a Cala, por la sencilla razón de que solían ser imaginarios. La gente

tendía a ver augurios donde no los había: gatos negros que portaban mala suerte, cuervos que traían consigo la tristeza… Sin embargo, un augurio genuino —esto es, un fenómeno ominoso provocado por alguna presencia cósmica indefinida— no era algo que pudiera ignorarse así como así.

—Tal vez —repuso Maura, también en susurros—. Llevo todo el día presagiando algo terrible. Sin embargo, siempre había pensado que un ser consciente no puede ser un augurio.

—¿Posee consciencia?

—Parte de él, sí. Estuve hablando con él en el coche. Jamás había visto cosa igual. Su estado de deterioro es tan grande como para parecer un portento sin voluntad propia, pero al mismo tiempo sigue siendo un muchacho. Lo comprobamos mientras veníamos…

Las dos mujeres reflexionaron unos instantes.

—¿Es el que murió en la línea ley? Tal vez Cabeswater le haya prestado la energía suficiente para seguir consciente todo este tiempo de más. Si es demasiado cobarde para proseguir su camino, puede que ese bosque enloquecido le dé fuerzas para quedarse por aquí.

Maura le lanzó una nueva mirada de indignación.

—La palabra no es «cobarde», sino «asustado», Cala Lily Johnson, y el pobre no es más que un niño. Bueno, sí que es más que un niño, pero poco. Recuerda que lo asesinaron. Y que es uno de los mejores amigos de Blue.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos? ¿Quieres que pase un rato con él para averiguar qué ocurre? ¿O piensas que debemos ayudarlo a seguir su camino?

Maura suspiró, incómoda de pronto.

—Recuerda las ranas, Cala.

Hacía unos años, Blue había atrapado dos ranas arborícolas mientras hacía recados por el vecindario. De regreso a casa, feliz con su hallazgo, había montado un acuario en una jarra enorme que Jimi usaba para guardar sus infusiones en la nevera. Al verlo, Maura había adivinado de inmediato —por medios deductivos, no sobrenaturales— que aquellas ranas, en manos de la pequeña Blue Sargent, se encaminaban a una muerte lenta. Así pues, en cuanto Blue se fue al colegio, las liberó en el jardín trasero, lo que dio lugar a una de las mayores discusiones que jamás habían mantenido su hija y ella.

—De acuerdo —masculló Cala—. No liberaremos ningún fantasma mientras Blue esté en una fiesta de togas.

—No quiero marcharme.

Maura y Cala dieron un respingo.

Cómo no, Noah estaba justo entre las dos. Su espalda estaba encorvada; sus cejas, enarcadas. Bajo su superficie solo había ligazones y negrura, polvo y ausencia. Sus

palabras eran blandas y confusas.

—Aún no —añadió.

—No te queda mucho tiempo, chico —le dijo Cala.

—Aún no —repitió él—. Por favor.

—Nadie va a obligarte a nada que tú no quieras hacer —afirmó Maura.

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—Ya… Ya lo han hecho. Y volverán a hacerlo… Pero esto… esto quiero hacerlo yo.

Extendió su mano hacia Cala, con la palma hacia arriba como un pordiosero. El gesto le recordó a Cala a otra persona muerta, una cuyo recuerdo, aun después de dos décadas, le pesaba como un yugo de tristeza y culpabilidad. De hecho, ahora que lo pensaba, el gesto de Noah era idéntico al de aquella persona; la misma languidez en la muñeca, los dedos extendidos con delicadeza e intención, como un eco del pasado…

—Soy un espejo —susurró Noah en respuesta a sus pensamientos—. Lo siento —añadió agachando la cabeza.

Empezó a bajar la mano, pero Cala, llevada al fin por un arranque de compasión tan reticente como genuina, agarró sus fríos dedos.

La sensación la asaltó como un golpe en pleno rostro.

Habría debido estar prevenida, pero aun así, apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que la asaltara la siguiente oleada. Primero miedo, luego dolor y después una tercera sensación que Cala fue capaz de bloquear. No le hacía ninguna falta revivir de principio a fin el asesinato de Noah.

Buscó alrededor de aquel suceso y encontró… nada. Su psicometría solía funcionar especialmente bien con acontecimientos pasados, descartando los recuerdos recientes para revelar los más potentes que aguardaban tras ellos. Sin embargo, Noah estaba tan deteriorado que apenas conservaba nada de su pasado salvo livianas telarañas de memoria. Había más besos (Cala se preguntó qué había hecho ella para que su día se llenase de mujeres de la familia Sargent dando besos con lengua). Estaba Ronan, mucho más gentil en los recuerdos de Noah que en la realidad. Estaba Gansey, cuyo arrojo y solidez Noah envidiaba claramente. Y Adam… al que Noah temía, o tal vez temiera por él. Sus miedos se enredaban con imágenes de él, cruzando hilos de oscuridad creciente. Y luego estaba el futuro, extendiéndose en imágenes cada vez más vaporosas y…

Cala apartó la mano del brazo de Noah y lo miró fijamente. Por una vez en su vida, no se le ocurría ningún comentario ingenioso.

—De acuerdo, chico —dijo al fin—. Bienvenido a esta casa. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.



17

Aunque a Gansey le caía bien Henry Cheng, sentía que aceptar su invitación suponía un extraño desplazamiento en los equilibrios de poder de su amistad. No es que se sintiera amenazado en modo alguno por Henry —tanto el uno como el otro eran reyes en sus ámbitos respectivos—, pero el relacionarse con él en su terreno, y no en el terreno neutral de Aglionby, parecía dar un extraño peso a lo que ocurriese. Los cuatro alumnos de Vancouver se alojaban fuera del campus del colegio, en Litchfield House, un lugar en el que jamás se ofrecían fiestas. Era un club exclusivo, algo muy propio de Henry. Y aceptar comida del reino de las hadas equivalía a quedar allí aprisionado para siempre o a añorarlo hasta el fin de los tiempos (etcétera, etcétera).

Además, Gansey no estaba muy seguro de que se pudiera permitir hacer nuevos amigos.

Litchfield House era una antigua mansión victoriana situada a las afueras del pueblo. En aquella noche húmeda y cada vez más fresca, sus torretas, porches y tejadillos de madera se elevaban entre remolinos de niebla, y cada una de sus ventanas estaba iluminada por una lamparilla. El camino de entrada estaba atascado, con cuatro

coches de lujo aparcados unos junto a otros; en la acera de enfrente, el Fisker plateado de Henry aguardaba como un elegante fantasma detrás de un manso sedán viejo.

Blue estaba de un humor espantoso. Gansey estaba seguro de que le había ocurrido algo en el trabajo, pero sus pesquisas solo habían logrado aclarar que no se trataba de nada achacable ni a la fiesta de togas ni a él. Ahora Blue conducía a Pig, lo que proporcionaba un beneficio triple: para empezar, Gansey sabía que conducir un Camaro era algo que mejoraba el humor de cualquier ser humano; para seguir, le daba a Blue una oportunidad de practicar, algo que no podía hacer en el vehículo común del 300 de Fox Way; y para terminar —lo más importante—, a Gansey le resultaba eterna e intensamente irresistible ver a Blue manejando el volante de su coche. Y dado que ni Ronan ni Adam iban con ellos, nadie podía interrumpirlos en aquella actividad que, por alguna razón, a Gansey le parecía de lo más indecente.

En algún momento tendría que contárselo a sus amigos…

Gansey no creía que fuera el momento adecuado para enamorarse, pero se había enamorado de todos modos. No acababa de comprender el mecanismo que regía aquella emoción. Entendía su amistad con Ronan y con Adam: ambos encarnaban cualidades que él admiraba y de las que carecía, y a ellos les gustaba la versión de Gansey con la que él se sentía más cómodo. Lo mismo podía decirse de su relación con Blue; pero en este caso, había algo más. Cuanto mejor la conocía, más lo invadía una sensación igual a la que sentía cuando nadaba. De pronto, desaparecían las versiones disonantes de Gansey y quedaba solo él ahora, ahora, ahora.

Blue hizo frenar a Pig delante de Litchfield House y examinó los alrededores en busca de una plaza de aparcamiento.

—Puf —bufó mientras contemplaba los coches de lujo.

—¿Qué?

—Se me había olvidado que Henry es un chico Aglionby de la cabeza a los pies.

—No hace falta que entremos, si no quieres —repuso Gansey—. Con asomarme un momento para darle las gracias por invitarnos, ya es suficiente.

Los dos observaron el edificio que se alzaba en la acera opuesta. Gansey pensó en lo extraño que era sentir incomodidad ante la perspectiva de pasar un rato con una pandilla a la que veía todos los días. Estaba a punto de admitirlo en voz alta cuando se abrió la puerta de la mansión. En la fachada oscura apareció un recuadro de luz amarillenta, como un portal a otra dimensión. Julio César salió de él, se detuvo en el porche, saludó con la mano y gritó:

—¡Hombre, Dick Gansey, muchachote!

No era Julio César, sino Henry ataviado con una toga.

Las cejas de Blue se elevaron hasta desaparecer bajo el flequillo.

—¿Vas a ponerte una cosa de esas? —preguntó.

Aquello prometía ser un desastre.

—Ni en broma —respondió Gansey; ahora que la tenía delante, la toga parecía bastante más real de lo que le habría gustado—. Solo vamos a quedarnos un minuto.

—¡Aparcad a la vuelta de la esquina y tened cuidado de no atropellar ningún gato! —gritó Henry.

Blue dio la vuelta a la manzana, evitando arrollar un gato blanco que se le cruzó, y aparcó en paralelo de manera lenta pero segura, a pesar de que Gansey la observaba y de que la dirección asistida chirriaba como si protestase.

Aunque Henry tenía que haber supuesto que no tardarían mucho, había vuelto a meterse en la casa. Abrió con gran formalidad cuando llamaron al timbre y cerró la puerta a sus espaldas, dejándolos encerrados en una bolsa de aire un tanto caluroso que olía a ajo y a rosas. Gansey había esperado encontrar decenas de compañeros colgados de las lámparas, cabalgando a lomos del alcohol; y aunque aquello no era precisamente su perspectiva de fiesta ideal, se sintió un tanto descolocado por el contraste. El interior de la casa estaba meticulosamente ordenado. Ante ellos, un corredor se internaba en la penumbra, lleno de espejos de marco tallado y muebles antiguos de aspecto frágil. El ambiente no sugería lo más mínimo que allí pudiera celebrarse una fiesta; más bien parecía el típico lugar en el que una anciana señora podía morirse sin que nadie se diera cuenta hasta notar un olor extraño en el vecindario. Desde luego, no cuadraba en absoluto con lo que Gansey sabía de Henry.

En la casa reinaba el silencio.

De pronto, a Gansey se le ocurrió la espantosa idea de que la fiesta consistiese en ellos dos y Henry, vestidos con sendas togas y sentados en una salita de estar.

—Bienvenidos, bienvenidos —los saludó Henry como si no acabase de verlos unos minutos atrás—. ¿Atropellasteis al gato?

Henry se había acicalado con esmero. Su toga estaba anudada con más primor del que Gansey había empleado jamás para atarse la corbata (y se había anudado miles de corbatas). Llevaba el reloj más reluciente que Gansey había visto en su vida (y había visto miles de cosas relucientes). Su negra mata de pelo salía disparada hacia arriba en mechones increíblemente verticales (y Gansey había visto miles de cosas que salían disparadas hacia arriba).

—Di un volantazo hacia un lado y él saltó hacia el otro —respondió Blue.

—¡Te has traído a Wendy! —exclamó Henry como si acabara de advertir su presencia—. Busqué en Google cómo se ponen las togas de chica, por si venías. Muy bien lo del gato; la señora Woo nos envenenaría mientras dormimos si le hubiera pasado algo. ¿Cómo decías que te llamabas?

—Blue —contestó Gansey—. Blue Sargent. Blue, ¿recuerdas a Henry?

Los tres se miraron por unos instantes. En su primer encuentro, Henry había ofendido a Blue al momento de conocerla con sus comentarios irónicos sobre sí mismo. Gansey, de un modo profundo, comprendía que si Henry se reía de su propia persona, era porque la alternativa consistía en entrar en tromba en algún templo y volcar las mesas de los cambistas. Sin embargo, se daba cuenta de que Blue veía a Henry como uno de los principitos malcriados de Aglionby. Y teniendo en cuenta lo enfurruñada que estaba…

—Lo recuerdo —dijo sin más.

—No estaba en mi mejor momento —repuso Henry—. Desde entonces, mi coche y yo hemos hecho las paces.

—Su coche eléctrico —remachó Gansey con sutileza, por si a Blue se le habían pasado por alto las implicaciones ecológicas del asunto.

Blue miró a Gansey con los ojos entrecerrados.

—Desde aquí se puede ir en bici a Aglionby —puntualizó.

—Muy cierto —repuso Henry meneando el dedo índice—. Pero al montar en bici es fundamental respetar las normas de seguridad, y aún no se ha inventado un casco en el que quepa mi pelo. Oye, Gansey, ¿viste a Cheng Dos por ahí fuera?

Gansey no sabía gran cosa acerca de Cheng Dos (llamado, en realidad, Henry Broadway, y apodado así no por ser el segundo Cheng de Aglionby, sino por ser el segundo Henry), más allá de lo que conocía todo el mundo: que era un tipo hiperactivo, con un suministro constante de bebidas energéticas que electrificaba sus extremidades.

—No, a no ser que se haya comprado un Toyota Camry mientras yo no lo miraba.

Henry soltó una carcajada contagiosa, como si Gansey se estuviera refiriendo a una broma previa y compartida.

—Es de la señora Woo, nuestra pequeña dictadora. Anda por aquí, no sé bien dónde… Revisad vuestros bolsillos por si se ha metido en alguno. A veces se cuela en una grieta entre las tablas de la tarima; es lo malo de estas casonas antiguas. Por cierto, ¿dónde andan Lynch y Parrish?

—Los dos ocupados, por desgracia.

—Vaya, increíble. Sabía que el presidente no tiene por qué actuar conjuntamente con el Congreso y el Tribunal Supremo, pero jamás creí que viviría para verlo.

—¿Quién más viene? —preguntó Gansey.

—Bah, los sospechosos habituales —respondió Henry—. Nadie quiere ver a un simple conocido vestido con una sábana.

—Tú y yo somos solo conocidos —señaló Blue.

Gansey la observó; aunque no sabía cómo interpretar su expresión, estaba seguro de que no presagiaba nada bueno.

—Cuentas con el aval de Richard Gansey III, lo que nos hace casi amigos.

Al final del pasillo se abrió una puerta. Una mujer asiática de edad indefinida salió de ella acarreando un montón de sábanas dobladas.

—Hola, querida tía —la saludó Henry con tono meloso. Ella le lanzó una mirada severa y salió a grandes zancadas por otra puerta—. La pobre señora Woo fue expulsada de Corea por su mal carácter; me temo que posee el dulce encanto de un arma química.

Hasta entonces Gansey había supuesto vagamente que en Litchfield House debía de haber algún adulto a cargo de las cosas, pero no se había molestado en investigar. Preocupado, pensó que no era de buena educación presentarse allí sin unas flores o algo de comida.

—Tendría que haberle traído algo, ¿verdad? —preguntó.

—¿A quién?

—A tu tía.

—Ah, no. Además, es la tía de Ryang —replicó Henry—. Vamos, entrad. Koh está en el piso de arriba catalogando las bebidas. No tenéis por qué emborracharos si no queréis, pero me temo que yo lo haré. Según me dicen, no me pongo muy escandaloso, pero sí filantrópico. El que avisa no es traidor.

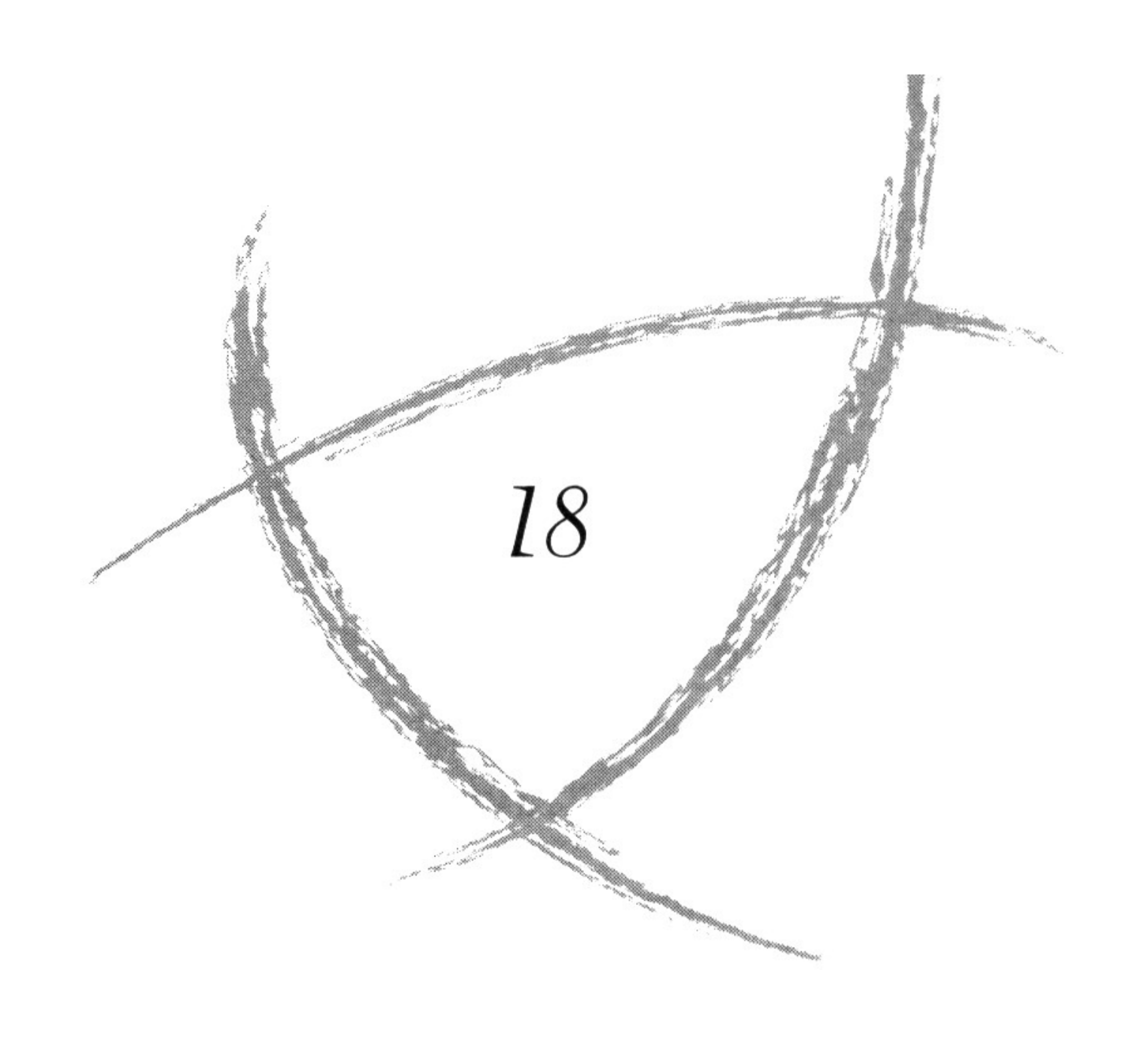
Ahora la censura sí que asomaba claramente a la expresión de Blue, cuyos rasgos dibujaban una mueca más cercana a la de Ronan que a la suya habitual. Gansey estaba empezando a sospechar que aquellos dos mundos no podían mezclarse.

Sonó un portazo. Cheng Dos y Logan Rutherford aparecieron en un umbral, cargados de bolsas de plástico. Rutherford fue lo bastante sensato para quedarse callado, pero Cheng Dos carecía de aquella habilidad.

—Joooder —exclamó—, ¿tenemos chicas?

Gansey notó que Blue se erguía hasta parecer cuatro veces más alta. El silencio se adueñó del pasillo, como si el mismo aire se preparase para el estallido inminente.

Aquello iba a ser terrible.



18

Eran las 6:21.

No, eran las 8:31. Ronan no había interpretado bien el reloj del coche.

El cielo, los árboles, la carretera: todo estaba sumido en la negrura. Ronan frenó delante de la casa de Adam, un apartamento situado sobre las oficinas de la iglesia católica Saint Agnes (una combinación fortuita que concentraba casi todo aquello por lo que Ronan sentía devoción en un solo bloque de casas). Ronan, como de costumbre, había pasado el día sin mirar su teléfono, lo que le había hecho perderse la llamada que Adam le había hecho horas antes. El mensaje que su amigo había dejado en el buzón de voz era breve y conciso: «Si no vas a ir con Gansey a casa de Henry esta noche, ¿podrías ayudarme con Cabeswater?».

Ronan no tenía ninguna intención de pasarse por la fiesta de Henry Cheng. La combinación de sonrisas y activismo del chico le causaba sarpullidos.

Y, por supuesto, estaba dispuesto a pasarse por casa de Adam.

Salió de su BMW, chistando a Sierra para que dejase de aflojar con el pico una costura del asiento del copiloto, y examinó el estacionamiento de la iglesia en busca

del Hondayota multicolor de Adam. Estaba allí, con las luces aún encendidas, pero con el motor apagado. Adam, en cuclillas, miraba fijamente el brillo de los faros. Tenía las manos apoyadas en el asfalto, con los brazos en tensión como un atleta que aguardase el disparo de salida. Ante él, en el suelo, había tres cartas de tarot. Ronan se fijó en que Adam había sacado una de las alfombrillas del coche para poder arrodillarse sin manchar los pantalones del uniforme. Aquellos dos rasgos de carácter —lo inescrutable y el pragmatismo—, combinados, eran la clave para comprender a Adam Parrish.

—Eh, Parrish —le saludó.

Adam no respondió. Sus pupilas eran dos orificios de cámara oscura dirigidos a otra realidad.

—Parrish —insistió Ronan.

Una de las manos de Adam se estiró hacia la pierna de Ronan. Sus dedos se agitaron, comunicando claramente un «Déjame tranquilo un momento» con un movimiento mínimo.

Ronan cruzó los brazos y observó. Los pómulos afilados de Adam, sus rubias cejas —ahora fruncidas—, sus bonitas manos… Todo parecía desteñido por la potente luz de los focos. Ronan había memorizado, especialmente, la forma de las manos de Adam. La manera en que sobresalía su pulgar, como el de un niño; los senderos prominentes de sus venas; los nudillos que puntuaban sus largos dedos… En sueños, Adam se los llevaba a la boca.

Sus sentimientos por Adam eran como un vertido de petróleo: había dejado que se derramaran, y ahora no había ni un rincón del océano que no corriera peligro de incendiarse si le acercaba una cerilla.

Sierra, con el pico entreabierto en un gesto curioso, revoloteó hasta posarse junto a las cartas de tarot. Ronan la señaló sin decir nada y ella, mohína, se metió debajo del coche. Ladeando la cabeza, Ronan aguzó la vista para distinguir las cartas. Llamas, una espada… El diablo. Aquella simple palabra —diablo— despertó mil imágenes en su mente. Piel roja, gafas blancas, los ojos aterrados de Matthew en el maletero de un coche. Temor y vergüenza mezclados en una poción espesa y vomitiva. A Ronan no le resultaba cómodo recordar sus pesadillas más recientes.

Los dedos de Adam se tensaron y, de pronto, se echó hacia atrás. Pestañeó dos veces en rápida sucesión, tocándose la comisura del ojo izquierdo con la yema del anular. Aquello no pareció solucionar el problema, porque acto seguido se frotó los ojos con fuerza. Finalmente, levantó la cabeza para mirar a Ronan.

—¿Mirar a los faros? Qué bruto eres, Parrish —dijo Ronan extendiendo la mano.

Adam se la agarró y Ronan tiró de él hacia arriba, palma contra palma, pulgar sobre pulgar, dedos cerrados sobre la muñeca. Se dio cuenta de que Adam lo miraba,

ya en pie ante él, y lo soltó.

El océano había empezado a arder.

—¿Se puede saber qué te pasa en los ojos? —preguntó Ronan.

Las pupilas de Adam seguían siendo minúsculas.

—Me lleva un rato volver —explicó.

—Qué miedo das, cabrón… ¿Qué es eso de la carta del diablo?

Adam levantó la mirada hacia la oscura vidriera de la iglesia, aún medio absorto.

—No entiendo lo que quiere decirme esa carta; es como si hubiera una barrera invisible que me impidiera acercarme a su significado. Necesito buscar una forma de internarme más en las visiones, pero alguien tiene que vigilarme para evitar que me aleje demasiado de mí mismo.

Y ese alguien debía ser Ronan.

—¿Qué estás tratando de averiguar?

Adam describió lo que le estaba ocurriendo a su ojo y a su mano, con el mismo tono objetivo con que habría contestado a las preguntas de un profesor. Permitió que Ronan aproximase su rostro al de él para comparar los dos ojos —tan cerca que Ronan sintió el roce de su aliento en la mejilla— y que examinara su mano. Esto último no era estrictamente necesario, y los dos lo sabían; sin embargo, Adam se limitó a observar con atención cómo Ronan trazaba delicadamente las líneas que cruzaban la palma.

A Ronan le daba la impresión de que estaba caminando sobre la línea que separaba el soñar del dormir; aquel equilibrio afilado en el que estaba lo bastante dormido para tener sueños, y lo bastante despierto para recordar lo que quería.

Sabía que Adam se había dado cuenta de lo que sentía por él. Sin embargo, no sabía si podía desviarse de aquel angosto sendero sin destruir lo que ya tenía.

Adam le sostuvo la mirada mientras Ronan le soltaba la mano.

—Quiero encontrar el origen de lo que ha atacado a Cabeswater, y estoy seguro de que se trata de lo mismo que estaba matando a aquel árbol que vimos.

—También está dentro de mi cabeza —admitió Ronan; su día en Los Graneros había estado lleno de sueños de los que había tenido que despertarse precipitadamente.

—¿Sí? ¿Por eso tienes tan mala cara?

—Gracias, Parrish. Tampoco es que tú estés en uno de tus mejores días —replicó Ronan. Luego pasó a describir la podredumbre que invadía sus sueños, tan similar a la del árbol, ocultando bajo una capa de improperios su inquietud y la impresión de que formaban parte de algo más grave y profundo—. De modo que no pienso volver a dormir jamás —remachó.

Antes de que Adam pudiera replicar, un movimiento sobre sus cabezas le llamó la atención. Algo extrañamente claro y deformado aleteaba entre los árboles que

bordeaban la calzada. Era un monstruo.

El monstruo de Ronan.

La pesadilla albina raramente abandonaba el refugio de Los Graneros. Cuando lo hacía era para seguir los pasos de Ronan, no con devoción canina, sino con el interés descuidado e indirecto de un gato. Ahora, sin embargo, avanzaba con determinación hacia ellos desde el otro lado de la calle. En la oscuridad purpúrea el ser parecía hecho de humo, una silueta de alas desgarradas y harapos flotantes. Lo más concreto era el ruido de su aleteo: flap, flap, flap… Abrió sus dos picos, y estos vibraron con un chillido feroz, imperceptible para los oídos humanos.

Ronan y Adam siguieron su trayectoria, moviendo la cabeza al mismo tiempo.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —gritó Ronan.

Sin hacerle caso, el ser voló sobre ellos y prosiguió su camino hacia las montañas del fondo. «Cualquier día, un granjero verá al bicho de las narices y se lo cargará de un tiro», pensó Ronan.

No sabía por qué se preocupaba por él. Aunque tal vez fuera porque aquella criatura le había salvado la vida en cierta ocasión…

—Ese otro cabrón también da miedo —masculló.

—¿Qué hora es? —preguntó Adam, frunciendo el ceño para seguir la silueta del monstruo.

—Las seis y veintiuno —contestó Ronan, y el ceño de Adam se hizo más pronunciado—. No, las nueve menos veinte. Me he equivocado al mirar el reloj.

—Aún nos da tiempo, si no vamos lejos.

Adam Parrish siempre estaba pendiente de los recursos de que disponía: dinero, tiempo, horas de sueño… En una noche de entre semana, como aquella, Ronan sabía que Adam evitaría malgastar energías incluso aunque sintiera amenazas sobrenaturales pisándole los talones. Si no lo hiciera así, no habría podido llegar tan lejos.

—¿Adónde quieres ir?

—No lo sé. Quiero averiguar dónde surge esa podredumbre, ese… ese demonio. Tal vez pueda entrar en trance mientras tú conduces. Lo ideal sería que yo mismo condujera estando en trance, pero eso es imposible. En fin, se trata de que lleves mi cuerpo adonde indique mi mente.

Algo más allá, una farola emitió un zumbido y se apagó. Aunque hacía horas que la lluvia había amainado, la atmósfera estaba tan cargada como si hubiera estallado una tormenta. Ronan se preguntó adonde iría encaminada su criatura de pesadilla.

—De acuerdo, mago —dijo—. Pero si yo conduzco mientras tú estás dormido, ¿cómo puedo saber hacia dónde ir?

—Intentaré estar lo bastante consciente para darte indicaciones.

—¿Eso es posible?

Adam se encogió de hombros; últimamente, las definiciones de lo posible y lo imposible parecían muy elásticas. Se inclinó para ofrecer su antebrazo a Sierra, y el ave saltó y aleteó para conservar el equilibrio. Cuando Adam le acarició con delicadeza las suaves plumas que circundaban el pico, Sierra inclinó la cabeza.

—No lo sabremos hasta que no lo intentemos —repuso—. ¿Te animas?

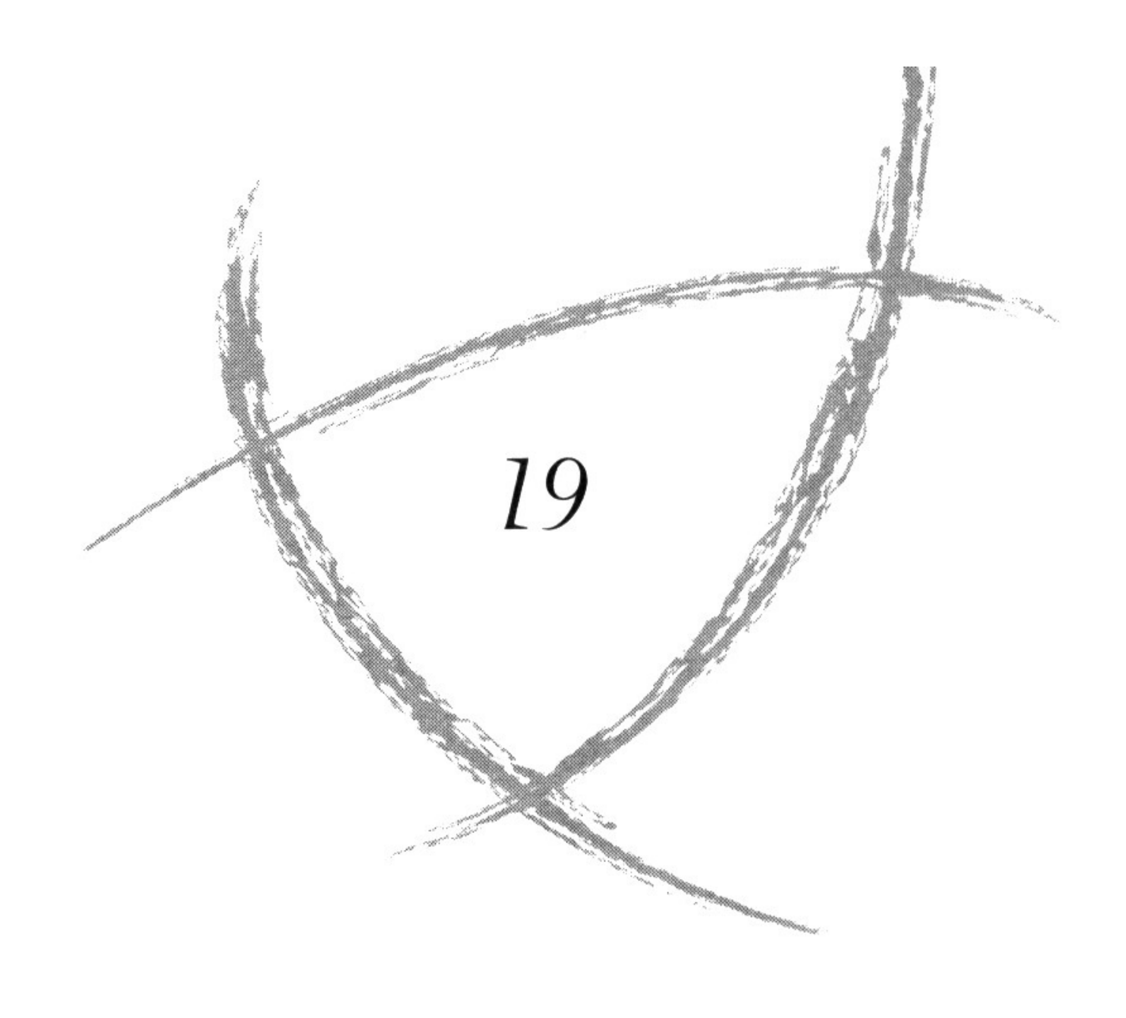
Ronan hizo tintinear las llaves de su coche; si había algo que le apetecía hacer en todo momento, era conducir. Inclinó la cabeza para señalar el Hondayota.

—¿No vas a cerrar con llave tu cacharro?

—No vale la pena; hay un gamberro que se mete cuando quiere.

El gamberro en cuestión esbozó una sonrisa tensa.

Al cabo de unos segundos, los dos se alejaban en el BMW.



19

Adam se despertó, sobresaltado por el ruido de la puerta del coche al cerrarse. Estaba en su desastroso cochecito… ¿Por qué estaba dentro de aquel coche?

Persephone se inclinó dentro del habitáculo, y su cascada de pelo rizado y pálido se derramó hasta llegar al asiento del conductor. Cuidadosamente, agarró la caja de herramientas que había en el asiento del copiloto, la colocó en el suelo y se sentó.

Con los ojos entrecerrados, Adam observó aquel amanecer desteñido. ¿Tenía que ser de día? Estaba exhausto; le parecía que solo habían pasado unos minutos desde que saliera de su turno de noche en el taller. Conducir de vuelta a casa sin dormir siquiera unos minutos le había supuesto un esfuerzo titánico, y no se encontraba más descansado ahora.

No lograba decidir si Persephone estaba realmente allí o no. Pero sí que debía de estar, porque sus rizos le estaban haciendo cosquillas a Adam en el brazo.

—Saca las cartas —dijo Persephone con su vocecilla habitual.

—¿Cómo?

—Es hora de que te enseñe algo más —repuso ella suavemente.

La fatigada mente de Adam parecía eludirle; había algo en aquello que le daba impresión de irrealidad.

—Persephone, yo… Estoy demasiado cansado para pensar.

La aguda luz de la mañana iluminó la sonrisa secreta de Persephone.

—Por eso te pido que hagas esto.

Mientras Adam se estiraba para sacar la baraja del compartimento de la puerta en la que solía guardarla, la verdad lo golpeó:

—Estás muerta.

Ella asintió con la cabeza.

—Esto es un recuerdo —afirmó Adam.

Ella volvió a asentir. Ahora todo cobraba sentido: Adam estaba inmerso en el recuerdo de una de sus primeras sesiones de aprendizaje con Persephone. Los objetivos de aquellas sesiones siempre eran los mismos: escapar de su mente consciente; descubrir su inconsciente; expandirlo hasta alcanzar el inconsciente colectivo; buscar los hilos que conectaban todas las cosas; aclarar y empezar de nuevo. Las primeras veces, Adam no había logrado pasar de la etapa número dos. Cada una de aquellas sesiones se había consumido en un intento infructuoso de sacarlo fuera de sus pensamientos concretos.

Las uñas de Adam rasparon el interior vacío del compartimento. La verdad acerca del paradero de la baraja en el pasado había colisionado con la conciencia de dónde la guardaba en el presente. Poco después de que Persephone muriese, la ventanilla de aquella puerta se había estropeado y había empezado a dejar entrar algo de agua cuando llovía. Para evitar que el tarot se dañara, Adam había empezado a meterlo en la guantera.

—¿Por qué estás aquí? ¿Es esto un sueño? —preguntó, pero se corrigió de inmediato—: No. He entrado en trance. Estoy buscando algo.

Y en el instante en que acabó de decirlo, se encontró solo en el coche.

Ahora estaba en el asiento que había ocupado Persephone, sosteniendo una carta de tarot en la mano. El dibujo de la carta era un garabato anguloso que recordaba un poco a un montón de avispas. O tal vez fuese una cara… No importaba. ¿Qué estaba buscando? A Adam le resultaba difícil navegar por el espacio impreciso entre el consciente y el inconsciente. Si se concentraba en exceso, perdería el trance; si no lo hacía, olvidaría su propósito.

Dejó que su mente vagara hasta acercarse un poco más al presente.

Un runrún de música electrónica se inmiscuyó en su mente, recordándole que su cuerpo estaba en el coche de Ronan. Desde el lugar en el que se encontraba, era evidente que aquella música era el sonido del alma de Ronan. Hambrienta y devota, hablaba en susurros de sitios oscuros, de lugares antiguos, de fuego y de sexo.

El ritmo palpitante y la cercanía de Ronan centraron a Adam. El diablo… No, no el diablo, sino un demonio. La intuición se apoderó de él por un instante y se desvaneció al siguiente.

—Norte —dijo.

Todo estaba rodeado de un halo blanco. Brillaba tanto que Adam se cegaba si lo enfocaba directamente. Una parte muy lejana de su ser, que vibraba con el ritmo electrónico, recordó de pronto que era la luz del cargador del teléfono. Esa era la parte de su mente lo bastante anclada en el presente para susurrarle indicaciones a Ronan.

—Gira a la derecha.

Cabeswater murmuraba en su oído sordo. Hablaba de destrozos, de usurpaciones, de violencia, de la nada. Era un paso atrás de duda en sí mismo, una promesa falsa que contenía su propio incumplimiento, la consciencia de que algo iba a dañarle y tal vez se lo mereciese. «Demonio, demonio, demonio».

«Ve, ve, ve».

En algún lugar, un coche oscuro competía con otro en una carretera nocturna. Una mano aferraba el volante, enfundada en un guante de cuero que se abrochaba en la muñeca. El Greywaren. Ronan. En aquel lugar soñado todos los tiempos eran el mismo, y a Adam lo invadió, con una extraña lucidez, el momento en que Ronan le había tendido la mano para ayudarlo a levantarse. Desprovistas de contexto, las sensaciones físicas estallaron: el inesperado calor del roce de una piel contra la otra; el suave susurro de las pulseras contra la muñeca de Adam; aquel aguijonazo repentino de posibilidad…

Todo en la mente de Adam estaba nimbado de aquella luz blanca y cegadora.

El Adam más profundo se escurrió entre la música y la oscuridad bordeada de luz, cada vez más cerca de alguna verdad oculta acerca de Ronan. Era algo escondido en cosas que Adam ya sabía, entrevisto tras un bosque de pensamientos. Por un instante de claridad, Adam creyó estar a punto de comprender algo sobre Ronan y sobre Cabeswater —sobre Ronan-y-Cabeswater—, pero la idea se le escurrió entre los pensamientos. Se precipitó tras ella, internándose cada vez más en la extraña sustancia que formaba la consciencia de Cabeswater. El bosque le lanzaba imágenes: una enredadera estrangulando un árbol, una excrecencia putrefacta, una raíz podrida…

El demonio ya estaba dentro.

El demonio lo miraba.

«Parrish».

El demonio lo veía.

«PARRISH».

Algo rozó su mano.

Pestañeó. Solo existía aquel círculo resplandeciente. Cuando volvió a parpadear, el círculo disminuyó hasta convertirse en el iris luminoso del cargador enchufado en el mechero.

El coche estaba parado, pero Adam se dio cuenta de que acababa de detenerse por los remolinos de polvo que giraban en la luz de los faros. Ronan permanecía silencioso e inmóvil, con una mano en el volante y la otra cerrada sobre la palanca de cambios. Ya no se oía música.

Adam lo miró, pero Ronan siguió con la vista fija en el parabrisas y la mandíbula apretada.

Por fin, el polvo se posó y Adam vio adónde los habían llevado sus indicaciones.

Suspiró.

El errático camino por el que los había llevado el inconsciente de Adam no desembocaba en un desastre en el interior de Cabeswater, ni en una ruptura de las rocas que soportaban la línea ley, ni en la amenaza que Adam había entrevisto un rato antes en los faros de su coche. No: Adam, tras liberarse de las riendas de la razón y ordenar a su mente que buscase un demonio, los había dirigido hasta el estacionamiento de caravanas en el que aún vivían sus padres.

Los dos se quedaron callados. Las luces de la caravana estaban encendidas, pero no se veía ninguna silueta tras las ventanas. Los faros del BMW de Ronan enfocaban directamente la parte delantera del remolque.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó.

—Me he equivocado de demonio —contestó Adam en voz baja.

El recuerdo del juicio contra su padre aún estaba reciente. Adam sabía lo furioso que había puesto a Ronan el resultado: Robert Parrish, un hombre sin antecedentes, a ojos del tribunal, se había librado con una simple multa y una amonestación. Lo que Ronan no comprendía era que la victoria no residía en la sanción. Adam no necesitaba ver a su padre en la cárcel; lo único que le hacía falta era que alguien ajeno a la situación la examinara y comprobase que, en efecto, lo que su padre había hecho era un delito. Que le confirmasen que él no lo había inventado, no lo había provocado, no lo había merecido. Y los documentos del juicio eran la prueba de aquello. Robert Parrish, culpable; Adam Parrish, libre al fin.

O casi libre. Porque allí estaba, observando la caravana mientras los espesos latidos de su corazón vibraban en su estómago.

—¿Por qué estamos aquí? —repitió Ronan.

Adam sacudió la cabeza, sin dejar de mirar su antigua casa. Ronan aún no había apagado las luces, y Adam se dio cuenta de que, en el fondo, su amigo estaba esperando a que Robert Parrish se asomara a la puerta. Una parte de él mismo lo

deseaba también, pero de la forma trémula en que, sentado en la silla del dentista, esperaría a que este le sacase una muela.

Notó que Ronan se giraba para mirarle.

—¿Por qué diablos —dijo este lentamente— hemos venido a este maldito sitio?

Adam no tuvo que contestar: en ese momento, la puerta del remolque se abrió.

Robert Parrish apareció en el umbral, con los rasgos desdibujados por el vivo resplandor de los faros. A Adam no le hacía falta ver su expresión, porque su cuerpo ya expresaba claramente lo que su padre sentía. La embestida de sus hombros, la inclinación de su cuello, la curvatura de sus brazos hacia las toscas trampas de las manos… Su padre había reconocido el coche, y Adam sabía sin duda lo que pensaba de todo aquello. Sintió un curioso estremecimiento de temor, independiente de sus pensamientos conscientes. Las yemas de sus dedos hormigueaban, insensibilizadas por una oleada de adrenalina que la mente de Adam no había ordenado producir a su cuerpo. Tenía el corazón atravesado por decenas de espinas.

Su padre se quedó inmóvil y callado, sin dejar de mirarlos, y ellos le devolvieron la mirada. Ronan, con una mano apoyada en la puerta del coche, parecía contener a duras penas la rabia.

—No lo hagas —le advirtió Adam.

Pero Ronan, sin hacerle caso, presionó el botón de la ventanilla. El cristal tintado descendió con un siseo. Ronan apoyó el codo en el hueco, sin dejar de mirar al frente. Adam sabía que su amigo era consciente del miedo que podía infundir su aspecto, y supo que no estaba tratando de suavizarlo en absoluto mientras escrutaba a Robert Parrish. La mirada de Ronan Lynch era una serpiente en la acera por la que tenías que pasar; era una cerilla depositada en tu almohada; era cerrar los labios con fuerza y saborear tu propia sangre.

Adam también miraba a su padre, pero sin estar del todo allí. Parte de él se encontraba en Cabeswater, y aún había otra parte que estaba dentro de la caravana. Su mente notó, con una curiosidad indiferente y remota, que no estaba procesando la realidad correctamente; pero incluso en el momento en que lo pensó, siguió existiendo en tres pantallas separadas.

Robert Parrish seguía inmóvil.

Ronan lanzó un escupitajo a la hierba reseca, con seguridad e indolencia. Luego apartó la cara lentamente, en un gesto fluido que rezumaba desprecio, y volvió a subir el cristal de la ventanilla.

En el interior del BMW reinaba un silencio absoluto. Sopló una ráfaga de brisa, y Adam pudo percibir los leves chasquidos de la hojarasca que se arremolinaba frente a las ruedas del coche.

Se tocó el punto de la muñeca en el que estaba normalmente su reloj.

—Quiero ir a ver a la niña huérfana —dijo.

Ronan se dio por fin la vuelta hacia él. Adam había esperado encontrar en sus ojos una mirada inflamable como la gasolina y áspera como la grava; pero en vez de eso, en el rostro de su amigo había una expresión que no reconoció. Era algo grave y apreciativo, una versión más deliberada y sofisticada de Ronan. Era Ronan en proceso de maduración. Al verlo, Adam sintió… No habría sabido decir lo que sentía. Carecía de información suficiente para saberlo.

El BMW giró marcha atrás, levantando una nube de tierra y amenaza.

—De acuerdo —accedió Ronan.



La fiesta de togas no fue terrible en absoluto.

De hecho, resultó ser encantadora.

Fue esto: encontrar a la pandilla de Vancouver, todos vestidos con sábanas y arrellanados en sofás tapados con más sábanas; una escena en blanco y negro —cabello negro, dientes blancos, sombras negras, piel blanca, suelo negro, algodón blanco—. Todos eran conocidos de Gansey: Henry, Cheng Dos, Ryang, Lee al Cuadrado, Koh, Rutherford, Psico Steve… Pero aquí eran diferentes. En el colegio eran alumnos modelo, afanosos, callados e invisibles, representantes impecables de los programas de diversificación de la Academia Aglionby (dos-por-ciento-de-nuestro-alumnado-es-diverso-siga-el-vínculo-para-saber-más-sobre-nuestro-programa-de-intercambios-internacionales). Aquí, sin embargo, holgazaneaban todo lo que no se permitían holgazanear en Aglionby; dejaban rienda suelta a su indignación de un modo que

jamás harían en el colegio; hablaban en voz mucho más alta de lo que se atreverían a hacer jamás en clase…

La fiesta también fue esto: Henry enseñándoles a Gansey y a Blue el interior de Litchfield House, seguidos de una comitiva de chicos ataviados con togas. Gansey siempre había pensado que uno de los mayores atractivos de Aglionby era la continuidad que transmitía, su inmutabilidad, su capacidad para mantener viva la tradición; allí, el tiempo no existía… o, si lo hacía, era irrelevante. La academia siempre había estado poblada de estudiantes y siempre lo estaría; sus alumnos formaban parte de algo mayor. En Litchfield House, sin embargo, ocurría lo contrario. Era imposible no ver que cada uno de aquellos muchachos provenía de un lugar que no era Aglionby y se dirigía a una vida en la que Aglionby no figuraría. El caserón estaba repleto de libros y revistas desordenados, que claramente no eran para ningún trabajo de clase, y de ordenadores abiertos en páginas de juegos o noticias. En los umbrales de muchas puertas colgaban trajes, tan utilizados que sus dueños preferían tenerlos a mano. Aquí y allá se veían cascos de motocicleta tirados sobre las mesas, entre tarjetas de embarque viejas y cestas llenas de revistas agrícolas. Los chicos de Litchfield House tenían vidas propias; poseían pasados diferenciados, y ya se abalanzaban para dejarlos atrás. A Gansey todo aquello le producía una sensación extraña, como si se mirase en un espejo deformante de feria. Aunque los detalles no cuadraban, el colorido era el mismo.

Y fue esto: Blue, a punto de ofenderse, diciéndole a Henry: «No entiendo por qué estás siempre haciendo chistes ofensivos sobre los coreanos, sobre ti mismo», y él respondiendo: «Prefiero hacerlos yo antes de que los hagan los demás; es la única forma de no estar furioso todo el tiempo». Y de pronto, Blue y los chicos de Vancouver se hicieron amigos. Parecía imposible que la aceptasen con tanta rapidez, y que ella olvidase tan fácilmente la susceptibilidad que la había cubierto como una segunda piel; pero ocurrió, y Gansey fue consciente del preciso instante en que las cosas cambiaron. En teoría, Blue no tenía nada que ver con aquellos chicos; en la práctica era igual que ellos. La pandilla de Vancouver era distinta del resto del mundo, y no les importaba nada. Tenían hambre en la mirada, hambre en la sonrisa, hambre de futuro.

Y fue esto: Koh enseñándoles cómo hacer una toga con una sábana y llevando a Blue y a Gansey a un dormitorio lleno de trastos para que se cambiasen. Fue Gansey dándose delicadamente la vuelta mientras Blue se desvestía, y ella dándose —quizá— la vuelta cuando se cambió él. Fue el hombro de Blue y su clavícula y sus piernas y su garganta y su risa su risa su risa. Gansey no podía dejar de mirarla; y aquí no importaba que lo hiciera, porque no dañaban a nadie estando juntos. Aquí, los dedos de Gansey podían juguetear con los de Blue mientras estaban de pie, casi pegados;

aquí, ella podía apoyar su mejilla en el hombro desnudo de él; aquí, él podía hacerle una zancadilla juguetona y ella podía mantenerse en pie rodeándole la cintura con un brazo. Aquí, Gansey esperaba la risa de ella con increíble avidez.

Y fue esto: K-pop y ópera y hip-hop y baladas guitarreras de los ochenta saliendo a todo volumen de un altavoz colocado junto al computador de Henry. Fue Cheng Dos, más hiperactivo que nunca, explicando su plan para mejorar la economía de los estados sureños. Fue Henry, borracho pero no escandaloso, permitiendo que Ryang lo liase para echar una partida de billar en el suelo, usando palos de lacrosse y pelotas de golf. Fue Psico Steve poniendo películas con un proyector y quitando el volumen para permitir que el resto hiciera doblajes improvisados.

Y esto: el futuro empezando a materializarse en el aire delante de ellos, y Henry comenzando una conversación con Blue sobre si a ella le gustaría viajar a Venezuela con él. Y Blue contestando con voz suave que le gustaría; que, de hecho, le encantaría. Y Gansey reconociendo el anhelo en su voz como si Blue lo estuviera desmontando, como si de algún modo, Blue reflejara sus propios sentimientos con una intensidad insoportable. «¿Podría ir yo también?», preguntó Gansey. «Sí, puedes montarte en un jet y quedar con nosotros allí», respondió Henry. «No te dejes engañar por ese corte de pelo que lleva», intervino Blue; «a Gansey le gustaría ir a campo través». Y entonces, una oleada cálida colmó las cavernas vacías del corazón de Gansey, porque se sentía conocido.

Y esto: Gansey empezando a bajar las escaleras hacia la cocina, Blue empezando a subirlas y los dos coincidiendo en la mitad. Y Gansey apartándose para dejarla pasar y cambiando de idea en el último momento. Enlazó el brazo de Blue y luego el resto de ella. El cuerpo de Blue estaba palpitante, vivo y cálido bajo la fina tela de su toga; el de Gansey estaba palpitante, vivo y cálido bajo la fina tela de la suya. Blue recorrió el hombro y el pecho de Gansey con la mano abierta, hasta apoyar la palma en el esternón.

—Pensé que serías más peludo —susurró.

—Siento decepcionarte. Las piernas las tengo un poco más animadas.

—Yo también.

Y fue esto: reír hasta el abandono, cada uno rozando con los labios la piel del otro, jugando hasta que aquello dejó de ser un juego, hasta que Gansey se detuvo con la boca peligrosamente cerca de la de ella y Blue se detuvo con el vientre pegado al de él.

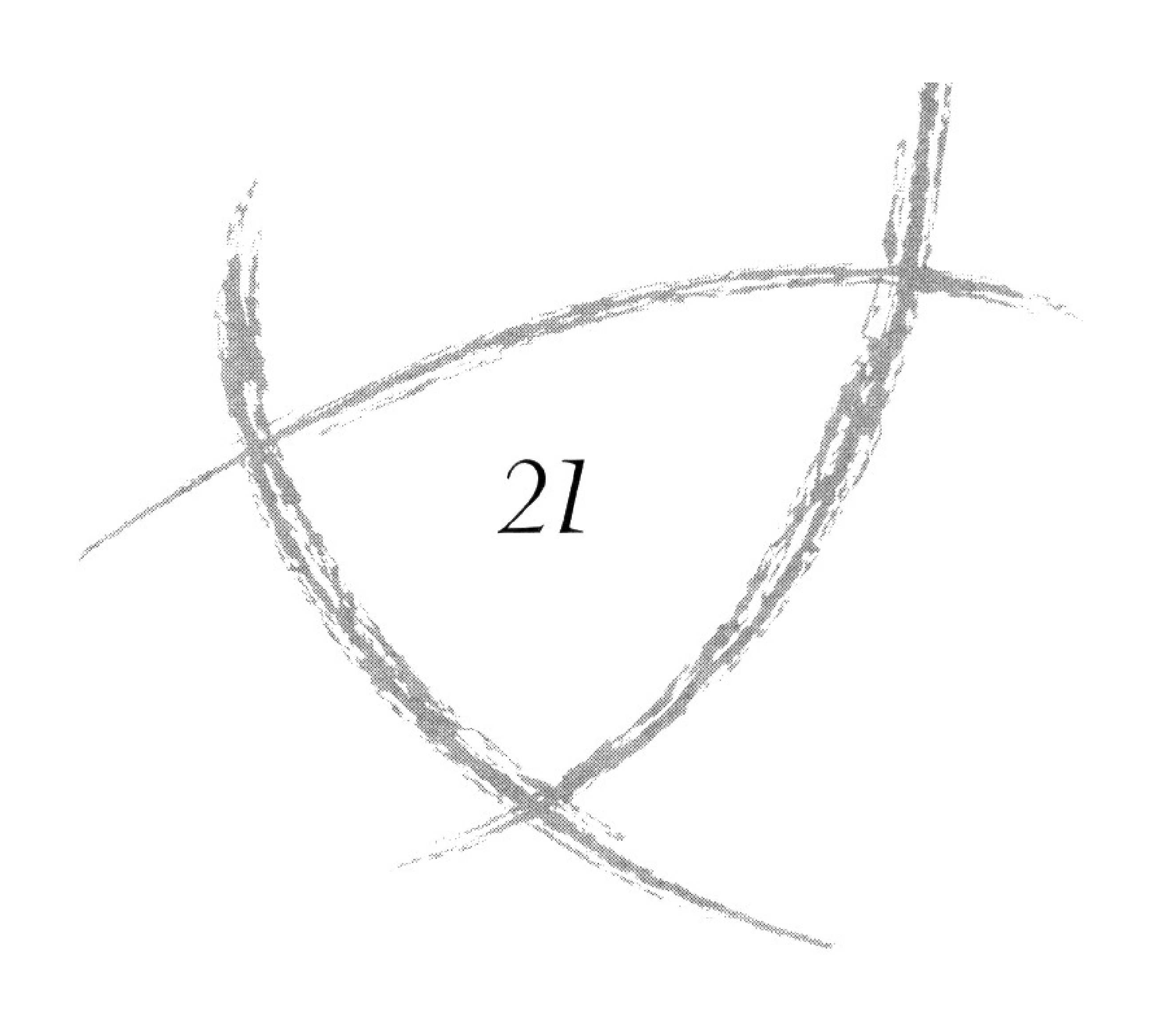
Y fue Gansey diciendo:

—Me gustas terriblemente, Blue Sargent.

Y fue la sonrisa de Blue —torcida, irónica, absurda, nerviosa, con una enorme felicidad medio oculta en la comisura de los labios—, y la forma en que aquella

sonrisa, a pesar de que la cara de ella estaba a varios centímetros de la de Gansey, se derramó hasta alcanzar la boca de él. Blue le apoyó el dedo en la mejilla, justo en el punto donde él sabía que se estaba dibujando su hoyuelo, y los dos se agarraron de las manos para subir juntos la escalera.

Y fue aquel momento y ningún otro, hasta que Gansey, por primera vez desde que podía recordar, supo al fin lo que era estar presente en su propia vida.



Ronan advirtió de inmediato que algo marchaba mal.

Cuando entraron en Cabeswater, Adam dijo «Día», exactamente al mismo tiempo que Ronan ordenaba «*Fiat lux*». Pero, aunque el bosque normalmente cumplía con agrado los deseos de sus visitantes humanos —especialmente si estos eran su mago o su Greywaren—, en esta ocasión siguió obstinadamente oscuro.

—He dicho *fiat lux* —gruñó Ronan, y luego añadió a regañadientes—: *Amabo te*.

La oscuridad comenzó a disiparse lentamente, como agua que traspasara una hoja de papel. Sin embargo, la luz no llegó a ser tan brillante como la del día, y el panorama que se ofreció a los ojos de Adam y Ronan estaba… mal. Los árboles que los rodeaban eran negros y parecían salpicados de un liquen grisáceo. El aire tenía un tinte sombrío y verdoso. Aunque las ramas estaban desprovistas de hojas, el cielo daba una sensación de claustrofobia, como un techo bajo e invadido por el moho. Los árboles se mantenían en silencio; era como la calma antes de una tormenta.

—Vaya —dijo Adam en voz alta, con inquietud evidente (y comprensible, pensó Ronan).

—¿Estás dispuesto a seguir? —le preguntó.

El ambiente era el mismo que el de sus pesadillas. Toda aquella tarde recordaba a sus malos sueños, de hecho: el trayecto hasta el estacionamiento de caravanas, el espectro que era Robert Parrish, aquella penumbra enfermiza… En circunstancias normales, Sierra ya habría emprendido el vuelo para explorar. Sin embargo, el cuervo estaba acurrucado en el hombro de Ronan, con las garras hincadas en el cuero de la cazadora.

Y, al igual que en uno de sus sueños, a Ronan le daba la impresión de que sabía lo que iba a ocurrir antes de que ocurriera.

Tras una breve vacilación, Adam asintió con la cabeza.

En los sueños, Ronan nunca sabía si realmente adivinaba lo que iba a ocurrir o si las cosas ocurrían precisamente porque él las pensaba antes. ¿Acaso importaba? En estado de vigilia, sí.

Se concedieron un momento antes de entrar en el bosque para establecer su presencia. Ronan solo tenía que caminar un poco entre los árboles para que advirtieran que se encontraba entre ellos; una vez lo supieran, harían todo lo posible por cumplir sus deseos, incluido el de no dejar que ningún ente sobrenatural lo asesinara. En el caso de Adam, debía conectarse con la línea ley que latía debajo del bosque, desvelando su interior y abriéndose al gran esquema que le daba forma. Para un observador externo, se trataba de un proceso tan inquietante como portentoso: el Adam normal daba paso a un Adam vacío, para desembocar en un Adam multiplicado.

A Ronan le vino a la cabeza lo que Adam le había contado sobre su ojo rebelde y su mano independiente. «Seré tus manos. Seré tus ojos».

Desterró bruscamente la idea de su cabeza. El recuerdo de Adam ofreciendo parte de su ser en un trato lo visitaba con demasiada frecuencia en sus pesadillas; no le hacía ninguna falta reproducirlo a través de su intención.

—¿Has acabado tus tareas de mago? —le preguntó, y Adam asintió.

—¿Qué hora es?

Ronan le ofreció su teléfono, contento de librarse de él por un rato. Adam lo examinó.

—Las 6:21 —dijo con el ceño fruncido.

Ronan enarcó las cejas. No le sorprendía que pasaran cosas extrañas con el tiempo dentro de Cabeswater; en la línea ley, el tiempo era algo incierto que saltaba adelante y atrás, produciendo horas que duraban minutos y viceversa. Lo raro era que aquella cifra —las 6:21— se había repetido las suficientes veces fuera de la línea ley para

despertar sus sospechas. Estaba ocurriendo algo, pero Ronan no sabía de qué se podía tratar.

—¿Has acabado tus tareas de Greywaren? —preguntó Adam.

—Esas nunca se acaban —replicó Ronan. Formó un embudo con las manos delante de la boca y gritó—: ¡Chica huérfana!

En la lejanía verdosa y estancada sonó el graznido de un cuervo: croac, croac, croac.

Sierra abrió el pico y siseó.

—Vale, con eso me basta —afirmó Ronan echando a andar entre los árboles.

Aunque no le hacía feliz la penumbra, estaba más que acostumbrado a tratar con pesadillas. La clave residía en averiguar cuanto antes a qué miedos y condiciones se enfrentaba, y apoyarse en ellos. En los malos sueños, dejarse llevar por el pánico siempre acababa mal; la mejor forma de ser expulsado o destruido por el sueño era recordarle que no pertenecías a su mundo.

Pero a Ronan se le daba bien encajar en el mundo de los sueños, especialmente en Cabeswater.

Anduvieron sin pausa, rodeados por aquel bosque extrañamente deformado. Era como si caminasen cuesta arriba, aunque el terreno era llano.

—Cuéntame otra vez qué era lo que iba mal en tus sueños —dijo Adam, apurando el paso para caminar junto a Ronan—. Usa menos palabrotas y más detalles.

—¿Lo hago sin cambiar a Cabeswater? —repuso Ronan.

Aunque el bosque había respondido con lentitud a su petición de luz, podría reaccionar más ágilmente a la sugerencia de una pesadilla. Aquel ambiente desvaído de un verde grisáceo, poblado de troncos negros, parecía propicio para ello.

—Obviamente.

—Mis sueños estaban mal de la misma forma en que esto está mal.

—¿A qué te refieres?

—A todo esto.

Adam no respondió. En vez de hacerlo, miró al frente y volvió a gritar:

—¡Niña huérfana!

—¡Cra, cra, cra!

Esta vez, el graznido sonó menos a cuervo y más a niña pequeña. Ronan apuró un poco el paso. El terreno había empezado a inclinarse de verdad; a su derecha, una superficie rocosa caía casi a pico, salpicada apenas por algunos arbolillos que se abrían paso entre las grietas. Adam y Ronan se pusieron de nuevo en fila y avanzaron en silencio, concentrados en el camino. Cualquier paso en falso podría hacerlos caer, y no sería fácil volver a trepar hasta arriba.

Ronan miró atrás para comprobar si Adam lo seguía, y este lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que tus sueños están mal porque Cabeswater está mal? —le preguntó.

—Puede ser.

—Entonces, si arreglamos lo que le pasa a Cabeswater, también arreglaremos tus sueños.

—Puede ser.

Adam se quedó callado de nuevo, reflexionando tan intensamente que Ronan imaginó que podía sentir el peso de sus pensamientos. De hecho, estando en Cabeswater y con Adam tan cerca de él, tal vez lo sintiera de verdad.

—Tú ya podías sacar cosas de tus sueños antes de que encontráramos a Cabeswater, ¿verdad? ¿Podrías seguir haciéndolo sin el bosque?

Ronan se detuvo y atisbo la penumbra. Ahora, la pendiente rocosa que caía casi a plomo junto a ellos terminaba en una charca cristalina. El agua tenía un tinte verdoso porque todo lo tenía, incluido el aire, pero parecía limpia. Ronan aguzó la mirada y vio el fondo pedregoso. La charca era claramente más profunda que ancha, una sima llena de agua.

—¿Por? —preguntó.

—Si te desvinculas de Cabeswater hasta que yo pueda arreglarlo, ¿volverán tus sueños a la normalidad?

Al fin había llegado el momento. Adam estaba haciendo las preguntas adecuadas, y esas preguntas tal vez indicasen que ya conocía la respuesta. Cuanto más tiempo pasaran en el bosque, cuanto más trabajaran juntos en los sueños de Ronan, más se reflejarían las pesadillas de Cabeswater en la de Ronan y las de él en Cabeswater. Las pruebas se acumulaban unas sobre otras.

Pero ahora que habían empezado a recorrer esa senda, Ronan no estaba seguro de querer llegar a su fin. Tantos días arrodillado en un reclinatorio, con los nudillos pegados a la frente, preguntándose en silencio: «qué soy yo, soy el único, qué significa esto…».

—Lo puedo hacer mejor con Cabeswater —dijo—. Y con la niña huérfana. Pero…

Se detuvo y miró al suelo.

—Pregúntamelo —dijo—. Hazlo ya. Pero…

—¿Que te pregunte qué?

Ronan no contestó. El aire verdoso se arremolinaba a su alrededor, tiñendo su tez pálida; los árboles, negros y concretos, se curvaban sobre él. Todo en aquel lugar le recordaba a sus sueños, o tal vez todos sus sueños recordasen a aquel lugar.

Adam apretó los labios y luego preguntó:

—¿Soñaste tú a Cabeswater?
Los ojos azules de Ronan se fijaron en su cara.



22

Eran las 6:21.

—¿Cuándo? —preguntó Adam—. ¿Cuándo supiste que habías soñado a Cabeswater? ¿Desde el principio?

Los dos estaban cara a cara en la pendiente, con la charca de aguas claras a sus pies. El corazón de Adam galopaba por la adrenalina, o tal vez por la simple proximidad de la línea ley.

—Desde siempre —contestó Ronan.

Aquello no tenía por qué cambiar la forma en que Adam veía a Ronan. Su capacidad para hacer realidad los sueños siempre había sido algo impresionante, inusual, una anomalía digna de una divinidad, un truco de la línea ley que permitía a un muchacho convertir sus pensamientos en objetos tangibles. Era magia, pero una magia razonable. Aquello, sin embargo… Aquello no solo suponía extraer un bosque

entero de sus sueños, sino también crear un espacio soñado fuera de la mente del soñador. En aquel momento, Adam estaba dentro de uno de los sueños de Ronan.

—Bueno, más o menos desde siempre —matizó Ronan—. Fue… En el momento en que llegamos aquí, lo reconocí. Y luego, al ver las palabras escritas con mi letra en esa roca… Supongo que lo supe enseguida, pero me llevó tiempo aceptarlo.

Los recuerdos que Adam guardaba de sus incursiones iniciales en el bosque giraban, colocándose uno a uno en sus nuevos sitios.

—Por eso te llama Greywaren. Por eso eres diferente para Cabeswater.

Ronan se encogió de hombros, pero no era un gesto de indiferencia, sino de todo lo contrario.

—Por eso —prosiguió Adam— Cabeswater comete tantos fallos gramaticales al hablar en latín. Son tus fallos.

Ronan volvió a encogerse de hombros. Por el interior de Adam se precipitaba una cascada de preguntas, todas demasiado difíciles para pronunciarlas en voz alta. ¿Era Ronan humano, en realidad? Un ser medio soñador, medio sueño, creador de cuervos, niñas con pezuñas y parajes enteros. Por eso el uniforme de Aglionby lo asfixiaba; por eso su padre le había hecho jurar que guardaría el secreto; por eso no lograba concentrarse en las clases. Aunque Adam ya había intuido todo aquello, ahora se daba cuenta de lo ridículo que era ver a Ronan Lynch en un aula llena de aspirantes a políticos.

—Claro, por eso habla latín y no portugués o gaélico —exclamó Adam, con una euforia rayana en la histeria—. Ay, Dios. Entonces, yo…

Él había hecho un trato con aquel bosque. Aquella ocasión en que se había dormido y Cabeswater había entrado en su mente, enredándose en sus sueños, ¿era Ronan…?

—No —dijo Ronan con brusquedad—. No, no lo inventé yo. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, pregunté a los árboles por qué diablos… cómo había podido ocurrir. Me dijeron que, de algún modo, Cabeswater existía antes de mí. Yo solamente lo soñé… Quiero decir que fui yo quien hizo que su aspecto fuera este. Elegí estos árboles, esta lengua y todo eso, sin saber siquiera que lo hacía. Lo que había antes en la línea ley estaba destruido, ya no tenía forma corpórea; lo único que hice yo fue devolverle una forma. Yo hice que se… ¿Cómo se dice? Que se manifestara, que se hiciera presente desde el otro plano en el que existía, o como se llame eso. No fui yo.

Los pensamientos de Adam parecían resbalar sobre un terreno lodoso. No lograba avanzar.

—Cabeswater no soy yo —insistió Ronan—. Tú sigues siendo tú mismo.

Pero una cosa era decir eso y otra ver a Ronan Lynch de pie entre los árboles que había sacado de sus sueños, perfectamente integrado con ellos porque, de hecho,

estaba hecho de lo mismo. Y Adam había pensado que él era un mago… No era extraño que a Ronan no le importasen sus rarezas. No era extraño que lo necesitase.

—No sé por qué mierda te lo he dicho —dijo Ronan—. Tendría que haberte mentido.

—Dame un segundo para que me haga a la idea, ¿quieres?

—Tú mismo.

—No puedes enfadarte solo porque quiera pensar en ello.

—He dicho que tú mismo.

—¿Cuánto tiempo tardaste en creértelo? —preguntó Adam.

—Aún no lo he conseguido del todo.

—Entonces, no puedes… —Adam se interrumpió, perplejo.

De pronto le había parecido caer por un abismo. Era la misma sensación que había tenido en otra ocasión en que Ronan había soñado algo grande. Se estaba preguntando si realmente le habría pasado algo a la línea ley, o si el mareo se debería simplemente a la impresión por lo que acababa de escuchar, cuando volvió a sentirlo. Esta vez, la luz vaciló al mismo tiempo.

La expresión de Ronan se afiló.

—La línea ley… Le está pasando algo —susurró Adam—. Es como cuando sacas alguna cosa enorme de tus sueños.

Ronan extendió los brazos, sin necesidad de hablar para transmitir lo que estaba pensando: «No soy yo».

—¿Qué hacemos? —dijo.

—No sé si deberíamos quedarnos por aquí —repuso Adam—. Desde luego, no creo que sea prudente tratar de ir a la rosaleda. Vamos a llamar a la niña unas cuantas veces más.

Ronan lo observó, claramente preocupado por su estado de ánimo. Luego, deduciendo que Adam necesitaba encerrarse en su apartamento, acurrucarse y reflexionar sobre las últimas revelaciones, propuso:

—La llamamos una vez más y ya está, ¿de acuerdo?

Los dos tomaron aire y gritaron al unísono:

—¡Niña huérfanaaa!

Sus intenciones conjuntas se abrieron paso entre las palabras, desgarrando la penumbra.

El bosque los escuchó.

La niña huérfana apareció ante ellos, con el gorrito blanco calado y el jersey aún más mugriento que la vez anterior. Su imagen también resultaba más inquietante que nunca, correteando entre los oscuros árboles de aquel bosque parduzco. Parecía sacada

de una de las fotos antiguas que Adam había visto en Los Graneros, una niña sola y perdida procedente de un país en ruinas.

—Ah, la cría —dijo Ronan mientras Sierra cloqueaba, nerviosa—. Ya era hora.

La niña se acercó y, de mala gana, le ofreció a Adam su reloj. En la correa se veían algunas marcas de dientes que no había antes. Las agujas marcaban las 6:21. Estaba bastante pringoso.

—Puedes quedarte con él —repuso Adam—. Por ahora —precisó.

En realidad, no tenía dinero para comprarse otro. Pero aquella niña no poseía nada propio, ni siquiera un nombre.

Ella empezó a decir algo en la intrincada lengua que —ahora Adam se daba cuenta— era propia de aquel desconcertante lugar, y que Ronan había debido de tomar por latín en sus sueños de hacía años. La niña se interrumpió y dijo:

—Ten cuidado.

—¿Con qué? —preguntó Ronan.

Ella chilló.

La luz se hizo más tenue.

Adam sintió en el pecho el desplome de la energía. Era como si le hubieran seccionado las venas y las arterias que entraban en su corazón.

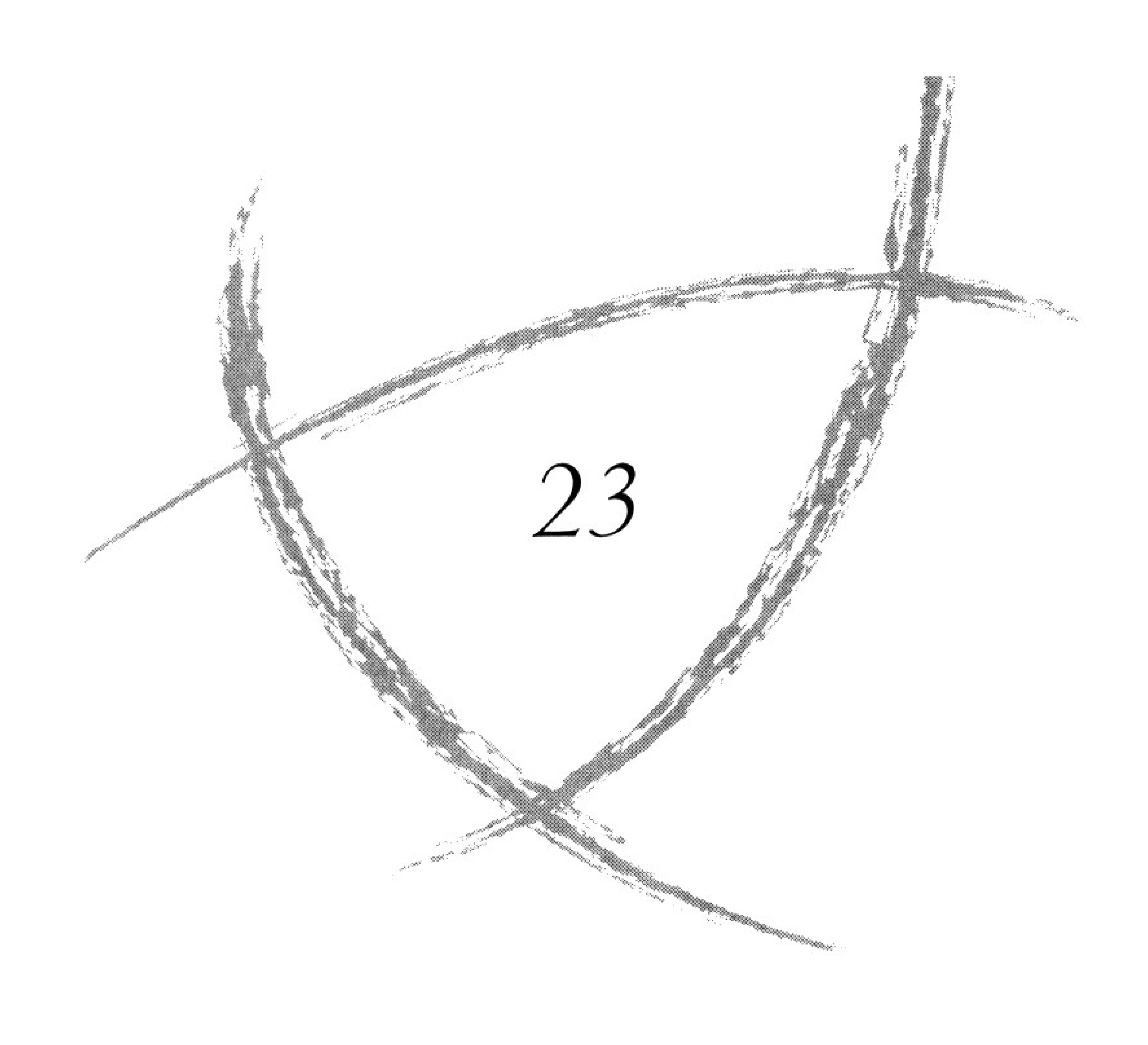
Los árboles aullaban. El suelo se estremecía.

Se acuclilló y apretó las palmas de las manos en el suelo para recobrar el aliento, para pedir ayuda, para exigir a Cabeswater que le devolviera los latidos de su corazón.

La niña huérfana había desaparecido.

No, no había desaparecido: se precipitaba por la pendiente tratando de aferrarse a las peñas, raspando la roca con las pezuñas, rodeada de guijarros desprendidos. No pedía socorro; se limitaba a tratar de salvarse. Los dos vieron cómo se hundía en el agua de la poza, tan transparente que siguieron viéndola después de que se sumergiera.

Sin dudar un segundo, Ronan saltó tras ella.



Eran las 6:21.

Ronan golpeó el agua con tanta fuerza que se le nubló la visión. El agua de la poza era cálida como la sangre, y en el preciso instante en que lo pensó, Ronan se dio cuenta de que la recordaba. Él había soñado con aquella charca.

No era de agua, sino de ácido.

Si sentía calor era porque el líquido ya estaba corroyendo su piel. Al final de aquel sueño, lo único que había quedado de él eran huesos, palos blancos dentro de un uniforme, como los de Noah.

Ronan lanzó su intención de inmediato hacia Cabeswater.

«Ácido no», pensó. «Haz que no sea ácido».

Pero su piel seguía calentándose.

—Que no sea ácido —le dijo en voz alta a la poza mientras el líquido le escocía en los ojos, le entraba en la boca, se le colaba por la nariz y burbujeaba bajo sus uñas.

En algún punto de las profundidades había una niña que llevaba en aquella extraña charca unos segundos más que él. ¿De cuánto tiempo dispondrían? Ronan no recordaba el sueño con tanto detalle.

—Haz que no sea peligroso —masculló, moviendo los labios en el líquido.

A su alrededor, Cabeswater se estremeció tratando de conceder su deseo. Ronan pudo ver a la niña huérfana bajo él. Se hundía lentamente tapándose los ojos con las manos, sin saber que Ronan había acudido a rescatarla. Probablemente no esperase ninguna ayuda… Niña huérfana, chico huérfano.

Se esforzó por alcanzarla. Era buen nadador, pero no sin aire, y menos en una charca de ácido.

El líquido mordisqueaba su piel.

Logró agarrar el enorme jersey y ella abrió los ojos, extrañada y atónita. «¿Kerah?», dibujaron sus labios mientras su mano aferraba el brazo de Ronan. Por un instante, los dos se hundieron; pero la niña no era estúpida, y enseguida empezó a manotear con su mano libre y a darse impulso con las pezuñas en la pared de piedra.

A Ronan le parecía que estaban a kilómetros de la superficie.

—Cabeswater —dijo dejando escapar el aire en grandes burbujas, sin saber qué otra cosa hacer—. Cabeswater, aire.

En condiciones normales, Cabeswater lo habría protegido. En condiciones normales, Cabeswater sabía lo frágil que era el cuerpo de los humanos. Pero ahora no estaba escuchando a Ronan; o si lo estaba escuchando, no podía hacer nada por ayudarle.

El agua parecía hervir alrededor de ellos.

Ronan supo que iba a morir. Solo podía pensar que, si él moría, la vida de Matthew se apagaría también.

De pronto algo le golpeó los pies, le apretó las manos, le presionó en el pecho. Sin aliento, Ronan solo tuvo tiempo de aferrar a la niña huérfana antes de verlo todo negro…

Y entonces los dos salieron despedidos de la poza, empujados por algo que había bajo ellos. Ronan cayó desmadejado en la cornisa rocosa y soltó a la niña huérfana, que rodó sobre la piedra. Los dos tosieron, expulsando un líquido que se había vuelto rosáceo por las ampollas de sus bocas. Ronan se miró los brazos: tanto los suyos como los de la niña estaban cubiertos de hojas pegadas. Hojas, hojas por todas partes.

Volvió la cabeza, aún aturdido, y vio que la poza entera estaba invadida de enredaderas y arbustos. Por la superficie asomaban brotes que crecían lentamente. En

el interior, las partes sumergidas de las plantas ya empezaban a ennegrecerse por el ácido.

Eso era lo que los había salvado de morir ahogados: las ramas los habían impulsado hacia arriba.

Adam estaba agazapado en la orilla opuesta de la poza, con la cabeza gacha como si se dispusiera a correr o a rezar. Sus puños se apoyaban en el suelo, cerrados con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Entre ellos había algunos guijarros, dispuestos en un diseño que debía de significar algo para él. Una de las ramas seguía creciendo alrededor de sus tobillos y sus muñecas.

En ese momento, la verdad golpeó a Ronan: no eran las plantas lo que les había salvado la vida. Se la había salvado Adam Parrish.

—Parrish… —masculló.

Él levantó los ojos y lo miró con expresión ausente. Estaba tembloroso.

La niña huérfana se puso en pie con esfuerzo y rodeó la poza, con cuidado de no acercarse al borde, hasta llegar junto a Adam. Luego, con ademanes presurosos, fue golpeando los guijarros con el pulgar y el índice hasta lanzarlos todos a la charca. En cuanto cayó el último, los brotes dejaron de crecer. Adam se sentó sobre los talones, aún trémulo y demudado. Su mano derecha se retorció de un modo que resultaba casi doloroso ver. La niña le tomó la mano izquierda, le besó la palma —Adam se limitó a cerrar los ojos— y luego miró a Ronan con urgencia.

—¡Fuera! —exclamó—. ¡Hay que sacarlo fuera!

—¿Fuera de dónde? —replicó Ronan caminando hacia ellos.

Al llegar, se detuvo y examinó los alrededores —la empinada pendiente de piedra, las colinas…— en busca de una ruta que les permitiera salir de allí.

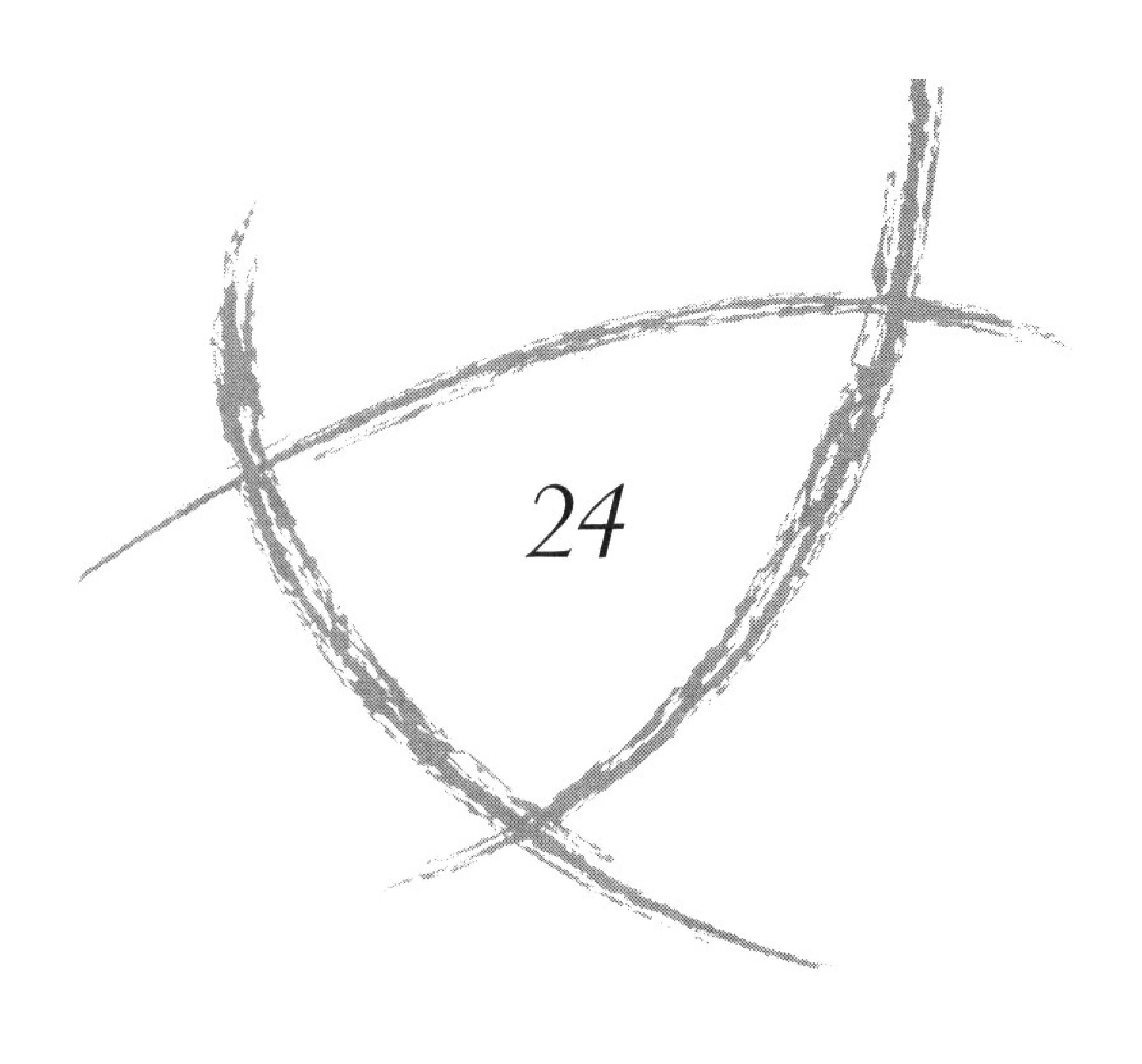
—De Cabeswater —contestó la niña huérfana—. Está ocurriendo algo… ¡Ah!

Ronan siguió su mirada: entre las hojas y las ramas medio carcomidas, el agua de la charca se estaba volviendo negra. Aquello era una pesadilla.

—Levántate, Parrish —dijo, agarrándole del brazo—. Nos vamos.

Adam abrió los ojos y Ronan vio que tenía un párpado medio caído.

—No olvides que ella viene con nosotros —replicó.



Eran las 6:21.

Nadie contestaba el teléfono en Fox Way desde hacía horas.

Blue, obediente, le había pedido a Gansey su teléfono para llamar a casa cada tres cuartos de hora, como le había dicho Maura que hiciera, pero hasta ahora no había tenido éxito. La primera vez no le extrañó; si la línea estaba ocupada por algún cliente de Orla, las llamadas iban directamente al buzón de voz. Sin embargo, sí que le extrañó que su segunda y su tercera llamada siguieran sin obtener respuesta.

—Tenemos que irnos —le dijo a Gansey.

Él no protestó. Tampoco lo hizo Henry Cheng al enterarse, aunque ya estaba en plena borrachera filantrópica y habría preferido con mucho que se quedasen los dos. En vez de hacerlo, pareció adivinar al instante que se trataba de algo privado en lo que

no debía inmiscuirse. Tomó de buen grado las sábanas que le ofrecían, les deseó buenas noches y le pidió a Blue una vez más que viajara a Venezuela con él.

Ya en el coche, los dos se dieron cuenta de que el reloj de Gansey volvía a marcar una y otra vez las 6:21.

Algo iba mal.

En el 300 de Fox Way, Blue fue a abrir la puerta y, a pesar de lo tarde que era —¿pero era tarde, en realidad? Eran las 6:20 y luego las 6:21, siempre las 6:20 y luego las 6:21—, vio que la puerta no estaba cerrada con llave. Junto a ella, Gansey estaba tan receloso como agitado.

Entraron y cerraron la puerta a su espalda.

Algo iba mal.

La oscuridad del interior de la casa los envolvió. Aunque Blue no habría sabido decir qué ocurría, sabía sin lugar a dudas que pasaba algo malo. Estaba petrificada, incapaz de moverse hasta que hubiera averiguado qué era lo que la inquietaba. «Así deben de sentirse siempre los videntes», pensó.

Las manos le temblaban.

Trató de analizar qué había de diferente en la casa. Quizá la oscuridad fuera más espesa de lo habitual, hasta el punto de que la luz de la cocina no lograba disiparla del todo. Quizá el ambiente estuviera más frío que de costumbre, aunque eso podía ser una falsa impresión causada por los nervios. La casa estaba más silenciosa que en una noche normal, sin el parloteo de la televisión ni los tintineos de las tazas, pero eso podía deberse a lo tarde que era. Una bombilla parpadeó… No, eran los faros de un coche, reflejados en la esfera del reloj que había en la cómoda del pasillo. Las agujas marcaban las 6:21.

Blue no podía moverse.

Le parecía increíble que el miedo la tuviera allí atrapada, y sin embargo, así era. Trató de animarse pensando que había reptado por cavernas misteriosas, había aguantado a pie firme las chispas de un dragón de pesadilla y había estado ante un hombre desesperado que empuñaba una pistola. ¿Cómo iba a quedarse paralizada por el temor en su propia casa, sin ninguna amenaza visible?

Y aun así, no se podía mover, y tampoco Gansey lo hacía. La miraba con aire ausente, apoyando un dedo en su oreja izquierda. Sus ojos estaban tan vidriosos como cuando había sufrido un ataque de pánico en la cueva.

A Blue se le pasó por la cabeza que tal vez ellos fueran las dos últimas personas vivas en el mundo. Imaginó que entraba en el salón y lo encontraba lleno de cadáveres.

Antes de que pudiera contenerse, un leve gemido escapó entre sus labios.

«No seas ñoña», se dijo.

La mano de Gansey agarró con torpeza la de ella. Tenía la palma sudorosa, pero a Blue no le importó; su mano estaba igual. Los dos se sentían aterrados.

Blue escuchó con atención; en realidad, sí que se oía algo. Bajo el espeso silencio flotaba una especie de chisporroteo o de zumbido, como el ruido de un aparato electrónico estropeado.

Los ojos de Gansey buscaron los suyos. Ella le apretó la mano, agradecida, y luego los dos se soltaron al mismo tiempo; tal vez necesitaran las dos manos para defenderse.

«Muévete, Blue».

Gansey y ella echaron a andar lentamente, deteniéndose cada vez que crujían las tablas de suelo. Les daba miedo hacer ningún ruido hasta ver lo que encontraban.

Les daba miedo, punto.

Al llegar al pie de la escalera, Blue apoyó la mano en el remate de la barandilla y escuchó. El zumbido de antes se oía allí con más fuerza, disonante y vivo. Era una especie de canturreo crepitante y sin palabras, una melodía inquietante en la que cada nota se sostenía antes de pasar a la siguiente en una escala ilógica y ajena.

Se oyó un ruido sordo a su espalda, y Gansey dio un respingo. Blue, sin embargo, se alegró de oírlo, ya que lo conocía: era el roce-golpe que hacían los zuecos de Orla sobre la tarima de madera. Aliviada, se volvió para mirar la imagen frívola y familiar de su prima, que, vestida con sus eternos pantalones de campana, miraba fijamente un punto situado sobre la cabeza de Blue.

—Orla —dijo, y los ojos de su prima descendieron hasta encontrar los suyos.

Orla chilló.

Las manos de Blue actuaron sin que su mente se lo ordenara, cubriéndole los oídos como habría hecho una niña. Sus pies reaccionaron también y la hicieron chocar con Gansey. Orla se llevó las manos al corazón y soltó un nuevo chillido que se elevó, cada vez más agudo y entrecortado. Era un sonido que Blue jamás habría esperado oír de su prima, y una parte de ella se evadió decidiendo que aquella cara que gritaba no era la de Orla, que aquel cuerpo que se encogía ante el chillido no era el suyo, que aquello era un sueño y no la realidad.

El chillido se cortó y Orla quedó en silencio.

Sus ojos, sin embargo, seguían enfocados en un punto impreciso más allá de Blue. Parecía mirar algo que estaba dentro de ella misma. Sus hombros se estremecieron, como si el horror que sentía fuera insoportable.

Y bajo todo ello, el zumbido seguía sonando en algún lugar de la casa.

—Orla —susurró Gansey—. Orla, ¿me oyes?

Ella no contestó. Seguía absorta en un mundo que Blue no podía ver.

Blue no quería decir la verdad, pero lo hizo de todos modos:

—Creo que tenemos que buscar el origen de ese sonido.

Gansey asintió con aire sombrío. Dejando atrás a la sollozante Orla, los dos se internaron en la casa. Al final del vestíbulo, la luz de la cocina parecía una promesa de seguridad y certeza; pero entre la cocina y ellos se abría el negro umbral de la sala de los clientes. Aunque el corazón de Blue le decía que el interior de la sala estaba sumido en la tiniebla, sus ojos le mostraron tres velas sobre la mesa. Estaban encendidas, pero eso no importaba. Sus llamas no afectaban a la negrura circundante.

El zumbido provenía del interior de esa sala.

También se oía un roce áspero, como si alguien barriera la tarima.

Los nudillos de Gansey rozaron tímidamente los de Blue.

«Avanza un paso», se dijo ella.

Avanzó.

«Entra».

Los dos entraron.

En el suelo de la sala, Noah se contorsionaba y se retorcía. Estaba agonizando; en algún lugar lejano, Noah siempre estaba agonizando. Aunque no era la primera vez que Blue lo veía representar el momento de su muerte, seguía resultándole insoportable. La cara de Noah vuelta hacia el techo, su boca abierta en una mueca de dolor primario.

Gansey ahogó un gemido.

Detrás de Noah se veía a Cala, sentada tras la ancha mesa, con los ojos fijos en la nada. Sus manos reposaban sobre las cartas de su tarot, esparcidas por la mesa. El teléfono de la casa estaba caído a un lado; Cala debía de estar en mitad de una consulta telefónica cuando cayó en trance.

El estridente zumbido hacía vibrar el aire.

Provenía de Cala.

—¿Tenéis miedo? —susurró Noah.

Gansey y Blue se sobresaltaron. Noah había dejado de retorcerse; ahora estaba tumbado de espaldas, con las rodillas levantadas, y los miraba fijamente. En su expresión había un matiz burlón que no era típico de él. Los dientes de su calavera brillaban tras los labios.

Blue y Gansey cruzaron una mirada.

Aquella cosa que era Noah desvió la mirada bruscamente, como si hubiera oído a alguien que se aproximara. Empezó a canturrear con Cala, produciendo un sonido que era todo menos musical.

Todas las células del cuerpo de Blue se incendiaron con un presagio de peligro inminente.

Noah se desdobló y volvió a fundirse consigo mismo.

Blue no sabía expresar mejor lo que acababa de ocurrir. Había un Noah y luego había otro Noah junto a él, mirando hacia el lado opuesto, y luego volvía a haber un solo Noah. Blue se preguntó si había algo raro en Noah o en la forma en que ella lo veía.

—Todos deberíamos tener miedo —añadió Noah, con una voz tenue que se abrió paso entre el zumbido—. Cuando juegas con el tiempo…

De pronto estaba frente a ellos dos, mirándolos cara a cara; aunque tal vez se hubiera aproximado solo su cara, porque al instante volvía a estar a varios pasos de distancia, recubierto una vez más por una fina capa de su cualidad de Noah, de su aspecto de muchacho. Estaba agachado, con las manos apoyadas en las rodillas como un corredor que quisiera descansar. Cada vez que jadeaba, de su boca escapaba un corto zumbido.

El aliento de Blue y de Gansey se acumulaba en sendas nubes translúcidas que flotaban delante de su cara, como si los muertos fueran ellos. Noah les estaba robando energía. Mucha energía.

—Vete, Blue —dijo Noah en un susurro; aunque su voz era dolorosamente tensa, al menos había logrado controlar aquel horrible zumbido—. Gansey, vete. ¡No voy a ser yo!

Su figura se deslizó hacia la derecha y luego regresó a su sitio, en un movimiento ajeno a las leyes que regían la materia. Una sonrisa torcida se adueñó por un instante de su boca, contrastando con su ceño fruncido, y desapareció. En su rostro apareció una mueca de desafío que solo duró un parpadeo.

—No vamos a marcharnos —replicó Blue.

Ya antes de acabar de decirlo, se concentró y empezó a desplegar una barrera mental alrededor de sí misma. No podía evitar que el ser que poseía a Noah extrajera energía de Gansey y de Cala, pero sí podía cortar su considerable suministro.

—Por favor —silbó Noah—. Deshacedor, deshacedor.

—Noah —exclamó Gansey—, tú eres más fuerte que esta cosa.

La cara de Noah se tornó negra, de la calavera a la tinta en un solo latido. Solo brillaban los dientes. Su boca se abrió en un jadeo o una carcajada.

—VAIS A MORIR TODOS.

—¡Sal de él! —rugió Blue.

—Noah, tú puedes vencerlo —suplicó Gansey, que temblaba de frío.

Noah alzó las manos, curvadas como garras, y enfrentó la una a la otra. Un instante eran sus manos, y al siguiente eran dos garabatos siniestros.

—No hay nada imposible —dijo con voz átona y profunda.

Sus manos se hicieron corpóreas, pero volvieron a convertirse de inmediato en dos amasijos de líneas negras, confusos y corruptos. Blue atisbó la cavidad de su pecho y

solo vio negrura.

—Nada es imposible —repitió la cosa que ahora era Noah—. Vengo por él. Vengo por él. Vengo por él.

Lo único que mantenía firme a Blue, lo único que le daba fuerzas para seguir cerca de aquella criatura, era la certeza de que estaba presenciando un crimen. Aquel no era Noah aterrándolos sin querer; aquello era algo que se había introducido en Noah sin su permiso, que actuaba a su través.

La voz monótona del ser empezó a interrumpirse con retazos de la voz de Noah.

—Vengo por él… ¡Blue!… Vengo por él… ¡Marchaos, por favor!… Vengo por él…

—No pienso abandonarte —replicó Blue—. No tengo miedo.

Noah soltó una carcajada salvaje, como un duende malvado de cuento.

—¡Ya lo tendrás! —chilló con ironía.

Y, sin más, se lanzó sobre ella.

Blue vio de soslayo cómo Gansey trataba en vano de detenerlo, justo antes de sentir que las uñas de Noah se clavaban en su cara.

La sala se llenó de una luz tan cegadora como profunda había sido su negrura anterior. Dolor y luz, frío y calor…

Noah quería sacarle el ojo.

—¡No, Noah! —gimió.

Todo era un amasijo de líneas retorcidas.

Blue se llevó las manos a la cara, pero no consiguió nada. Se sentía atrapada por las garras de Noah, que le desgarraban la piel y se clavaban en su carne. Su ojo izquierdo solo veía blancura; su ojo derecho no veía más que oscuridad. Los dedos de Blue estaban mojados, su mejilla ardía.

De la cara de Noah brotaban llamaradas de luz, como una tormenta solar.

Unas manos aferraron los hombros de Blue y la arrastraron hacia atrás, liberándola de las garras de Noah. Un halo cálido y oloroso a menta la rodeó. Gansey la abrazó, tan fuerte que Blue notó cómo su cuerpo se estremecía. El zumbido lo invadía todo; Blue notó cómo hacía vibrar su rostro dolorido, mientras Gansey se retorcía para interponerse entre ella y la furia ajena de Noah.

—Dios mío… Blue, necesito tu energía —le musitó Gansey al oído, y Blue percibió el terror que había entrelazado con sus palabras—. Ahora.

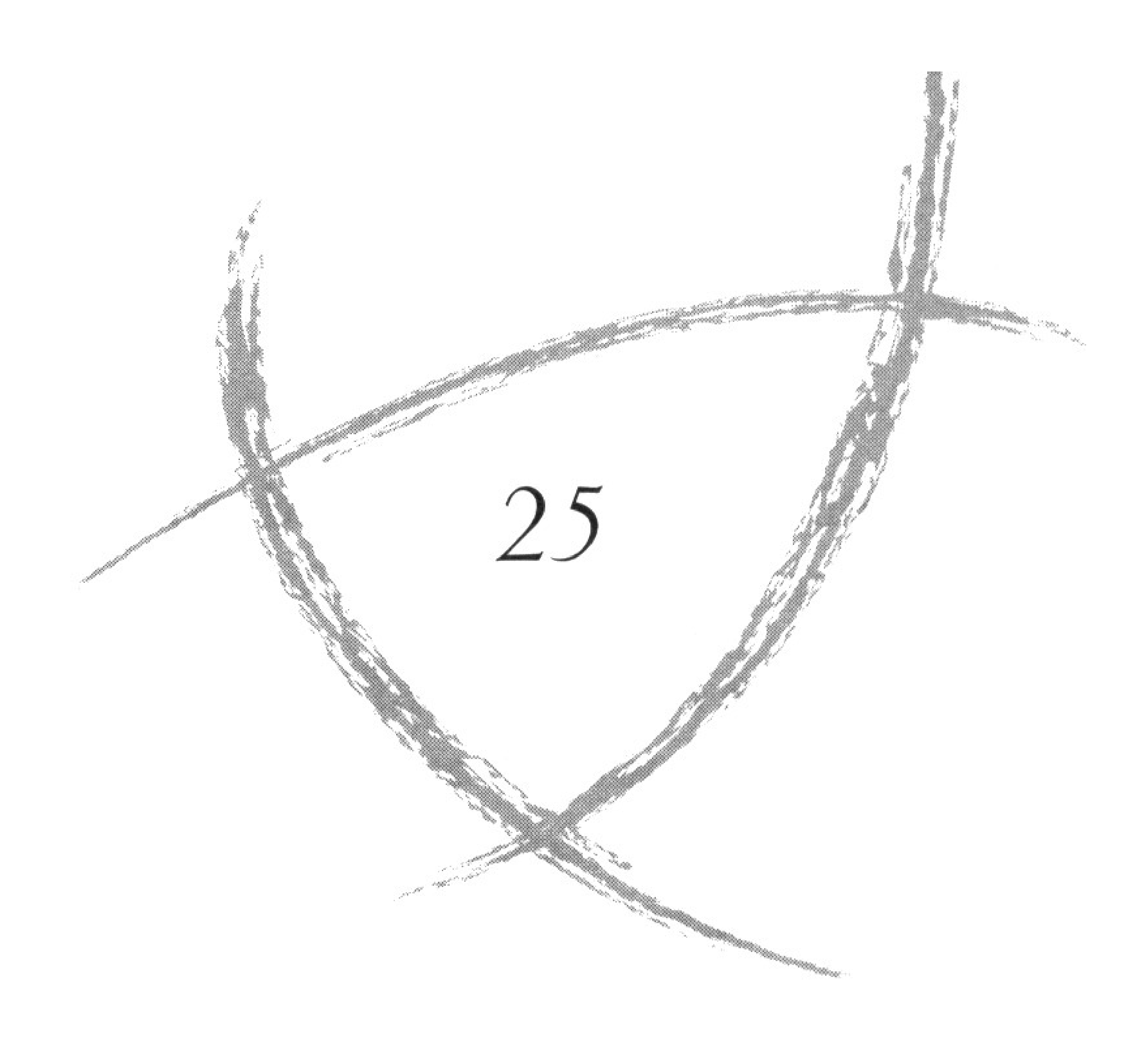
Aunque el dolor le estallaba por todo el cuerpo con cada latido de su corazón, Blue dejó que Gansey agarrase sus pegajosos dedos.

Él apretó su mano, y ella dejó caer las barreras que protegían su energía.

La voz de Gansey sonó tranquila, nítida, segura:

—Sé Noah.

La sala quedó en silencio.



25

Eran las 6:21.

A unos novecientos kilómetros de allí, en la trayectoria de la línea ley, un millón de lucecillas parpadeaban más allá de las ondas frías y oscuras del río Charles. El mordiente aire de noviembre se coló por uno de los balcones de la casa que Colin Greenmantle poseía en Back Bay, Boston. Aunque él no había dejado la puerta abierta, lo estaba de todos modos. Solo una rendija.

Por la que reptaron ellas.

El dueño de la casa estaba en el piso bajo de la mansión, dentro de la sala forrada de madera clara y sin ventanas que había preparado para albergar su colección. Incluso las vitrinas eran bellas: obras hechas de cristal y acero, alambre y oro, extravagantes soportes para los aún más extravagantes objetos que se exponían en ellas. El suelo era

una tarima de roble recuperada de una antigua granja de Pennsylvania; a los Greenmantle les gustaba poseer cosas que antes habían pertenecido a otras personas. Era imposible determinar las dimensiones de la sala, ya que las únicas luces eran las de los focos que iluminaban cada uno de los artefactos. Los haces de luz artificial traspasaban la negrura en direcciones distintas, como barcos que surcaran el mar nocturno.

Greenmantle estaba de pie frente a un espejo antiguo. El marco estaba tallado con hojas de acanto y cisnes que devoraban otros cisnes, y en su parte superior había engastado un reloj con montura de bronce. Las manecillas marcaban las 6:21. En teoría, aquel espejo añadía lágrimas a los rostros de quienes se mirasen en él, si habían sufrido una muerte reciente en la familia. Colin Greenmantle se miró: aunque tenía las mejillas secas, presentaba un aspecto lastimoso. Con una mano aferraba una botella de Cabernet Sauvignon cuya etiqueta prometía notas de cereza y grafito. En la otra sostenía un par de pendientes que le había comprado a Piper, su mujer. Iba vestido con una americana de corte impecable y unos calzoncillos de algodón. No esperaba a ningún visitante.

Pero las visitantes acudieron aun así, avanzando por las molduras del techo de la biblioteca que había en el segundo piso y amontonándose unas sobre otras en su sinuoso avance.

Greenmantle dio un sorbo de vino directamente de la botella; al seleccionarla en la cocina, había pensado que así tendría un aspecto más patético y desesperado, sin perder del todo la elegancia, que si bebía de un vaso (tenía razón). Deseó que hubiera alguien junto a él para apreciar su aspecto patético y desesperado, a la par que elegante.

—Notas de pólvora negra y abandono —le dijo a su reflejo. Dio otro sorbo que se le atravesó en la garganta; contenía demasiada pólvora negra y abandono para tragarlo de una vez.

De pronto, su reflejo abrió los ojos de par en par. Su mujer estaba en pie a su espalda, con los dedos cerrados en torno a la garganta de él. De su sedoso pelo escapaban algunos mechones rubios que parecían incendiarse a la luz de los focos de detrás. Tenía los ojos de un negro profundo. Aunque una de sus cejas estaba enarcada, su expresión se mantenía imperturbable mientras sus dedos presionaban con firmeza la garganta de su marido, cuya piel ya empezaba a cobrar un tono purpúreo.

Colin Greenmantle parpadeó.

Piper no estaba allí.

No había regresado a casa con él. Le había abandonado. En honor a la verdad, había sido él quien la había abandonado a ella, pero era ella la causante de todo. Había sido ella quien eligió continuar con una cadena de crímenes cruentos e imprudentes en

la campiña virginiana, justo cuando él decidió que era el momento de empaquetar sus juguetes y largarse de allí.

—Estoy solo —le dijo Greenmantle al espejo.

Pero no lo estaba. Las visitantes bajaron zumbando por el hueco de la escalera, deteniéndose en los marcos de los cuadros, y giraron bruscamente para entrar en la cocina.

Greenmantle se dio la vuelta para contemplar su colección. Una armadura con cuatro brazos; un unicornio disecado del tamaño de una cabra enana africana; un puñal del que caían gotas de sangre que se acumulaban incesantemente en la base de la vitrina… Aquello era lo más selecto que había obtenido tras casi dos décadas de coleccionismo. «No, no lo más selecto», se corrigió Greenmantle para sus adentros, «sino lo que más podía llamar la atención de Piper».

Le pareció oír algo en el pasillo que llevaba a la sala. Un zumbido… No, un ruido como de algo que raspase las paredes. No, ni siquiera eso; era un rumor demasiado liviano.

—Tras un sinnúmero de traiciones personales —empezó a decir Greenmantle, ignorando aquel sonido—, Colin Greenmantle sufrió un colapso nervioso al final de su tercera década de vida, lo que llevó a muchos a suponer que se hundiría en el anonimato.

Observó los pendientes que sostenía en la mano derecha. Había iniciado los trámites para adquirirlos dos años antes, pero a sus proveedores les había llevado tiempo cortarlos de la cabeza de su poseedora, una mujer de Gambia. Se decía que ponerse aquellos pendientes concedía el poder de traspasar las paredes con la vista. Cierto tipo de paredes, mejor dicho; los pendientes no funcionaban con las de ladrillo o piedra, pero sí con las de yeso o adobe. Sí, con las de yeso o adobe eran eficaces, en teoría. Dado que Greenmantle no tenía perforadas las orejas, no había podido comprobarlo; y con Piper embarcada en una carrera criminal en solitario, parecía que jamás podría cerciorarse.

—No obstante —prosiguió—, los observadores habían subestimado la fortaleza anímica de Colin, su asombrosa capacidad para recobrarse del sufrimiento emocional.

Se volvió para mirar la puerta justo en el instante en que las visitantes irrumpían en la sala.

Pestañeó.

Las visitantes no desaparecieron.

Volvió a parpadear varias veces; pero lo que había empezado a entrar por la puerta seguía entrando, y no era un fragmento de su imaginación ni una estampa reflejada en un espejo maldito. Le llevó un momento procesar el sonido y la imagen para darse

cuenta de que no se trataba de una sola criatura, sino de muchas, que se derramaban y correteaban y zumbaban en zigzag por el hueco de la puerta.

Solo cuando una de ellas se separó del enjambre y se dirigió a él en un vuelo sinuoso, advirtió Greenmantle que eran insectos. La avispa negra se posó en su muñeca, y Greenmantle se dijo que no debía aplastarla para que no lo picara. La avispa lo picó.

—¡Zorra! —gritó él tratando de golpearla con la botella.

Otra avispa se unió a la primera. Greenmantle se la sacudió de un aspaviento, pero en ese momento llegaron la tercera, la cuarta, la quinta, un enjambre tan grande como para llenar una sala. Las avispas se posaron sobre él; ahora, Greenmantle llevaba puesta una chaqueta de corte impecable, unos calzoncillos de algodón y miles de avispas.

Se dio la vuelta en redondo, dejando caer los pendientes. En el espejo, su reflejo tenía la cara bañada en lágrimas. Lo que lo envolvía no eran avispas, sino los brazos y la sonrisa de Piper. La boca de su mujer formó dos palabras inaudibles:

—Hemos terminado.

Las luces se apagaron.

Eran las 6:22.



La gente podía decir muchas cosas acerca de Piper Greenmantle, pero nadie podría afirmar que se diera por vencida fácilmente, ni siquiera cuando las cosas no salían como ella había previsto. Piper continuó asistiendo a clases de Pilates mucho después de que dejara de resultarle satisfactorio físicamente; siguió yendo a las reuniones de su club de lectura después de descubrir que era una lectora mucho más competente que sus compañeras; y no dejó de ponerse pestañas postizas de visón cada dos semanas, a pesar de que el salón de belleza más cercano a su domicilio había sido clausurado por violar la legislación vigente.

De forma que, cuando decidió buscar la entidad mágica que yacía aletargada cerca de la casa de alquiler en la que se alojaba, no paró hasta encontrarla.

«Deshacedor».

Esa había sido la primera palabra que le había dicho el ser. Piper tardó un momento en darse cuenta de que era la respuesta a lo que ella había exclamado en voz alta al verlo despertar: «¿Qué diablos es esto?».

En defensa de Piper, hay que señalar que el durmiente resultaba muy turbador. Ella había esperado hallar un humano; pero lo que tenía ante los ojos era una criatura de seis patas, negra como la muerte, a la que habría calificado de avispa si, en primer lugar, no odiara profundamente a las avispas y, en segundo, no pensara que ninguna avispa del mundo tenía derecho a medir treinta centímetros de largo.

—Es un demonio —dijo Neeve, la tercera componente de aquel trío desigual.

Era una mujer de voz suave y formas rechonchas, con las manos bonitas y el pelo desastroso. A Piper le daba la impresión de que era una de esas adivinas que salían por la tele, pero no lograba recordar por qué sabía eso.

Neeve no parecía muy contenta de haber descubierto aquel demonio. Piper, sin embargo, estaba literalmente moribunda en aquel momento, y no podía rechazar a un nuevo amigo así como así. Saltándose las presentaciones de rigor, le dijo al demonio:

—Te he despertado. Me debes un favor, ¿verdad? Arregla mi cuerpo.

«Haré lo que deseas».

Y el ser había cumplido su palabra: la atmósfera de la oscura catacumba se volvió extrañamente inestable y Piper dejó de desangrarse. En el primer momento, supuso que la cosa terminaba ahí. Sin embargo, como descubrió enseguida, el ser no solo estaba dispuesto a hacerle un favor, sino que se ponía a su entera disposición para siempre.

De modo que allí estaba. Había logrado salir de aquella cueva, las cosas le iban viento en popa, y acababa de cargarse al cretino cobarde de su marido. La magia corría por las venas de Piper, algo que, a decir verdad, hacía que se sintiera la reina del mambo. Junto a ella, una cascada se precipitaba hacia arriba, lanzando grandes chorros de agua que se pulverizaban en el aire. El árbol más cercano se pelaba, con la corteza cayendo en grumos húmedos y negruzcos.

—¿Por qué parece áspero el aire? —preguntó—. Es como si me raspara la piel… ¿Va a retorcerse así todo el rato?

—Creo que ya empieza a calmarse —repuso Neeve con su voz en sordina—. Se tranquilizará más cuanto más nos alejemos del momento en que ha muerto tu marido. Esto es una especie de réplica de la sacudida principal. El bosque intenta expulsar al demonio, que absorbe energía de la misma fuente que él y la canaliza a través del propio bosque. Este es un lugar de creación, y reacciona mal cuando alguien lo usa para matar. Cualquier acción que emprendas en ese sentido provocará un terremoto espiritual.

—Todos hacemos cosas que no querríamos hacer —replicó Piper—. Y tampoco es que tenga intención de matar a muchísima gente; esto solo lo he hecho para demostrar a mi padre que voy en serio cuando digo que quiero hacer las paces con él.

«¿Qué deseas ahora?», preguntó el demonio.

Estaba enganchado a las virutas de corteza muerta que sobresalían de un tronco, encogido en la postura que adoptan las avispas cuando el ambiente está frío, húmedo o cuajado de agua en suspensión. Sus antenas vibraban hacia Piper, y de él emanaba el zumbido de un enjambre que ya no era visible. El sol tembló en lo alto del cielo, y a Piper se le ocurrió pensar que, en realidad, no era de día. Un nuevo jirón de corteza muerta se desprendió del árbol.

—¿Eres perjudicial para el medio ambiente? —preguntó Piper, siempre atenta a su huella de carbono; le fastidiaba la idea de haberse pasado dos décadas reciclando para destruir ahora un ecosistema entero de golpe.

«Soy un producto natural de este ambiente».

Una rama se curvó, flácida, hasta posarse en el suelo junto a Piper. De sus hojas ennegrecidas brotaban gotas de un líquido espeso y amarillento. El aire seguía estremeciéndose.

—Piper —susurró Neeve agarrándola con delicadeza de la mano, tan serena como podía estarlo alguien vestido de harapos y situado junto a una cascada que subía en lugar de caer—. Sé que, cuando te colaste en la tumba del durmiente y me apartaste de un empellón, asegurándote de que solo tú recibirías el favor que él nos concediera, esperabas que yo quedara apartada del trío. Eso pondría ante ti un futuro en el que solo tú controlarías tus opciones y disfrutarías de los dones del demonio, mientras que yo quedaría abandonada en la caverna, en el mejor de los casos, o moriría, en el peor. Admito que, en ese momento, me enfadé mucho contigo y albergué sentimientos de los que no me enorgullezco. Sin embargo, ahora me doy cuenta de lo mucho que te cuesta confiar en las personas, y soy consciente de que no me conocías. Pero, si tú quieres…

Piper se abstrajo, fascinada por la manicura intachable de Neeve. Sus uñas eran como perfectas moneditas de queratina, mientras que las de Piper estaban sucias y rotas tras sus esfuerzos por salir del derrumbe que había atascado la cueva.

—… hay mejores formas de lograr tus objetivos —estaba diciendo Neeve—. Créeme: es imprescindible que aprendas a confiar en mi larga experiencia con la magia.

Piper volvió a la realidad.

—De acuerdo —dijo—. Se me ha ido el santo al cielo un momento, pero dime a qué te refieres. Eso sí, sáltate todo eso de los sentimientos.

—No creo que sea prudente que te vincules con un demonio. Son criaturas inherentemente sustractivas; siempre toman más de lo que dan.

Piper se giró hacia el demonio y lo observó. Era difícil saber hasta qué punto prestaba atención a lo que ellas decían. Dado que las avispas no podían cerrar los párpados (por la sencilla razón de que no tenían), era incluso posible que estuviera dormido.

—¿Cuánto de este bosque tendrá que morir para que yo recupere mi vida? —le preguntó.

«Ahora que he despertado, acabaré por deshacerlo de todos modos».

—Ah, entonces está claro —repuso Piper, con el alivio que siempre le producía que alguien tomara las decisiones perjudiciales por ella—. No hay más que hablar; ya que el mal está hecho, al menos vamos a aprovecharlo. Eh, ¿adónde vas? ¿Es que no

quieres ser… —Piper escuchó, mientras los pensamientos del demonio rozaban los suyos— famosa?

Neeve pestañeó.

—Famosa, no. Respetada —dijo.

—Lo mismo me da que me da lo mismo. Bueno, la cosa es que no deberías marcharte aún. Sé que antes te timé, más o menos, pero es que estaba muriéndome y eso me puso de mal humor. Bueno, la cosa es que ahora quiero compensarte.

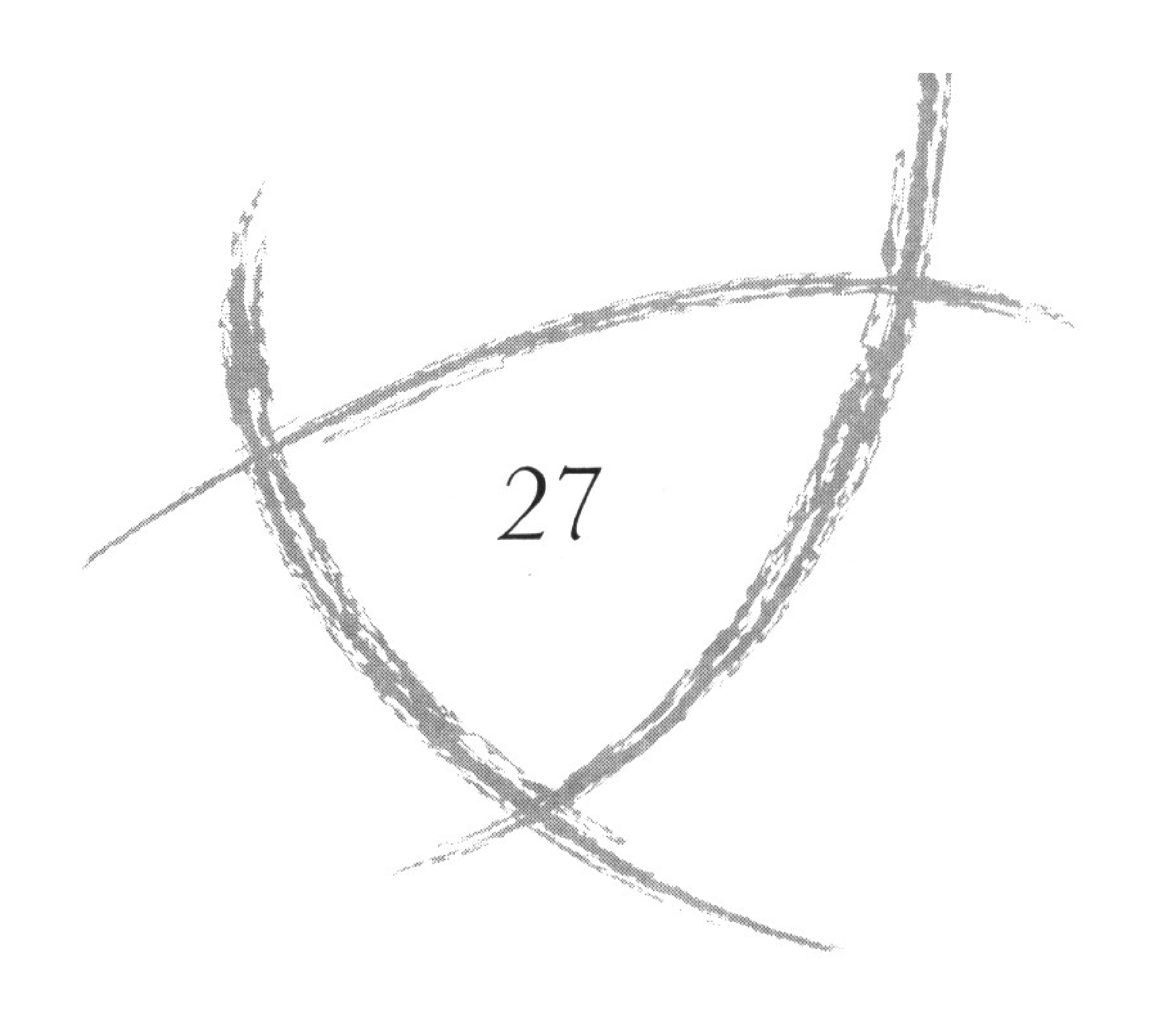
Neeve no pareció tan entusiasmada como Piper había esperado, pero al menos no volvió a intentar huir. Aquello estaba bien, porque Piper no tenía muchas ganas de quedarse a solas con el demonio. No es que le diera miedo; en realidad, la razón era que se sentía mucho más viva cuando tenía público. En cierta ocasión había hecho un test online de personalidad, y había descubierto que era una persona especialmente extrovertida y que seguramente no cambiaría jamás.

—Esto va a ser un nuevo comienzo para las dos —le aseguró a Neeve.

El demonio ladeó la cabeza y sus antenas volvieron a estremecerse. «Los ojos de las avispas no fueron creados para tener este tamaño», pensó Piper. Eran como unas grandes gafas de aviador de un marrón casi negro, con el interior revuelto por oscuros remolinos de vida y muerte.

«¿Y ahora?».

—Ahora ha llegado el momento de que llame a papá —respondió.



27

No eran las 6:21.

Era algún momento entre el final de la noche y el inicio de la mañana. Cuando Adam y Ronan llegaron a la sección de urgencias del centro médico Mountain View, encontraron una sala de espera en la que solo aguardaba Gansey. El hilo musical resonaba en lo alto del cuarto; las luces fluorescentes resplandecían, inofensivas y sin alma. Gansey reposaba en una silla, con los pantalones manchados de sangre y la cara entre las manos, durmiendo o tal vez llorando. En la pared de enfrente había colgado un grabado de Henrietta del que goteaba agua, porque, al parecer, así era el mundo en el que ahora vivían. En otro momento, Adam habría tratado de averiguar el significado de aquel portento, pero esta noche su mente estaba repleta de datos. Ahora que Cabeswater había recobrado parte de su fuerza, su mano derecha ya no se retorcía. Sin embargo, a Adam no se le ocurría pensar que estuvieran fuera de peligro.

—Eh, comemierda —le dijo Ronan a Gansey—. ¿Estás llorando? —se acercó y

golpeó su zapato con la puntera—. Tú, especie de orto, ¿te has dormido?

Gansey levantó la cara y miró a sus dos amigos. Junto a su mandíbula había una manchita de sangre. Su expresión era más tensa de lo que Adam esperaba, y se tensó aún más cuando vio lo desaliñado que estaba Ronan.

—¿Dónde estabais?

—En Cabeswater —contestó Ronan.

—En Cabeswa… ¿Qué hace ella aquí? —exclamó Gansey al ver a la niña huérfana, que acababa de entrar en la sala detrás de Adam.

La niña se tambaleó, entorpecida por las botas de agua que Ronan había sacado del maletero de su coche y le había enfundado. Las botas eran demasiado grandes para sus piernecillas y en absoluto ajustadas a la forma de sus pezuñas —lo que, en realidad, justificaba que las llevara puestas.

—¿Se puede saber —se indignó Gansey— para qué tuvimos que gastar una tarde entera en llevarla al bosque, si pensabas sacarla a la menor ocasión?

—Lo que tú digas, hombre —repuso Ronan, levantando una ceja ante la furia de Gansey—. Solo fueron dos horas.

—Tal vez dos horas no sean nada para ti, pero algunos de nosotros sí que vamos a clase, y esas dos horas son todo el tiempo que tenemos para hacer nuestras cosas.

—Lo que tú digas, papá.

—¿Sabes qué? —exclamó Gansey poniéndose en pie, con una actitud tan tirante como la cuerda de un arco—. Como me llames así una vez más…

—¿Cómo está Blue? —le cortó Adam.

Ya había deducido que no estaba muerta; de otro modo, Gansey jamás habría discutido de esa forma con Ronan. De hecho, también suponía que su estado no era grave, ya que, si lo estuviera, Gansey les habría informado antes de decir nada más.

Gansey lo miró, con el rostro aún tenso y brillante.

—No va a perder el ojo.

—Perder el ojo… —repitió Adam, atónito.

—Le están dando puntos.

—Puntos… —repitió Ronan.

—¿Creíais que me había puesto histérico por nada? Ya os lo dije antes: algo ha poseído a Noah.

Adam se estremeció. «Poseído», como en los casos de posesión demoníaca. «Poseído», como su propia mano. Teniendo en cuenta la podredumbre negra que amenazaba a Cabeswater y la violencia de Noah, Adam estaba empezando a formarse una idea de lo que podía hacer su mano, si Cabeswater no lograba salvaguardarlo. Una parte de él quería contárselo a Gansey; otra parte, sin embargo, tenía muy presente el grito alarmado de Gansey cuando él cerró su trato con Cabeswater. Adam no creía que

Gansey respondiera con un «Te lo dije», pero sabía que estaba en su derecho de hacerlo, lo que era aún peor. La voz más negativa de las que sonaban en la cabeza de Adam era la suya propia.

Por increíble que pareciese, Ronan y Gansey seguían discutiendo. Adam se volvió hacia ellos mientras Ronan decía:

—Vamos, hombre. ¿Cómo me iba a importar que Henry Cheng me invitara a una fiesta?

—Lo importante no es que él te invitase, sino que yo te pedí que fueras —replicó Gansey—. A él le daba igual que acudieras; a mí, no.

—Eso duele —respondió Ronan, pero no había ningún deseo de paz en su tono.

—Ronan… —dijo Adam.

Gansey rascó con la uña una de las gotas de sangre que manchaban sus pantalones.

—Y en vez de venir —prosiguió—, os fuisteis a Cabeswater. Podríais haber muerto allí, y yo ni siquiera habría sabido dónde estabais porque no os molestasteis en contestar al teléfono. ¿Os acordáis de ese tapiz del que Malory y yo hablábamos todo el rato, ese en el que aparecía la cara de Blue? Ah, claro que lo recordáis, porque Adam conjuró a esas Blues de pesadilla mientras estábamos en Cabeswater. Bueno, pues cuando acabó lo de Noah, Blue estaba igual que esas mujeres —levantó las manos con las palmas hacia ellos—. Tenía las manos rojas. De su propia sangre. Fuiste tú, Ronan, quien me dijo hace meses que se estaba gestando algo malo. No es el momento de que hagáis la guerra por vuestra cuenta. Cualquiera de nosotros podría morir. Se acabaron los juegos; ya no hay tiempo para nada, salvo para la verdad. Sea esto lo que sea, estamos en ello juntos.

No había nada que pudieran replicar; todo lo que decía Gansey era indudablemente cierto. Adam podría haber respondido que había ido cientos de veces solo a Cabeswater para trabajar en la línea ley, y que había creído que esta ocasión era como tantas otras. Pero en el fondo, sabía muy bien que era consciente del peligro que corrían, y que aun así había decidido continuar.

La niña huérfana derribó sin querer un perchero que había detrás de la puerta y saltó para apartarse del estrépito.

—Deja de hacer el idiota —gruñó Ronan, y Adam se dio cuenta de que, paradójicamente, aquel estallido de mal humor significaba que ya no quería discutir más—. Métete las manos en los bolsillos.

La niña masculló una respuesta en un idioma que no era inglés ni latín. En aquel escenario tan convencional, se hacía especialmente obvio que era una criatura creada según las reglas de otro mundo. Su anticuado jersey, sus enormes ojos negros, sus flacas piernecillas rematadas en sendas pezuñas, ahora ocultas por las botas… Parecía imposible que Ronan la hubiera sacado de sus sueños, pero Adam ya estaba

acostumbrado a creer en imposibles. Cada vez veía con más claridad que llevaban algún tiempo dirigiéndose a paso vivo hacia un mundo en el que podían existir los demonios.

Los cuatro se giraron al oír el ruido de la puerta. Blue y Maura entraron en la sala de espera, seguidas de una enfermera que se sentó tras el mostrador del fondo. Todos miraron a Blue, expectantes.

Tenía dos puntos de hilo oscuro en la ceja derecha, cerrando el extremo de una brecha que continuaba por su mejilla. A los lados de la herida, varios arañazos delataban las garras que la habían causado. Su ojo izquierdo estaba tan hinchado que apenas podía abrirlo, pero al menos seguía en su sitio. Por su forma de moverse, Adam dedujo que estaba dolorida.

Se dio cuenta de lo mucho que le importaba Blue porque su estómago hormigueó solo de mirar la herida, y por el temor que le arañó por dentro al imaginar la escena que la había causado. Noah había hecho aquello. Adam cerró con fuerza su propia mano, recordando la horrible sensación de ver que se movía sola.

Gansey tenía razón: aquella noche podría haber muerto cualquiera de ellos. Ya no era momento de juegos.

Durante un segundo de desconcierto, nadie habló.

—Toma ya, Blue —barbotó Ronan al fin—. ¿Puntos en la cara? Ahora sí que eres una chica mala como Dios manda. Chócala, matona.

Aliviada, Blue levantó el puño y lo hizo chocar con el de Ronan.

—Úlcera corneal —dijo Maura, en un tono seco y oficial que delataba su preocupación más de lo que habrían hecho las lágrimas—. Colirio antibiótico. Parece que no es grave.

Su vista se posó en la niña huérfana y esta le devolvió la mirada. Como Ronan, la niña mantenía una actitud entre huraña y rebelde, que resultaba aún más inquietante en el rostro de una criatura lastimosamente flaca y ataviada con unas botas demasiado grandes. Maura abrió la boca como si fuera a preguntar algo, pero la cerró enseguida y se acercó al mostrador para pagar la consulta.

—Escuchad —dijo Gansey en voz baja—. Tengo que deciros algo. Sé que es un momento extraño para hablar de esto, pero he… he estado esperando una buena ocasión, y ahora no me puedo quitar de la cabeza que, si lo de esta noche hubiera acabado realmente mal, ya nunca podría hacerlo. De modo que ahí va: no puedo pediros que seáis sinceros si no lo soy yo, para empezar.

Gansey respiró hondo. Adam vio que sus ojos se posaban en Blue, quizá calibrando si ella sospechaba lo que iba a decir o dudando de la conveniencia de decirlo. Se llevó el pulgar al labio inferior en un gesto inconsciente, y luego pareció darse cuenta y bajó la mano.

—Blue y yo llevamos algún tiempo saliendo —dijo—. No querría hacer daño a ninguno de vosotros, pero tampoco quiero dejar de verla. Y ya no puedo ocultarlo más. Me está carcomiendo por dentro… Estar aquí, delante de Blue, verla con la cara así y tener que disimular… —se interrumpió como si quisiera hacer un punto y aparte; el silencio era tan intenso que ninguno de los demás se atrevió a mancharlo—. No puedo pediros que hagáis cosas que yo no hago —remachó por fin—. Siento mucho haberme portado como un hipócrita.

Adam no se esperaba que Gansey admitiera la relación entre Blue y él de una forma tan explícita. Ahora, con la confesión flotando en el aire entre todos ellos, se sintió mal. No le alegraba ver a Gansey con un aspecto tan triste, y tampoco le satisfacía que él y Blue se vieran obligados a pedir permiso para estar juntos. Deseó que los dos hubieran sido sinceros desde el principio; de ese modo, jamás habrían llegado a una situación como aquella.

Ronan levantó las cejas.

Blue cerró los dedos y dejó caer los puños a los lados.

Gansey se quedó callado como si esperase un veredicto. Su mirada vagaba por la sala, posándose en Adam cada pocos segundos. Este Gansey era una versión muy desvaída de la persona que Adam había conocido. Adam se preguntó si Gansey estaría evolucionando o si, por el contrario, estaría volviendo a ser quien había sido antes de conocerlo. Trató de encontrar algo que le gustaría oírle decir, pero no encontró nada. Llevaba todo aquel tiempo demandando respeto y eso era lo que había obtenido, aunque fuera con retraso.

—Gracias por contárnoslo al fin —dijo.

En realidad, quería decir «por contármelo». Gansey, que lo sabía, asintió con un movimiento casi imperceptible. Blue y Adam se miraron. Ella se mordió el labio; él levantó un hombro. Los dos estaban arrepentidos.

—Bien. Me alegro de haberlo soltado —repuso Gansey con tono ligero.

Hacía algún tiempo, Adam habría reaccionado con furia ante una reacción tan desenfadada, tomándola por una muestra de frivolidad. Ahora, sin embargo, sabía que era todo lo contrario: cuando Gansey se aproximaba demasiado a los temas que más le afectaban, se refugiaba invariablemente en una cortesía jovial. Pero en aquella noche turbulenta, el contraste entre la expresión desolada de Gansey y aquella actitud resultaba muy desasosegante.

Blue agarró la mano de Gansey.

Adam se alegró de que lo hiciera.

—Qué asco —masculló Ronan en una muestra más de inmadurez.

Gansey, sin embargo, no se enfadó.

—Gracias por iluminarnos, Ronan —dijo recuperando su expresión habitual, y en ese momento, Adam se dio cuenta de la forma tan astuta en que Ronan había disipado la tensión del momento. De pronto, todos podían volver a respirar.

Maura se acercó a ellos, y a Adam le dio la impresión de que se había quedado junto al mostrador a propósito para dejarlos tranquilos.

—Bueno, vámonos de aquí —dijo sacando las llaves del coche—. Estos sitios me ponen nerviosa.

Adam se inclinó, le ofreció el puño a Gansey y este lo golpeó con el suyo.

Ya no era momento de jugar. Había llegado la hora de la verdad.



Dependiendo de dónde comenzase el relato, aquella podía ser la historia de Declan Lynch.

Por difícil que resultase de creer, Declan no era paranoico de nacimiento.

Y, en cualquier caso, ¿podía hablarse de paranoia si tus sospechas resultaban ser ciertas con frecuencia?

Cuando uno sabía que el mundo estaba lleno de personas que querían matarlo, no podía hablarse de paranoia, sino de precaución. Eso era Declan: cauto, no paranoico.

Declan había sido un niño dócil y confiado, pero enseguida había tenido que cambiar. Había aprendido a sospechar de las personas que le preguntaban dónde vivía. Había aprendido a llamar a su padre solo con móviles desechables que compraba en gasolineras. Había aprendido a no confiar en nadie que dijera que no era honorable aspirar a poseer una mansión en una ciudad corrupta, una suite con alfombra de piel

de tigre, una caja llena de botellas de bourbon relucientes y un coche alemán con más mundo que su dueño. Había aprendido que las mentiras solo eran peligrosas si a veces se decía la verdad.

El hijo mayor y más normal de Niall Lynch estaba en su mansión de Alexandria, Virginia, con la frente apoyada en el cristal de una ventana, observando la tranquilidad matinal que reinaba en su calle. El tráfico de la cercana Washington D. C. comenzaba a despertarse entre gruñidos, pero aquel barrio aún no había vuelto en sí.

Declan sostenía un teléfono en la mano. Alguien lo llamaba.

Era un aparato más tosco que el que usaba para su trabajo como becario de Mark Randall, político de profesión y asesino de pelotas de golf. Declan había elegido a propósito dos modelos muy diferentes; no quería meter la mano en su mochila y sacar el teléfono equivocado. No quería palpar su mesilla en mitad de la noche, descolgar y hablar sin tapujos con la persona equivocada. No quería darle el aparato equivocado a Ashley para que se lo sostuviera. Declan hacía todo lo que estaba en su mano para mantener su nivel de paranoia —de precaución— mientras llevaba los negocios de Niall Lynch.

Aquel teléfono llevaba semanas sin sonar. Declan creía que por fin se había librado de él.

Pero ahora sonaba.

Llevaba un rato tratando de decidir qué era más peligroso, si contestar o ignorarlo.

Al fin, reajustó su ánimo. Ahora no era Declan Lynch, un joven y educado político en ciernes. Era Declan Lynch, el hijo duro como el pedernal de Niall Lynch.

El teléfono volvió a sonar.

Lo descolgó.

—Lynch.

—Puedes considerar esto como una llamada de cortesía —dijo una voz. Detrás de ella sonaba una melodía, algo interpretado con un quejumbroso instrumento de cuerda.

A Declan le dio la impresión de que una hebra viscosa de inquietud se estiraba y caía por su nuca.

—No esperará que crea que solo se trata de eso, ¿verdad? —replicó.

—Jamás se me ocurriría esperar tal cosa —repuso su interlocutora.

Hablaba con rapidez, entrecortando las palabras con un leve acento asiático. Siempre que Declan hablaba con ella, oía música de fondo. La conocía por el nombre de Seondeok.

Seondeok no compraba muchos artefactos; pero cuando lo hacía, no planteaba ningún problema. Las condiciones estaban claras: Declan le presentaba un objeto mágico, ella hacía una oferta, Declan la aceptaba y los dos se separaban hasta el

siguiente trato. Con ella, Declan jamás había sentido que pudiera acabar encajado en el maletero del coche de su padre, escuchando cómo a este le daban una paliza; ni maniatado y obligado a mirar cómo varios sujetos destrozaban el granero de su familia; ni maltratado hasta el borde de la muerte y abandonado en su dormitorio de Aglionby.

Declan apreciaba aquellas pequeñas cosas.

Sin embargo, jamás confiaría en ninguno de sus clientes.

Precaución, no paranoia.

—La situación parece muy volátil en Henrietta —dijo Seondeok—. Tengo entendido que ya no es territorio de Greenmantle.

Volátil, sí… Esa era una buena palabra para describirlo. Hacía años, Niall Lynch vendía sus «artefactos» a intermediarios del mundo entero. Por alguna razón, con el tiempo se había limitado a tratar con Colin Greenmantle, Laumonier y Seondeok. Declan suponía que lo había hecho por seguridad, pero tal vez eso fuera considerar a su padre con demasiada benevolencia. Era muy posible que, en realidad, se hubiera enemistado con todos los demás.

—¿Qué más ha oído decir? —preguntó, sin querer confirmar ni desmentir la noticia.

—Me alegra comprobar que no te fías de mí —repuso Seondeok—. Tu padre hablaba demasiado.

—No acaba de gustarme ese tono —replicó Declan.

Aunque era cierto que su padre hablaba de más, eso solo podía decirlo otro Lynch, no una mujer coreana dedicada al comercio ilegal de antigüedades mágicas.

La música del fondo pareció gemir, arrepentida.

—Discúlpame, te lo ruego. En cualquier caso, se dice que tal vez alguien quiera vender algo especial en Henrietta —dijo Seondeok.

El hilo de nervios se coló por el cuello de la camisa de Declan.

—No soy yo.

—No esperaba que lo fueras. Como te dije al principio, esta es una llamada de cortesía; pensé que te gustaría saber que los lobos se acercan a tu puerta.

—¿Cuántos lobos?

La música pareció rayarse y luego volvió a comenzar.

—Puede que haya varias manadas. Muchas.

Declan aferró el teléfono con más fuerza. ¿Habrían averiguado la verdad sobre Ronan?

—¿Sabe qué buscan? ¿Qué dicen sus aullidos, *seonsaengnim*?

—Hum —contestó Seondeok; aquel ruido impreciso parecía indicar que sabía que Declan la estaba halagando, pero que aceptaba el homenaje de todos modos—. El

secreto es aún muy joven. Te he llamado con la esperanza de darte tiempo para actuar.

—¿Y cómo cree que debería actuar?

—No es mi papel decirte esas cosas. Yo no soy tu madre.

—Sabe muy bien que yo no tengo padres —replicó Declan.

La música pareció susurrar y suspirar durante unos segundos.

—No soy tu madre —repitió al fin Seondeok—. Solo soy un lobo más. No lo olvides.

Declan se apartó de la ventana.

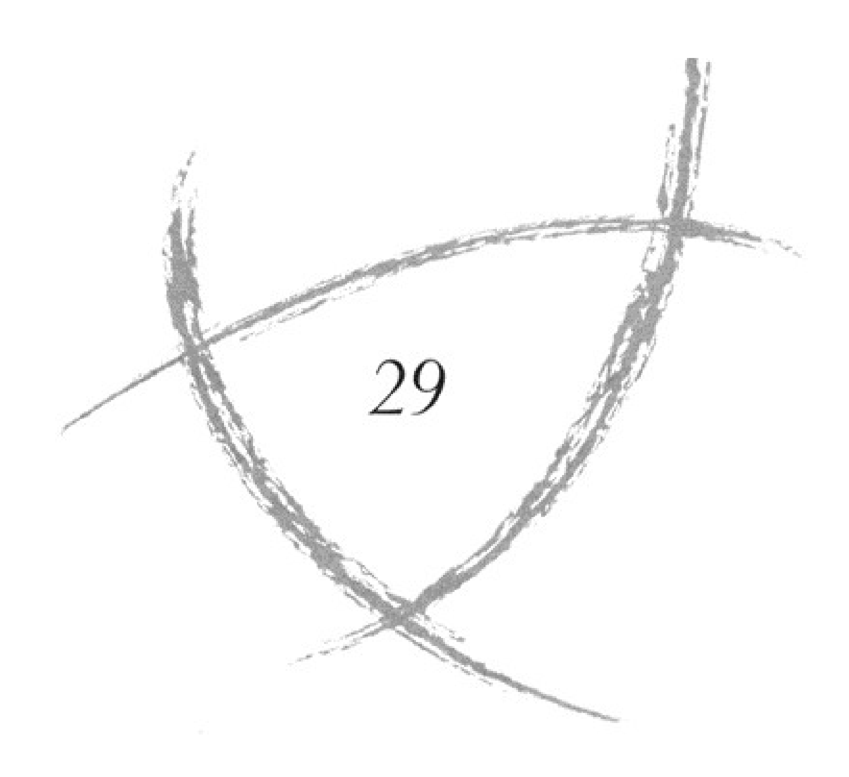
—Lo siento; ahora soy yo quien debe disculparse. Muchas gracias por la llamada.

Su mente ya estaba trabajando en las posibles ramificaciones de todo aquello. Tenía que ir a Henrietta y sacar de allí a Matthew y a Ronan; eso era lo único que importaba.

—Echo de menos los hallazgos de tu padre —dijo Seondeok—; eran verdaderamente hermosos. A pesar de que era un hombre con problemas, creo que su mente albergaba una gran belleza.

Declan supuso lo que su interlocutora estaría imaginando: Niall Lynch rebuscando en armarios, vitrinas y sótanos, seleccionando primorosamente los objetos que descubría. Él imaginaba algo más próximo a la verdad: su padre soñando en Los Graneros, en habitaciones de hotel, en sofás, en el asiento trasero del BMW que ahora era de Ronan.

—Sí —repuso—. Sí, yo pienso lo mismo.



Un par de horas de sueño. Nada de desayuno. Una jornada de clases.

Gansey no sabía cuánto tenía que acercarse al fin del mundo —de su mundo— para sentirse con derecho a faltar a la academia y dedicarse a buscar a Glendower, de modo que continuó con su rutina habitual. Adam, por su parte, fue a clase porque no estaba dispuesto a renunciar a sus sueños universitarios ni aunque Godzilla los llevara atrapados entre los dientes. Y, para asombro de Gansey, Ronan también asistió, aunque estuvieron a punto de llegar todos tarde porque no encontraba ningún uniforme limpio en el caos de su habitación. Gansey intuyó que Ronan no iba por amor al estudio, sino para compensarlo por la pelea que habían mantenido en urgencias la noche anterior. No le importó; lo único que quería era verlo sentado en clase, aunque solo fuera un rato.

Henry abordó a Gansey en el pasillo de Borden House, mientras salía de francés (esa era la asignatura que había reemplazado a latín; aunque Gansey prefería la segunda asignatura, no se le daba mal la primera, de modo que *il n'y avait pas de quoi fouetter un chat*).

—Eh, Gansey Júnior —lo saludó Henry, aminorando el paso para mantenerse a su altura—. ¿Estás feliz con tu vida, después de la noche de ayer?

—Estoy a dos pasos de la felicidad. Lo pasamos fenomenal en Litchfield… Siento que saliéramos corriendo de ese modo.

—Tranquilo, después de que os marchaseis solo vimos unos cuantos vídeos. El

ambiente se apagó… Metí a los niños en la cama y les leí unos cuentos, pero no hacían más que preguntar por vosotros.

Gansey soltó una carcajada.

—Estábamos corriendo aventuras.

—Lo supuse; es lo que les dije.

—Fuimos a ver a un viejo amigo que se sentía mal —añadió Gansey con precaución.

No era mentira, aunque tampoco fuera toda la verdad. Era, por así decirlo, el filo de una verdad.

Henry levantó las cejas como si quisiera indicar que detectaba el filo, pero no insistió.

—¿Y se ha puesto bien ya? —preguntó.

La cara de Noah, teñida de tinieblas. La hermana de Noah, de pie en el escenario. Huesos amarillentos bajo un jersey de Aglionby.

—Somos optimistas al respecto —respondió Gansey.

Aunque no creyó que su tono fuera extraño al decirlo, Henry le dirigió una rápida mirada. Sus cejas volvieron a enarcarse.

—Optimistas… Sí, gran Gansey, eres un tipo optimista. ¿Querrías ver algo interesante antes de almorzar?

Gansey echó un vistazo rápido al reloj. En unos minutos, Adam empezaría a buscarlo en el comedor.

Henry interpretó su mirada al instante.

—Está aquí mismo —dijo—, en Borden House. Es algo interesante, muy típico de Gansey.

Aquello le pareció a Gansey manifiestamente absurdo. Nadie, ni siquiera Gansey, sabía qué era típico de él. Sus profesores, los amigos de sus padres, sus parientes… Todos se dedicaban a coleccionar objetos e historias que pensaban que le interesarían, cosas que les parecían típicas de él. Pero aquellos cariñosos obsequios solo representaban los aspectos más obvios de Gansey. Reyes galeses, Camaros antiguos, otros jóvenes que se habían dedicado a recorrer el mundo por razones extrañas que nadie podía comprender… Nadie iba más allá. Tampoco es que Gansey les animara a hacerlo. En sus días pasados había una gran cantidad de noche, y ahora prefería girar la cara hacia el sol. Típico de Gansey… ¿Qué era típico de él?

—¿Esa sonrisa es un sí? Estupendo, pues sígueme —dijo Henry, girando bruscamente hacia una puerta con un cartel de «Solo personal de mantenimiento».

Borden House, originalmente, había sido una vivienda, de modo que Gansey no se sorprendió al descubrir la estrecha escalera que arrancaba al otro lado de la puerta. Las

paredes estaban cubiertas de un papel abigarrado que parecía engullir la luz de la triste y única bombilla. Henry empezó a descender.

—Este edificio es muy antiguo, Dick Tres. Fue construido en mil setecientos cincuenta y uno. Imagínate todo lo que habrá visto… u oído, porque las paredes tienen oídos pero no ojos.

—Ley Monetaria —dijo Gansey.

—¿Cómo?

—Se promulgó en 1751 para prohibir a las colonias de Nueva Inglaterra que emitieran moneda propia. Y Jorge III fue nombrado príncipe de Gales ese mismo año, si recuerdo bien.

—Y también… —Henry alargó la mano para pulsar un interruptor, y una bombilla solitaria iluminó un sótano de techo bajo con suelo de tierra. Era poco más que un cuchitril, vacío salvo por unas cuantas cajas apoyadas contra una de las paredes —. También fue ese el año en el que un mono amaestrado actuó por primera vez en los Estados Unidos, si no recuerdo mal.

Se internó en la habitación, agachando la cabeza para que el pelo no se le enganchara en la áspera madera de las vigas. El aire era una versión concentrada de la atmósfera del resto de la casa —un aroma a polvo, moho y alfombras de color azul marino—, enriquecido con el perfume húmedo y orgánico de las cuevas y sótanos muy antiguos.

—¿De verdad? —se asombró Gansey.

—Eso creo —repuso Henry—. He intentado encontrar fuentes directas, pero ya sabes cómo es internet, tío. Bueno, hemos llegado.

Se encontraban en la esquina más alejada del sótano, y la bombilla que había junto a la escalera no llegaba a iluminar lo que señalaba Henry. A Gansey le llevó un momento darse cuenta de lo que era aquel recuadro oscurísimo que se dibujaba en el oscuro suelo de tierra.

—¿Es un túnel? —preguntó.

—Qué va.

—¿Un escondrijo?

Gansey se agachó: sí, eso parecía. Era un agujero profundo, como de un metro cuadrado, con los bordes desgastados por el paso de los siglos. Palpó la parte superior y encontró una ranura en uno de los lados.

—Parece que en tiempos estaba tapado con una trampilla —comentó—. En Inglaterra, a este tipo de huecos los llamaban «escondites de curas». Tal vez hicieran este para ocultar esclavos huidos o… no sé, alcohol durante la ley seca. ¿No crees?

—Sí, algo así debió de ser. Interesante, ¿verdad?

—Ajá —asintió Gansey.

Era algo histórico, lo que teóricamente lo convertía en algo típico de Gansey. Se sentía un poco decepcionado; eso le indicaba que había esperado algo más, aunque no habría sabido decir qué.

—Espera; para que te enseñe la parte típica de ti, tienes que meterte.

Sorprendido, Gansey vio cómo Henry saltaba al interior del agujero y aterrizaba con un golpe sordo.

—Ven a verlo —le animó.

—Supongo que tienes algún plan para salir, si yo entro.

—Hay asideros en las paredes —contestó Henry. Al ver que Gansey no se movía, añadió—: Además, se trata de una prueba.

—¿De qué?

—De temperamento. No, eso no era. De ta… No. Hay una palabra que empieza con te y que significa algo parecido a valentía, pero no la recuerdo. Mi lóbulo frontal aún está borracho por lo de ayer.

—Temple.

—Exacto, eso era. Esto es una prueba de temple. Esa es la parte típica de ti.

Gansey se dio cuenta de que Henry había dado en el clavo por el chispazo cálido que le traspasó el corazón. Era algo muy similar a lo que había sentido en la fiesta de la noche anterior: un sentirse reconocido, y no de forma superficial, sino en un nivel más profundo y cierto.

—¿Cuál es el premio si la supero?

—¿Qué premio puede tener una prueba de temple? El premio es tu honor, lord Gansey.

Gansey se sintió doblemente, triplemente reconocido.

No sabía muy bien qué sentir al verse descrito tan ajustadamente por una persona a la que, al fin y al cabo, acababa de conocer.

De modo que hizo lo único que podía hacer: agacharse y saltar al fondo del agujero.

Apenas podía verse nada en el interior, y las paredes parecían presionarlos. Estaban tan pegados que Gansey podía percibir el penetrante olor de la gomina de Henry y el rumor de su respiración un tanto acelerada.

—Ah, la historia, siempre tan caprichosa —dijo Henry—. ¿Padeces de claustrofobia?

—No, pero tengo otros vicios.

Si aquello fuera Cabeswater, el miedo de Gansey a los insectos con aguijón ya habría estado interactuando con la realidad. Gansey agradeció para sus adentros que la intención no fuera un arma tan poderosa fuera de Cabeswater. Allí, un agujero en el

suelo podía no ser más que eso; en este mundo, Gansey solo tenía que preocuparse de controlar su exterior, dejando aparte su interior.

—¿Imaginas cómo sería tener que esconderse en un lugar así? ¿He pasado la prueba?

Henry raspó la pared con las uñas, o al menos eso supuso Gansey, y una pequeña cascada de tierra cayó con un silbido ominoso.

—¿Te han secuestrado alguna vez, Richard Gansey?

—No. ¿Me estás secuestrando ahora?

—Ni en broma; mañana hay clase. A mí me secuestraron una vez —dijo Henry, en un tono de voz tan normal que Gansey se preguntó si estaría de broma—. Los secuestradores pidieron un rescate, pero mis padres estaban en otro país y no les resultaba fácil comunicarse con ellos. Me metieron en un hoyo como este, o un poco más pequeño.

No estaba bromeando.

—Dios mío… —musitó. La penumbra no le permitía ver los rasgos de Henry para calibrar cómo le afectaba recordar aquella historia. Su tono, eso sí, seguía siendo ligero.

—Dios no estaba allí conmigo, desafortunadamente —repuso Henry—, o tal vez afortunadamente, porque en aquel agujero apenas había sitio para mí.

Gansey oyó un roce: Henry se estaba frotando las manos, o tal vez estuviera abriendo y cerrando los puños. En aquel hueco polvoriento, los sonidos se amplificaban. De pronto percibió el olor peculiar del miedo, de las sustancias químicas que el cuerpo producía en situaciones de tensión. Por un momento, no supo si el olor provenía de él mismo o de Henry. Aunque su mente sabía que aquel agujero no materializaría una nube de abejas capaces de matarlo al instante, su corazón se recordaba colgado en Cabeswater, oyendo cómo los enjambres surgían bajo él.

—Esto también es típico de Gansey, ¿verdad? —preguntó Henry.

—¿El qué?

—Los secretos.

—Así es —reconoció Gansey, porque admitir que guardaba secretos no era lo mismo que revelarlos—. ¿Y qué ocurrió?

—Qué ocurrió, me preguntas… Mi madre sabía que, si pagaba el rescate sin rechistar, muchos otros sentirían la tentación de secuestrar a sus hijos mientras ella estuviera ocupada en sus asuntos. Así que regateó con los secuestradores. A ellos no les hizo ninguna gracia, como puedes imaginar, de modo que me obligaron a decirle por teléfono todo lo que iban a hacerme cada día si no les pagaba.

—¿Hicieron que se lo dijeses tú?

—Sí, sí. Formaba parte del regateo; si el padre ve que su hijo está asustado, accederá a pagar más y más rápido. En teoría.

—No tenía ni idea.

—Ya, no es de conocimiento común. Bueno, ahora ya lo sabes.

A Gansey le pareció que las paredes se estrechaban a su alrededor. Henry soltó una risita —no, una risa auténtica— y continuó:

—Mi madre dijo que nunca pagaba por artículos dañados, y ellos le dijeron que eso era lo que había, etcétera, etcétera. Pero a mi madre se le da muy bien regatear. De modo que, a los cinco días, me enviaron de vuelta a casa con todos los dedos y los ojos en su sitio. Creo que aceptaron un precio bastante moderado. Yo estaba un poco ronco, pero eso fue culpa mía.

Gansey no supo cómo sentirse ante aquella confesión. Ignoraba por qué Henry le había entregado aquel secreto. No sabía qué quería Henry de él. La historia había despertado muchas emociones mezcladas en su interior —compasión, ánimo de aconsejar, preocupación, apoyo, indignación, pena…—, pero no sabía qué combinación sería la adecuada, y le inquietaba no saberlo. No le parecía que Henry quisiera nada de él; aquel era un paisaje sin mapas.

—Y ahora —dijo al fin—, aunque estamos metidos en un agujero igual que aquel, tú pareces muy tranquilo.

—Sí, esa es la cosa. Llevo… Llevo mucho tiempo trabajando para ser capaz de hacer esto —respondió Henry. Tomó aliento rápidamente, y Gansey supuso que su rostro estaría mostrando algo muy distinto de lo que transmitía su tono ligero—. En vez de esconderme, siempre he preferido enfrentarme a lo que me da miedo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuántos años tenías?

—Diez —Henry debió de cambiar de postura, a juzgar por el roce de su jersey. Su voz se hizo un poco más grave—. ¿Cuántos años tenías tú, mi querido muchachote Gansey, cuando te picaron aquellas abejas?

Gansey podía darle la cifra, pero no sabía si era esa la respuesta que Henry quería obtener. Aún no sabía adónde quería ir a parar con aquella conversación.

—Diez, como tú.

—¿Y cómo te han tratado estos años?

Gansey dudó.

—Algunos mejor que otros. Tú has estado ahí para verlo, ¿no?

—¿Confías en mí? —preguntó Henry.

Allí, entre la penumbra y la oscuridad —en aquella prueba de temple—, aquella era una pregunta cargada de matices. ¿Confiaba en él? Para aquellas cosas, Gansey siempre había recurrido a su instinto; su inconsciente recogía todos los aspectos significativos para componer una imagen que él comprendía incluso sin saber por qué.

¿Por qué estaba en el interior de aquel agujero? Porque ya conocía la respuesta a aquella pregunta.

—Sí.

—Dame la mano —dijo Henry.

Una de sus manos encontró la palma de Gansey en la oscuridad. La otra depositó un insecto sobre ella.



30

Gansey se olvidó de respirar.

En el primer momento, pensó que en realidad no era un insecto, que la oscuridad y los nervios le habían hecho imaginarlo. Entonces sintió cómo rebullía en la palma de su mano. Era un peso familiar, unas patas finas que sostenían un cuerpo más pesado.

—Richardo, tío —dijo Henry.

Gansey no respiraba.

No podía apartar la mano; sabía por experiencia que eso solo lo abocaba al desastre. El insecto emitió un breve zumbido que lo dejó aún más petrificado. Aquel era un ruido que Gansey ya no interpretaba como un sonido, sino como un arma. Era una crisis en la que moriría primero quien se moviera primero.

—Dick…

Gansey seguía sin respirar.

En realidad, las posibilidades de que le picara una avispa en su vida normal eran asombrosamente bajas. «Piénsalo», había dicho Gansey muchas veces a amigos y parientes preocupados, mientras observaban cómo caía la tarde en el jardín rodeados de bichos que revoloteaban. «¿Cuándo fue la última vez que te picó una avispa?». Ahora, no lograba concebir qué había llevado a Henry a hacer aquello. ¿Qué pretendía hacerle pensar? ¿Debía recordar todo lo que le había ocurrido tras aquella picadura, tanto las cosas buenas como las malas? Porque, si era así, el intento había fracasado: Gansey era un disco rayado que reproducía una y otra vez el momento presente.

—Gansey, respira —dijo Henry.

En el borde del campo de visión de Gansey empezaron a moverse luces. Había comenzado a respirar, pero no lo suficiente. No podía arriesgarse a hacer el mínimo movimiento.

Henry rozó el dorso de su mano y luego colocó su otra mano sobre la de Gansey. Ahora el insecto estaba atrapado entre los dos, aprisionado en una jaula de dedos.

—Esto es lo que he aprendido —susurró—. Si no puedes dejar de tener miedo…

En el interior de Gansey había un lugar en el que el miedo se agotaba y se convertía en vacío. Pero aquel día, dentro del agujero, con un insecto pegado a su piel y la promesa de una muerte inminente, el vacío se resistía a llegar.

—… aprende a vivir feliz y con miedo —dijo Henry terminando la frase—. Piensa en tu chica, Gansey, y en los buenos ratos que pasamos ayer. Piensa en las cosas que te aterran. Ese peso te dice que es una abeja, ¿pero tiene que ser algo que te mate? No. Solo es algo pequeño; podría ser cualquier cosa. Podría ser algo bello, de hecho.

Gansey no podía contener más el aliento; si no respiraba como era debido, se desmayaría. Espiró entrecortadamente y tomó aire con ansia. La oscuridad volvió a su negrura normal, sin rastro de lucecillas danzantes. El corazón seguía golpeándole en el pecho, pero ya comenzaba a tranquilizarse.

—Este es mi chico —dijo Henry, usando las mismas palabras que ya había empleado el Día del Cuervo—. Cómo impresiona ver a una persona aterrada, ¿verdad?

—¿Qué hay en mi mano?

—Un secreto. Te lo voy a revelar —contestó Henry, ahora en un tono menos seguro de sí—. Voy a hacerlo porque quiero que confíes en mí; pero para hacerlo, para que seamos amigos, debes conocer la verdad.

Henry tomó aliento y retiró la mano con la que tapaba la de Gansey, revelando una abeja enorme.

Gansey apenas había tenido tiempo de reaccionar cuando Henry volvió a rozarle las yemas de los dedos.

—Tranquilo, lord Gansey. Vuelve a mirar.

Ahora que se había calmado, Gansey pudo ver que no era una abeja normal, sino un bello insecto robótico. Tal vez «bello» no fuera la palabra adecuada, pero a Gansey no se le ocurría otra para describirlo. Sus alas, antenas y patas eran claramente de metal, con articulaciones delicadas y finas volutas de alambre, pero el resto del cuerpo mostraba los colores blandos y sutiles de los pétalos tiernos. Aunque no estaba viva, parecía vital. Su diminuto corazón emitía un resplandor ambarino que la hacía visible en la oscuridad.

Gansey sabía que la familia de Henry se dedicaba a fabricar abejas robóticas, pero jamás habría imaginado algo como aquello. De hecho, estaba seguro de haber visto imágenes de abejas robóticas; y aunque lo que había visto eran aparatos muy sofisticados, alardes de la nanotecnología, no se parecían en nada a las abejas de verdad. En realidad, recordaban mucho más a helicópteros diminutos que a insectos vivientes. La abeja de Henry, sin embargo, mostraba una perfección imposible y sobrecogedora. A Gansey le recordaba tanto a los objetos soñados por Ronan que, una vez la idea entró en su cabeza, no pudo deshacerse de ella.

Henry sacó su teléfono del bolsillo y, con unos toques rápidos, hizo aparecer una pantalla irisada que resultaba tan extraña como la abeja.

—Mi roboBee interactúa con el Chengteléfono por medio de esta aplicación. Se maneja mediante la huella dactilar, así que, si apoyo aquí el índice y le digo lo que quiero que encuentre… ¡roboBee, busca un corte de pelo elegante! Mira, allá va.

Gansey se estremeció con violencia al notar que el insecto alzaba el vuelo emitiendo el mismo zumbido de antes. La criatura artificial se elevó un poco y se posó en su cabeza.

—¿Puedes quitármela de aquí? —preguntó, agarrotado; sentirla allí era aún peor que tenerla en la palma de la mano—. Resulta muy incómodo.

Henry volvió a apoyar el dedo en la pantalla. La abeja se elevó y zumbó hasta posarse en su hombro.

—Ahora no has hablado —se extrañó Gansey.

—No me hace falta; la aplicación lee mis pensamientos a través de la huella dactilar —explicó Henry. Aunque no llegó a levantar la mirada, Gansey se dio cuenta de que estaba atento a su reacción—. Solo tengo que pensar en lo que quiero que haga y… ¡Zum!, ella lo hace, gracias, abejita.

Estiró la mano y la abeja se posó en ella, semejante a una flor con voluntad propia. La luz del insecto se extinguió y Henry se lo guardó en un bolsillo.

Era un objeto imposible, y estaba claro que Henry esperaba que Gansey lo dijese. Por eso lo guardaba en secreto: porque no podía existir.

Gansey sintió que una red se estrechaba a su alrededor.

—Tus padres fabrican abejas robóticas —empezó a decir con cautela.

—Mi padre. Sí, a eso se dedica la empresa de mi padre —repuso Henry; estaba claro que ahí había algún detalle que le parecía importante, pero Gansey aún no sabía de qué se trataba.

—Y su empresa produce abejas como esta —dijo Gansey sin tratar de ocultar su escepticismo.

—Joven Gansey, creo que debemos decidir ya si confiamos el uno en el otro o no. Este es un momento clave en nuestra amistad incipiente.

Gansey reflexionó.

—Pero confiar en alguien no es lo mismo que hacerle confidencias —replicó al cabo de unos segundos.

Henry soltó una carcajada apreciativa.

—Cierto, cierto, pero yo ya he hecho las dos cosas. He guardado el secreto de lo que vi en el maletero de tu coche y el de las tejas que decidieron no caer sobre Adam Parrish: eso es confianza. Y te he mostrado mi roboBee, lo que viene a ser una confidencia.

Todo eso era verdad. Pero Gansey conocía mucha gente con secretos, la bastante para no acceder fácilmente a usarlos como moneda de cambio. Además, lo que pudiera contarle a Henry no solo afectaba a su vida y su seguridad, sino también a las de otras personas. Una fiesta de togas y un agujero en el suelo no justificaban un nivel de confianza tan alto.

—Los vendedores de coches suelen usar un truco psicológico —dijo—. Te sacan un refresco de la máquina del concesionario, y eso hace que te sientas obligado a comprarles cualquier cacharro.

—¿Me estás diciendo que tus secretos son un coche y los míos una lata de refresco? —replicó Henry, en un tono que apenas escondía una carcajada.

Ahora era el turno de Gansey para contener la risa.

—Esa abeja tuya no se creó en la fábrica de tu padre, ¿verdad?

—No.

Gansey suspiró: ya estaba cansado de dar rodeos.

—¿Qué quieres que diga? ¿Quieres oírme decir la palabra «magia»?

—Tú ya estás familiarizado con objetos mágicos como mi roboBee —repuso Henry—. No es el mismo tipo de magia que el que permitió a Adam Parrish desviar una tonelada de pizarra. ¿Dónde has visto magia como esa?

—Ese secreto no es mío.

—No te preocupes —dijo Henry—, te ahorraré el mal trago. Fue Declan Lynch quien le vendió a mi madre esa abeja y otra igual.

Aquello era tan inesperado que Gansey se alegró de estar en la oscuridad; de ese modo, Henry no podía ver su mueca de sorpresa.

Se esforzó por dar sentido a todo aquello. Declan… De modo que la abeja debía de ser obra de Niall. Si la madre de Henry era una de sus clientes, ¿significaba eso que Declan vendía objetos a más gente de Aglionby? No, Declan no podía ser tan necio.

—¿Cómo supo tu madre que podía comprarlas? ¿Se lo dijiste tú?

—Lo estás analizando al revés. No es que mi madre se enterase porque yo estoy aquí: es que yo estoy aquí porque ella sabía de estas cosas. ¿No te das cuenta? Yo soy su excusa. Mi madre viene a visitarme de vez en cuando, aprovecha para hacer tratos con Declan Lynch, vuelve a casa y nadie se entera de nada. ¡Ah, qué alivio! Llevaba dos años queriendo decir esto en voz alta. Los secretos se pudren si no les da el aire de vez en cuando.

—¿Tu madre te matriculó en Aglionby solo para que le sirvieras de coartada en sus negocios con Declan? —preguntó Gansey, atónito.

—Son artefactos mágicos, tío. Un negocio grande y terrorífico. Una buena forma de acabar con las dos piernas rotas… o muerto, como el bueno de Kavinsky.

Gansey ya no podía asimilar muchas más sorpresas.

—¿Tu madre estaba en tratos con Kavinsky?

—Qué va. Ese tipo solo vendía drogas, aunque, según mi madre, también eran mágicas. Vamos, Gansey, no disimules. Tú estuviste en la fiesta del cuatro de julio. Explícame qué eran esos dragones.

—No puedo hacerlo —replicó Gansey—. Y de todos modos, los dos lo sabemos ya.

—En efecto, lo sabemos —asintió Henry con tono satisfecho—. Una vez, Kavinsky estuvo a punto de cargarse a Cheng Dos por pura diversión. Ese tipo era lo peor.

Gansey se apoyó en la polvorienta pared.

—¿Te has mareado? ¿Estás bien? Creí que estábamos manteniendo una conversación relajada.

Sí que estaban manteniendo una conversación, pero era muy distinta de la que Gansey hubiera podido imaginar. A lo largo de su búsqueda de Glendower, había hablado con muchas personas inquietantes; los hitos de sus viajes no eran las ciudades o los países que había visitado, sino la gente y los fenómenos que había hallado en ellos. Sin embargo, había sido Gansey quien había querido encontrar a aquellos individuos, y no al revés. Hasta ese momento, no se había topado con nadie que se pareciese verdaderamente a él; y aunque Henry estaba lejos de ser su gemelo, era la persona más semejante a Gansey que este había conocido jamás.

No se había dado cuenta de la soledad que sentía hasta el momento de dudar de ella.

—¿Hay más personas mágicas en Aglionby? —preguntó.

—¿Además de las de tu pandilla? Que yo sepa, no. Llevo un año tratando de tomarte la medida.

—¿Para qué? Suelo llevar la talla XL.

—No me refiero a eso, bobo. Es una frase hecha: tomarte la medida, ver si eras un psicópata como Kavinsky o no. Tomarte la medida, ¿lo pillas? ¿Quién de nosotros dos tiene el inglés como lengua materna? Pista: no soy yo.

Gansey soltó una carcajada, seguida de otra y de otra más. Desde hacía unos días, estaba pasando por todo el rango de emociones que podía sentir un humano.

—No soy ningún psicópata —dijo al fin—. Solo soy un tipo que busca un rey. Has dicho que tu madre compró dos bichos de esos… ¿dónde está el segundo?

Henry se sacó el hermoso objeto del bolsillo, y su corazón ambarino volvió a emitir un brillo palpitante.

—En los laboratorios de mi padre, obviamente, donde los técnicos tratan de copiar sus partes no mágicas. Mi madre me dio este a mí para que no olvidara lo que soy.

—¿Y qué eres?

El resplandor de la abeja iluminaba tanto su propio cuerpo como el rostro de Henry: las alas translúcidas, las irónicas cejas del chico.

—Algo más.

Gansey lo miró con atención. En algún momento de su búsqueda había olvidado que el mundo estaba colmado de magia, que había muchísima magia fuera de la tumba de Glendower. Y ahora estaba sintiendo una parte.

—Antes de que nos hagamos amigos de verdad, debes saber esto —dijo Henry—. Mi madre comercia con magia. Me pidió que te observase para descubrir tus secretos. Ya no quiero utilizarte, pero al principio traté de hacerlo. Al comenzar este juego, no buscaba un amigo.

—¿Qué quieres que te diga?

—Por ahora, nada. Solo quiero que pienses en ello, y espero que al final decidas confiar en mí. Me sobran secretos y me faltan amigos, Gansey.

Henry sostuvo la abeja entre los dos, y Gansey entrevió sus facciones al otro lado de aquel cálido resplandor. Los ojos de Henry parecían tan feroces como llenos de vida.

—Ya es hora de salir de este agujero —susurró Henry lanzando la abeja al aire.



31

No existía en el mundo palabra alguna para medir el odio. Existían un sinnúmero de unidades de medida: toneladas, metros, años; voltios, nudos, vatios. Ronan podía describir la velocidad a la que avanzaba su coche. Podía especificar cuánto calor hacía ese día. Podía detallar el ritmo al que latía su corazón. Pero no tenía ninguna forma de expresar la cantidad exacta de odio que despertaba en su interior la Academia Aglionby.

Para ello habría necesitado una unidad de medida que expresara tanto el volumen como el peso de su odio, además de un componente de tiempo que recordase todos los días malgastados en el aprendizaje de una vida que no quería llevar. Ronan no creía que existiera ninguna palabra capaz de contener todos aquellos conceptos. «Todo», quizá. Ronan sentía todo el odio hacia la Academia Aglionby.

Y aún había quien lo llamaba saqueador… Era Aglionby la que robaba, la que saqueaba la vida de Ronan como si fuera un sueño.

Se había prometido a sí mismo que se permitiría dejar los estudios. Era el regalo que quería hacerse por su decimoctavo cumpleaños.

Y sin embargo, allí estaba.

Solo tenía que dejar de ir a clase; era así de sencillo. Si no creía que podía hacerlo, no lo haría.

Pero aún oía la voz de Gansey: «Quédate al menos hasta la graduación; solo son unos meses más. Seguro que puedes aguantar hasta entonces».

De modo que lo estaba intentando.

La jornada lectiva era una almohada sobre su cara que amenazaba con asfixiarlo antes de que sonara el timbre final. El único oxígeno disponible era la pálida franja de piel en la muñeca de Adam, donde solía estar su reloj, y los retazos de cielo entre clase y clase.

Cuatro horas más.

Declan no paraba de mandarle mensajes. «Cuando tengas un minuto, pégame un toque». Pero Ronan no pegaba toques a nadie. «Eh, sé que estás en el colegio, pero llámame entre clase y clase». Ahí Declan mentía; era su superpoder secreto. En realidad, no pensaba que Ronan estuviera en clase. «Oye, estoy en el pueblo y tengo que hablar contigo».

Este último sí que despertó la curiosidad de Ronan. Desde su graduación, Declan solía quedarse en Washington D. C., a dos horas de Henrietta, una distancia que, en opinión de Ronan, había hecho que su relación mejorase todo lo que podía mejorar. Solo regresaba al pueblo los domingos para asistir a misa con sus hermanos, gastando cuatro horas en un viaje de ida y vuelta que Matthew parecía dar por sentado y Ronan no terminaba de comprender. ¿No tendría Declan entretenimientos mejores que pasar medio día de sus fines de semana en una ciudad que detestaba, junto a una familia de la que jamás había querido formar parte?

Ronan estaba harto de aquello. Era como si no hubiera avanzado nada durante el verano: seguía en Aglionby, sus sueños aún eran terroríficos, su hermano era tan pesado como siempre.

Tres horas más.

—Lynch —lo saludó Jiang al cruzarse con él en el comedor—. Te daba por muerto.

Ronan le respondió con una mirada de indiferencia. No quería volver a ver la cara de Jiang si no era tras el volante de un coche.

Dos horas más.

Declan llamó durante una charla de un profesor invitado. El teléfono, que tenía el sonido desactivado, vibró para sí. Fuera, el cielo mostraba los desgarrones de las nubes; Ronan ansiaba estar bajo él. Su especie moría en cautividad.

Una hora más.

—Antes pensé que estaba sufriendo una alucinación —comentó Adam junto a su casillero, levantando el tono para hacerse oír sobre los altavoces—. ¡Ronan Lynch en los pasillos de Aglionby!

Ronan cerró de golpe su casillero. No había metido nada en él, de forma que no tenía ningún motivo para abrirlo ni para cerrarlo; pero le gustaban los ecos que producía el golpe metálico en los corredores, la forma en que ahogaban el ruido de los altavoces. Volvió a hacerlo.

—¿Lo dices en serio, Parrish?

Adam, sin molestarse en contestar, dejó tres libros en el casillero y sacó una sudadera con capucha.

Ronan se aflojó la corbata de un tirón.

—¿Vas a trabajar después de clase?

—Junto a un soñador —respondió Adam sosteniéndole la mirada.

La jornada de Ronan acababa de mejorar considerablemente.

Adam cerró su casillero con suavidad.

—Terminaré a las cuatro y media. Si te viene bien, podemos improvisar alguna reparación en el bosque de tus sueños. A no ser que prefieras estudiar, claro.

—Serás imbécil… —susurró Ronan.

Adam esbozó una sonrisa jovial. Ronan habría estado dispuesto a comenzar guerras y quemar ciudades por una sola de aquellas sonrisas alegres y fáciles.

Sin embargo, su ataque de buen humor solo duró hasta que descendió la escalinata de la puerta principal, salió a la calle y vio el automóvil de Declan estacionado en el arcén. El propio Declan, de pie en la acera, hablaba con Gansey. Este tenía los codos de la camisa marrones de tierra, y Ronan, intrigado, se preguntó cómo habría logrado mancharse tanto durante las clases. Declan llevaba un traje de chaqueta, pero eso resultaba natural en él; para él, ir de traje era como para otras personas ir en pijama.

No existía ninguna palabra para medir lo mucho que Ronan detestaba a su hermano mayor, y viceversa. Ninguna unidad de medida podía contener una emoción compuesta a partes iguales de odio y traición, prejuicios y costumbre.

Las manos de Ronan se cerraron hasta formar dos puños.

La ventanilla trasera del coche se abrió. Al otro lado aparecieron los rizos dorados y la sonrisa patológicamente radiante de Matthew, que saludó a Ronan con un aspaviento.

Hacía meses que los tres no coincidían en un lugar que no fuera el interior de la iglesia.

—Ronan —dijo Declan.

Aquella simple palabra estaba cargada de significado: «Veo que acabas de salir de clase, y ya llevas el uniforme completamente arrugado. Me lo esperaba».

—¿Puedes venir un momento a mi despacho? —añadió Declan señalando su coche.

Ronan no quería ir ni siquiera un momento a su despacho. Quería dejar de sentirse como si hubiera bebido un trago de ácido de batería.

—¿Qué necesitas de Ronan? —preguntó Gansey.

Su «Ronan» también llevaba preguntas implícitas: «¿Habíais quedado en veros, qué ocurre, necesitas que intervenga?».

—Nada, solo quiero mantener una pequeña charla de familia —respondió Declan.

Ronan le pidió auxilio a Gansey con la mirada.

—Y esa charla de familia, ¿podría tener lugar de camino a Fox Way? —dijo Gansey, tan cortés como seguro de sí—. Porque Ronan y yo habíamos quedado en ir allí juntos.

En un día normal, Declan había reculado a la primera sugerencia de Gansey. Ahora, sin embargo, se mantuvo firme:

—Tranquilo, puedo dejarle allí cuando acabemos. Solo nos llevará unos minutos.

—¡Ronan! —exclamó Matthew sacando el brazo por la ventanilla. Aquella exclamación entusiasta era, en realidad, su versión particular de un «por favor».

Estaba atrapado.

—*Miseria fortes viros,* Ronan —dijo Adam a su espalda.

Cuando pronunció la palabra «Ronan», en ella no había más significado que ese: Ronan.

—Serás imbécil… —volvió a decir Ronan, sintiéndose bastante mejor.

Se metió en el coche.

Una vez estuvieron los tres en el vehículo, Declan arrancó y avanzó unos metros hasta detenerse en el lado opuesto del estacionamiento, lejos de la trayectoria de los coches y los autobuses que salían. Se reclinó en el asiento y clavó la mirada en Aglionby. En aquel momento, no se parecía nada a su madre y solo un poco a su padre. Sus ojos estaban hinchados por la fatiga.

Matthew estaba concentrado en un juego de móvil, con la boca curvada en una sonrisa ausente.

—Tenemos que hablar de tu futuro —comenzó Declan.

—No —replicó Ronan—. No tenemos por qué hacerlo.

Había abierto la puerta y ya tenía un pie fuera. Las hojas secas crujieron bajo la suela de su zapato.

—¡Espera, Ronan!

Ronan no quería esperar.

—¡Ronan! Antes de morir, durante un viaje que hicimos juntos, papá me contó una historia que hablaba de ti.

Aquello era injusto.

Era injusto porque nada más podría haber evitado que Ronan se marchase en ese mismo momento.

Era injusto porque Declan era consciente de ello y también sabía que Ronan querría marcharse, de modo que se había guardado el as en la manga: una exquisita golosina proveniente de una despensa ya casi vacía.

Los pies de Ronan parecían fundidos con el asfalto. La electricidad de la atmósfera crepitaba bajo su piel. No sabía si estaba más furioso con la habilidad de su hermano para estrechar el lazo en torno a su cuello, o consigo mismo por no saber esquivarlo.

—De mí —repitió al fin, procurando no expresar ninguna emoción con su voz.

Su hermano se limitó a esperar sin decir nada.

Ronan volvió a meterse en el coche y dio un portazo. Abrió la puerta de nuevo y la cerró con violencia. La abrió y la cerró de golpe por tercera vez; luego, empotró la nuca en el reposacabezas y observó las turbulentas nubes que se asomaban por el parabrisas.

—¿Ya has acabado? —preguntó Declan.

Ronan miró de reojo a Matthew: su hermano menor seguía jugando tranquilamente con el teléfono.

—Acabé hace meses —repuso—. Mira, si vas a contarme una mentira…

—He estado demasiado enfadado para decírtelo hasta ahora —le cortó Declan, y luego, en un tono mucho más apacible, añadió—: ¿Vas a escuchar tranquilo?

Aquello también era un truco injusto, porque esas eran las mismas palabras que su padre decía cada vez que se disponía a contarles una historia. Ronan ya estaba dispuesto a escuchar, pero esa frase le hizo apoyar la sien en la ventanilla y cerrar los ojos.

Por mucho que se diferenciaran Declan y su padre, en algo se parecían: los dos eran excelentes narradores. Al fin y al cabo, las historias y las mentiras eran cosas muy semejantes, y Declan era un gran mentiroso. Comenzó:

—Hace muchos años existió en Irlanda un héroe, allá en los tiempos en que Irlanda no estaba compuesta de gente y ciudades, sino de tierras rodeadas de mar y de magia. El héroe tenía un nombre, pero no voy a revelártelo hasta el final. Era un semidiós terrorífico, sabio e impetuoso. La historia, en realidad, trata de una lanza que poseía, un arma sedienta de sangre y de nada más. Quien la blandiera sería el amo del campo de batalla, pues no había nada que pudiera resistir su magia asesina. Las ansias

de muerte de aquel arma eran tan grandes que, para que dejase de matar, había que cubrirla de modo que quedase cegada. Solo así se detenía.

Declan hizo una pausa y suspiró, como si la historia le pesara físicamente y necesitase descansar para recobrar el aliento. A Ronan no le extrañó; también le pesaba a él revivir aquel ritual. Su mente estaba llena de una maraña de imágenes entrecortadas: su padre sentado a los pies de la cama de Matthew, los tres hermanos amontonados en la cabecera, su madre arrellanada en aquella raída silla giratoria que nadie más usaba… A Aurora también le encantaban aquellos cuentos, especialmente los que hablaban de ella.

En el techo del automóvil sonó un repiqueteo leve, como si alguien tamborileara con las uñas. Un segundo más tarde, una bandada de hojas secas resbaló por el parabrisas. A Ronan le vinieron a la mente las garras de su horror nocturno. ¿Estaría la criatura ya de vuelta en Los Graneros?

—Cuando el héroe destapaba la lanza —prosiguió Declan—, daba igual quién estuviera a su lado; ya fueran su amada o sus familiares, la lanza acabaría con ellos de todos modos. Era un arma que solo servía para matar, y eso era lo que hacía.

Matthew, atento al fin, soltó un exagerado jadeo de horror. Ronan se dio cuenta de que su hermano trataba de despejar la tensión; al igual que Sierra, no soportaba verlo angustiado.

—Era un arma muy bella, creada para la guerra y para nada más —continuó el hermano mayor—. El héroe, que solo quería defender su isla, intentó usarla para hacer el bien. Pero la lanza atravesaba por igual a amigos y a enemigos, a malvados y a amantes, hasta que el héroe se dio cuenta de su limitación y decidió apartarla del mundo.

Ronan tiró con rabia de sus pulseras de cuero. Aquello le resultaba demasiado cercano al sueño que había tenido unos días atrás.

—¿No habías dicho que la historia trataba de mí?

—Al final, papá me dijo que la lanza era él —Declan se giró hacia Ronan—. Y luego me pidió que te dijese esto: Ronan es el nombre del héroe, no el de otra lanza.

Sus palabras quedaron suspendidas entre los tres.

Desde fuera, los hermanos Lynch parecían muy distintos: Declan, un aspirante a político elegante y diestro; Ronan, un toro en una cacharrería: Matthew, un chiquillo radiante.

Por dentro, los hermanos Lynch resultaban muy semejantes: los tres amaban sobre todas las cosas a los coches, a sí mismos y a sus hermanos.

—Sé que tú eres un soñador, como lo era él —añadió Declan en un susurro—. Sé que eres muy bueno. Sé que no serviría de nada pedirte que lo dejes. Pero papá no quería que te quedaras solo, igual que se quedó él al final.

Ronan retorció las pulseras, apretándolas más y más alrededor de la muñeca.

—Ah, ya lo entiendo —dijo Matthew de pronto, soltando una risa suave ante su propia ingenuidad—. Qué tonto…

—Me he enterado de que va a pasar algo gordo aquí, en Henrietta —dijo Declan.

—¿Quién? —preguntó Ronan.

—¿Cómo que quién?

—¿Quién te lo ha dicho?

Declan le lanzó una mirada espesa.

—¿Cómo contactó contigo? —insistió Ronan.

—¿De verdad pensabas que papá llevaba su negocio él solo?

Eso era exactamente lo que Ronan pensaba hasta ese momento, pero prefirió no contestar.

—¿Por qué crees que me mudé a Washington D. C.? —preguntó Declan.

Ronan siempre había creído que era porque quería meterse en política. Claramente, aquella no era la respuesta adecuada, de modo que tampoco contestó a esto.

—Matthew, ponte los auriculares —indicó Declan.

—No los he traído.

—Bueno, pues imagina que los llevas puestos —repuso Ronan mientras encendía la radio.

—Quiero que me des una respuesta clara —le exigió Declan—. ¿Tienes intención de ir a la universidad?

—No.

A Ronan le resultó tan satisfactorio como terrible decirlo al fin en voz alta: fue como apretar un gatillo y escuchar la detonación una fracción de segundo después. A punto estuvo de mirar alrededor para comprobar si había algún muerto.

Declan se estremeció; la bala le había rozado algún órgano vital. Respiró hondo, controlando el alcance de la herida.

—Ya. Me lo figuraba. De modo que piensas dedicarte profesionalmente a soñar, ¿no?

En realidad, no era eso lo que Ronan pretendía. Aunque sí quería ser libre para soñar y para vivir en Los Graneros, no quería tener que soñar para poder vivir allí. Lo que quería era que lo dejaran tranquilo para reparar los edificios, recuperar el ganado aletargado que había soñado su padre, llenar los campos de más animales que pudiera comerse y vender, y convertir el campo trasero de la finca en un enorme barrizal por el que pudiera conducir en círculos a toda velocidad. Para Ronan aquello era un ideal romántico, y estaba dispuesto a poner mucho de su parte para alcanzarlo. Dado que

no sabía cómo decir todo aquello a su hermano de forma persuasiva y razonable, adoptó su tono desagradable de costumbre:

—En realidad, estaba pensando dedicarme a la agricultura.

—No me jodas, Ronan —estalló Declan—. ¿Podrías hablar en serio por una vez en tu vida?

Ronan levantó el dedo corazón con una facilidad nacida de la práctica.

—Tú verás —suspiró Declan—. Bueno, a lo que iba: tal vez no te parezca que las cosas están tensas en Henrietta, pero eso se debe a que he trabajado mucho para alejar los problemas del pueblo. Llevo una temporada comerciando con los objetos de papá, y le he dicho a todo el mundo que mi base está en Washington.

—Papá ya no puede soñar nada. ¿Qué has estado vendiendo?

—Los graneros de la finca están llenos de cosas; solo he tenido que racionar los objetos antiguos para que no pareciera que los estaba sacando del desván. Por eso papá viajaba tanto: para que sus clientes creyeran que los objetos provenían de todo el mundo.

—¿Por qué te empeñas en seguir vendiendo?

Declan acarició el volante con una mano.

—Papá no solo cavó su propia tumba: también cavó la nuestra. Prometió a mucha gente objetos con los que ni siquiera había soñado aún. Cerró tratos con personas que no siempre estaban dispuestas a pagar de buen grado, y que saben dónde vivimos. Hizo creer a todos que había encontrado un artefacto, el Greywaren, que permitía sacar cosas de los sueños. ¿Te suena? Cuando los compradores acudieron, se dedicó a endosarles otras cosas. El Greywaren se convirtió en algo legendario. Y luego, cómo no, nuestro padre enfrentó a unos compradores con otros, se la jugó con el psicópata de Greenmantle y acabó muerto. De modo que aquí estamos.

Hacía unos meses, una parrafada como aquella habría supuesto el inicio de una discusión encarnizada; ahora, sin embargo, la angustia que permeaba la voz de Declan era mayor que la ira de Ronan. Este reflexionó: podía contraponer las afirmaciones de su hermano con lo que sabía de su padre o con lo que sabía del propio Declan.

Aquello no le gustaba. Lo creía, pero no le gustaba. Habría sido mucho más fácil discutir.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

Declan cerró los ojos.

—Traté de hacerlo.

—Y una mierda.

—Traté de hacerte ver que nuestro padre no era como tú pensabas.

Eso, sin embargo, no era del todo cierto. Niall Lynch había sido exactamente como Ronan pensaba, pero también había sido el canalla que Declan había conocido.

Las dos versiones no eran excluyentes.

—Me refería a por qué no me dijiste que nos enfrentábamos a todas esas personas.

Declan abrió los párpados. Sus ojos eran de un azul vibrante, como los de sus dos hermanos.

—Quería protegerte, so idiota.

—Pues te habría resultado mucho más fácil si me hubieras contado lo que pasaba, joder —replicó Ronan—. De este modo, Adam y yo tuvimos que librarnos de Greenmantle por nuestros propios medios, mientras tú andabas por ahí jugando a las conspiraciones.

Su hermano le lanzó una mirada apreciativa.

—¿Fuisteis vosotros? ¿Y cómo…? Ah.

Ronan disfrutó de la admiración tácita de su hermano durante unos segundos.

—Ese Parrish siempre ha sido un mierdecilla muy listo —dijo Declan al fin, sonando como su padre a pesar de todos sus esfuerzos—. En fin, así es la cosa: esta mañana, un cliente habitual me llamó y me dijo que, según se dice, alguien va a subastar algo grande en Henrietta. Sea lo que sea, va a acudir gente de todo el mundo. No creo que les cueste mucho localizaros a Matthew y a ti, y encontrar Los Graneros y el bosque ese.

—¿Y quién es esa persona que va a subastar algo?

—Ni lo sé ni me importa. Eso es irrelevante, ¿no lo ves? Cuando ese negocio termine, los coleccionistas seguirán viniendo, porque Henrietta es como un faro sobrenatural gigantesco y porque ni siquiera sé qué más líos nos habrá dejado papá en herencia. Y si averiguan que eres capaz de soñar… que Dios te ayude. Yo solo quiero… —Declan cerró los ojos de nuevo, y en ese instante, Ronan vio al hermano con el que había pasado la infancia y no al hermano del que se había alejado en la adolescencia—. Estoy cansado, Ronan.

El silencio se adueñó del coche por unos segundos.

—Por favor… —comenzó a decir Declan—. Vente conmigo, ¿quieres? Puedes dejar Aglionby, y Matthew puede cambiarse a un colegio de Washington D. C. Rociamos de gasolina todo lo que construyó papá y dejamos Los Graneros atrás. Tenemos que marcharnos, Ronan.

Ronan se quedó sin palabras; aquello no se asemejaba en nada a lo que esperaba oír decir a su hermano. Dejar Aglionby, abandonar Henrietta… Dejar a Adam, abandonar a Gansey…

Hacía años, cuando Ronan era tan pequeño que aún asistía a la escuela dominical, se había despertado una mañana con una espada flamígera —una auténtica espada de fuego— entre las manos. Su pijama, cuyo tejido cumplía con unas normas de

seguridad que hasta aquel momento parecían irrelevantes, se había derretido en vez de prenderse, salvándole la vida; pero el edredón y la mayor parte de las cortinas habían quedado destruidos en aquel pequeño infierno. Había sido Declan quien sacó a Ronan de su cuarto y despertó a sus padres. Después de hacerlo no había vuelto a mencionarlo jamás, y Ronan tampoco le había dado las gracias.

Cuando llegaba la hora de la verdad, no había elección: los hermanos Lynch harían cualquier cosa por salvar la vida de los otros dos, si era necesario.

—Llévate a Matthew —dijo Ronan.

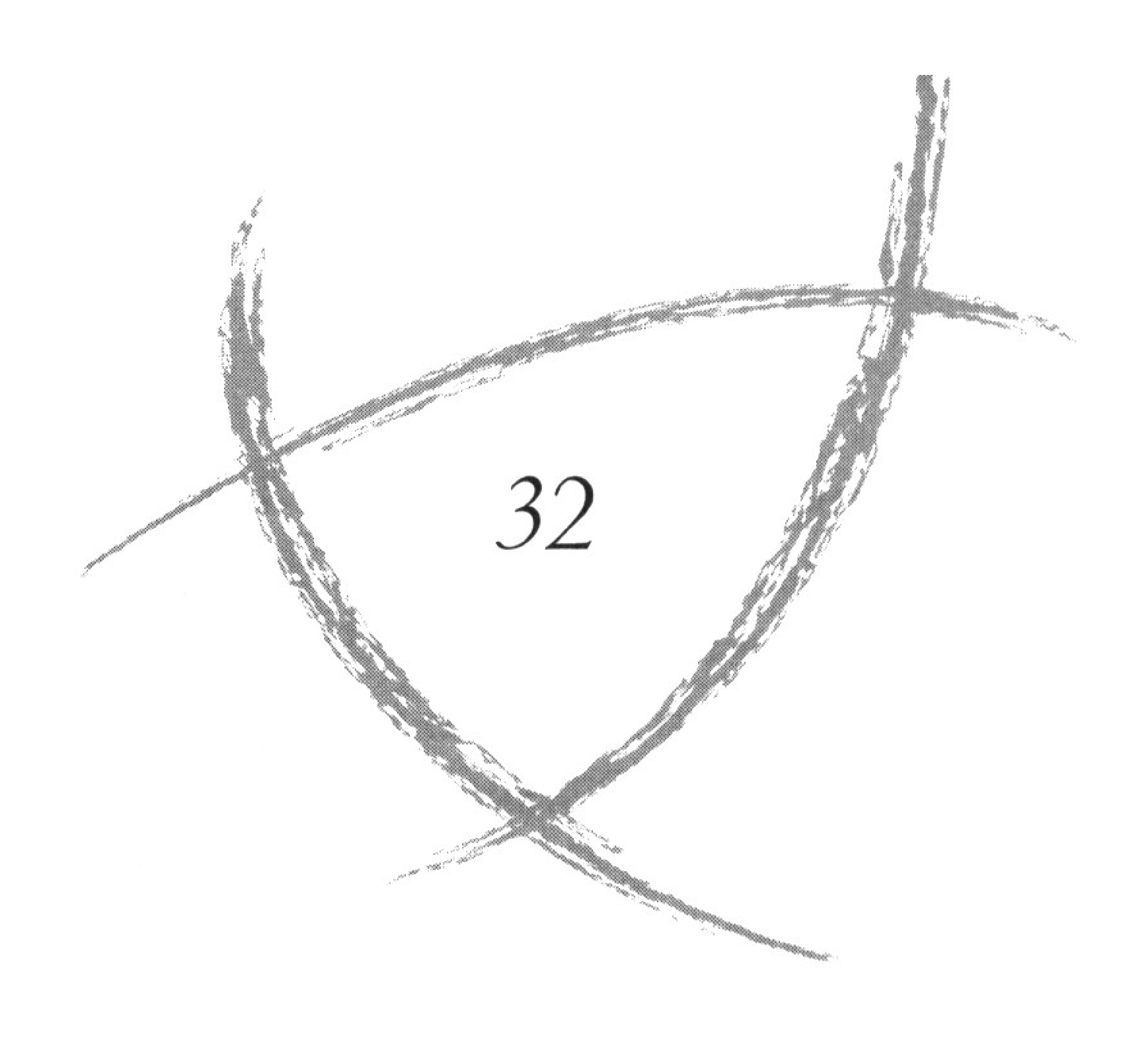
—¿Qué?

—Llévatelo a Washington; allí estará seguro.

—¿Y tú?

Los dos se miraron como dos reflejos distorsionados.

—Este es mi hogar —afirmó Ronan.



Aquel día borrascoso era el reflejo perfecto del alma de Blue Sargent. El primer día de clase tras la expulsión se le había hecho interminable. En parte se debía a que el tiempo que había pasado alejada del instituto había sido extraordinario, lo más opuesto que pudiera imaginarse a la rutina del instituto Mountain View. Pero la mayor parte de esa sensación provenía de lo menos mágico que había hecho durante su día libre: la fiesta de Henry Cheng. El encanto de esa experiencia era aún más impresionante por el hecho de que no hubiera contenido magia alguna. Además, la conexión instantánea que había sentido hacia los chicos de la casa cobraba aún mayor relieve al comprobar que no había sentido nada parecido en todos sus años en el instituto. ¿Por qué se había sentido tan cómoda junto a la tropa de Vancouver? ¿Y por qué solo le pasaban esas cosas con personas tan ajenas a su mundo?

En realidad, Blue conocía la respuesta a esas preguntas: si había conectado con los chicos de Vancouver era porque tenían los ojos puestos en las estrellas, no en el cielo. No lo sabían todo, pero aspiraban a saberlo. En un mundo diferente, Blue podría haber sido amiga de personas como Henry durante toda su adolescencia. En el mundo real, tendría que quedarse en Henrietta viendo cómo aquel tipo de personas se marchaban. Blue nunca iría a Venezuela.

Se volvía loca de frustración al pensar que su vida estaba tan delimitada.

Había cosas que no le bastaban, pero que podía tener.

Y cosas que eran algo más, pero a las que no podía optar.

De modo que allí estaba: tiesa como una viejecita gruñona, envuelta en una enorme sudadera con capucha que había recortado para convertirla en un vestido, esperando a que los autobuses arrancaran para poder sacar su bici de una vez. Deseó haber llevado consigo un teléfono o una biblia, algo con lo que aparentar que estaba tan atareada como la fila de adolescentes tímidos que aguardaban delante de ella. Cuatro compañeros de clase estaban peligrosamente cerca, discutiendo sobre la escena del robo en aquella peli que todo el mundo había visto. Blue se encogió, temiendo que le preguntaran su opinión. Aunque se daba cuenta de que no había nada reprochable en hablar de aquel tema, también se daba cuenta de que cualquier comentario por su parte la haría sonar como una niña mimada y condescendiente. Le daba la impresión de que tenía mil años de edad. Al mismo tiempo, también le daba la impresión de que tal vez fuera una niña mimada y condescendiente. Quería recuperar de una vez su bici. Quería estar con sus amigos, que tenían mil años como ella y también eran unos mimados condescendientes. Quería, de hecho, vivir en un mundo poblado por mimados condescendientes de mil años de edad.

Quería viajar a Venezuela.

—¡Oiga usted, señorita! ¿Quiere vivir la experiencia de su vida?

Blue no cayó de inmediato en que aquellas palabras iban dirigidas a ella; solo se dio cuenta al ver que la gente de alrededor la miraba. Se dio la vuelta lentamente y descubrió un coche muy plateado y muy lujoso.

Blue había logrado disimular durante meses que se juntaba con los chicos de Aglionby, a pesar de que ya no hacía otra cosa. Pero ahora, ante ella estaba el chico del cuervo con más aspecto de chico del cuervo que imaginarse pudiera. Aquel muchacho llevaba un reloj que hubiera resultado llamativo incluso en la muñeca de Gansey. Su pelo estaba tan cuidadosamente erizado que rozaba el techo del coche. Llevaba unas enormes gafas de sol con montura negra, a pesar de que el sol brillaba por su ausencia. Aquel muchacho, en suma, era Henry Cheng.

—Toma ya —exclamó con ironía Burton, uno de los que habían estado conversando sobre la escena del robo—. De modo que la señora De Qué Vas tiene

una cita… ¿Es ese el tipo que te ha puesto el ojo morado?

Cody, el segundo contertulio, se acercó a la calzada para examinar el Fisker con reverencia.

—¿Es un Ferrari? —le preguntó a Henry.

—Qué va, tío: es un Bugatti… No, hombre, estoy de broma. Es un Ferrari de arriba abajo. ¡Eh, Sargent, no me tengas aquí esperando!

Blue notaba los ojos de la mitad de sus compañeros clavados en ella. Hasta entonces, nunca se le había ocurrido calcular la cantidad de comentarios críticos que había vertido en su vida acerca del consumismo irresponsable, los novios maleducados y los chicos de Aglionby. Pero ahora que todo el mundo miraba alternativamente a Henry y a ella, apiló en su mente todos los comentarios y se dio cuenta de que formaban un montón colosal. Luego, también mentalmente, vio cómo sus compañeros se acercaban a aquel montón y le pegaban una etiqueta en la que ponía: «BLUE SARGENT ES UNA HIPÓCRITA».

No se le ocurría ninguna manera de mostrar públicamente que Henry no era su novio. De todas formas, era algo irrelevante, en vista de que su novio secreto era un ejemplar de chico Aglionby casi tan representativo como el que había delante de ella.

Empezó a invadirla la desagradable certeza de que la más indicada para escribir la etiqueta de «BLUE SARGENT ES UNA HIPÓCRITA» era ella misma.

—¡No te líes con él aquí, Sargent! —gritó alguien—. ¡Que te invite a cenar un chuletón primero!

En el rostro de Henry apareció una sonrisa resplandeciente.

—Dios mío, los nativos andan inquietos… ¡Calmaos, buena gente! ¡Enseguida os subiré el salario mínimo a todos! —miró a Blue, o al menos volvió hacia ella sus gafas de sol, y añadió—: Buenas, Sargent.

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —masculló ella. Sentía… no sabía ni lo que sentía, pero era algo verdaderamente intenso.

—He venido para hablar de los hombres de tu vida. Y de los hombres de la mía, claro. Por cierto, bonito vestido; es muy chic bohemio, o como quieras llamarlo. Iba de camino a casa y se me ocurrió pasarme por aquí para preguntarte si te lo habías pasado bien en mi fiesta y asegurarme de que sigue en pie lo de Zimbabwe. Veo que has intentado arrancarte el ojo; resulta muy moderno.

—Pensaba que… Yo… ¿No era Venezuela?

—Ah, cierto. Bueno, iremos allí por el camino.

—Dios… —se desesperó Blue.

Henry inclinó la cabeza como si agradeciera humildemente el apelativo.

—El día de nuestra graduación se cierne sobre nosotras, mi querida dama pueblerina —dijo—. Es el momento de comprobar que tenemos sujetos los cordeles

de todos los globos que queremos conservar, antes de que se alejen.

Blue le dirigió una mirada calculadora. Para ella, lo más fácil habría sido contestar que no iba a flotar a ninguna parte; que su globo perdería lentamente el helio hasta caer en el mismo sitio en el que se había hinchado. Sin embargo, el recuerdo de las predicciones de su madre hizo que se callara. En vez de hablar, pensó en lo mucho que le apetecía ir a Venezuela y en que Henry Cheng también quería ir, y en que aquello significaba algo en aquel momento, aunque tal vez ya no significara nada a la semana siguiente.

De pronto, una idea la inquietó.

—Eres consciente de que estoy con Gansey, ¿verdad?

—Por supuesto. En cualquier caso, soy Henrysexual. ¿Te llevo a casa?

«No te mezcles con los chicos de Aglionby: son todos unos cabrones».

—No puedo subirme en tu automóvil, Henry. ¿Ves lo que está pasando detrás de mí? Yo ni siquiera me atrevo a mirar.

—¿Y si me haces un corte de mangas y me pegas un par de gritos y te retiras con tus principios intactos? —propuso Henry.

Le dirigió una sonrisa confiada a Blue, levantó tres dedos e inició una cuenta atrás doblando primero el dedo corazón.

—Esto es lo más gratuito que he hecho en mi vida —gruñó Blue, pero no pudo evitar sonreír.

—La vida es un espectáculo —replicó Henry.

Bajó el único dedo que conservaba rígido —el anular—, y en su rostro apareció una mueca escandalizada.

—¡Muérete, capullo! —berreó Blue.

—¡DE ACUERDO! —gritó él exagerando un poquito de más.

Arrancó, aceleró para salir quemando rueda, se detuvo un segundo para quitar el freno de mano y luego se alejó a velocidad normal.

Blue ni siquiera había tenido tiempo de girarse para ver el efecto de aquel sainete en tres actos cuando oyó un rugido familiar.

«No, por favor…», rogó para sus adentros.

Pero sus súplicas no fueron atendidas: antes de que pudiera recobrarse de la escena, un Camaro de color naranja vivo se detuvo delante de ella. El ruido del motor era un poco entrecortado; aquel vehículo no se sentía tan feliz de estar vivo como el que había ocupado su lugar un momento antes, pero hacía lo que podía. En lo que sí que igualaba al anterior era en la inconfundible aura Aglionby que rodeaba tanto al coche como a su conductor.

Si hacía un momento Blue había notado que la miraban la mitad de sus compañeros, ahora sintió que todas las miradas se clavaban en ella.

Gansey se inclinó sobre el asiento del copiloto. A diferencia de Henry, parecía incómodo ante el escrutinio de los compañeros de Blue.

—Jane, siento haber venido, pero esto no podía esperar. Ronan acaba de llamarme.

—¿Que Ronan te ha llamado?

—Sí. Quiere vernos. ¿Puedes venir?

A Blue ya no le cabía ninguna duda: el letrero de «BLUE SARGENT ES UNA HIPÓCRITA» estaba escrito de su puño y letra. Tenía que encontrar el momento adecuado para hacer un examen de conciencia.

A su alrededor reinaba un silencio solo interrumpido por algunos murmullos.

El examen de conciencia acababa de comenzar.

—Malditos chicos del cuervo —masculló mientras entraba en el coche.



33

Ninguno de ellos acababa de creerse que Ronan hubiera usado el teléfono.

Ronan Lynch poseía muchos hábitos que irritaban a sus amigos y seres queridos (decir tacos, beber alcohol, participar en carreras clandestinas…), pero el que más molestaba a todo el mundo era su aparente incapacidad para contestar a las llamadas y los mensajes que recibía. Cuando Adam lo conoció, se sorprendió tanto por la aversión de Ronan al teléfono que la achacó a algún trauma; algo debía explicar que, incluso en mitad de una emergencia, la respuesta automática de Ronan al recibir una llamada fuera entregar el teléfono a quien tuviera al lado. Ahora que lo conocía mejor, se daba cuenta de que aquello tenía más que ver con la imposibilidad de gesticular por teléfono. Ronan transmitía el noventa por ciento de sus sentimientos mediante el lenguaje corporal, y los teléfonos no estaban a la altura de sus circunstancias.

Y sin embargo, ahora lo había usado. Mientras esperaba a que Declan terminase de hablar con Ronan, Adam había ido a Boyd's para ir adelantando algún cambio de aceite. Llevaba un par de horas trabajando cuando Ronan lo había llamado. Luego,

Ronan había enviado un mensaje a Gansey y había telefoneado a Fox Way. En todas las ocasiones había dicho lo mismo: «Venid a Los Graneros. Tenemos que hablar».

Y dado que Ronan jamás los había llamado por teléfono, todos dejaron lo que tenían entre manos y acudieron.

Para cuando Adam llegó a Los Graneros, los demás ya estaban allí; al menos el Camaro estaba aparcado, y Adam supuso que, ahora que todo estaba claro entre ellos, Gansey habría llevado a Blue. El BMW de Ronan estaba en diagonal, con las ruedas medio enterradas como si hubiera patinado antes de detenerse. Y, para asombro de Adam, el Volvo de Declan también estaba allí, aparcado junto a la salida como si no viera el momento de marcharse.

Adam salió de su coche.

Los Graneros siempre ejercían un efecto extraño en él. En sus primeras visitas no había sabido identificar lo que sentía, porque no acababa de creer en las dos cosas de las que estaban hechos Los Graneros: magia y amor. Ahora que estaba algo familiarizado con ambas, aquel lugar le afectaba de manera diferente. Al principio se preguntaba cómo habría sido él mismo de haberse criado en un sitio así. Ahora pensaba que, si quisiera, algún día podría vivir en un sitio así. Adam no acababa de comprender qué había cambiado en él.

Una vez dentro, encontró a los demás en plena fiesta. Vio la barbacoa humeante en el jardín trasero, los pasteles que había en la cocina y los globos inflados que vagaban por el salón, y recordó que era el cumpleaños de Ronan. Blue, sentada en el suelo de la cocina, ataba cordeles a los globos, con el ojo malo casi cerrado; Declan y Gansey, apoyados en la encimera, hablaban en voz baja, con un gesto serio que los hacía parecer mayores de lo que eran. Ronan y Matthew entraron por la puerta trasera, amontonados y bromeando, imposiblemente físicos. ¿Sería eso tener hermanos?

Ronan alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Adam.

—Descálzate antes de entrar, tarugo —dijo.

Adam se agachó y empezó a desatarse los cordones.

—No, tú no; me refería a Matthew —exclamó Ronan.

Le sostuvo la mirada una fracción de segundo y luego se giró para comprobar si su hermano se quitaba los zapatos. Adam observó cómo Matthew, ya en calcetines, patinaba hacia la sala de estar, y lo comprendió de pronto: en realidad, aquella fiesta era para Matthew.

Blue se puso en pie, se acercó a él y le dijo en voz baja:

—Matthew va a irse a vivir con Declan. Se marcha de Aglionby.

Adam asintió, viéndolo todo más claro. Era una fiesta de despedida.

Lentamente, a lo largo de la hora siguiente, la historia fue tomando forma a medida que los demás le iban revelando los detalles. A grandes rasgos, se trataba de lo

siguiente: Los Graneros iban a cambiar de manos por medio de una revolución pacífica, en la que la corona pasaría del padre al hijo mediano tras la abdicación del primogénito. Y a juzgar por lo que Declan decía, al otro lado de la frontera acechaban varias dinastías rivales.

Aquello era una mezcla de celebración de despedida y consejo de guerra.

Adam no salía de su asombro; no recordaba haber visto jamás a Ronan y a Declan juntos y en paz. Sin embargo, era cierto que los tres hermanos mostraban facetas distintas de las que Adam conocía: Declan, aliviado y exhausto; Ronan, intenso y cargado de propósito y alegría; Matthew, inmutable y radiante como el sueño feliz que era.

Algo en todo aquello desequilibraba a Adam. No acababa de entenderlo. Captó un aroma a boj que entraba por la ventana de la cocina y se recordó en trance dentro del coche de Ronan. Descubrió a la niña huérfana escondida con Sierra bajo la mesa del comedor, rodeadas de piezas de mecano, y revivió la impresión de descubrir que Ronan había soñado a Cabeswater. Adam había entrado en el sueño de Ronan Lynch; Ronan había rehecho aquel reino para darle la forma de su imaginación.

—¿Por qué no está aquí? —oyó que decía un exasperado Ronan desde la cocina.

Matthew carraspeó por toda respuesta.

Unos segundos más tarde, Ronan apoyó las manos en las jambas de la puerta y se asomó al comedor.

—Parrish… Parrish, ¿podrías mirar a ver si encuentras un maldito rollo de papel de aluminio por alguna parte? Puede que esté en la habitación de Matthew.

Adam no recordaba cómo ir al cuarto de Matthew, pero se alegró de tener una excusa para vagar por la casa. Dejando atrás el murmullo de la charla en la cocina, se adentró por corredores y escaleras casi ocultas que daban paso a más corredores angostos y más escaleras estrechas. En el piso de abajo, Ronan dijo algo que debía de ser escandaloso, porque Matthew lo acogió con un aullido de risa. Para sorpresa de Adam, Ronan se echó a reír también con carcajadas genuinas, alegres, inconscientes.

Sus pasos lo habían llevado a un dormitorio que debía de haber pertenecido a Niall y Aurora. La luz entraba a raudales por la ventana y se derramaba tierna y somnolienta por la colcha. «Aléjate, oh, niño humano», decía una cita enmarcada al lado de la cama. Sobre el tocador, una fotografía mostraba a Aurora —con la boca abierta en una sonrisa cándida y sorprendida, muy parecida a Matthew— y a Niall —abrazando a su mujer, sonriente, afilado y bien parecido, con el pelo oscuro recogido detrás de las orejas y con el mismo rostro que Ronan.

Adam se quedó largo rato contemplando la imagen, sin saber bien por qué se sentía tan fascinado por ella. Al cabo de un rato supuso que era por la sorpresa de ver a Aurora así. Siempre había supuesto que la madre de Ronan era un lienzo en blanco,

la persona suave y tranquila que había conocido en Cabeswater. Nunca se le había ocurrido pensar que, si Ronan pasó tantos años creyendo que era real, tenía que haber sido capaz de mostrar felicidad y dinamismo.

¿Qué era lo real?

Sin embargo, también era posible que su fascinación se debiera a Niall Lynch, aquella versión más añosa de Ronan. Aunque los dos no eran idénticos, el parecido era lo bastante fuerte para identificar la personalidad de Ronan en la cara de su padre. Aquel padre indómito y feroz; aquella madre feliz e indómita… Adam sintió que lo atravesaba una punzada.

No entendía nada.

Encontró la habitación de Ronan. Supo que era la suya por su caprichoso desorden y porque era una pariente cercana, pero más alegre, de su cuarto en Monmouth. Había objetos menudos e intrigantes repartidos por los rincones y almacenados debajo de la cama: los sueños de un Ronan más joven, o quizá los regalos de un padre atento. También se veían objetos convencionales: una tabla de skate, una maleta con ruedas, un instrumento complicado —¿una gaita?— metido en una funda entreabierta y polvorienta… Adam tomó un reluciente coche de juguete de la estantería, y del coche empezó a brotar una música extraña y adorable.

Adam tuvo que sentarse.

Se acomodó en el borde del esponjoso edredón blanco y miró el recuadro de luz que se recortaba sobre sus rodillas. Le parecía estar borracho. Todo en aquella casa semejaba tan seguro de su identidad, de su lugar en el mundo, de que alguien lo apreciaba… El coche de juguete reposaba sobre el regazo de Adam, ya en silencio. Aunque no representaba ningún modelo en particular —era la esencia de todos los coches deportivos jamás soñados, con una forma que no reproducía la de ninguno existente—, a Adam le trajo a la memoria la primera cosa que había comprado para sí mismo. Era un recuerdo odioso, el tipo de recuerdo que la mente de Adam rozaba a veces mientras se quedaba dormido y que la hacía retroceder bruscamente, como si quemara. Adam no sabía cuántos años tenía cuando había sucedido. Su abuela le había enviado una tarjeta con un billete de diez dólares —aún eran los tiempos en los que las abuelas enviaban tarjetas—. Adam lo había usado para comprar un cochecito más o menos de aquel tamaño, un Pontiac. No recordaba dónde lo había comprado ni por qué había elegido aquella marca; ni siquiera recordaba por qué había recibido la propina. Lo único que recordaba era a sí mismo tumbado en el suelo de su cuarto, marcando el rastro del automóvil en la alfombra mientras escuchaba cómo su padre hablaba en la habitación contigua…

Los pensamientos de Adam, demasiado próximos al recuerdo, se retrajeron bruscamente.

Adam, sin embargo, rozó el capó del cochecito y siguió rememorando. El temor expectante de convocar el recuerdo era peor que el recuerdo en sí, porque no se acabaría hasta que Adam no diera su brazo a torcer. A veces era mejor ceder a la primera.

«Me arrepiento del momento en que te preñé del mocoso», había dicho el padre de Adam. No lo dijo gritando. No parecía enfadado. Simplemente estaba expresando un hecho objetivo.

Adam recordaba el momento en que se había dado cuenta de que se refería a él. No sabía que había contestado su madre exactamente, pero sí se acordaba del tenor de la respuesta: algo como «Yo tampoco imaginaba que sería así», o «Esto no es lo que yo quería». Lo único que recordaba con precisión era aquel coche y la palabra «preñé».

Suspiró. Por desesperante que fuera, algunos recuerdos no se desdibujaban jamás. Pero en los viejos tiempos —incluso unos meses atrás—, Adam habría revivido la escena una y otra vez en un bucle obsesivo y destructor. Una vez empezase, ya no habría sabido cómo parar. Ahora, al menos, era capaz de aguantar la punzada del recuerdo y de apartarlo luego a un lado. Sin pausa, lentamente, estaba abandonando aquella caravana para siempre.

La tarima del pasillo crujió y alguien llamó a la puerta con los nudillos. Adam levantó la mirada y vio a Niall Lynch en el umbral. No: era Ronan, con la cara iluminada por un lado y ensombrecida en el otro, seguro de sí y poderoso, con los pulgares enganchados en las trabillas de los vaqueros, las pulseras amontonadas en la muñeca y los pies descalzos.

Sin decir nada, cruzó la habitación y se sentó junto a Adam. Estiró la mano y Adam colocó el coche de juguete en su palma.

—Este trasto viejo… —murmuró Ronan.

Hizo girar una de las ruedas delanteras, y del juguete volvió a salir la música de antes. Los dos se quedaron allí sentados unos minutos, mientras Ronan examinaba el coche e iba girando las ruedas para que sonaran distintas melodías. Adam observó cómo su amigo escrutaba las junturas entre las piezas, con los párpados semicerrados sobre sus clarísimos iris. Al fin, Ronan soltó una bocanada de aire, dejó el juguete en el colchón, junto a él, y besó a Adam.

En cierta ocasión, mientras Adam aún vivía en el aparcamiento de caravanas, estaba cortando el ralo césped del patio cuando advirtió que llovía como a un kilómetro de allí. Percibió el olor terroso de la lluvia, mezclado con el aroma eléctrico e inquieto del ozono. El chaparrón era una cortina grisácea que ocultaba las montañas del horizonte. Adam observó la trayectoria de la lluvia mientras avanzaba hacia él cruzando la seca llanura. Era un telón espeso y oscuro, y Adam supo que, si no se

resguardaba, terminaría empapado. La lluvia aún estaba lejos; Adam tenía tiempo de sobra para guardar el cortacésped y ponerse a cubierto. Y sin embargo, se quedó allí de pie, mirando cómo la lluvia se acercaba. No se movió ni siquiera en el instante previo, cuando empezó a oír el golpeteo de las gotas que aplastaban la hierba. Cerró los ojos y dejó que la lluvia lo calara hasta los huesos.

Aquel beso fue igual.

Volvieron a besarse, y Adam no solo lo sintió en los labios.

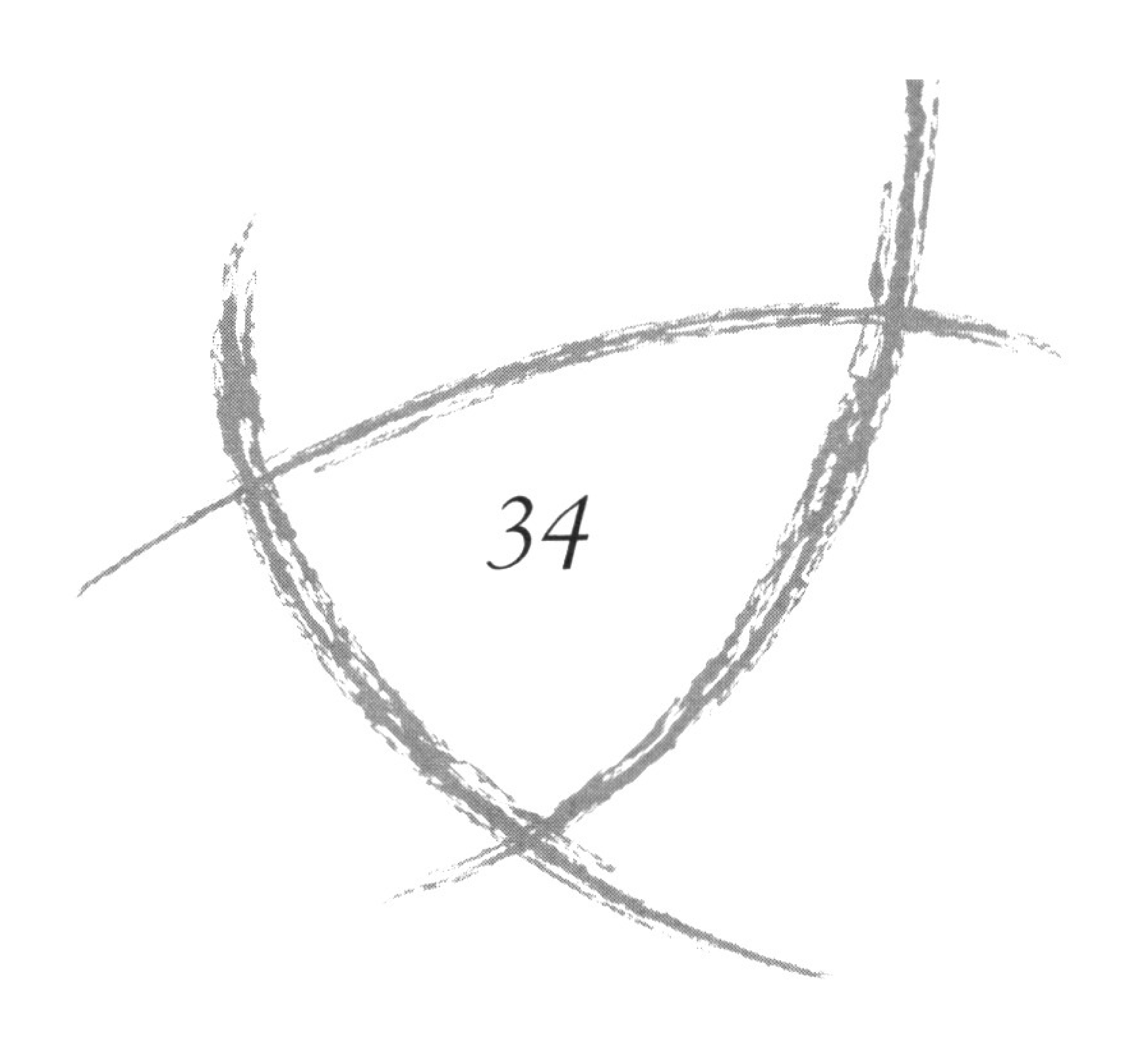
Ronan se apartó y tragó saliva, con los ojos aún cerrados. Adam miró cómo su pecho se agitaba, cómo se fruncían sus cejas. Se sentía tan brillante, soñador e imaginario como la luz que entraba por la ventana.

No entendía nada.

Ronan tardó un largo momento en abrir los párpados. Cuando lo hizo, su expresión era complicada. Se puso en pie sin dejar de mirar a Adam. Este le sostuvo la mirada, pero ninguno de los dos dijo nada. A Adam le dio la impresión de que Ronan quería oírle decir algo, pero no se le ocurrían las palabras. Persephone le había dicho que era un mago, y que su magia estaba trazando conexiones entre cosas dispares; pero en ese momento, estaba tan lleno de una luz blanca y algodonosa que no acertaba a establecer ninguna conexión lógica. Sabía que, de todas las opciones del mundo, Ronan Lynch era la más difícil. Sabía que Ronan no era algo con lo que se pudiera experimentar. Sabía que su boca aún hormigueaba. Sabía que, al comenzar su andadura en Aglionby, estaba convencido de que quería largarse de aquella tierra y alejarse de todo lo que contenía.

Estaba bastante seguro de que Ronan no había besado a nadie antes que a él.

—Me voy al piso de abajo —dijo Ronan.



Una vez Niall le contó a Ronan un cuento que le gustó mucho, aunque nunca lograba recordarlo del todo. Trataba de un niño —bastante parecido a Ronan, como casi todos los niños de los cuentos de Niall— y de un hombre mayor —bastante parecido a Niall, como casi todos los hombres de los cuentos de Niall—. Ronan creía recordar que el hombre era mago, y el niño, su aprendiz, aunque tal vez hubiera mezclado el cuento con una película que había visto de pequeño. De lo que no tenía duda era de que, en la historia, había un salmón mágico que hacía feliz a la persona que se lo comiera. Bueno, o tal vez sabio en lugar de feliz. Sea como fuere, el hombre era demasiado perezoso o estaba demasiado ocupado o se encontraba en un viaje de negocios, de modo que, en vez de atrapar él al salmón, le había encargado al niño que lo hiciera. Cuando lo pescase, debía cocinarlo y llevárselo. El niño lo atrapó enseguida, porque era tan espabilado como el viejo mago; pero mientras lo cocinaba, lo tocó y se

quemó el dedo. Sin pensar en lo que hacía, se llevó el dedo lastimado a la boca para chuparlo, y así obtuvo para sí la magia del pez.

Ronan sentía que había atrapado la felicidad sin pensar en lo que hacía.

Se sentía capaz de cualquier cosa.

—Eh, Ronan, ¿qué haces ahí arriba? ¡La cena está en la mesa!

Ronan estaba de pie sobre el techo de uno de los cobertizos pequeños, porque aquello era lo más alto a lo que podía llegar sin preparación previa y sin alas. No bajó los brazos. A su alrededor, en un remolino de luz cálida, giraban luciérnagas y pequeñas esferas y su flor soñada, pasando una y otra vez ante sus ojos mientras contemplaba el cielo jaspeado de rosa.

Al cabo de un momento se oyeron dos gruñidos simultáneos —uno, de las tablas del tejado; otro, de Declan—, y el hermano mayor de Ronan se aupó a su lado. Se quedó de pie junto a él, ignorando el cielo del ocaso para mirar el torbellino que giraba en torno a Ronan. Suspiró.

—Desde luego, has mejorado este lugar —susurró estirando la mano para atrapar una luciérnaga—. Ronan, por Dios, ni siquiera te has molestado en hacer que parezca un insecto.

Ronan bajó por fin los brazos, observó la lucecilla que sostenía Declan y se encogió de hombros.

Declan soltó la chispa y esta se quedó delante de él, iluminando sus afiladas facciones Lynch, el nudo de preocupación que fruncía su ceño, la huella de la desilusión en su boca.

—Quiere irse contigo —dijo Ronan.

—No puedo ir por ahí con una bola brillante flotando a mi lado.

—Espera —dijo Ronan—. Toma.

Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó un objeto que ofreció a Declan sobre la palma de la mano. Era una tosca arandela de metal de unos cuatro centímetros de diámetro, como una pieza de alguna máquina extraña y anticuada.

—Ah, claro. Esto llamará mucho menos la atención —comentó Declan con ironía.

Ronan dio un golpe seco con el dedo al objeto, que siseó y dejó escapar una nubecilla de pequeñas esferas ardientes.

—¡Santo cielo, Ronan! —exclamó Declan apartando instintivamente la cara.

—Vamos, hombre. ¿De verdad piensas que haría explotar una bomba en tu cara?

Ronan volvió a activar el objeto: un toque rápido, un estallido de chispas. Lo dejó caer en la mano de Declan y, antes de que este pudiera protestar, le dio un nuevo golpecito.

Las esferas luminosas se elevaron en el aire con un jadeo. Por un momento, Ronan vio cómo rodeaban a su hermano y orbitaban velozmente alrededor de su cara, decenas de soles diminutos consumiéndose en llamaradas doradas y blancas. Luego vio la distante añoranza de la expresión de Declan y comprendió lo mucho que su hermano se había perdido por no haber nacido ni soñador ni soñado. Aquella casa nunca había sido su hogar. Los demás miembros de la familia Lynch no se habían esforzado por acogerlo.

—Declan… —dijo.

La expresión de su hermano se despejó.

—Este es el objeto más útil que has soñado jamás. Deberías ponerle un nombre.

—Ya lo he hecho. Se llama EL SEÑOR DE LAS ÓRBITAS, así, con mayúsculas.

—Pero técnicamente, el señor de las órbitas eres tú, ¿no? El objeto solo produce las órbitas.

—Cualquiera que lo maneje se convierte en EL SEÑOR DE LAS ÓRBITAS. Ahora mismo, tú eres EL SEÑOR DE LAS ÓRBITAS. Vamos, guárdatelo en el bolsillo; es para ti. Serás EL SEÑOR DE LAS ÓRBITAS de Washington D. C.

Declan estiró el brazo y manoseó con afecto el cráneo afeitado de Ronan.

—Eres un mamoncete, ¿sabes?

La vez anterior que habían estado juntos sobre aquel tejado, sus padres aún estaban vivos, el ganado pastaba tranquilamente en los prados y el mundo era un lugar más pequeño. Aquellos tiempos ya habían pasado; pero, por una vez, a Ronan no le importaba.

Los dos hermanos echaron una última mirada al lugar que los había convertido en lo que eran y bajaron juntos del tejado.



35

Dependiendo de dónde comenzase el relato, aquella podía ser la historia de Neeve Mullen.

Neeve era una profesional de éxito, el tipo de adivina que aspiraban a ser casi todas sus colegas. En parte, eso se debía a que su tipo de clarividencia resultaba fácil de comercializar: Neeve era muy buena percibiendo números y letras, adivinando números de teléfono, suponiendo fechas de cumpleaños y previendo cuándo ocurrirían determinados acontecimientos.

Y en parte, su éxito se debía a que Neeve era muy ambiciosa. Nada la satisfacía; su carrera profesional era un vaso que jamás parecía llenarse. Tras montar su consultorio telefónico, había publicado varios libros y había logrado hacerse con un espacio televisivo que se emitía todas las madrugadas. Era una persona respetada en su comunidad.

Y sin embargo…

Fuera de su comunidad, Neeve jamás dejaría de ser una vidente de tres al cuarto. En el mundo actual, incluso la mejor de las adivinas recibía el desprecio asociado a la figura de las brujas, sin nada del respeto que estas suscitaban en el pasado.

Neeve podía acceder al futuro, al pasado y a otros mundos, pero a la gente le daba igual. De modo que había lanzado hechizos, soñado sueños y pedido a sus espíritus guía que le mostrasen el camino: «Dime cómo obtener un poder que nadie pueda ignorar».

«Henrietta», le había susurrado una de sus guías. Su aparato de televisión empezó a estropearse mostrando el mapa del tiempo en Virginia. Neeve soñaba cada vez más a menudo con la línea ley.

Su hermanastra la había llamado: «¡Ven a Henrietta a ayudarme!». Los espejos le mostraban un futuro en el que todos los ojos se clavaban en ella. El universo le había mostrado el camino.

Y ahora, estaba en un bosque ennegrecido junto a Piper Greenmantle y a un demonio.

Neeve tendría que haber supuesto que su fijación con el poder acabaría por ponerla en contacto con un demonio, pero no se le había ocurrido pensarlo. Aunque no estaba precisamente obsesionada con la ética, tampoco era idiota: sabía que los tratos con aquellos seres siempre terminaban mal. De modo que había llegado a un punto muerto (posiblemente, de manera literal).

Tenía la moral por los suelos.

Piper, por su lado, seguía entusiasmada. Había reemplazado sus ropas harapientas por un perfecto vestido de color azul vivo con zapatos de tacón a juego; era una violenta pincelada de color en un paisaje cada vez más grisáceo.

—¿Quién iba a comprar un objeto de lujo a alguien con pinta de vagabunda? —le dijo a Neeve.

—¿Qué vas a vender?

—El demonio.

Neeve no sabía si le estaba fallando la imaginación o la clarividencia; en cualquier caso, tampoco había anticipado aquello. La contestación de Piper despertó en su interior una oleada de presagios oscuros que se esforzó por articular.

—Me da la impresión —comenzó— de que tu demonio está vinculado a esta localización geográfica y existe para un propósito determinado que, en mi opinión, es deshacer todos los artefactos de energía psíquica asociados a este lugar. Así pues, me parece improbable que puedas llevártelo sin que…

—¿No te parece que el tiempo se comporta de manera extraña? —la interrumpió Piper—. No sabría decir si llevamos aquí un par de minutos o mucho más.

Neeve estaba bastante segura de que llevaban más de lo que pensaban, pero que el bosque estaba manipulando su sensación temporal para contener a Piper. Prefería no decirlo en voz alta, porque le daba miedo que Piper utilizara la información para hacer algo siniestro. Se preguntó si podría matarla… ¿Cómo? No, ese pensamiento no era de ella. Era del demonio, que no dejaba de susurrar inmiscuyéndose en su mente.

No quería ni pensar en lo que le estaría susurrando a Piper.

Miró al demonio y este le devolvió la mirada. Estaba empezando a parecer más cómodo en el bosque, y Neeve supuso que eso era una mala señal para los árboles.

—No acabo de entender cómo esperas venderlo —bisbiseó—. Es una muestra de arrogancia; tú no lo puedes controlar.

Era absurdo hablar en susurros, ya que el demonio estaba allí mismo, pero Neeve no podía evitarlo.

—Se ha puesto a mi disposición —dijo Piper—. Eso es lo que me dijo.

—Sí; pero al final, verás que persigue sus propios fines. Para él no eres más que una herramienta.

Los pensamientos del demonio susurraron entre los árboles y estos se estremecieron. Un pájaro trinó, pero su voz sonó del revés. En el suelo, a dos o tres metros de Neeve, apareció una boca que empezó a abrirse y a cerrarse con hambre y abandono. Era algo imposible, pero al demonio no le importaba lo posible. El bosque había empezado a regirse por las leyes de las pesadillas.

Piper ni se inmutó.

—Y tú eres una aguafiestas. Demonio, hazme una casa… O una casa cueva, no sé, lo que más rápido puedas hacer por aquí. Mientras tenga una bañera, me da igual cómo sea. Que así sea y tal y cual.

De modo que, como Piper deseaba, así fue y tal y cual.

La magia del demonio era distinta a todo lo que Neeve había manejado en su vida. Era negativa, una especie de tarjeta de débito mágica; una prueba sobrenatural de que la energía no se crea ni se destruye. Para crear un edificio, el demonio tendría que deshacer una parte del bosque. Y eso no era algo agradable de ver. Si hubiera consistido en un simple borrado, tal vez a Neeve no le habría resultado tan duro, pero no lo era: era un proceso de corrupción. Las plantas trepadoras comenzaron a florecer con frenesí, creciendo hasta asfixiarse y pudrirse. De los delicados espinos brotaron púas grandes y afiladas como navajas, que se retorcieron sobre sí mismas hasta seccionar la rama que las sustentaba. Los pájaros vomitaban sus propias entrañas, y estas se convertían en serpientes que devoraban a los pájaros y luego se engullían a sí mismas retorciéndose en su agonía.

Lo peor eran los árboles altos. Eran seres sagrados —Neeve lo percibía con claridad— que resistían aquel cambio con más ahínco que ningún otro ser del bosque.

Empezaron rezumando savia negra, y luego, poco a poco, sus hojas se marchitaron. Sus ramas cayeron sobre sí mismas, convertidas en grumos oscuros. Su corteza se peló en grandes tiras que recordaban a trozos de piel humana muerta. Sus troncos empezaron a gemir. Era un sonido imposible de reproducir para un humano; no era una voz, sino una versión tonal del sonido que podría hacer una rama al crujir en un vendaval. Era la canción de un árbol derribado por una tormenta.

Era algo que contravenía todo aquello en lo que Neeve creía.

Y sin embargo, se forzó a contemplarlo. Lo mínimo que podía hacer por aquel bosque sagrado era presenciar su muerte. Se preguntó si su destino la habría llevado hasta aquel lugar para salvarlo.

Todo era una pesadilla.

La nueva casa de Piper flotaba en una profunda grieta entre dos peñascos, suspendida por medios mágicos. Su estructura era una extraña combinación de los deseos de Piper y del avispero que, para el demonio, debía de representar la idea de hogar. En el centro de la sala principal había una enorme bañera con forma de lágrima.

Como ocurre en cualquier negociación que se precie, las dos partes estaban vagamente descontentas, pero ninguna lo expresaba.

—Genial —dijo Piper haciendo un coqueto mohín de desprecio—. Y ahora tengo que ver cómo le va a mi padre.

—En vez de comunicarte por medio de la posesión, como la otra vez, podrías usar la bañera como cuenco de adivinación —sugirió Neeve.

En realidad, su propuesta obedecía a que ese método consumiría mucha menos energía que la posesión. Tal vez no se salvara ningún árbol, aun así, pero al menos resistirían un poco más.

El demonio agitó sus antenas en dirección a Neeve, y ella se dio cuenta de que había percibido sus intenciones. Un segundo más tarde, Piper le dirigió una mirada astuta; el demonio debía de haberse chivado directamente en su mente. Neeve esperó, segura de que Piper le diría algo hiriente, pero esta se limitó a recorrer con aire pensativo el borde de la enorme bañera.

—Bueno, de todas formas, creo que recordarán mejor el cariño que me tienen si me ven la cara. Demonio, conecta la bañera esta con mi padre. Que así sea y tal cual.

Y así fue y tal cual.

Laumonier se encontraba en los baños de un establecimiento público. En ese momento estaba delante del espejo, y también delante de la puerta de entrada para evitar que entrase nadie más.

Piper entrecerró los ojos para examinar la imagen reflejada en el agua.

—¿Estás en Legal Sea Foods? No me lo puedo creer. Ese restaurante es un asco.

—Nos apetecía comer ostras —explicó Laumonier; su voz no salía del agua, sino del demonio. Frunció el ceño para tratar de distinguir dónde se hallaba su hija—. ¿Estás dentro de un avispero?

—Es un altar —respondió Piper.

—¿Para adorar a quién?

—A mí. Ah, qué bien que me lo hayas preguntado así; me lo has puesto muy fácil. A ver, vayamos al grano, que me muero por darme un chapuzón. ¿Has avanzado en tu parte del negocio?

—Hemos montado una exhibición informal —contestó Laumonier mientras salía de uno de los cubículos del baño—. La hemos organizado para que coincida con un evento de campaña de una candidata al Congreso; así, los asistentes no llamarán la atención en el pueblo. ¿Qué es lo que quieres subastar, por cierto?

Piper describió el demonio mientras este echaba a volar alrededor de la bañera-piscina. A juzgar por la expresión de Laumonier, Neeve supuso que el demonio también se estaba describiendo a sí mismo. Era obvio que la manipulación de sus pensamientos había impresionado a Laumonier.

—Magnífico hallazgo. Hablamos pronto —concluyó Laumonier mientras su imagen desaparecía del agua.

—Bien: llegó la hora del baño —exclamó Piper con tono triunfal.

Aunque no le pidió a Neeve que respetara su intimidad, esta lo hizo de todos modos. Necesitaba salir de allí; necesitaba estar sola; necesitaba un poco de calma para ver la verdad de las cosas.

Aunque no creía que pudiera recobrar la calma nunca más.

Ya fuera, en lo alto de la extraña escalinata hexagonal, Neeve se mesó el pelo. Ahora se daba cuenta de que había usado el poder del universo en beneficio propio, y eso era lo que la había llevado hasta allí. No podía enfadarse por recibir aquella lección; lo único que podía hacer era tratar de salvar el bosque. En ese momento, no le importaba nada más. Si se limitaba a observar cómo aquel ser destruía un lugar sagrado, si no hacía nada por evitarlo, ya no podría vivir consigo misma.

Echó a correr. Aunque hacía mucho que Neeve no corría, una vez comenzó, le resultó increíble no haberlo hecho antes. Tendría que haber escapado en el mismo instante en que vio el demonio, y no haberse detenido hasta estar lo bastante lejos para dejar de oír su voz. De pronto la golpeó un acceso de miedo y asco, y siguió corriendo sacudida por las náuseas y los sollozos. «Demonio, demonio, demonio». Estaba tan asustada… De pronto, las hojas muertas del suelo se convirtieron en cartas de tarot con su cara dibujada. Resbaló sobre ellas, y al salir despedidas bajo sus suelas volvieron a parecer hojas secas.

«Agua», le pidió mentalmente al bosque. «Para ayudarte, necesito un espejo». Sobre su cabeza, las hojas susurraron inquietas. Una gota de lluvia se estrelló contra su mejilla y se mezcló con las lágrimas.

«No, lluvia no. Agua para crear un espejo», pensó Neeve. Volvió la mirada atrás, sin dejar de correr, y tropezó con algo. Se sentía observada, ¿pero cómo no iba a sentirse así? El bosque entero estaba pendiente de ella. De pronto empezó a resbalar por un talud. Manoteó en busca de un asidero, pero solo encontró hojas marchitas. A medio camino, logró detenerse delante de un tocón hueco.

«Agua, agua». Mientras miraba el agujero, el agua comenzó a brotar en su interior. Neeve sumergió la mano, oró a unas cuantas diosas selectas y luego sostuvo las palmas sobre la superficie para comenzar el trance. Su mente se llenó de imágenes de Fox Way. El desván en el que se había alojado; los rituales que había llevado a cabo; los espejos que había instalado para que la trasladaran de una posibilidad a otra, y que habían acabado por llevarla allí…

Apenas podía resistir la tentación de mirar a su espalda.

Pero no podía perder la concentración.

Notó perfectamente el instante en que por fin se establecía la conexión. No reconocía la cara que había aparecido ante sus ojos, pero eso era lo de menos; si era una mujer y estaba en el 300 de Fox Way, haría llegar la información a las personas adecuadas.

—¿Me oyes? —susurró—. Mira, hay un demonio. Está deshaciendo el bosque y todo lo relacionado con él. Voy a tratar de…

—¿Sabes, Neeve? —dijo Piper tras ella—. Si tenías algún problema conmigo, podrías habérmelo dicho directamente.

La conexión de Neeve se había roto. El nivel del agua subió —solo agua, de nuevo —, y de pronto, la superficie negra y coriácea del demonio emergió de la superficie. El ser sacudió levemente las antenas y se encaramó en el brazo de Neeve, pesado y malevolente. Sus pensamientos le susurraban posibilidades terroríficas que cada vez se parecían más a probabilidades terroríficas. Piper apareció al otro lado del tocón y se acercó pisando con fuerza la hojarasca. Aún tenía el pelo húmedo por el baño.

Neeve no se molestó en pedir clemencia.

—Por favor, Neeve… Las bohemias en plan New Age sois lo peor —Piper hizo un ademán displicente hacia el demonio—. Deshazla —dijo.



36

La noche estaba viva, de algún modo.

Declan y Matthew se habían marchado. Gansey, Blue, Ronan y Adam seguían en Los Graneros, sentados en círculo en el salón oloroso a nogal. Las únicas luces eran las esferas soñadas por Ronan, que flotaban sobre ellos y danzaban en el hueco de la chimenea. A Gansey le daba la impresión de que la magia flotaba entre todos ellos, incluso en los sitios que las esferas no iluminaban. Se daba cuenta de que todos estaban más felices de lo que habían estado en mucho tiempo, lo que resultaba extraño en vista de la espantosa escena de la noche anterior y de las malas noticias que acababa de transmitirles Declan.

—Esta es una noche de verdades —dijo.

Seguramente, en cualquier otra noche todos se habrían echado a reír. Pero aquella noche, no. Aquella noche todos se daban cuenta de que eran piezas de un mecanismo

que avanzaba lentamente, y la enormidad de la idea los estremecía.

—Venga, vamos a reconstruir la historia entre todos —añadió.

Uno a uno, todos describieron lo que les había ocurrido el día anterior, deteniéndose cada pocas frases para que Gansey pudiera apuntarlo en su cuaderno. Mientras garrapateaba los datos —el corte de la línea ley a las 6:21, el ataque de Noah, el árbol de savia negra, los extraños movimientos del ojo de Adam—, comenzó a percibir el papel que jugaba cada uno de ellos. Si observaba con atención, incluso podía entrever el final.

Debatieron si se sentían responsables de proteger a Cabeswater y preservar la línea ley —todos se sentían responsables—. Si pensaban que Artemus sabía más de lo que decía —todos lo pensaban—. Si creían que Artemus acabaría por hablarles libremente de lo que ocurría —todos lo dudaban.

Mientras hablaban, Ronan se levantó para dar vueltas por la sala. Adam fue a la cocina y regresó con una taza de café. Blue se hizo un nido de cojines en el sofá, junto a Gansey, y apoyó la cabeza en el regazo de él.

Aquello no estaba permitido.

Pero sí que lo estaba. La verdad estaba resbalando lentamente hacia la luz.

También hablaron acerca de los coleccionistas de reliquias sobrenaturales que acudirían al pueblo, tratando de decidir si sería más prudente esconderse de ellos o plantarles cara. Mientras lanzaban ideas para instalar defensas soñadas y encontrar aliados peligrosos, utilizar monstruos como armas y crear fosos rellenos de ácido, Gansey rozó suavemente el pelo sobre la oreja de Blue, con cuidado de no tocar la ceja por miedo a hacerle daño, con cuidado de no encontrar la mirada de Ronan o de Adam por miedo a estropearlo todo.

Estaba permitido. Gansey podía hacer aquello.

Hablaron sobre Henry. Gansey era consciente de que estaba revelando los secretos mejor guardados de su compañero, pero antes de salir de clase había decidido que contarle algo a él era lo mismo que contárselo a Adam, a Ronan y a Blue. Los cuatro venían en el mismo paquete; Henry no podía esperar ganarse a Gansey si no se ganaba también a los otros tres. Adam y Ronan hicieron chistes malos a sus expensas («Es medio chino». «Y la otra mitad, ¿qué es?»), soltando risitas cómplices; Blue les llamó la atención sobre lo pueril de su actitud («Celosos, ¿eh?»); Gansey les pidió que olvidasen sus prejuicios y pensaran en él.

Ninguno de ellos había pronunciado aún la palabra «demonio».

Parecía estar suspendida entre ellos, tácita, definida por la forma que la conversación iba tomando a su alrededor. Era el intruso que Adam y Ronan habían ido a buscar la otra noche, el intruso que había invadido a Noah, el intruso que tal vez estuviera atacando a Cabeswater. Habrían podido pasar la noche entera discutiendo

sin llegar a nombrarlo, si no hubiera sido porque recibieron una llamada del 300 de Fox Way. Según Maura, Gwenllian había visto algo en los espejos del desván. A las mujeres de la casa les había llevado un buen rato deducir lo que había presenciado, pero al fin habían llegado a la conclusión de que era un aviso de Neeve.

Sobre un demonio.

Un deshacedor.

Algo que estaba deshaciendo el bosque y todas las cosas conectadas a él.

La revelación hizo que Ronan se detuviera en seco y que Adam se quedara callado. Ni Blue ni Gansey interrumpieron aquel curioso silencio.

—Ronan —dijo Adam al fin—, creo que es hora de que ellos también lo sepan.

En el rostro de Ronan apareció una expresión herida. Gansey suspiró, agotado de antemano por la discusión que se avecinaba. Adam dispararía un argumento certero y objetivo; Ronan contestaría con un cañón de imprecaciones; Adam salpicaría gasolina en la trayectoria del proyectil, y todo se incendiaría durante unas horas.

Sin embargo, las cosas no transcurrieron como esperaba.

—Contárselo no va a cambiar nada, Ronan —dijo Adam—. Estamos rodeados de esferas luminosas que has sacado de tus sueños, y la niña con pezuñas que tú soñaste está en la entrada mordisqueando una bandeja de poliestireno. Nos movemos por el pueblo en un coche que creaste mientras soñabas. Esto los sorprenderá, pero no cambiará la opinión que tienen ya de ti.

—Tú no te lo tomaste muy bien, que digamos —replicó Ronan.

Al oír su tono herido, Gansey creyó súbitamente entender algo acerca de Ronan.

—En aquel momento tenía problemas añadidos —se justificó Adam—. Eso dificultó un poco las cosas.

Gansey decidió que, en efecto, acababa de entender algo acerca de Ronan.

Blue y él cruzaron una mirada. Ella tenía una ceja tan enarcada que desaparecía bajo su flequillo, mientras que su otro ojo permanecía cerrado. Eso le daba una expresión aún más intrigada de la que habría mostrado en condiciones normales.

Ronan tironeó de sus pulseras.

—Bueno, como quieras. Yo soñé a Cabeswater.

El silencio volvió a adueñarse de la sala.

En cierto modo, Gansey comprendía que Ronan se hubiera resistido a revelarles aquello: la capacidad de extraer todo un bosque mágico de sus sueños añadía un halo sobrenatural a su figura. Pero al mismo tiempo, tenía una cierta sensación de perplejidad. Le parecía que Ronan acababa de revelarles un secreto que ya conocían. No sabía si achacarlo a que Cabeswater ya les había susurrado aquella verdad en alguna de sus visitas, o a que los indicios eran tan abrumadores que su inconsciente se había adueñado del secreto antes de que les fuera entregado oficialmente.

—Y pensar que te podías haber dedicado a soñar una cura para el cáncer… —dijo Blue.

—Mira, Sargent —replicó Ronan—: ayer por la noche quise soñar un ungüento curativo para tu ojo, en vista de que la medicina moderna no te está sirviendo para nada, y estuve a punto de palmarla bajo los colmillos de una serpiente infernal de pesadilla. De nada, guapa.

Blue adoptó una expresión adecuadamente arrepentida.

—Vaya, gracias, Ronan.

—Yo también te quiero.

Gansey tamborileó con el bolígrafo en la tapa del cuaderno.

—Aprovechando la sinceridad reinante, Ronan, ¿podrías decirnos si has soñado algún otro accidente geográfico digno de mencionar? ¿Alguna montaña? ¿Masas de agua?

—No —respondió Ronan—. Pero sí que soñé a Matthew.

—Por el amor de Dios… —masculló Gansey.

Hacía tiempo que su vida se había instalado en un estado constante de imposibilidad, sacudido de vez en cuando por una ráfaga de imposibilidad aún más intensa. Todo aquello resultaba difícil de creer, pero los acontecimientos llevaban meses siendo increíbles. Gansey había llegado tiempo atrás a la conclusión de que Ronan era una criatura aparte; aquello solo era una prueba más de ello.

—Entonces, ¿sabes lo que significaban las visiones de aquel árbol?

Se refería a un árbol hueco que provocaba alucinaciones a quien se situara dentro, y que habían encontrado en su primera visita a Cabeswater. En su interior, Gansey había recibido dos visiones: una en la que parecía estar a punto de besar a Blue Sargent y otra en la que parecía estar a punto de encontrar a Owen Glendower. Ambas situaciones le provocaban un vivo interés; ambas situaciones le habían parecido muy reales.

—Son pesadillas —repuso Ronan en tono despectivo.

Blue y Adam pestañearon al mismo tiempo.

—¿Pesadillas? —repitió Blue—. ¿Solo eso? ¿No eran visiones del futuro?

—Cuando soñé ese árbol, no producía más que pesadillas —insistió Ronan—. Situaciones jodidas y desesperadas; cualquier cosa que el árbol creyera que iba a obsesionarte durante el día siguiente.

A Gansey nunca se le habría ocurrido calificar sus dos visiones como pesadillas, pero era cierto que ambas lo habían obsesionado, hasta cierto punto. La expresión perpleja de Blue le indicó que a ella le ocurría lo mismo. Adam, por su parte, dejó escapar un suspiro tan largo como si llevara meses conteniendo la respiración. A Gansey no le sorprendió; al fin y al cabo, cuando Adam entró en aquel árbol, su vida

era muy semejante a una pesadilla. Para ser más terribles y obsesionantes que su realidad cotidiana, sus visiones habían tenido que ser verdaderamente terroríficas.

—¿Es posible…? —Gansey se interrumpió un momento para pensar—. ¿Podrías soñar algún tipo de protección para Cabeswater?

Ronan se encogió de hombros.

—Si Cabeswater está lleno de porquería negra, mis sueños también lo están. Ya se lo he dicho: anoche ni siquiera pude sacar un bote de pomada para Blue, y eso que tendría que haber sido un juego de niños. Cualquiera podría soñar eso, y yo salí con las manos vacías.

—Si entro en trance mientras sueñas, tal vez pueda ayudarte —propuso Adam—. Quizá logre limpiar la energía lo bastante para que tú puedas conseguir algo útil.

—No parece una medida muy decisiva —repuso Gansey.

En realidad, lo que quería decir era que se sentía abrumado por la enormidad del monstruo.

Blue se incorporó y gimió, llevándose una mano al ojo.

—Pues yo prefiero que no hagamos nada decisivo hasta que hablemos con mi madre. Quiero que Gwenllian acabe de aclararnos lo que vio. Ay… Gansey, creo que tengo que irme ya a casa; este ojo está volviéndome loca, y me siento bastante más cansada de lo que debería. Lo siento, chicos.

Con la información de la que disponían era difícil proseguir la tormenta de ideas, de modo que todos aprovecharon la interrupción para levantarse y estirar las piernas. Blue se encaminó a la cocina y Ronan correteó para adelantarla, propinándole un amistoso golpe de cadera al pasar a su lado.

—Serás imbécil… —masculló ella, y Ronan soltó una carcajada al oírlo.

A Gansey le conmovió oír esa risa precisamente allí, en Los Graneros, a escasos quince metros del lugar en el que Ronan había encontrado a su padre muerto y su vida hecha pedazos. Con el paso del tiempo aquellas carcajadas se habían ido haciendo más frecuentes y menos significativas, algo que se podía derrochar porque había almacenadas muchas más. Contra todo pronóstico, la herida había empezado a cerrarse. El paciente saldría adelante.

Adam y él se quedaron de pie en el salón, reflexionando. Gansey se acercó a una ventana y atisbó el oscuro aparcamiento en el que aguardaban el BMW, el cacharro de Adam y su glorioso Camaro. A la luz del porche, Pig recordaba a un cohete espacial. Mientras lo miraba, Gansey notó la esperanza y la magia, la luz y la oscuridad que aún habitaban en su corazón.

—Conoces la maldición que pesa sobre Blue, ¿verdad? —preguntó Adam en voz baja.

«Si lo besas, tu amor verdadero morirá».

Sí, la conocía. También sabía por qué Adam le estaba hablando de ello, y tuvo que luchar contra la tentación de salir del paso con una broma tonta. Le resultaba extrañamente incómodo hablar acerca de Blue y él, acerca de él y Blue. Era como si, de pronto, volviera a ser un niño de diez años. Pero aquella era una noche de verdades y Adam parecía hablar en serio, de modo que contestó sin ambages.

—Sí.

—¿Crees que te afecta?

Gansey pensó por un segundo.

—Sí —dijo luego en voz baja.

Adam giró la cabeza para comprobar si Ronan y Blue seguían en la cocina.

—¿Y ella? —preguntó luego.

—¿Cómo?

—Según la maldición, tú eres su amor verdadero. ¿Y ella? ¿Es tu amor verdadero?

Adam pronunciaba la palabra «amor» con mucha cautela, como si fuera el nombre de un elemento raro de la tabla periódica. Cuando Gansey se disponía a esquivar la pregunta, miró de reojo a su amigo y se dio cuenta de dos cosas: que a este le importaba mucho su respuesta y que tal vez su pregunta escondiera debajo otra muy diferente.

—Sí —volvió a decir sin más.

Adam se dio la vuelta para mirarlo cara a cara.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo supiste que sentías algo más que amistad?

Ahora era evidente que la pregunta de Adam escondía otra en su interior, y eso hizo que Gansey dudara sobre su respuesta. Le vino a la mente el momento que había compartido con Henry dentro del escondrijo; Henry solo necesitaba de él que lo escuchase, y para Gansey había sido fácil hacerlo. Pero esto era diferente: Adam necesitaba algo más, de modo que Gansey se esforzó por expresar lo que sentía.

—Supongo que lo supe porque… Blue me proporciona calma. Igual que Henrietta.

No era la primera vez que le hablaba a Adam de aquello; de cómo, en el preciso instante en que había llegado al pueblo, algo se había tranquilizado dentro de él, algo que llevaba años agitándose en su interior sin que él lo advirtiera. En aquel momento, Adam no lo había comprendido. Pero era lógico: para él, Henrietta siempre había significado algo muy diferente.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—¡No sé, Adam! Me estás pidiendo que te defina un concepto abstracto que nadie ha sido capaz de explicar desde el inicio de los tiempos. Así, de repente —protestó Gansey—. ¿Por qué respiramos? ¿Es porque amamos el aire? No: es porque no queremos asfixiarnos. ¿Por qué comemos? Porque no queremos morir de inanición.

¿Cómo sé que la amo? Porque después de hablar con ella, puedo dormir. Y ahora, dime: ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada —respondió Adam, mintiendo con tanto descaro que los dos se quedaron callados y se giraron para observar de nuevo el patio. Adam tamborileó con los dedos de una mano en la palma de la otra.

En circunstancias normales, Gansey le habría dejado un respiro; ni Ronan ni Adam solían reaccionar bien cuando se les presionaba para que hablasen antes de estar preparados para ello. Pero esto era distinto: Gansey no podía esperar varios meses a que Adam se decidiera a abordar lo que le preocupaba.

—Creí que esta era una noche de verdades —dijo.

—Ronan me besó hace un rato —contestó Adam sin dejar de mirar el patio, como si tuviera la frase preparada desde hacía horas. Al comprobar que Gansey no decía nada, añadió—: Yo también le besé.

—Dios —susurró Gansey—. Uf.

—¿Te sorprende?

En realidad, lo que más sorprendía a Gansey era que Adam se lo hubiera contado. Él había pasado varios meses viéndose a escondidas con Blue antes de reunir el coraje para confesarlo, y aun así, solo lo había hecho empujado por las circunstancias.

—No. Sí. No lo sé. Hoy me he llevado tantas sorpresas que ya no sé reconocerlas. ¿Y a ti, te sorprendió?

—No. Sí. No lo sé.

Ahora que lo pensaba más detenidamente, Gansey se planteó todas las formas en que podría haber transcurrido la escena. Imaginó a Adam, siempre analizándolo todo; a Ronan, feroz, leal y frágil.

—No le hagas daño, Adam.

Este seguía mirando por la ventana. Lo único que delataba el torbellino de sus pensamientos eran los lentos giros que sus dedos describían unos alrededor de otros.

—No soy imbécil, Gansey.

—Estoy hablando en serio —replicó Gansey, espantado por la idea de un futuro posible en el que Ronan tuviera que vivir sin él, sin Declan, sin Matthew y con un corazón destrozado—. No es tan duro como parece.

—No soy imbécil, Gansey.

Gansey no creía que lo fuera. Sin embargo, sabía que Adam le había hecho daño una y otra vez, casi siempre sin proponérselo. De hecho, algunas de las cicatrices más profundas de su amistad habían aparecido precisamente porque Adam no se daba cuenta de que las estaba causando.

—Creo que eres todo lo contrario de un imbécil —replicó—. No pretendía decir que lo fueras. Solo quería…

Todo lo que Ronan había dicho sobre Adam se estaba reestructurando en la mente de Gansey. Qué extraña constelación formaban los cuatro…

—No pienso jugar con sus sentimientos. ¿Por qué te crees que estoy hablando contigo? Ni siquiera sé cómo… —la voz de Adam se apagó. Aquella era una noche de verdades, pero los dos se habían quedado sin certezas que compartir.

Gansey dirigió también la mirada hacia el patio. Se sacó una hoja de menta del bolsillo y se la metió en la boca. La sensación mágica que lo había invadido al principio de la noche se había vuelto aún más pronunciada. Todo era posible, tanto lo bueno como lo malo.

—Creo —dijo lentamente— que debes ser sincero contigo mismo. Es lo único que puedes hacer.

Adam separó las manos.

—Me parece que eso es lo que necesitaba oír.

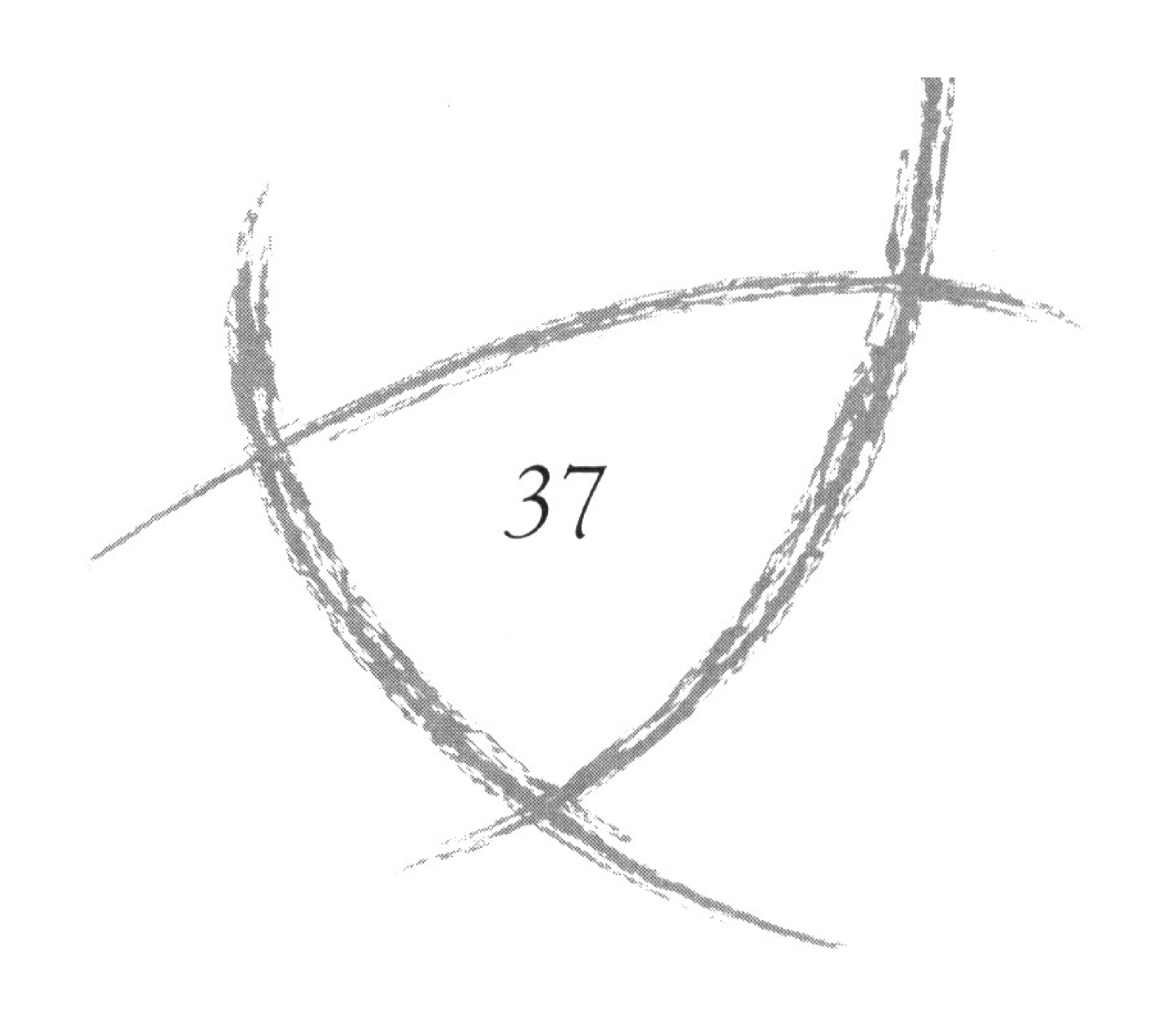
—Hago lo que puedo.

—Lo sé.

Se quedaron callados, escuchando cómo Blue y Ronan hablaban con la niña huérfana en la cocina. El rumor de sus voces, familiares y amistosas, resultaba reconfortante, y Gansey volvió a sentir que el tiempo bullía extrañamente a su alrededor. Era como si ya hubiera vivido aquel momento o fuera a vivirlo en el futuro; como si desear y tener fueran lo mismo. Se sorprendió al darse cuenta de que anhelaba terminar de una vez con la búsqueda de Glendower. Quería disponer libremente del resto de su vida. Hasta aquella noche, nunca había llegado a creerse del todo que su vida consistiera en algo más.

—Creo que ha llegado la hora de que encontremos a Glendower —dijo.

—Creo que tienes razón —contestó Adam.



Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de Henry Cheng.

A Henry nunca se le habían dado bien las palabras. Ejemplo: durante su primer mes en Aglionby había tratado de explicarle aquello a Jonah Milo, el profesor de Lengua, y este le había contestado que se juzgaba a sí mismo con demasiada severidad. «Tienes un vocabulario amplísimo», le dijo Milo. Henry era consciente de la amplitud de su vocabulario, pero eso no equivalía a encontrar las palabras necesarias para expresarse. «Hablas con mucha corrección para alguien de tu edad», añadió el profesor. «Incluso para alguien de la mía», se rio. Pero Henry sabía esto: no era lo mismo sonar como si estuvieras diciendo lo que sentías que hacerlo de verdad. «Muchas personas que hablan el inglés como segunda lengua tienen ese mismo problema», remachó Milo. «Mi madre, por ejemplo, siempre decía que hablando en inglés no era ella misma».

Pero Henry no dejaba de ser él mismo cuando hablaba en inglés; dejaba de ser él mismo cuando hablaba en voz alta. La lengua materna de Henry eran los pensamientos.

De modo que ahora no encontraba palabras para expresar lo que sentía respecto a su intento de aproximarse a Richard Gansey y a su séquito. No sabía explicar lo que le había llevado a entregar a Gansey su secreto mejor guardado en el sótano de Borden House. No lograba describir lo difícil que le resultaba esperar para ver si Gansey aceptaba su rama de olivo.

De modo que solo podía matar el tiempo.

Así que se buscó ocupaciones.

Se ganó la felicitación de Murs, el profesor de Historia, por su detallado análisis de la difusión de dispositivos electrónicos en el primer mundo; se ganó la irritación de Adler, el administrador del colegio, por su detallado análisis de la disparidad entre el presupuesto destinado a publicitar Aglionby y el dedicado a becas. Se quedó ronco de animar desde la banda en un partido de fútbol en el que jugaba Koh (perdió el equipo de casa). Pintó con espray las palabras «PAZ, GILIPOLLAS» junto a una heladería.

Y aún así, le quedaba muchísimo día por delante. ¿Esperaba Henry que Gansey lo llamara? En realidad, no tenía palabras para expresar lo que esperaba. Un fenómeno climatológico, quizá. No: un cambio climático. Una diferencia permanente en el desarrollo de los cultivos del noroeste del continente.

El sol cayó al fin. La pandilla de Vancouver regresó a Litchfield para recogerse y recibir instrucciones de Henry. Este se sentía parcialmente culpable por su anhelo de hacerse amigo de Gansey y Sargent y Lynch y Parrish. Los chicos de Vancouver eran estupendos, pero no le bastaban, y Henry no sabía expresar por qué. ¿Porque lo admiraban? ¿Porque no conocían sus secretos? ¿Porque ya no quería tener seguidores, sino amigos? No. Era por algo más.

—Saca la basura —le ordenó la señora Woo.

—Tengo muchas cosas que hacer, tía —replicó Henry, que estaba tirado en calzoncillos en el sofá viendo el tutorial de un videojuego.

—Entre ellas, sacar la basura —repuso ella dejando las dos bolsas a su lado.

De modo que Henry salió por la puerta trasera de Litchfield House, vestido solo con unos calzoncillos, una camiseta de Madonna y sus zapatillas negras favoritas. El cielo mostraba un púrpura grisáceo.

En algún lugar cercano se oía el arrullo somnoliento de una tórtola. Los pensamientos para los que Henry no tenía palabras se hincharon en su interior.

Su madre era la única que lo entendía cuando decía que le faltaban las palabras. Ella trataba de explicarle lo mismo una y otra vez al padre de Henry, especialmente desde que había decidido dejar de ser su esposa para convertirse en Seondeok. «Es

eso», decía siempre, «pero también algo más». Aquella frase había llegado a instalarse en la mente de Henry. Aquel «algo más» expresaba a la perfección por qué nunca lograba decir lo que quería decir; «algo más» era, en sí, algo diferente de lo que uno ya tenía entre las manos.

Henry expulsó aquellos pensamientos junto a un suspiro y avanzó por la grava sin hacer ruido hasta llegar al contenedor.

Cuando se dio la vuelta para regresar, vio un hombre de pie ante el umbral.

Henry se detuvo. Aunque no conocía a aquel hombre —nervudo, blanco, seguro de sí—, conocía aquel tipo de persona. Horas antes le había hablado a Gansey de la profesión de su madre; ahora, indudablemente, tenía ante sí una persona que pertenecía a ese ámbito profesional.

—¿Crees que podríamos charlar un rato? —preguntó el hombre.

—No —replicó Henry—, creo que no podríamos.

Se llevó la mano al bolsillo trasero para sacar su teléfono, y a medio movimiento recordó que no llevaba puestos los pantalones. Echó un vistazo a las ventanas de la casa; no es que esperase obtener ayuda —ninguno de sus compañeros sabía lo bastante sobre el negocio de su madre para sospechar el peligro que lo amenazaba, ni siquiera aunque lo estuvieran mirando—, sino localizar alguna ventana entreabierta por la que pudiera salir roboBee.

El hombre le mostró las palmas de las manos para que Henry comprobase que no empuñaba ningún arma, pero eso no lo tranquilizó.

—Te aseguro que tú y yo perseguimos los mismos objetivos —afirmó el desconocido.

—Mi objetivo de hoy era terminar de ver el tutorial de *EndWarden II*. No sabes cuánto me alegro de encontrar por fin a alguien que comparte mis aspiraciones.

El hombre lo observó; parecía estar calculando sus opciones.

—He oído el rumor de que algo grande se está moviendo en Henrietta —dijo—. No me gusta que la gente remueva las cosas aquí, en Henrietta. Y supongo que a ti tampoco te hará feliz que la gente meta las narices en tu vida.

—Y sin embargo, aquí estás —repuso Henry en tono irónico.

—¿Vamos a hacer esto por las buenas? Ahórrame molestias, anda.

Henry negó con la cabeza.

El hombre suspiró. Antes de que Henry pudiera pensar en reaccionar, recorrió la distancia que los separaba, le rodeó con los brazos de manera no muy amistosa y realizó una maniobra con la que parecía muy familiarizado. Henry gimió y se tambaleó hacia atrás, frotándose un hombro. Tal vez otra persona habría gritado, pero tanto Henry como el desconocido valoraban la discreción.

—No me hagas perder el tiempo —insistió el hombre—. Sería una pena, después de un principio tan educado.

«RoboBee», pensó Henry. «Encuéntrame».

Tenía que haber una ventana abierta en algún lugar de la casa, aunque solo fuera una rendija; la señora Woo siempre ponía la calefacción demasiado alta.

—Si esperas que te cuente alguno de mis secretos —dijo frotándose el hombro con cuidado—, estás perdiendo el tiempo.

—Uf, por Dios —bufó el hombre, agachándose para desenfundar una pistola que llevaba al tobillo—. En cualquier otro momento, esto me habría parecido conmovedoramente honorable. En este momento, o te montas ahora mismo en mi coche o te pego un tiro.

Como de costumbre, la pistola fue el argumento determinante. Henry lanzó una última mirada a la casa y echó a andar hacia el otro lado de la calle. Aquel coche blanco le sonaba, aunque no sabía de qué. Abrió la puerta trasera para meterse.

—Prefiero que vayas a mi lado —le indicó el hombre—. Como te dije al principio, solo quiero charlar un rato.

Henry le obedeció, volviendo la cabeza por tercera vez mientras el desconocido se acomodaba detrás del volante y arrancaba.

—Solo quiero saber quiénes crees que vendrán a la subasta —dijo el hombre mientras bajaba el volumen de la radio, en la que un tipo cantaba *Yes, I'm a lover not a fighter*— y si crees que causarán problemas. Después de eso no volveré a molestarte.

Henry echó un vistazo por la ventanilla y luego se puso el cinturón. Doblando las rodillas, apoyó los talones en el borde del asiento y se rodeó las piernas con las manos; estaba empezando a temblar de frío. El hombre subió la calefacción.

—¿Adónde vamos? —preguntó Henry.

—Estamos dando vueltas por el barrio, como harían dos personas razonables que quisieran mantener una conversación.

En la mente de Henry apareció la imagen de un agujero en el suelo.

—Jamás he mantenido una conversación razonable con alguien que me apuntase con una pistola —replicó.

Volvió a atisbar por la ventanilla, torciendo el cuello para mirar hacia atrás. La calle estaba oscura, a excepción de los tramos iluminados por las farolas. Pronto estarían demasiado lejos de roboBee para que Henry pudiera comunicarse con ella, de modo que le lanzó una última súplica silenciosa: «Cuéntaselo a alguien que pueda detener esto».

La petición no tenía mucho sentido, formulada en palabras; pero sí lo tenía en la mente de Henry, y eso era lo único que le importaba a la abeja.

—Mira, siento mucho lo de tu hombro —dijo el hombre—. Lo he hecho por pura costumbre.

Un chasquido metálico sonó en la parte superior del parabrisas. Mientras el desconocido torcía el cuello para tratar de ver qué lo había causado, Henry se irguió en su asiento. Se agachó y vio tres finas líneas negras en el borde de su ventanilla.

Se oyó un pitido insistente.

El hombre gruñó y dio la vuelta a su teléfono, que estaba en el salpicadero. Lo que vio en la pantalla debió de llamarle la atención, porque agarró el aparato, deslizó el dedo por la pantalla y se lo encajó entre el hombro y la oreja para hablar mientras conducía.

—Qué pregunta tan extraña —le dijo a su interlocutor.

Henry aprovechó para bajar un poco el cristal de su ventana, y roboBee entró de inmediato por la abertura.

—Eh… —exclamó el hombre.

La abeja se posó en la palma de Henry, y este, aliviado, cerró los dedos a su alrededor y se llevó la mano al pecho. El peso de la abeja le daba seguridad.

El desconocido lo miró con el ceño fruncido por un momento.

—No secuestro a nadie desde hace años —dijo por el teléfono—, pero es cierto que llevo a un alumno de Aglionby en mi coche —hizo una pausa—. Ambas cosas son ciertas; solo trataba de comprobar la veracidad de ciertos rumores. ¿Quieres hablar con él?

Los ojos de Henry se abrieron de par en par.

El hombre le ofreció su teléfono.

—¿Diga? —preguntó Henry.

—Bueno —dijo Gansey al otro lado—, veo que has conocido al Hombre de Gris.



Henry ya llevaba pantalones cuando Blue y Gansey se reunieron con él y con el Hombre de Gris en el Fresh Eagle. El supermercado, casi vacío, mostraba el aspecto resplandeciente e intemporal que todas las tiendas de conveniencia adquieren a partir de cierta hora de la noche. Por el hilo musical, un cantante se desgañitaba pidiéndole a alguien que saliera de sus sueños y entrara en su automóvil. Solo había una cajera, que ni siquiera levantó la vista cuando Blue y Gansey entraron en el establecimiento. Encontraron a Henry de pie en el pasillo de los cereales, mientras el Hombre de Gris esperaba más allá haciendo como que leía los ingredientes de un envase de avena. Ninguno de los dos llamaba la atención. El Hombre de Gris se camuflaba con su entorno porque su profesión le había enseñado a hacerlo. Henry no se camuflaba con su entorno —todo en él apestaba a dinero, desde su moderna chaqueta y su camiseta de Madonna hasta sus deportivas negras—, pero su estampa tampoco resultaba

extraña: los lugareños de Henrietta estaban acostumbrados a ver chicos ricos de Aglionby rondando por el pueblo.

Henry, que sostenía una caja de cereales malos para la salud pero buenos para los golosos, la devolvió al estante en cuanto vio a Gansey y a Blue. Parecía bastante más nervioso que en la fiesta del día anterior, algo que Blue achacó a los efectos de que lo hubieran apuntado con una pistola.

—Lo que yo me pregunto —dijo Gansey— es qué pintamos todos en el Fresh Eagle a las once de la noche.

—Pues lo que me preguntaba yo antes —replicó Henry— era por qué estaba en el coche de un matón a las no sé cuántas de la noche. Sargent, dime que no formas parte de esta siniestra banda de malhechores.

Blue, con las manos escondidas en los bolsillos de la sudadera, se encogió de hombros a modo de disculpa y señaló al Hombre de Gris con la barbilla.

—Es el novio de mi madre, más o menos.

—Qué red tan enmarañada estamos tejiendo —comentó Gansey con animación exagerada; la velada en Los Graneros lo había inquietado, y la presencia de Henry no hacía nada por calmarlo—. Sin embargo, este no era el siguiente paso que yo había pensado dar para avanzar en nuestra amistad. Señor Gris…

Gansey tuvo que repetir la llamada en voz más alta; al parecer, el Hombre de Gris no estaba disimulando, sino que estaba leyendo de verdad los ingredientes del envase de avena.

El sicario se reunió con ellos. Blue y él se dieron un abrazo rápido. Luego, él la agarró de los hombros y le giró el rostro hacia la luz para examinar los puntos de la ceja.

—Ah, buen trabajo —comentó.

—¿Sí? —repuso Blue.

—Puede que no te quede cicatriz.

—Vaya por Dios…

—Esto de venir al Fresh Eagle —dijo Gansey—, ¿fue idea tuya o de Henry?

—Me pareció que os tranquilizaría —respondió el Hombre de Gris—. Es un local bien iluminado, con cámaras que recogen la imagen pero no el sonido. Un sitio seguro y a prueba de espías.

A Blue jamás se le había ocurrido pensar en el Fresh Eagle en aquellos términos.

—Siento mucho haberte dado un susto —añadió el Hombre de Gris en tono amable, volviéndose hacia Henry.

—Solo estabas haciendo tu trabajo —repuso este—. Y yo estaba haciendo el mío.

Aquello, desde luego, era verdad; si Blue se había criado aprendiendo los principios de la energía interna y escuchando cuentos antes de irse a dormir, Henry

Cheng se había criado calculando el nivel de coacción que podría soportar antes de revelar los secretos de su madre. La idea de que Gansey y ella formaban parte de la escena de antes, aunque fuera de manera indirecta, desagradaba tanto a Blue que cambió bruscamente de tema:

—Bueno, menos trabajos y más soluciones. ¿Podemos hablar de quiénes van a venir al pueblo, y para qué? ¿No habíamos quedado en resolver eso? A ver si lo entiendo: no sé quién va a ir a no sé dónde para no sé qué subasta, y todos estamos histéricos por eso.

—Ah, una mujer de acción —comentó Henry—. Ahora comprendo por qué R. Gansey te integró en su gabinete de crisis. Acompáñeme, presidente.

Todos echaron a andar tras él por el pasillo de los cereales, y luego por el del pan y el de las conservas. Mientras caminaban, Henry resumió todo lo que sabía sobre el acontecimiento inminente, con el entusiasmo de un buen alumno presentando un trabajo sobre un desastre natural. El encuentro de coleccionistas de artefactos mágicos se celebraría el día posterior al evento de campaña en Aglionby, de forma que la afluencia de extraños al pueblo quedara disimulada. Un número indeterminado de compradores potenciales acudirían para examinar el objeto ofertado —una entidad mágica— y comprobar de primera mano sus cualidades sobrenaturales. A continuación se celebraría la subasta propiamente dicha, aunque el pago y la entrega del objeto se efectuarían en otro lugar; ningún coleccionista estaba dispuesto a que sus colegas le robaran la cartera, por así decirlo. Era posible que se ofrecieran también otros objetos menores; la información completa se ofrecería *in situ*.

—¿Una entidad mágica? —repitieron Blue y Gansey a coro, al mismo tiempo que el Hombre de Gris preguntaba:

—¿Objetos menores?

—Sí, entidad mágica: esa es la descripción que se ha difundido. Se supone que todo es muy secreto. Anímese a venir, verá cómo vale la pena y esas cosas —Henry trazó con el dedo el logo de una caja de macarrones instantáneos. Representaba la cara de un oso con muchos dientes, y Blue se preguntó si estaría sonriendo o gruñendo—. En cuanto a mí, tengo instrucciones de ocuparme de mis cosas y no aceptar caramelos de ningún extraño.

—Entidad mágica… ¿Se referirán a Ronan? —preguntó Gansey con inquietud.

—Acabamos de estar con él, y no creo que pretendan venderlo sin tenerlo en su poder, ¿no te parece? —replicó Blue—. ¿Crees que se referirán a ese demonio?

Gansey frunció el ceño.

—No creo que nadie sea tan insensato como para vender un demonio.

—Laumonier podría hacerlo —intervino el Hombre de Gris, que no parecía muy contento—. No me gusta cómo suena eso de «objetos menores». Y menos viniendo

de Laumonier.

—¿A qué te suena?

—A que quiere vender el botín de un saqueo —respondió Henry adelantándose al Hombre de Gris—. ¿Por qué dicen que Ronan es una entidad mágica? ¿Es un demonio? Si lo es, todo cobra sentido.

Ni Blue ni Gansey se apresuraron a contestar; la verdad sobre Ronan era tan peligrosa que a ninguno de los dos le hacía gracia revelarla, ni siquiera aunque el receptor del secreto les cayera tan bien como Henry.

—No exactamente —dijo al fin Gansey—. Gris, ¿qué opinas sobre el hecho de que vaya a acudir toda esa gente? Declan parecía muy preocupado.

—Es cierto que no son personas especialmente inofensivas —repuso el Hombre de Gris—. Provienen de todo tipo de ambientes; lo único que tienen en común es su oportunismo y una moral bastante flexible. De uno en uno, ya son bastante impredecibles; reunidos alrededor de algo que codician, es difícil suponer lo que puede pasar… Si les han indicado que no lleven el dinero encima, es por algo. Y si Greenmantle levanta la cabeza y se enfrenta otra vez con Laumonier… Ya sabéis que hay cierta inquina entre los dos, y entre cada uno de ellos y la familia Lynch.

—Colin Greenmantle está muerto —replicó Henry en un tono que no admitía duda—. No creo que levante la cabeza en el futuro próximo; si lo hiciera, desde luego, tendríamos problemas de verdad.

—¿Muerto? —se asombró el Hombre de Gris—. ¿Quién te lo ha…? Eh, un momento.

El Hombre de Gris se había quedado absorto mirando hacia arriba, y a Blue le llevó un momento darse cuenta de que estaba observando un espejo convexo de los que utilizaban los guardias para evitar robos. Viera lo que viera en el reflejo, le hizo adoptar de inmediato una actitud brusca e imperiosa.

—Blue —dijo en voz baja—, ¿llevas encima tu navaja?

El corazón de Blue se aceleró paulatinamente hasta que pudo notar sus latidos en los puntos de la frente.

—Sí —contestó.

—Ve con los chicos al pasillo contiguo. No, el de ese lado no; el otro. No hagáis ruido. No recuerdo si la puerta del almacén está en esa pared, pero si lo está, salid por ella. No se os ocurra abrir ninguna otra puerta que pueda estar conectada a una alarma.

Aunque no sabían qué había visto el Hombre de Gris para alarmarse de aquel modo, los tres le obedecieron sin dudar. Blue encabezó la marcha a paso rápido hasta el final del pasillo de las conservas, comprobó que el terreno estaba despejado y entró en el pasillo contiguo. Estaba lleno de detergente, cajas y cajas de colores chillones. Al

otro lado se veía una vitrina refrigerada con huevos y lácteos. La puerta del almacén no estaba allí. La entrada del supermercado parecía muy lejana.

De pronto oyeron la voz del Hombre de Gris en el pasillo contiguo, monótona, discreta y peligrosa. Hablaba en un tono mucho más cortante que el que acababa de emplear con ellos. Otra voz le contestó, y Henry se quedó petrificado al oírla. Rozó con la yema de los dedos el borde de una estantería —«¡Rebaja de $3,99!»— y ladeó la cabeza para escuchar mejor.

—Es… —musitó—. Es Laumonier.

Laumonier… Para Blue, aquel nombre sugería más emociones que datos. Hasta entonces, solo lo había oído susurrado en mitad de alguna conversación sobre Greenmantle. Decir Laumonier era como decir «peligro».

—Me sorprende encontrarte en Henrietta, sabueso —dijo Laumonier, con un ligero acento que Blue no logró situar—. ¿Dónde está tu dueño?

—Creo que los dos conocemos la respuesta a esa pregunta —repuso el Hombre de Gris, con un tono tan imperturbable que nadie habría adivinado que acababa de descubrir la suerte de Colin Greenmantle—. Y en cualquier caso, este verano empecé a trabajar por mi cuenta. Creí que ya lo sabía todo el mundo… Lo que resulta sorprendente, de hecho, es verte a ti en Henrietta.

—Bueno, los territorios de Greenmantle han dejado de ser suyos. De modo que, por usar una frase hecha, este lugar es tierra de nadie.

—No lo creas —replicó el Hombre de Gris—. Tengo entendido que vas a subastar algo en el pueblo. Quiero que te largues en cuanto cierres el negocio: ahora vivo en Henrietta, y no me gusta recibir visitas.

—Ah —dijo Laumonier con cierto regocijo—, supongo que ahora viene la parte en la que yo digo: «Y si no lo hago, ¿qué?».

La conversación bajó de volumen hasta hacerse ininteligible, y Blue supuso que la cosa se estaba poniendo seria. Gansey tecleó algo rápidamente en su teléfono y luego giró la pantalla para que Henry y ella pudieran leerlo.

«Está ganando tiempo para que escapemos. Henry, puede encontrar una salida roboBee?».

Henry tomó el teléfono y escribió debajo:

«a lo mejr xro no pueden verla pq siempre han querido hacerse con ella n parte fue x eso x lo q me capturaron».

Blue le arrebató el teléfono por encima del hombro y escribió, más lentamente que ellos por la falta de práctica:

«A quién trata de ocultar el Hombre de Gris? A los tres o solo a ti, Henry?».

Henry se dio un golpecito en el pecho.

Blue siguió escribiendo:

«Salid como podáis. Os alcanzo enseguida».

Le devolvió a Gansey su teléfono, recogió todas las etiquetas de precios de los alrededores hasta reunir un ramillete y avanzó con gesto decidido hacia el pasillo contiguo. Al asomarse al otro lado, se sobresaltó al descubrir que el Hombre de Gris no conversaba con una persona, sino con dos. Le llevó unos segundos darse cuenta de por qué la desazonaban aquellos dos hombres: su parecido era tan extremo que resultaba inquietante. Debían de ser hermanos; gemelos, quizá. Los dos tenían un aura que Blue había aprendido a despreciar trabajando como camarera en Nino's: eran de ese tipo de clientes que jamás aceptan un no como respuesta, que no acceden a negociar, que siempre acaban logrando que se les rebaje la cuenta. Por si eso fuera poco, ambos se movían con una lentitud bovina y deliberada que, por alguna razón, hablaba de toda una vida propinando palizas.

En conjunto, resultaban bastante aterradores.

El Hombre de Gris miró a Blue y pestañeó, como si no la conociera de nada.

Los otros dos hombres escrutaron su sudadera-vestido —que no le daba un aspecto demasiado profesional— y el ramillete de etiquetas con precios. Blue rozó los bordes de los papeles con el pulgar, en un ademán de fatiga y aburrimiento, y dijo:

—Buenas noches… Siento las molestias, pero les tengo que pedir que saquen sus coches del aparcamiento.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó el primero. Ahora que Blue lo oía con claridad, su acento parecía más pronunciado. ¿Francés, quizá?

—Estamos haciendo la compra —añadió el otro, que parecía casi divertido por la situación.

Blue decidió recurrir a su acento de Henrietta; se había dado cuenta hacía tiempo de que hablar así la hacía parecer inofensiva.

—Sí, me doy cuenta. Lo siento. Va a venir un tipo con una barredora mecanizada para limpiar el aparcamiento, y nos ha dicho que tiene que estar vacío. Como vea algún coche al llegar, se va a agarrar un buen mosqueo.

El Hombre de Gris se afanó por sacarse las llaves del bolsillo, de forma tal que su pernera se elevara mostrando la funda de la pistola. Los Laumonier se miraron y susurraron algo.

—Perdonen —insistió Blue—. Si no han acabado sus compras pueden dejar los coches enfrente, en el aparcamiento de la lavandería.

—Una barredora mecanizada —repitió Laumonier, como si acabase de oír esas palabras por primera vez.

—El gerente se empeña en que lo hagamos para no perder la franquicia —explicó Blue—. Lo siento, pero no soy yo quien pone las normas…

—Bueno, no hay por qué perder las buenas maneras —repuso el Hombre de Gris, dedicando una sonrisa carente de humor a sus interlocutores.

Blue aguardó, procurando mantener su aire de aburrimiento atareado y rozando las etiquetas con el pulgar cada vez que el corazón le daba un brinco.

—Os veré más tarde —dijo el Hombre de Gris a modo de despedida.

Los Laumonier y él se dieron la vuelta y se alejaron en dirección a la entrada, con la actitud forzada e incómoda de dos imanes que se repelen entre sí. Cuando salieron, Blue echó a correr por el pasillo, cruzó patinando la puerta trasera, pasó a toda velocidad junto a los mugrientos servicios y esquivó las pilas de cajas del almacén hasta llegar al exterior, donde Gansey y Henry la aguardaban tras un contenedor lleno de cartones.

La sombra de Blue, recortada por los focos de la fachada trasera, los alcanzó antes de que ella llegara; los dos chicos se sobresaltaron, pero se relajaron de inmediato al verla.

—Eres mágica. Lo sabes, ¿verdad? —murmuró Gansey, abrazando la cabeza de Blue y desprendiendo cuatro o cinco horquillas al hacerlo.

Los dos estaban temblorosos por el frío. El cielo negro y el recuerdo de las caras de los Laumonier le producían una sensación extraña a Blue, contaminando todo lo que la rodeaba de falsedad y dureza. Oyó el ruido de varias puertas de coche al cerrarse; en el aire nocturno, los sonidos parecían al mismo tiempo próximos y muy lejanos.

—Has estado impresionante —dijo Henry, levantando un brazo con la palma estirada.

Un insecto despegó zumbando de su mano. Los focos iluminaron por un instante su silueta, pero enseguida desapareció engullido por la oscuridad de la noche. Henry se quedó mirando cómo se alejaba y luego se sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Qué querían? —preguntó Blue—. ¿Por qué pensó el Hombre de Gris que te harían algo si te veían?

Henry leyó algo en la pantalla de su teléfono y luego alzó la vista hacia Blue.

—RoboBee… Gansey te ha hablado de ella, ¿no? Bien. Bueno, pues roboBee fue una de las primeras cosas por las que se pelearon Laumonier y Greenmantle. Lynch llevaba tiempo ofreciéndosela a los dos, pero al final se la vendió a mi madre para que ella me la regalara a mí. Mi madre nunca lo olvidó; de hecho, Laumonier y ella se detestan desde entonces.

—Pero los Laumonier no entraron aquí por ti, ¿verdad? —intervino Gansey, que miraba el teléfono de Henry por encima de su hombro.

Blue se puso de puntillas para atisbar la pantalla. El texto parecía describir los movimientos de Laumonier.

—No, qué va —respondió Henry—. Supongo que el coche de vuestro amigo les sonaba de los viejos tiempos; tal vez lo vieran en el aparcamiento y decidieran entrar para ver si podían obtener algo de Kavinsky, ya que estaban por aquí. No sé, la verdad. Los caminos de Laumonier son inescrutables. Ni siquiera sé si al verme reconocerían al chaval que encerraron en un agujero, porque he cambiado mucho desde entonces. Aun así, vuestro sicario debió de pensar que era demasiado arriesgado para mí. Me ha hecho un favor; no lo olvidaré.

Dio la vuelta al teléfono para que Blue pudiera leer en directo las acciones de Laumonier, que avanzaba lentamente hacia la salida del aparcamiento. El texto llegaba en tandas irregulares y poseía un ritmo humorístico y coloquial, como el propio Henry cuando había descrito la subasta que pronto tendría lugar. Eran los pensamientos de Henry plasmados en una pantalla, un tipo de magia peculiar y muy específico.

Mientras los tres leían juntos, Gansey se desabrochó el abrigo, atrajo a Blue hacia él y la envolvió en la tela. Aquello también era una magia peculiar y específica: la facilidad con la que sus cuerpos se ajustaban, la forma en que el calor de Gansey la envolvía, el ritmo constante de su corazón en el omóplato de ella… Gansey levantó la mano y tapó con delicadeza el ojo de Blue, como si quisiera protegerlo. En realidad, solo era una excusa para rozar su piel.

A Henry no pareció afectarle en absoluto aquel alarde público de intimidad. Apoyó varios dedos en la pantalla del teléfono, que parpadeó y empezó a reproducir el texto en caracteres coreanos.

—¿Quieres…? —comenzó a decir Blue—. ¿No te parece que deberías venir a casa de alguno de nosotros, esta noche?

La cara de Henry se iluminó con una sonrisa de sorpresa, pero sacudió la cabeza para rechazar el ofrecimiento.

—No puedo. Tengo que volver a Litchfield para capitanear el barco; no quiero ni pensar en lo que ocurriría si Laumonier apareciera por allí y encontrase a Cheng Dos y los demás, en vez de a mí. Le diré a roboBee que monte guardia hasta que… —hizo un movimiento impreciso con el dedo que los abarcó a los tres.

—¿Nos vemos mañana, entonces? —propuso Gansey—. He quedado a almorzar con mi familia. ¿Querríais venir los dos?

Ni Henry ni Blue se molestaron en responder; Gansey tenía que saber que solo le hacía falta proponérselo para que acudieran.

—Deduzco que ya somos amigos —dijo Henry.

—Debemos de serlo —repuso Gansey—, porque Jane piensa que es lo más adecuado.

—Es lo más adecuado —corroboró ella.

La expresión de Henry se hizo aún más luminosa. Era una sonrisa genuina y complacida; pero también era algo más, algo para lo que Blue no acababa de encontrar palabras.

—Estupendo —dijo guardándose el teléfono en el bolsillo—. El terreno está despejado; os dejo. Hasta mañana.



39

Esa noche, Ronan no soñó.

Después de que Gansey y Blue se marchasen de Los Graneros, Ronan se apoyó en una de las columnas del porche y observó cómo las luciérnagas titilaban en la helada oscuridad. Se sentía electrificado, en carne viva, hasta el punto de que le costaba creer que estuviera despierto. Normalmente, solo los sueños lo desnudaban hasta revelar aquella energía primaria. Pero aquello no era un sueño: era su vida, su casa, su noche.

Al cabo de un rato, oyó el ruido de la puerta a su espalda y notó la presencia de Adam junto a él. Los dos contemplaron en silencio las luces que danzaban sobre los prados. No era difícil darse cuenta de que Adam estaba absorto en sus pensamientos. En el interior de Ronan brotaban palabras que explotaban antes de salir al exterior. Ronan sentía que él ya había formulado la pregunta; no le tocaba a él contestarla.

Tres ciervos se asomaron entre los árboles del fondo, justo donde acababa el resplandor de las luces del porche. Entre ellos estaba el cervato soñado, con sus

cuernos como ramas o raíces. Ronan los observó y ellos le devolvieron la mirada, y de pronto, Ronan no lo pudo resistir más.

—¿Adam? —preguntó.

Cuando Adam lo besó, fue como si se concentraran todos los kilómetros por hora que Ronan había hecho de más en su vida. Fue como la suma de todas las carreras nocturnas con las ventanillas bajadas, la piel estremecida y los dientes entrechocando por el frío. Fueron las costillas de Adam bajo las manos de Ronan y la boca de Adam en su boca, una y otra y otra y otra vez. Fue el roce de su barba de un día en los labios y la necesidad de detenerse para recobrar el aliento, para reiniciar su corazón. Los dos eran animales hambrientos, pero Adam llevaba más tiempo ávido de alimento.

Ya dentro, los dos actuaron como si fueran a soñar, aunque sabían que no lo harían. Se dejaron caer en el sofá del salón y Adam recorrió con los dedos el tatuaje que cubría la espalda de Ronan, aquellas aristas afiladas que se entrelazaban de un modo temible y maravilloso.

—*Unguibus et rostro* —susurró Adam.

Ronan se llevó los dedos de Adam a la boca.

No pensaba dormir nunca más.



Aquella noche, el demonio no durmió.

Mientras Piper Greenmantle daba vueltas en la cama, soñando con la subasta inminente y con su ascenso a la fama entre la comunidad de coleccionistas de artefactos mágicos, el demonio se dedicó a deshacer.

Deshacía los atributos físicos de Cabeswater —los árboles, las criaturas, los helechos, los ríos, las piedras—, pero también deshacía las ensoñaciones del bosque: los recuerdos atrapados en las cañadas, las canciones inventadas en la noche, la lenta euforia que fluía rítmicamente alrededor de una de las cascadas… Tomaba todo lo que había sido soñado en aquel lugar y lo disolvía en la nada.

El soñador sería lo último.

Se resistiría.

Las criaturas como él siempre lo hacían.

Mientras desbarataba la trama del bosque, el demonio encontraba aquí y allá hebras de su propia historia entretejidas con la maleza. Era la historia de su origen. Aquella tierra fértil, enriquecida por la energía de la línea ley, no solo era propicia para los árboles y los reyes: también era un buen sustrato para que brotaran demonios, si se derramaba sobre ella la suficiente mala sangre.

Y en aquel bosque se había acumulado mala sangre más que de sobra para crear un demonio.

Pocas cosas entorpecían su labor. Era el enemigo natural del bosque, y no había ningún ser en el mundo que supiera cómo detenerlo. Solo se le resistían los árboles más antiguos, porque únicamente ellos recordaban cómo hacerlo. El demonio, lenta y metódicamente, los iba destejiendo desde dentro. De sus ramas en descomposición brotaban gotas negras, hasta que se derrumbaban por la falta de raíces.

Hubo un árbol que resistió más que los demás. Era la criatura más antigua del bosque; a lo largo de su vida había visto otros demonios y sabía que, a veces, lo importante no era salvarse, sino aguantar lo bastante para que alguien pudiera acudir al rescate. De modo que resistió y se estiró hacia las estrellas, incluso mientras el demonio carcomía sus raíces; resistió y cantó a los demás árboles, incluso mientras su tronco se descomponía; resistió y soñó con el cielo, incluso mientras el demonio acababa de desbaratarla.

Entre los demás árboles se levantó un coro de sollozos: si el demonio había deshecho aquella criatura, ¿quién podría plantarle cara?

El demonio no dormía.



Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de Gwenllian.

Aquella mañana, Gwenllian se despertó gritando.

—¡Despiértate! —aulló para sí mientras saltaba de la cama.

Su cabello golpeó el techo abuhardillado, y luego lo hizo su cráneo. Gwenllian se llevó la mano a la magulladura. Aún no había amanecido del todo, de modo que recorrió el ático apretando interruptores y tirando de cordeles hasta encender todas las luces de la estancia. Las sombras oscilaban aquí y allá.

—¡Despiértate! —volvió a gritar—. ¡Madre, madre!

Sus sueños aún se aferraban a ella, imágenes de árboles deshaciéndose en oscuridad y demonios deshaciendo entre susurros. Con un aspaviento, se desprendió las telarañas del pelo y de las orejas. Luego se puso un vestido sin desabrocharlo, y también una falda, sus botas y su jersey: necesitaba una coraza. Ya vestida, esquivó las cartas que

había dejado esparcidas por el suelo y las plantas que había quemado para ayudarse a meditar y se dirigió hacia los dos espejos que su predecesora había dejado en la buhardilla. Neeve, Neeve, la bella Neeve. Gwenllian habría sabido su nombre aunque las demás no se lo dijeran, porque los espejos lo bisbiseaban y lo cantaban y lo cuchicheaban todo el tiempo. La amaban y la detestaban al mismo tiempo; la censuraban y la admiraban; la elevaban y la juzgaban. Neeve, Neeve, la odiosa Neeve, había ambicionado que el mundo la respetara y había hecho todo cuanto estaba en su mano para conseguirlo. Y al final, Neeve, Neeve, la bella Neeve, no se había respetado a sí misma.

Los dos espejos de cuerpo entero estaban enfrentados, reflejándose mutuamente hasta la eternidad. Neeve había realizado un complejo ritual para hacer que contuvieran todas las posibilidades que podía imaginar para sí misma y también algunas más; y al final, una de esas posibilidades la había devorado. Brujería auténtica, habrían dicho las mujeres de Sycharth, y habrían terminado confinadas en el bosque.

Gwenllian se situó entre los dos espejos y estos comenzaron a ulular y a tirar de ella. El cristal no estaba hecho para albergar tantas posibilidades juntas; la mayor parte de las personas no estaban hechas para procesar tantas posibilidades juntas. Pero Gwenllian, en realidad, era un tercer espejo, de modo que apoyó una mano en cada superficie de cristal y dejó que la magia rebotara en ella. Se internó en las posibilidades y miró a su alrededor, saltando de una falsa verdad a otra.

—Madre, madre —llamó en voz alta; sus desordenados pensamientos se transmutaban si no los pronunciaba en cuanto llegaban a su mente.

Y allí estaba su madre: en el presente real, en la posibilidad existente, en esta realidad en la que Neeve estaba muerta. Un bosque casi deshecho por un demonio, y la madre de Gwenllian deshecha con él.

Deshecha

Deshecha

Des

Gwenllian chilló y derribó los espejos, que se rompieron con estrépito. Alguien gritó en el piso inferior: la casa había despertado. Sin dejar de chillar, Gwenllian recorrió la habitación en busca de alguna herramienta, de un arma. No había muchos objetos contundentes en la buhardilla… Ah, ahí estaba. Aferró una lámpara de mesa, desenchufando el cable de un tirón, y se abalanzó escalera abajo. Bum bum bum bum, sonaban sus pies en los peldaños de madera.

—Artemusssssss —canturreó con voz quebrada.

Entró con sigilo en la cocina, solo iluminada por el reloj del horno y por la luminosidad grisácea que entraba por la ventana. No había sol; solo niebla.

—¡Artemussssss!

Sabía que estaba despierto; debía de haber soñado lo mismo que ella. Al fin y al cabo, por sus venas corría la misma sustancia hecha de luz de estrellas.

—Vete —dijo Artemus desde el interior de la despensa.

—¡Abre la puerta, Artemussssss! —exclamó Gwenllian.

Le faltaba el aliento. No podía dejar de temblar. El bosque, deshecho; su madre, deshecha. Aquel mago cobarde que se refugiaba en su escondrijo había provocado la muerte de todos con su inacción. Gwenllian trató de abrir la puerta, pero Artemus la había bloqueado desde dentro.

—¡Hoy no, gracias! —dijo Artemus—. He tenido demasiados sobresaltos en esta década. ¡Tal vez la que viene! ¡No podría soportarlo! Gracias por su atención.

Y pensar que aquel sujeto había sido consejero de reyes.

Gwenllian estrelló la lámpara contra la puerta. La bombilla se hizo añicos con un tintineo, y el astil de la lámpara se hincó en el endeble contrachapado.

—El conejito está en su madriguera, viene el zorro y entra en ella, llega el perro y entra también —canturreó—. ¡Vamos, conejito, sal de tu madriguera! Tengo preguntas que hacerte. Preguntas sobre demonios.

—¡Soy una criatura de crecimiento lento! —lloriqueó Artemus—. ¡Necesito tiempo para adaptarme!

—¡Si hay un ladrón en la casa, decidle que vuelva cuando cerremos el negocio! —gritó Cala desde el piso de arriba.

—¿Sabes lo que le ha ocurrido a mi madre, rama fétida? —aulló Gwenllian, desprendiendo la lámpara de un tirón para volver a estrellarla en la puerta—. ¡Ven y te diré lo que he visto en mis espejos espejitos!

—Vete, Gwenllian —farfulló Artemus—. ¡No puedo hacer nada por ninguno de vosotros! ¡Dejadme en paz!

—¡Puedes decirme dónde está mi padre, especie de matojo! ¿En qué agujero lo dejaste?

Crac.

La puerta se partió por la mitad. Artemus se refugió en la oscuridad del fondo, acurrucado entre tupperwares, bolsas reutilizables y sacos de harina. Al ver que Gwenllian esgrimía la lámpara una vez más, ocultó la cara entre las manos.

—¡Gwenllian! —gritó Blue—. ¿Se puede saber qué haces? ¡Las puertas cuestan dinero!

La hija menor de Artemus —una hija que él no merecía en modo alguno— había acudido a rescatarlo, y había aferrado a Gwenllian justo antes de que estrellase la lámpara contra el cráneo de aquel pusilánime.

—¿No quieres que conteste a tus adivinanzas, Blue Lily? —berreó Gwenllian—. No soy la única que quiere respuestas. ¿Es que no oíste cómo gritaba mi madre,

Artemussss?

—Vamos, Gwenllian, tranquilízate. Es muy temprano. Estamos todas durmiendo. Bueno, estábamos.

Ella dejó caer la lámpara, se liberó de un tirón y se lanzó sobre Artemus para agarrarlo del pelo y del brazo. Lo arrastró hasta sacarlo a la cocina, mientras él chillaba como un perro.

—¡Mamá! —llamó Blue mientras se protegía el ojo malo con la mano.

Artemus, tirado en el suelo entre Gwenllian y ella, las miraba alternativamente a las dos.

—Háblame de ese demonio, Artemus —susurró Gwenllian—. Dime a quién deshará ahora. Dime dónde está mi padre. Dime, dime.

Sin previo aviso, Artemus se incorporó de un salto y se puso a correr. Gwenllian trató de agarrarlo, pero resbaló en los añicos de la bombilla y cayó con violencia sobre una cadera. Cuando logró levantarse, Artemus ya salía por la puerta corredera que daba al patio. Gwenllian salió a toda prisa y, entre la bruma, vio que Artemus se había encaramado a la primera rama del haya.

—¡No te aceptará, rata cobarde! —chilló, aunque temía que no fuera cierto.

Se lanzó en su persecución y empezó a trepar tras él; estaba familiarizada con los árboles y sus ramas, y era más ágil que Artemus.

—Liante, soñador, especie de… —masculló furiosa.

Su vestido se enganchó en una rama, lo que dio un respiro a Artemus. El mago estiró los brazos, aferró una rama más alta y se encaramó a ella. Gwenllian, ya liberada, emprendió de nuevo el ascenso, envuelta en el rumor de las hojas y los crujidos de las ramas más finas.

—¡Socorro! —gritó Artemus; solo que no utilizó esa palabra, sino «*¡Auxiril!*», en una exclamación atropellada, despavorida y desesperada.

—Mi madre —jadeó Gwenllian, poniendo sus pensamientos en palabras sin filtro alguno—. Mi madre, mi madre, mi madre.

Las hojas secas de la copa del haya se estremecieron y llovieron a su alrededor.

Gwenllian trató de atrapar a Artemus de un salto.

—*¡Auxiril!* —volvió a suplicar él.

—¡Esta vez no vas a salvarte!

—*Auxiril…* —musitó Artemus abrazándose al tronco.

Las hojas secas que aún quedaban en las ramas cayeron con un murmullo. Las ramas se agitaron. El suelo onduló, empujado por el avance subterráneo de las raíces. Gwenllian manoteó en busca de un asidero, lo encontró y volvió a perderlo. La rama que la sostenía vibró y se sacudió como si la golpeara un vendaval. La tierra susurró a sus pies, removida por las raíces; estaban demasiado lejos del camino de los muertos

para hacer aquello, pensó Gwenllian, y aun así Artemus iba a hacerlo, típico, típico, típico. Y entonces, la rama en la que estaba ella se zarandeó y la tiró al vacío.

Aterrizó sobre un hombro, con tanta violencia que todo el aire escapó de sus pulmones. Cuando logró recobrar el aliento, vio que Blue y su amigo muerto la miraban fijamente. Había más personas en el umbral de la casa, pero el golpe la había dejado demasiado confusa para identificarlas.

—¿Qué…? —exclamó Blue—. ¿Qué acaba de pasar? ¿Está Artemus en…?

—¿… en el árbol? —completó Noah.

—Mi madre estaba en un árbol y ahora está muerta —masculló Gwenllian con rabia—. Tu padre está en un árbol y es un cobarde. Tú sales perdiendo. ¡Te mataré en cuanto salgas, rama ponzoñosa! —gritó volviéndose hacia el haya.

Sabía que Artemus podía oírla, que su alma estaba acurrucada en el interior de aquel árbol. Maldita luz arbórea, maldito mago…

A Gwenllian la ponía frenética saber que él podría refugiarse allí dentro mientras el árbol viviese. Y como el demonio no tenía motivos para interesarse por un árbol tan alejado de Cabeswater, una vez más Artemus emergería indemne cuando todo y todos los demás hubieran muerto.

Ah, qué furia insoportable…

Blue miraba el árbol con la boca entreabierta por el asombro.

—¿De verdad… de verdad está dentro?

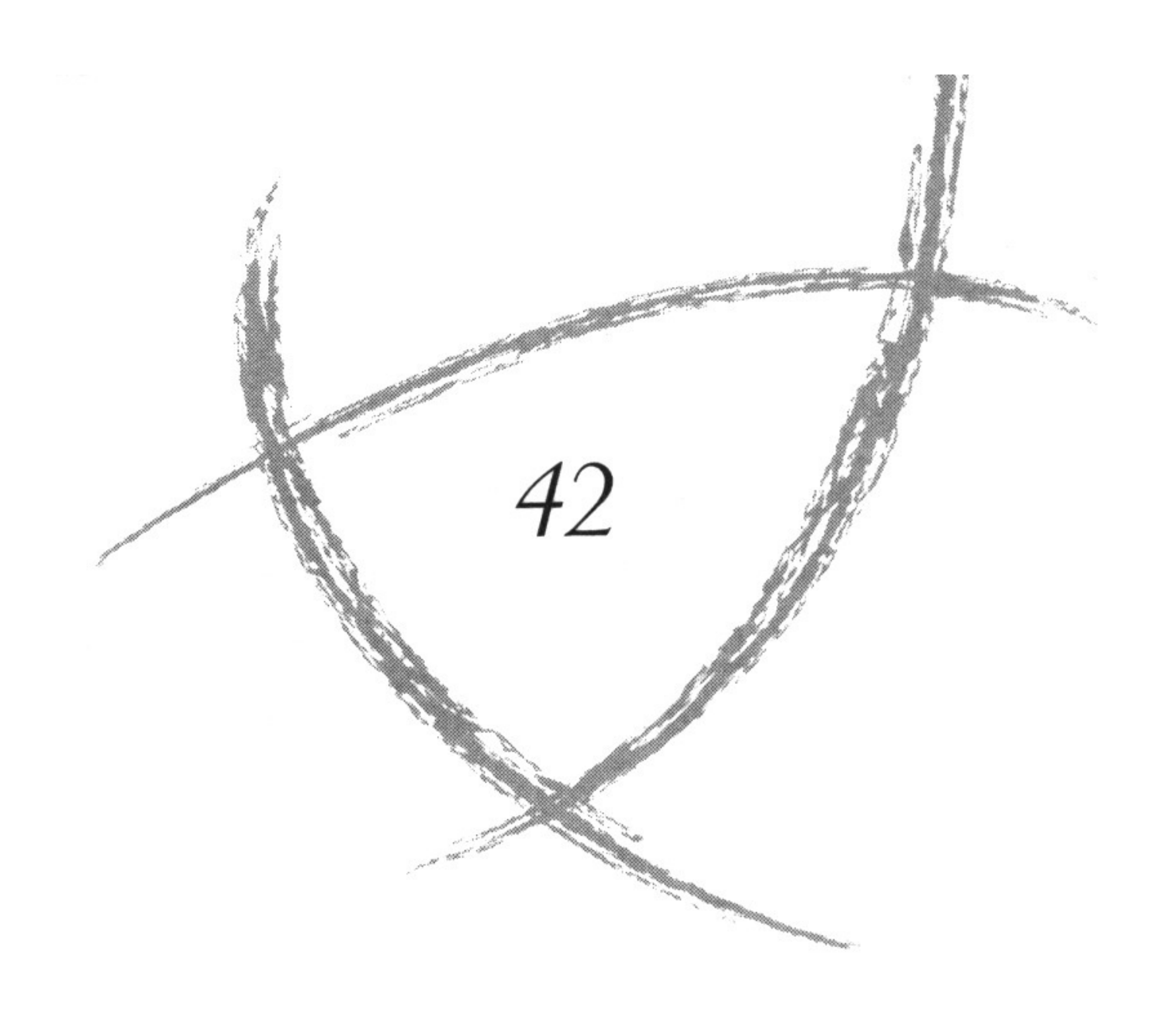
—¡Pues claro! —chilló Gwenllian, poniéndose en pie y levantándose la falda para no volver a tropezar con ella—. ¡Eso es lo que es! Esa es la sangre que corre por tus venas. ¿No notas que las recorren raíces? Diantres… ¡Diantres!

Muy digna, Gwenllian regresó a la casa a grandes zancadas y apartó a Maura y a Cala para entrar.

—Gwenllian, ¿qué pasa? —preguntó Maura.

Ella se detuvo en el umbral.

—Viene un demonio. Todos moriremos. Menos el inútil de su padre, que vivirá para siempre.



El sábado, Adam se despertó rodeado de un silencio absoluto. Había olvidado que existiera un silencio así. La bruma se deslizaba ligera tras las ventanas de la habitación de Declan, acallando a los pájaros. La granja estaba demasiado lejos de cualquier carretera para que llegara hasta ella el rumor de los automóviles. No se oían ruidos de oficina en el piso de abajo; nadie paseaba con su perro por la calle; ningún niño parloteaba esperando al bus de la escuela. Solo se oía un silencio tan profundo que parecía presionarle en los oídos.

De súbito, Cabeswater emergió boqueando en su interior. Adam se sentó, sobresaltado. Para que Cabeswater regresara, tenía que haberse marchado antes.

«¿Estás ahí?».

Adam sintió el roce de sus propios pensamientos, capa tras capa, y luego, en un susurro apenas perceptible, la presencia de Cabeswater. Algo marchaba mal.

A pesar de todo, se concedió un momento antes de apartar el edredón y levantarse. Allí estaba: acababa de despertar en la casa de los Lynch, vestido con la ropa del día

anterior, aún olorosa al humo de la barbacoa. Se suponía que esa mañana tenía una asignatura optativa —Pesas—, pero la hora había pasado hacía mucho ya. Su boca aún recordaba los labios de Ronan Lynch.

¿Qué estaba haciendo? Ronan no era alguien con quien se pudiera jugar. Pero a Adam no le parecía estar jugando.

«Vas a marcharte de Henrietta», se dijo.

Sin embargo, lo cierto era que había dejado de sentir aquel fuego en los talones. Y la frase ya no iba seguida de su segunda parte: «… para no volver jamás».

Se dirigió a la planta baja, asomándose a todas las estancias junto a las que pasaba, pero no parecía haber nadie más en la casa. Por un momento de desconcierto, imaginó que estaba soñando, que aquel paseo por la granja desierta no era real.

Luego, su estómago gruñó. Adam fue a la cocina, donde comió dos panecillos de hamburguesa y bebió un buen trago de leche directamente del envase. Satisfecho, tomó prestada una chaqueta del perchero y salió.

Fuera, los prados parecían flotar en una corriente de bruma y rocío. Adam recorrió el camino alfombrado de hojarasca húmeda que cruzaba los pastos. Fue deteniéndose junto a cada granero para escuchar. No se oía nada, pero a Adam no le importó. Lo reconfortaba aquella quietud absoluta, solo poblada por el cielo encapotado y por sus propios pensamientos.

En su interior no había nada salvo tranquilidad.

Un animalillo correteó rompiendo el silencio. Su trote era tan rápido y repentino, tan extraño que Adam no se dio cuenta de que era la niña huérfana hasta que la mano de ella se deslizó en la de él. La niña sostenía un palo ennegrecido por la humedad; cuando Adam bajó la vista para mirarla a la cara, se dio cuenta de que tenía trocitos de corteza enganchados entre los dientes.

—¿Puedes comer eso? —preguntó—. ¿Dónde está Ronan?

Ella le apoyó la mejilla con afecto en el dorso de la mano.

—*Savende e'lintes i firen…*

—Inglés o latín —le pidió él.

—¡Por ahí! —exclamó la niña; pero en vez de indicarle una dirección, le soltó la mano y empezó a trotar en círculos a su alrededor, agitando los brazos como un pajarillo.

Adam siguió su camino, con la niña orbitando en torno a él. De pronto, un pájaro que los sobrevolaba giró en redondo y se detuvo en el aire. Era Sierra, que había divisado el extraño trote de la niña huérfana. Soltó un graznido y echó a volar en dirección opuesta, hacia los pastos altos.

Allí fue donde Adam encontró a Ronan, una mancha oscura en el prado desteñido por la niebla. Sierra debía de haberlo alertado, porque se dio la vuelta, con las manos

hundidas en los bolsillos de su chaqueta negra, y observó cómo Adam se acercaba.

—Parrish —saludó, y se quedó mirándolo. Claramente, aún no daba nada por sentado.

—Lynch —respondió Adam.

La niña huérfana trotó entre los dos y le dio unos golpecitos a Ronan con la punta del palo.

—Estate quieta, mocosa —dijo él.

—¿Crees que debería comer palos?

—No sé. Ni siquiera sé si tiene órganos internos.

Adam se echó a reír, sorprendido por lo absurdo que era todo.

—¿Has desayunado? —le preguntó Ronan.

—¿Algo que no sean palos? Sí. Y he faltado a Pesas.

—Los angelitos lloran por tu culpa. ¿Quieres acarrear unas cuantas pacas de paja? Eso te convertirá en un hombre de pelo en pecho. Eh, si vuelves a darme una vez más con ese maldito palo… —estalló volviéndose hacia la niña huérfana.

Mientras Ronan y la niña jugaban —él pretendía quitarle el palo, ella lo esquivaba —, Adam cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Si quisiera, podría entrar en trance en ese mismo momento. El silencio y la brisa que le acariciaba la garganta lo llevarían lejos de allí; la humedad que le impregnaba los zapatos y el aroma a criaturas vivientes lo mantendrían anclado. Dentro, fuera. No sabía si se estaba permitiendo idealizar aquel lugar o si estaba idealizando a Ronan; ni siquiera estaba seguro de que las dos cosas fueran diferentes.

Al abrir los ojos, vio que Ronan lo miraba de la misma forma en que llevaba meses mirándolo. Adam le devolvió la mirada de la misma forma en que llevaba meses haciéndolo.

—Tengo que soñar —dijo Ronan.

Adam agarró la mano de la niña huérfana.

—No: tenemos que soñar —le corrigió.



A veinticinco minutos en coche de allí, Gansey, muy despierto, pensaba que había metido la pata.

Aún no sabía qué había hecho mal, y conociendo a su familia, era muy posible que no lo averiguara jamás. Pero podía sentirlo con tanta claridad como sentía la historia de Glendower cerrándose a su alrededor. En el hogar de los Gansey, el enojo era como la esencia de vainilla: se usaba con prudencia, siempre combinado con otros ingredientes, y normalmente solo era identificable después de haber tragado el bocado. Con la práctica era posible identificar su sabor, pero tampoco es que eso sirviera de nada. «Este bizcocho tiene un toque de enfado, ¿no crees?». «Ah, sí, quizá una pizca…».

Fuera como fuese, Helen estaba enfadada con él.

Los Gansey se habían reunido en una antigua escuela remodelada que formaba parte de su patrimonio inmobiliario. Era un acogedor edificio de piedra situado en las

verdes y deshabitadas colinas que separaban Washington D. C. de Henrietta, y que se alquilaba ocasionalmente como alojamiento de fin de semana. Los padres y la hermana de Gansey habían pasado allí la noche anterior; de hecho, habrían tratado de convencerlo de que fuera él también, y él habría accedido si no fuera por Ronan y por Henry. Tal vez fuera por eso por lo que Helen estaba molesta con él…

En cualquier caso, le parecía haber compensado su teórica falta llevando a dos amigos interesantes para deleite de su familia. A los Gansey les encantaba festejar a sus huéspedes; tener gente en casa les proporcionaba la oportunidad de exhibir su destreza culinaria.

Y aun así, Helen seguía molesta. Sus padres, no; ellos se alegraron mucho de verlo —«¡Qué bronceado estás, Dick!»— y, como él había supuesto, se animaron aún más al ver a Henry y a Blue. Henry aprobó de inmediato el test implícito de aptitud que tan incómodos había hecho sentirse a Adam y a Ronan; en cuanto a Blue… En fin, aquella curiosidad aguda e indefinible que mostraba su rostro, y que había cautivado a Gansey al conocerla, pareció cautivar igualmente a su familia. Mientras cortaban berenjenas, los Gansey mayores empezaron a hacerle preguntas sobre la profesión de su madre.

Blue les describió una jornada cualquiera en el 300 de Fox Way, con un nivel de asombro y emoción considerablemente menor al que había mostrado en el coche mientras le narraba a Gansey cómo su padre había desaparecido en el interior de un árbol. Enumeró la consulta de videncia telefónica, las limpiezas energéticas de casas, los círculos de meditación y las echadas de cartas. Los padres de Gansey la escuchaban atentamente, fascinados por su estilo imperturbable; si hubiera intentado caerles bien, jamás habría despertado su interés. Pero Blue se limitaba a describir las cosas como eran, sin esperar nada de ellos, y eso les encantó.

Tener a Blue allí hizo a Gansey dolorosamente consciente de la forma en que ella debía de verlos: el Mercedes de coleccionista aparcado en la entrada, los pantalones de buen corte, el cutis impecable, los dientes perfectos, las gafas Burberry, los pañuelos de Hermes… Incluso podía ver aquella casa con los ojos de Blue. Hasta ese día, jamás habría creído que la antigua escuela fuera un alojamiento lujoso; su mobiliario era sobrio, incluso austero, habría podido decir Gansey. Pero ahora que se había familiarizado con el mundo de Blue, se daba cuenta de que era precisamente aquella parquedad lo que daba impresión de riqueza. Los Gansey no necesitaban tener muchas cosas en la casa, porque cada uno de los objetos que poseían era adecuado para su propósito. No había ninguna estantería barata adaptada para guardar los platos de la cocina; no había ninguna mesa de escritorio que sirviera al mismo tiempo para trabajar y para guardar juguetes y materiales de costura; no había cacerolas amontonadas en los armarios ni escobillas de baño metidas en cubos de plástico. No: incluso en aquella

vieja escuela, todo era estético. Para eso servía el dinero: para ocultar las escobillas en cacharros de cobre, para disimular los platos tras puertas de cristal esmerilado, para meter los juguetes en baúles de madera maciza y colgar las sartenes de soportes de hierro forjado.

Gansey se sentía avergonzado solo de pensarlo.

Llevaba un buen rato tratando de encontrar la mirada de Blue o la de Henry para ver si se sentían bien; pero ejercer la sutileza en una sala llena de miembros de la familia Gansey era imposible, porque aquel era un lenguaje que todos dominaban. No había modo de preguntar discretamente a sus amigos si necesitaban que los rescatase, porque todos sus mensajes serían interceptados. Y así, los seis continuaron charlando de esto y de aquello hasta que el almuerzo estuvo listo para sacarlo al porche trasero.

Una vez allí, Henry y Blue se sentaron demasiado alejados de él para que pudiera lanzarles ayuda humanitaria si lo necesitaban.

Helen se sentó junto a él con gesto deliberado. A Gansey estaba empezando a empalagarle el sabor de la vainilla.

—El señor Child dice que vas un poco atrasado con tus solicitudes de matrícula para la universidad —dijo su padre, inclinándose para servir cucharadas de quinoa en los platos.

Gansey se afanó en sacar un mosquito de su té helado, y su madre, como si quisiera solidarizarse con él, agitó la mano para espantar un insecto invisible.

—¿No hace demasiado frío para que haya bichos? Debe de haber agua estancada por los alrededores.

Gansey depositó con cuidado su mosquito en el borde de la mesa.

—Sigo en contacto con Dromand, después de todos estos años —dijo el padre de Gansey—. Aún está metido en todo lo que se cuece en el departamento de Historia de Harvard, si es eso lo que te interesa.

—No, por Dios —protestó la madre de Gansey—. Mejor Yale, ¿no crees?

—¿Como Ehrlich? —preguntó su marido. Soltó una risita suave, como si se tratara de una broma privada—. Que esto nos sirva a todos de lección.

—Ehrlich es un caso aparte —repuso la madre de Gansey, y los dos hicieron entrechocar sus vasos en un brindis misterioso para los demás comensales.

—¿Has enviado alguna solicitud ya? —preguntó Helen.

Su voz rezumaba peligro; era algo imperceptible para cualquiera ajeno a la familia, pero lo bastante claro para que su padre la mirase con el ceño fruncido.

Gansey pestañeó.

—Aún no.

—No recuerdo qué plazos tenían estas cosas —dijo su madre—, pero se cumplen pronto, ¿verdad?

—El tiempo se me ha pasado volando —repuso Gansey; era la forma más sencilla que se le ocurría de decir «se supone que voy a morir antes de empezar la universidad, de modo que he dedicado mi tiempo libre a otros asuntos».

—Hace poco leí un estudio sobre los años sabáticos —intervino Henry, sonriendo al plato con una expresión que venía a significar: «Yo también domino el lenguaje de la sutileza»—. Se supone que son beneficiosos para la gente como nosotros.

—¿Y quién es la gente como nosotros? —replicó la madre de Gansey en tono divertido, como si le gustase la idea de que hubiera algo común entre todos ellos.

—Bueno, ya sabe: los jóvenes excesivamente cualificados que acabamos por sufrir colapsos nerviosos en nuestra noble persecución de la excelencia.

Los padres de Gansey se echaron a reír. Blue pellizcó su servilleta. Henry había rescatado a Gansey, pero había hecho naufragar a Blue.

El señor Gansey se dio cuenta y devolvió la pelota antes de que tocase el suelo.

—Me encantaría leer algo escrito por ti sobre tu niñez en una casa llena de adivinas, Blue. Podrías darle un tono académico o autobiográfico; de cualquiera de las dos formas sería fascinante. Tienes un estilo muy característico, que se percibe incluso cuando hablas.

—Ah, sí, yo también me he dado cuenta. Es la cadencia de Henrietta —repuso la señora Gansey con calidez, y Gansey se maravilló una vez más de lo bien que jugaban sus padres en equipo. «Bola salvada, punto para el matrimonio Gansey, ventaja para el Equipo Buen Rollo».

—Ay, casi se me olvida la *bruschetta* —exclamó Helen—. Un poco más y se quema. Dick, ¿me ayudarías a traerla a la mesa?

El Equipo Buen Rollo acababa de ser dispersado. Gansey estaba a punto de descubrir qué había hecho mal.

—Sí, cómo no —respondió—. ¿Queréis que os traiga algo, ya que voy a la cocina?

—Si puedes traerme la agenda que dejé junto a la consola, te lo agradecería mucho —dijo su madre—. Tengo que llamar a Martina para asegurarme de que llegará con suficiente antelación.

Los dos hermanos se dirigieron a la cocina. Una vez allí, Helen sacó las tostadas del horno antes de encararse con Gansey.

—¿Recuerdas cuando te dije: «Cuéntame todas las mierdas que puedan sacarles los periodistas a tus colegas para que pueda solucionarlas antes de que mamá llegue a Henrietta»?

—Doy por sentado que se trata de una pregunta retórica —respondió Gansey mientras colocaba ingredientes sobre las tostadas.

—No me contaste nada de relevancia —dijo Helen.

—Te mandé recortes de los bromazos de la Semana del Pavo.

—Pero olvidaste mencionar que habías sobornado al director del colegio.

Gansey se quedó inmóvil.

—De modo que es cierto —dedujo Helen sin dificultad; los dos hermanos Gansey compartían la misma frecuencia de onda—. ¿Por cuál de ellos lo hiciste? ¿Qué amigo querías salvar? Ya sé: el del aparcamiento de caravanas.

—No le faltes al respeto, ¿quieres? —replicó Gansey con tono seco—. ¿Quién te lo contó?

—La burocracia. Aún no eres mayor de edad, ¿recuerdas? ¿Cómo lograste convencer a Brulio de que te redactase ese documento? En teoría, es el abogado de papá.

—Esto no tiene nada que ver con papá. No gasté dinero suyo.

—Tienes diecisiete años; no posees dinero propio.

Gansey se volvió para mirarla.

—Veo que no leíste la segunda página del documento.

—En mi teléfono solo se abría la primera —respondió Helen—. ¿Por qué? ¿Qué decía la segunda página? Dios… Le has regalado tu almacén a Child, ¿no es eso?

Sonaba tan claro, dicho así… Gansey suponía que era verdad: un diploma de Aglionby a cambio de Manufacturas Monmouth.

«Lo más probable es que desaparezcas antes de echarlo de menos», se recordó.

—En primer lugar, ¿qué narices ha hecho para merecer una cosa así? —se indignó Helen—. ¿Estás durmiendo con él?

—¿Acaso te parece que la amistad no es suficiente? —replicó Gansey en tono helado.

—Dick, por más que te esfuerces por parecer digno y virtuoso, sabes que te has colado. Has descendido tanto que, para salir del agujero en el que te has metido, necesitas una escalera y una mesita para colocarla debajo de la escalera. ¿Te das cuenta de lo rematadamente mal que quedaría mamá si esto saliera a la luz pública?

—Mamá no tiene nada que ver en esto. Es cosa mía.

Helen torció la cabeza. Normalmente, Gansey no advertía la diferencia de edad entre los dos; pero en ese momento su hermana era evidentemente una adulta experimentada, mientras que él era… lo que fuese.

—¿Tú crees que a los periodistas les importa si es cosa tuya o de ella? Por Dios, Dick: tienes diecisiete años, y el documento lo preparó el abogado de la familia. Es un ejemplo de corrupción familiar, etcétera, etcétera. No puedo creer que no pudieras esperar al menos hasta después de las elecciones para hacerlo.

Pero Gansey no sabía cuánto tiempo le quedaba; ni siquiera sabía si estaría vivo después de las elecciones. Pensar en eso le oprimió el pecho y le aceleró la respiración, de modo que apartó la idea tan rápido como pudo.

—No pensé en las consecuencias que podría tener para la campaña —confesó.

—¡Claro que no lo pensaste! De hecho, no puedo ni imaginar en qué pensabas. Ayer me pasé todo el viaje tratando de figurármelo y no fui capaz.

Gansey arrastró un trozo de tomate por la tabla de cortar, con el corazón aún encogido.

—No quería que lo echara todo a perder —dijo con un hilo de voz—. Sigue disgustado por la muerte de su padre, y ahora cree que no le hace falta el título de secundaria; pero yo quiero asegurarme de que lo tenga en el futuro, cuando se dé cuenta de que lo necesita.

Helen se quedó callada y Gansey se dio cuenta de que estaba de nuevo analizándolo, deduciendo sus motivos y las razones de sus actos. Siguió empujando el trozo de tomate de un lado a otro mientras pensaba que, al fin y al cabo, ni siquiera estaba seguro de que Ronan necesitase nunca el título, y que ahora se arrepentía de haber hecho el trato con Child, a pesar de que no había sido capaz de dormir hasta cerrarlo. Se había equivocado en muchísimas cosas, y ahora que el tiempo se agotaba, ya no podía repararlas. Aquel había sido un secreto solitario, difícil de llevar en la conciencia.

Para sorpresa suya, Helen lo abrazó.

—Hermanito —le susurró al oído—, ¿se puede saber qué te pasa?

Los Gansey no eran muy dados a los abrazos; normalmente, Helen no se habría arriesgado a que su blusa se arrugara. Sus finas pulseras de oro hacían surcos en el brazo de Gansey. De algún modo, la suma de esos elementos puso a Gansey peligrosamente al borde de las lágrimas.

—¿Y si no llego a encontrarlo? —susurró al fin—. A Glendower, digo.

Helen dejó escapar un suspiró y le soltó.

—Tú y tu rey… ¿Cuándo acabará la cosa?

—Cuando lo encuentre.

—Y entonces, ¿qué? ¿Qué ocurrirá si lo encuentras?

—Nada. Eso es todo.

No era una buena respuesta, y a Helen no le satisfizo. Sin embargo, se limitó a estrechar los ojos y alisó algunas arrugas en la tela de su blusa.

—Siento haber arruinado la campaña de mamá —dijo Gansey.

—No la has arruinado. Solo tengo que… Yo qué sé. Ya encontraré algún esqueleto en el armario de Child para asegurarme de que no nos la juega —repuso Helen, que, siempre dispuesta a organizar cosas concretas, no parecía muy disgustada

por la tarea—. Vaya por Dios. Y yo que pensaba que tendría que vérmelas con algo de novatadas o de posesión de marihuana… Por cierto, ¿quién es la chica que has traído? ¿Os habéis besado?

—No —respondió Gansey sin faltar a la verdad.

—Deberías hacerlo.

—¿Te cae bien?

—Es rara. Tú también.

Los hermanos Gansey sonrieron.

—Vamos, hay que sacar la *bruschetta* a la mesa —dijo Helen—. A ver si salimos vivos de este fin de semana.



Se habían equivocado.

Adam lo supo en el preciso instante en que cayó por la negra boca del cuenco. Pero ya era tarde: no podía dejar a Ronan solo en aquel sueño.

Su cuerpo físico estaba sentado a lo indio en Los Graneros, frente a un cacharro para perros lleno de agua que había usado como cuenco de adivinación. El cuerpo de Ronan estaba acurrucado en el sofá. La niña huérfana estaba sentada junto a Adam, mirando también el cuenco.

Aquello era real.

Pero también lo era la sinfonía enferma en que se había convertido Cabeswater. El bosque se desleía en un vómito oscuro. Los árboles se derretían en negrura, pero al revés, con largos hilos viscosos que goteaban hacia el cielo. El aire se estremecía y oscilaba repentinamente. La mente de Adam no lograba procesar lo que veía. Era el horror del árbol negro que habían visto ya, pero extendido al bosque entero, incluso al

aire. Si no hubiera quedado nada del auténtico Cabeswater, la visión podría haber sido menos terrorífica —más fácil de descartar como una simple pesadilla—; pero Adam distinguía retazos del bosque que se debatían para no perecer.

«¿Cabeswater?».

No hubo respuesta.

Adam no sabía qué sería de él si Cabeswater moría.

—¡Ronan! —gritó—. ¿Estás ahí?

Tal vez Ronan estuviera solo dormido, sin soñar. Quizá estuviera soñando en otro lugar. Incluso podía haber llegado allí antes que Adam y haber muerto dentro de su sueño.

—¡Ronan!

—Kerah —gimió la niña huérfana.

Pero cuando Adam la buscó con la mirada, no logró encontrarla. ¿Lo habría acompañado en su trance? ¿Podría Ronan soñar otra niña igual que ella? Ronan conocía la respuesta: sí. Él había visto cómo un Ronan soñado moría ante los ojos del propio Ronan; podía haber un número infinito de niñas huérfanas en aquel bosque. «Maldita sea…», pensó, dándose cuenta de que no sabía cómo llamarla. Decidió emplear el único nombre que le conocía:

—¡Niña huérfana!

Nada más gritarlo, se arrepintió de haberla llamado así; en aquel lugar, las cosas eran lo que se dijera que eran. En cualquier caso, la niña no respondió.

Adam empezó a caminar por el bosque, con cuidado de no olvidar el cuerpo que lo aguardaba en Los Graneros. Se esforzó por sentir sus manos alrededor del frío cuenco, la presión del suelo de madera en sus nalgas, el olor de la chimenea que estaba encendida a su espalda. «Recuerda dónde estás, Adam».

No quería volver a llamar a Ronan: le daba miedo que aquella pesadilla fabricara un duplicado. Todo lo que veía era terrible. Una serpiente disolviéndose en vida; un ciervo corriendo a cámara lenta sin moverse del sitio, con enredaderas atravesando su cuerpo aún viviente; una criatura que no era Adam, pero iba vestida igual que él… Adam se sobresaltó, pero enseguida vio que el extraño muchacho no lo miraba. Estaba ocupado devorando lentamente sus propias manos.

Adam contuvo un estremecimiento.

—Cabeswater, ¿dónde está? —preguntó con voz rota.

Cabeswater resolló, esforzándose por apaciguar a su mago. Ante Adam apareció una roca. No: había estado siempre ahí, como ocurría en los sueños, igual que Noah aparecía y desaparecía. No era la primera vez que Adam veía aquel peñasco. Su superficie estriada estaba cubierta de palabras de color ciruela escritas con la letra de Ronan.

Adam oyó un grito a su espalda y se refugió al otro lado de la roca.

Allí lo vio: Ronan. Por fin, por fin…

Ronan rodeaba lentamente un bulto tirado en la hierba requemada, entre los árboles marchitos. Cuando Adam se acercó, distinguió un animal muerto. Resultaba difícil adivinar qué había sido. En su piel, muy blanca, había cortes largos y profundos cuyos rosados bordes se rizaban sobre sí mismos. Una maraña de tripas surgía bajo una grasienta solapa de piel gris y se enredaba en una garra manchada de rojo. El cuerpo estaba salpicado de setas que brotaban de la carne, pero había algo tan espantosamente deforme en ellas que a Adam le costaba mirarlas.

—No —masculló Ronan—. Ah, no. Será cabrón…

—¿Qué es? —preguntó Adam.

La mano de Ronan tembló suspendida sobre dos picos alineados, ambos festoneados de una sustancia negra con pegotes rojizos que Adam no quiso examinar muy de cerca.

—Mi horror nocturno. Dios… Mierda.

—¿Cómo habrá llegado aquí?

—No lo sé. Es como si esto afectara a todo lo que me importa —dijo Ronan levantando la vista hacia Adam—. ¿Es esto una pesadilla, o es real?

Adam le sostuvo la mirada. Ahora, las pesadillas eran reales. Cuando estaban en Cabeswater los dos juntos, no había diferencia entre los sueños y la vigilia.

—¿Qué está causando esto? —preguntó Ronan—. No oigo los árboles. Nada me habla.

Adam siguió mirándolo sin decir nada. No quería decir la palabra «demonio» en voz alta.

—Quiero despertarme —dijo Ronan—. ¿Podemos hacerlo? No quiero llevar de vuelta nada de esto. Y no soy capaz de contener mis pensamientos… No puedo…

—Sí —lo interrumpió Adam; sabía lo que sentía, porque a él le ocurría lo mismo —. Tenemos que hablar con los demás. Vamos a…

—¡Kerah!

El agudo grito de la niña sobresaltó a Ronan, que estiró el cuello para tratar de distinguirla entre las ramas oscuras y las charcas negras.

—Déjala —le indicó Adam—. Está junto a nosotros en la vida real.

Ronan dudó.

—¡Kerah! —gritó la niña otra vez, y ahora, Adam pudo oír angustia en su voz. Era un chillido débil, aniñado y lastimoso, y todo su ser estaba programado para reaccionar ante él—. ¡Kerah, *succurro*!

Resultaba imposible saber si quien los llamaba era la niña huérfana que también estaba con ellos en Los Graneros, si era una copia o si era un pájaro monstruoso con

su voz. Ronan, sin embargo, echó a correr, y Adam se esforzó por seguirle. Todo lo que veía al pasar era espantoso: un bosquecillo de sauces derrumbados unos sobre otros, un pájaro cantando una nota hacia atrás, un puño de insectos negros reptando sobre la carroña carcomida de un conejo…

La voz no provenía de un pájaro gigantesco y perverso; quien los había llamado era la niña huérfana, o algo que se le parecía mucho. Estaba arrodillada en un matojo de hierba seca. No lloraba, pero prorrumpió en sollozos cuando vio aparecer a Ronan. Cuando este se inclinó, exhausto, ella extendió los brazos hacia él con ademán implorante. Adam decidió que no era una copia: llevaba puesto su reloj, con la correa llena de marcas de dientes. Y, en cualquier caso, aquel Cabeswater enfermizo carecía de la energía suficiente para producir una versión tan entera de ella.

—*Succurro, succurro* —sollozó: «Socorro, Socorro».

Sus brazos, estirados hacia Ronan, estaban bañados en sangre hasta los codos.

Ronan se dejó caer de rodillas, estrechándola con fuerza, y a Adam lo conmovió de un modo casi doloroso la ferocidad con la que Ronan abrazaba a su criatura soñada y cómo ella enterraba la cara en el hueco de su hombro. Ronan se puso en pie, con la niña aún aferrada, y Adam lo oyó susurrar:

—Tranquila, hiciste bien. No va a pasar nada, nos despertaremos enseguida.

Y entonces Adam lo vio. Ronan no lo había descubierto todavía, porque no había mirado más allá de la niña huérfana. «No, no…». La niña no se había derrumbado allí porque le faltasen las fuerzas para correr: se había detenido porque ya no podía arrastrar más el cadáver. Aunque cadáver era una palabra demasiado amable para describirlo… Del pedazo más grande salían largos mechones dorados, salpicados de grumos viscosos como grotescos collares de perlas. Así era como la niña huérfana se había manchado de sangre: intentando rescatar aquel cuerpo insalvable.

—Ronan —musitó Adam, notando cómo el horror se adueñaba de él.

Ronan se dio la vuelta bruscamente, alarmado por su tono.

Durante un breve instante su mirada se clavó en la de Adam, y este deseó que el momento no acabara jamás. «Despiértate ya», suplicó a Ronan para sus adentros, aunque sabía que no lo haría.

Ronan dirigió la vista al suelo.

—¿Mamá?



Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia del Hombre de Gris.

Al Hombre de Gris le atraían los reyes.

Le gustaban los reyes oficiales, aquellos con trono, corona y todas esas cosas; pero también le interesaban los reyes no oficiales, esos que gobernaban, dirigían y organizaban sin tener sangre azul ni trono. Le gustaban los reyes del pasado y los del futuro; los que se habían convertido en leyendas tras su muerte, los que se habían vuelto legendarios en vida y los que no eran más que leyendas. Sus favoritos eran los monarcas que usaban su poder para imponer la paz y cultivar el conocimiento, más que para obtener estatus y riquezas; los que solo usaban la violencia para crear un reino en el que no hiciera falta la violencia. El paradigma de aquello era Alfredo el Grande, que había unificado los pendencieros reinos de la Inglaterra anglosajona y había creado un país. A pesar de que él mismo era un sicario y no un rey, el Hombre de Gris admiraba vivamente su figura.

Extrañamente, el Hombre de Gris no recordaba con precisión el momento en que había decidido convertirse en asesino a sueldo.

Recordaba fragmentos de su vida como historiador en Boston: las conferencias, los artículos, las fiestas, las visitas al archivo… Reyes y guerreros, honor y *wergild*. También recordaba al matrimonio Greenmantle, cómo no. Sin embargo, le costaba recomponer el resto; era difícil discernir qué eran memorias auténticas y qué eran simples sueños. Por aquellos tiempos, cada día borroso se había encadenado con el siguiente; el Hombre de Gris estaba seguro de que había perdido semanas, meses e incluso años enteros en aquella disociación nebulosa. En algún momento, alguien le había susurrado la palabra «mercenario»; y en algún otro momento, la persona que se movía en aquella bruma había renunciado a su identidad para convertirse en el Hombre de Gris.

—¿Qué esperas encontrar allí? —le preguntó Maura.

Iban en el coche de él, de camino a Singer's Falls. El hecho de que solo hubiera dos partes de Laumonier en el supermercado tenía inquieto al Hombre de Gris, que se había pasado gran parte de la noche buscando metódicamente al tercero y más desagradable de los hermanos. Ahora, aunque habían perdido de vista su coche alquilado, seguía avanzando hacia Los Graneros.

—No espero encontrar nada —respondió—. Lo que espero es sorprender a Laumonier husmeando en los cajones de Niall Lynch.

La parte del Hombre de Gris que había trabajado como sicario no estaba muy contenta de que Maura se hubiera empeñado en acompañarlo; sin embargo, a la parte del Hombre de Gris que estaba perdidamente enamorado de Maura le encantaba la idea.

—Ronan sigue sin contestar las llamadas —comentó Maura observando el teléfono del Hombre de Gris.

Aquella mañana, Blue les había dicho que Ronan Lynch y Adam Parrish estaban trabajando juntos en Los Graneros.

—Tal vez no le suene mi número —razonó él.

También era posible que hubiera muerto; Laumonier podía ponerse muy difícil si se sentía acorralado.

—Tal vez —asintió Maura frunciendo el entrecejo.

La granja presentaba un aspecto tan idílico como siempre, con tan solo dos coches aparcados en la explanada: el BMW de Lynch y el cacharro tricolor de Parrish. No se veía ni rastro del coche de Laumonier, aunque era muy posible que hubiera aparcado en las inmediaciones.

—No me pidas que me quede en el coche —dijo Maura.

—Ni en sueños —replicó él, abriendo la puerta con cuidado para no golpear un ciruelo aún cargado de frutos—. Un coche aparcado es un sitio muy poco seguro.

Mientras él empuñaba su pistola, Maura se guardó el teléfono en el bolsillo trasero. Se acercaron a la puerta principal, que no estaba cerrada con llave. Solo les llevó unos segundos descubrir a Adam y a Ronan en la sala de estar.

No estaban muertos.

Sin embargo, tampoco estaban del todo vivos. Ronan Lynch parecía desvanecido sobre el desgastado sofá de cuero, y Adam Parrish estaba tirado en el suelo, junto a la chimenea. También había una niña pequeña que estaba sentada muy tiesa, mirando fijamente un cacharro de perro que había delante de ella. Sus piernas estaban rematadas en pezuñas. Ninguno de los tres reaccionó a las llamadas de Maura.

Al Hombre de Gris le afectó extrañamente descubrir a los tres en aquel estado. Eso parecía contradictorio, ya que había sido él quien asesinara al padre de Ronan. Sin embargo, era precisamente aquello lo que daba origen a la responsabilidad y la culpa que aullaban por los pasadizos de su corazón. Ahora hacía su voluntad, no la de otros; pero en la etapa en la que había sido una herramienta en manos de otra persona, había dejado a Ronan y a Los Graneros sin su protector.

—¿Magia o veneno? —le preguntó a Maura—. A Laumonier le encanta jugar con venenos.

Maura se inclinó sobre el cacharro de perro —un cuenco de adivinación, comprendió el Hombre de Gris—, miró un momento y se retiró bruscamente.

—Magia, creo. Pero no sé nada de la magia que han estado manejando.

—¿Los movemos para despertarlos? —propuso él.

—Adam… Adam, ¿me oyes? —Maura le rozó la cara—. No quiero despertar a Ronan, por si está ayudando a retener el alma de Adam. Supongo… Lo mejor será que entre y traiga a Adam de vuelta. Dame la mano. No me dejes estar allí más de… de noventa segundos, por ejemplo.

—¿Es peligroso?

—Así murió Persephone; el cuerpo no puede sobrevivir si el alma se aleja demasiado de él. No voy a entretenerme. Si no veo a Adam cerca, volveré.

El Hombre de Gris confiaba en que Maura fuera consciente de sus límites, del mismo modo en que suponía que ella confiaba en él. Dejó la pistola en el suelo, junto a su pie —fuera del alcance de la niña, si es que eso era una niña— y agarró la mano de Maura.

Ella se inclinó sobre el cuenco. Cuando sus ojos se pusieron en blanco, el Hombre de Gris empezó a contar: «Uno, dos, tres…».

Adam resolló y se retorció. Una de sus manos se agitó, como si quisiera sujetarse a un asidero inexistente, y sus uñas rasparon débilmente la pared. Abrió los ojos; su

mirada se enfocó con esfuerzo y vagó por la sala hasta detenerse en el Hombre de Gris.

—Despiértalo —farfulló—. ¡No lo dejes allí solo!

La criatura de las pezuñas se puso en pie de un salto, súbitamente espabilada (tal vez, pensó el Hombre de Gris, no estuviera en trance, sino disimulando; era una idea inquietante pero creíble). Se lanzó sobre Ronan, que seguía inconsciente, y empezó a tratar de despertarlo rodeando su cara con las manos, aporreando su pecho, hablándole agitadamente en algo que sonaba como latín, pero no era latín.

Entonces ocurrió algo peculiar. El Hombre de Gris reconoció lo que era; pero una cosa era reconocerlo y otra presenciarlo.

Ronan Lynch sacó algo de sus sueños.

Era sangre.

Ronan estaba dormido, y al instante siguiente, estaba despierto y tenía las manos cubiertas de coágulos. La mente del Hombre de Gris pasó con dificultad de un momento al siguiente. Le daba la impresión de que su cerebro había seccionado limpiamente la imagen más difícil: la del centro.

Adam se puso en pie con dificultad.

—¡Haz que vuelva Maura! —gritó—. No imaginas lo que…

Sí, noventa segundos; ya habían pasado noventa segundos. El Hombre de Gris tiró de la mano de Maura para alejarla del cuenco de adivinación. Ella, que no se había aventurado a llegar muy lejos, regresó de inmediato.

—Oh, no… —susurró—. Es horrible. Es… El demonio… Oh, no.

Se volvió para mirar a Ronan. Él no se había movido; solo sus cejas parecían trazar una línea más determinada sobre sus párpados cerrados. Aunque la sangre que lo manchaba no era muy abundante, comparada con la que podía contener un cuerpo humano, su imagen daba una impresión de fatalidad: la combinación de sangre y lodo, los trocitos de hueso y víscera que se adherían a sus manos…

—Mierda —masculló Adam con vehemencia. Aunque su expresión era la misma, había empezado a temblar.

—¿Está herido Ronan? —preguntó Maura.

—Cuando trae algo de sus sueños, nunca se mueve al despertar. Denle un segundo. Mierda, mierda, mierda… Su madre ha muerto.

—¡Cuidado! —gritó la niña.

Y fue eso, solamente eso, lo que evitó que el Hombre de Gris muriera cuando Laumonier apareció en la puerta con una pistola en las manos.

Al divisarlos, Laumonier no dudó ni por un segundo: en aquel contexto, el Hombre de Gris era un objetivo que había que eliminar.

El estruendo se expandió, demasiado grande para la sala.

La niña soltó un chillido, un ruido muy alejado de la voz de una criatura humana y muy próximo a la voz de un cuervo.

El Hombre de Gris se había tirado al suelo justo antes del disparo, arrastrando a Maura consigo. Tirado sobre el suelo de madera, examinó en una fracción de segundo la disyuntiva que se abría ante él.

Podía tratar de desarmar a aquella parte de Laumonier, reforzar la seguridad de la casa y recordarle que, ahora que Greenmantle estaba muerto, no tenían ningún motivo de disputa. No era tan imposible como podría parecer: el Hombre de Gris también tenía una pistola al alcance de la mano, y Adam Parrish había probado una y otra vez que era un tipo frío y lleno de recursos. Sin embargo, una negociación así dejaría Los Graneros expuesto a los ojos de Laumonier; y una vez este advirtiera la presencia de la niña con pezuñas, su interés sería voraz e insaciable. Aquella parte del mundo —que también contenía el 300 de Fox Way, así como a Maura y a Blue— quedaría amenazada para siempre. La única forma de protegerse sería huir, como ya habían hecho Declan y Matthew. Si el Hombre de Gris elegía seguir aquel camino, tendría que permanecer eternamente vigilante para proteger a sus seres queridos de la codicia de los coleccionistas.

La otra opción era matar a Laumonier.

Eso supondría una declaración de guerra. Los otros dos tercios de Laumonier no se quedarían de brazos cruzados. Sin embargo, tal vez hiciera falta una guerra para cerrar aquel retorcido asunto. Aquel mundo había evolucionado hacia una peligrosa anarquía de callejones, sótanos, secuestros y mercenarios ya antes de la llegada del Hombre de Gris, y últimamente se había hecho aún más ingobernable. Quizá hiciera falta alguien con autoridad que impusiera normas de arriba abajo, que mantuviera a raya a aquellos impulsivos reyes. Pero no sería fácil; llevaría años lograrlo, y ninguna de las versiones de aquella guerra permitiría al Hombre de Gris quedarse junto a Maura y su familia. Tendría que llevarse el peligro a otra parte, lanzarse una vez más al interior de aquel mundo.

El mayor anhelo del Hombre de Gris era quedarse a vivir en aquel lugar que le estaba enseñando a prescindir de la violencia; aquel lugar en el que había aprendido a sentir de nuevo; aquel lugar que amaba.

Solo había pasado una fracción de segundo.

Maura suspiró.

El Hombre de Gris disparó a Laumonier.

Era un rey.



46

A Blue no le costó creer que un demonio había matado a la madre de Ronan y estaba acabando también con Cabeswater. Mientras regresaban a casa, después de almorzar en la antigua escuela —y con decenas de llamadas perdidas desde el teléfono de Ronan y desde el 300 de Fox Way—, le invadió la impresión de que aquello era el fin del mundo. Sobre el pueblo flotaba una maraña de nubes de tormenta, que pareció seguir a Blue cuando entró en su casa y vio al Hombre de Gris recogiendo las pocas cosas que poseía.

—Vosotros ocupaos de matar al demonio —dijo—. Yo haré lo que pueda con el resto. ¿Volveré algún día?

Maura le apoyó la mano en la mejilla y no dijo nada.

El Hombre de Gris la besó, abrazó a Blue y se marchó.

A Blue le sorprendió comprobar que Jimi y Orla se habían marchado también. Según Maura, no tenían por qué quedarse en la línea de fuego, de modo que habían ido a la casa de unos viejos amigos que vivían en Virginia Occidental. Estarían allí hasta que la situación en Henrietta se aclarase.

Maura había cancelado las citas de todas las videntes de la casa. La línea telefónica estaba programada para enviar todas las llamadas al buzón de voz.

En la casa solo quedaban Maura, Cala y Gwenllian.

Aquello parecía el final de todas las cosas.

—¿Dónde está Ronan? —le preguntó Blue a Adam.

Él les indicó con un gesto que lo siguieran y salió a la calle, moviéndose con cuidado para no espantar a Sierra, que reposaba en su hombro con la cabeza gacha. El coche de Ronan estaba aparcado junto a la acera, unos metros más allá.

Ronan estaba en el asiento del conductor, inmóvil, con los ojos fijos en algún punto de la calzada. La luz creaba un reflejo extraño en el asiento contiguo… No, no era un reflejo: era Noah, tan inmóvil como Ronan. Ya estaba encogido cuando lo vieron, pero al divisar a Blue, se encogió todavía más.

Blue y Gansey se acercaron al lado del conductor y esperaron. Al ver que Ronan no abría la puerta ni bajaba la ventanilla, Gansey apretó la manija y abrió.

—Ronan —dijo, en un tono suave y cuidadoso que a punto estuvo de hacer llorar a Blue.

Ronan no se movió para mirarlo. Sus pies reposaban sobre los pedales; sus manos se apoyaban en la parte inferior del volante; su expresión era serena.

Blue notó que Adam se estremecía con violencia y lo rodeó con el brazo. Apenas soportaba imaginar que, mientras Gansey y ella almorzaban, Ronan y Adam habían vagado juntos por el infierno. Los galantes magos de Gansey, destrozados por el espanto.

Adam volvió a estremecerse.

—Ronan —repitió Gansey.

—Estoy esperando que me digas qué hacer, Gansey —respondió este con voz casi inaudible—. Dime adónde tengo que ir.

—No podemos reparar esto —dijo Gansey—. Yo no puedo repararlo.

Ronan no se inmutó. Era terrible verlo así, sin fuego ni ácido en los ojos.

—Entra en casa —le dijo Blue.

Ronan ni siquiera pareció escucharla.

—Sé que es irreparable —dijo—. No soy idiota. Lo que quiero es matarlo.

Un coche pasó a su lado, dando un rodeo para esquivar la puerta abierta. A Blue le parecía sentir el peso del vecindario, atento a sus movimientos. Dentro del BMW, Noah

se inclinó para mirarlos a los ojos. En su rostro había una mueca dolorida. Se llevó la mano a la ceja, justo en el punto donde comenzaba la herida de Blue.

«No fue culpa tuya», pensó ella. «No estoy enfadada contigo. Por favor, no te escondas más».

—No voy a permitir que alcance a Matthew —masculló Ronan.

Tomó aire por la boca y lo expulsó lenta y deliberadamente por la nariz. Todo en él era lento y deliberado, sujeto a un control que podía desbaratarse en cualquier momento.

—Lo sentí mientras soñaba —prosiguió—. Sentí los deseos de esa criatura. Quiere deshacer todo lo que yo he soñado. No voy a permitir que eso ocurra; no estoy dispuesto a perder a nadie más. Tú sabes cómo matarlo.

—No sé cómo encontrar a Glendower —dijo Gansey.

—Sí que sabes, Gansey —replicó Ronan con voz repentinamente entrecortada—. Sé que eres capaz. Y cuando estés preparado para hacerlo, yo estaré aquí sentado, esperando a que me digas adónde ir.

«Ay, Ronan…».

Los ojos de Ronan seguían fijos en la calzada, más allá de ellos. Una lágrima resbaló por su nariz y quedó suspendida de su barbilla, pero él ni siquiera pestañeó. Al cabo de unos segundos de silencio, estiró la mano hacia la portezuela sin mirarla, con una indiferencia nacida de la familiaridad, y tiró hasta liberarla de la mano de Gansey. Luego, la cerró con un golpe más suave de lo que Blue le hubiera creído capaz.

—Eso que llevas en el asiento trasero es la caja rompecabezas, ¿verdad? ¿Me la prestas? Quiero hablar con Artemus.

—¿No está dentro de un árbol? —preguntó Adam.

—Sí —respondió Blue—. Pero llevo años hablando con los árboles.

Unos minutos más tarde, Blue avanzó entre las abultadas raíces del haya para acercarse al tronco. Gansey y Adam habían querido acompañarla, pero tenían órdenes de quedarse junto a la puerta trasera y no acercarse bajo ningún concepto. Aquello era algo entre Blue, su árbol y su padre. Al menos, eso esperaba.

Blue no podía contar todas las veces que se había sentado debajo de aquella haya. Del mismo modo en que sus compañeros tenían un jersey favorito, una canción preferida, una silla en la que siempre se sentaban o una comida que les gustaba más que cualquier otra, Blue tenía el haya del patio trasero. No solo le gustaba aquel árbol, por supuesto, pero esta haya era una constante en su vida. Se sabía de memoria las irregularidades de su corteza, los centímetros que crecía cada año e incluso el aroma

particular de sus hojas cuando empezaban a brotar en primavera. Conocía aquel árbol tan profundamente como conocía a las demás habitantes de Fox Way.

Se sentó a lo indio entre las curvas irregulares de las raíces, con la caja apoyada en las pantorrillas y un cuaderno encima de ella. El suelo, recién removido, estaba húmedo y frío bajo sus muslos, y Blue pensó que tal vez hubiera debido llevar un cojín sobre el que sentarse.

Aunque, por otra parte, quizá fuera mejor sentir la misma tierra que el árbol sentía.

—Artemus —comenzó—, ¿me oyes? Soy Blue. Tu hija —nada más decirlo, se dio cuenta de que tal vez fuera un error; a Artemus podría abrumarle que se lo recordara—. La hija de Maura —se corrigió—. Te pido disculpas de antemano por mi pronunciación, pero es que no hay manuales para aprender esto.

Se le había ocurrido la idea de usar la caja traductora aquel mismo día, mientras hablaba con Henry. Él le había explicado que la abeja traducía sus pensamientos de forma más adecuada que cualquier palabra, y que aquel insecto soñado era, en esencia, más «Henry» que todo lo que él pudiera decir. Aquello hizo pensar a Blue en lo mucho que tenían que esforzarse los árboles de Cabeswater para comunicarse con los humanos —primero en latín y luego en inglés—, y en que el bosque poseía un tercer lenguaje que usaban los árboles para comunicarse entre ellos. Y ese, precisamente, era el idioma que traducía la caja rompecabezas soñada por Ronan. Artemus no parecía en absoluto capaz de expresarse, de modo que tal vez aquello le sirviera de ayuda. Al menos le haría comprender que Blue se estaba esforzando.

Hizo girar la rueda para que tradujera al lenguaje soñado las cosas que quería decir, y garrapateó en el cuaderno las palabras que aparecieron. Luego las leyó en alto lenta y torpemente. Sentía la presencia de Adam y Gansey a su espalda, pero se sentía más reconfortada que incómoda; había hecho cosas bastante más absurdas que aquella delante de sus amigos. Leídas en alto, las frases sonaban un poco a latín. Lo que Blue pretendía decir era esto: «Maura siempre me ha dicho que te interesa el mundo, la naturaleza y la forma en que las personas interactúan con ella, igual que a mí. He pensado que tal vez pudiéramos hablar de ello en tu lenguaje».

Le habría gustado preguntarle directamente por el demonio, pero los esfuerzos de Gwenllian le habían mostrado lo inadecuado de aquel enfoque. Así que se armó de paciencia y aguardó. El patio mostraba el mismo aspecto de siempre. Notaba las manos pegajosas de sudor. No sabía muy bien qué esperaba que ocurriese.

Lentamente, volvió a mover las piezas de la caja para traducir otra frase. Apoyó la mano en la corteza del haya, suave como la piel humana, y dijo:

—Por favor, ¿podrías decirme si me estás escuchando, al menos?

Lo único que se oyó fue el rumor de las hojas marchitas al agitarse con la brisa.

Cuando Blue era pequeña, había pasado horas preparando versiones muy elaboradas de los rituales que realizaba su familia. Había leído innumerables libros sobre el tarot; había visto tutoriales de quiromancia; había examinado los posos en tazas de té; se había levantado en mitad de la noche para montar sesiones de espiritismo en el cuarto de baño. Mientras sus primas hablaban con los muertos sin esfuerzo alguno y su madre veía el futuro, Blue se empeñaba en vano por alcanzar cualquier capacidad sobrenatural. Pasaba horas aguzando el oído, con la esperanza de captar alguna voz de ultratumba; intentando adivinar las cartas del tarot antes de darles la vuelta; esperando a sentir el roce de algo muerto.

Ahora se sentía exactamente igual que entonces.

Lo único que diferenciaba ligeramente las dos situaciones era que Blue había comenzado esta con un cierto optimismo. Hacía años que había dejado de esperar cualquier conexión entre ella y lo sobrenatural; si se le había ocurrido hacer esto, era porque en el primer momento no lo había calificado de sobrenatural.

—Quiero a este árbol como si fuera de mi familia —dijo al fin en inglés—. No tienes ningún derecho a apropiarte de él; si alguien merece vivir en su interior, esa soy yo. Lo quiero desde hace mucho más tiempo que tú.

Se puso en pie con un suspiro y se sacudió la tierra de las piernas. Luego se volvió hacia Gansey y Adam mirándolos con expresión pesarosa.

—Espera.

Blue se quedó helada. Adam y Gansey dirigieron una mirada de sorpresa hacia el haya.

—Vuelve a decir lo que dijiste —dijo Artemus desde el árbol.

En su voz no había nada de sobrenatural; sonaba simplemente como si hablase desde detrás del tronco.

—¿Cómo? —preguntó Blue.

—Vuelve a decir lo que has dicho.

—¿Que quiero a este árbol?

Artemus emergió del tronco. Fue igual que cuando Aurora había salido de la pared rocosa, allá en Cabeswater: primero hubo un árbol, luego un hombre-y-árbol y, finalmente, solo un hombre. Artemus estiró las manos hacia la caja rompecabezas, y Blue se la entregó. Él se sentó en el suelo con la caja en el regazo, protegiéndola con sus largas piernas, y la manipuló con lentitud. Blue observó su largo rostro, su boca fatigada y su espalda encorvada, asombrada por la manera tan distinta en que el tiempo había tratado a Gwenllian y a él. A Gwenllian, los seiscientos años de espera la habían rejuvenecido y enfurecido. Artemus, sin embargo, parecía derrotado. Blue se preguntó si sería por efecto de los seis siglos o de los diecisiete últimos años.

—Pareces cansado —dijo sin más.

Él levantó la cara para mirarla con sus ojillos brillantes y rodeados de arrugas.

—Lo estoy.

Blue se sentó delante de él y se quedó callada mientras él seguía manipulando la caja. Le resultaba extraño ver el origen de sus propias manos en las de él, aunque las de Artemus eran más largas y huesudas.

—Soy uno de los *tir e e'lintes* —dijo él por fin—. Esta es mi lengua.

Hizo girar las piezas de la caja para deletrear «tir e e'lintes», y la traducción se materializó en el lado del idioma inglés. Artemus giró el artefacto para mostrárselo a Blue.

—«Luces arbóreas» —leyó ella—. ¿Os llamáis así porque podéis esconderos en los árboles?

—Son nuestra… —Artemus reflexionó, y luego volvió a manipular la caja y se la mostró.

«Casa-piel».

—¿Vivís dentro de los árboles?

—¿Dentro? No, con —pensó por unos segundos—. Yo era un árbol cuando Maura y las otras dos mujeres me hicieron salir, hace años.

—No lo entiendo —dijo Blue con suavidad.

No se sentía incómoda por aquella verdad sobre él; lo que la incomodaba era la verdad sobre ella que aquello sugería.

—Entonces —insistió—, ¿eras un árbol, o estabas en un árbol?

Él la miró —melancólico, fatigado, extraño— y luego le mostró la palma de una mano. Con los dedos de la otra, fue trazando sus líneas.

—Me recuerdan a mis raíces —explicó; luego tomó la mano de Blue y la colocó extendida sobre la piel del haya, cubriendo con sus dedos largos y nudosos la menuda mano de ella—. Mis raíces son también las tuyas. ¿No echas de menos tu casa?

Ella cerró los ojos. Se concentró en el tacto familiar y fresco de la corteza bajo su mano y sintió una vez más el bienestar de hallarse bajo aquellas ramas, sobre aquellas raíces, apoyada en aquel tronco.

—Quieres a este árbol —dijo Artemus—. Me lo dijiste antes.

Blue abrió los párpados y asintió.

—A veces, los *tir e e'lintes* nos ataviamos con esta apariencia —explicó él, dejando caer la mano de Blue para señalarse a sí mismo—. Otras, nos ataviamos con esta —añadió señalando el árbol.

—Desearía… —empezó a decir Blue. No tenía palabras para terminar la frase, pero no importaba.

Artemus cabeceó en señal de asentimiento y comenzó a contarle una historia desde su semilla. Su voz desgranaba las palabras como finas raíces que sustentaran el árbol, y

cuando este estuvo bien firme, continuó como un grueso tronco que se estirase hacia el cielo.

—Así es como comenzó —dijo—. Cuando Gales era una tierra joven, allí había árboles. Luego dejó de estar cubierta de árboles, o al menos ya no lo estaba cuando yo me fui. Al principio todo iba bien; había más árboles que *tir e e'lintes*. Existen árboles que no pueden albergar un *tir e e'lint*. Seguro que sabes cuáles son; hasta la persona más insensible lo percibe. Son… —su mirada vagó hasta posarse en las falsas acacias raquíticas que crecían al otro lado de la valla y en el ciruelo ornamental del jardín contiguo—. Carecen de alma, y no están hechos para albergar la de nadie más.

Blue recorrió con los dedos una raíz del haya que serpenteaba por la superficie. Sí, sabía a qué se refería Artemus.

Este siguió lanzando raíces para afirmar la historia:

—En Gales había suficientes árboles para todos nosotros. Pero con el paso de los años, aquella tierra dejó de ser un lugar de bosques y se convirtió en un lugar de hogueras, arados, navíos y casas; pasó a ser un lugar en el que los árboles podían ser muchas cosas, excepto seres vivos —Artemus se interrumpió por un momento; ya había lanzado las raíces, y ahora podía construir el tronco—. Las *amae vias* estaban decayendo. Los *tir e e'lintes* solo podemos existir en árboles cercanos a una de ellas, y al mismo tiempo las alimentamos. Somos *oce iteres*, como el cielo o el agua… Espejos.

Blue se rodeó el cuerpo con los brazos, tan helada como habría estado con Noah a su lado.

Artemus lanzó una mirada triste al haya, o tal vez a algo más antiguo e invisible.

—Un bosque de *tir e e'lintes* es algo digno de ver —susurró—. Espejos que se reflejan en espejos que se reflejan en espejos, con las *amae vias* bullendo bajo nosotros y sueños atrapados entre nuestras ramas.

—¿Y un *tir e e'lint* solo? —preguntó Blue—. ¿Qué es uno de ellos aislado?

Artemus agachó la cabeza y examinó sus propias manos.

—Un ser cansado —contestó, ladeando la cara para atisbar las manos de ella—. Ajeno.

—¿Y el demonio? —preguntó, y se dio cuenta enseguida de que se había adelantado.

Artemus sacudió la cabeza y se echó hacia atrás.

—Owain no era un hombre común —dijo—. Podía hablar con los pájaros. Podía hablar con nosotros. Quería que su país fuera un lugar en el que la magia corriera en libertad, un lugar de sueños y canciones recorrido de *amae vias*. De modo que luchamos por él. Lo perdimos todo. Él lo perdió todo.

—Su familia entera murió —repuso Blue—. Al menos, eso dicen.

Artemus asintió.

—Es peligroso derramar sangre en un *ama via*. Incluso una gota puede sembrar cosas oscuras.

Blue abrió los ojos de par en par.

—Como un demonio… —susurró.

Las cejas de Artemus se deslizaron decididamente hacia la tristeza. Su cara era un retrato titulado «Pesar».

—Gales se deshizo —explicó—. Nosotros quedamos deshechos. Los *tir e e'lintes* que habíamos sobrevivido decidimos ocultar a Owain Glyndwr[1] hasta que llegara un momento propicio para que despertase. Debíamos esconderlo, hacer que su tiempo se volviera tan lento como el nuestro cuando estamos en los árboles. Pero después de que el demonio hiciera su trabajo, no quedó ningún lugar en las *amae vias* de Gales con poder suficiente para albergarlo. De modo que escapamos hasta aquí, y aquí morimos. Fue un viaje difícil.

—¿Cómo conociste a mi madre?

—Acudió al camino de los espíritus para comunicarse con los árboles, y lo consiguió.

Blue abrió la boca para hablar, la cerró abruptamente y volvió a abrirla.

—¿Soy humana?

—Maura es humana —contestó Artemus.

No añadió «y yo también». No era un mago, no era un humano capaz de entrar en los árboles. Era algo diferente.

—Dime, Blue —musitó—. Cuando duermes, ¿sueñas con las estrellas?

Aquello era demasiado para Blue: el demonio, Ronan destrozado, la revelación sobre los árboles… Se sorprendió al notar que una lágrima rebosaba de su ojo y que había otra preparada detrás de ella.

Artemus observó cómo la gota caía.

—Todos los *tir e e'lintes* estamos llenos de potencial —dijo—. Siempre moviéndonos, siempre inquietos, siempre anhelando llegar más allá y estar en otra parte, vivir otras vidas. Este árbol, aquel; este bosque, aquel… Pero más que a ninguna cosa en el mundo, amamos a las estrellas —alzó la mirada hacia el cielo, como si pudiera divisarlas aun siendo de día—. Si alguna vez pudiéramos alcanzarlas, tal vez podríamos ser ellas. Cualquier estrella podría convertirse en nuestra casa-piel.

Blue suspiró.

Artemus volvió a clavar la vista en sus manos y se removió con inquietud, como siempre que las miraba.

—Esta forma no es la más fácil para nosotros —dijo—. Desearía… Solo quisiera regresar a un bosque en el camino de los espíritus. Pero el demonio los deshace todos.

—¿Cómo podemos librarnos de él?

Él la miró, como si le costara responder a la pregunta.

—Con un sacrificio. Alguien debe morir de buen grado en el camino de los muertos —dijo al fin.

Los pensamientos de Blue se tiñeron de una oscuridad repentina, y tuvo que apoyarse en el haya para no perder el equilibrio. En su mente apareció la imagen del espíritu de Gansey caminando por la línea ley. De pronto, cayó en la cuenta de que Adam y Gansey podían oírlos; había olvidado que Artemus y ella no estaban solos.

—¿No hay ninguna otra manera? —preguntó.

—Muerte voluntaria por muerte involuntaria —respondió Artemus con voz aún más apagada—. Esa es la única forma.

Todo quedó en un silencio cada vez más profundo. Lo rompió la voz de Gansey desde la puerta de la casa:

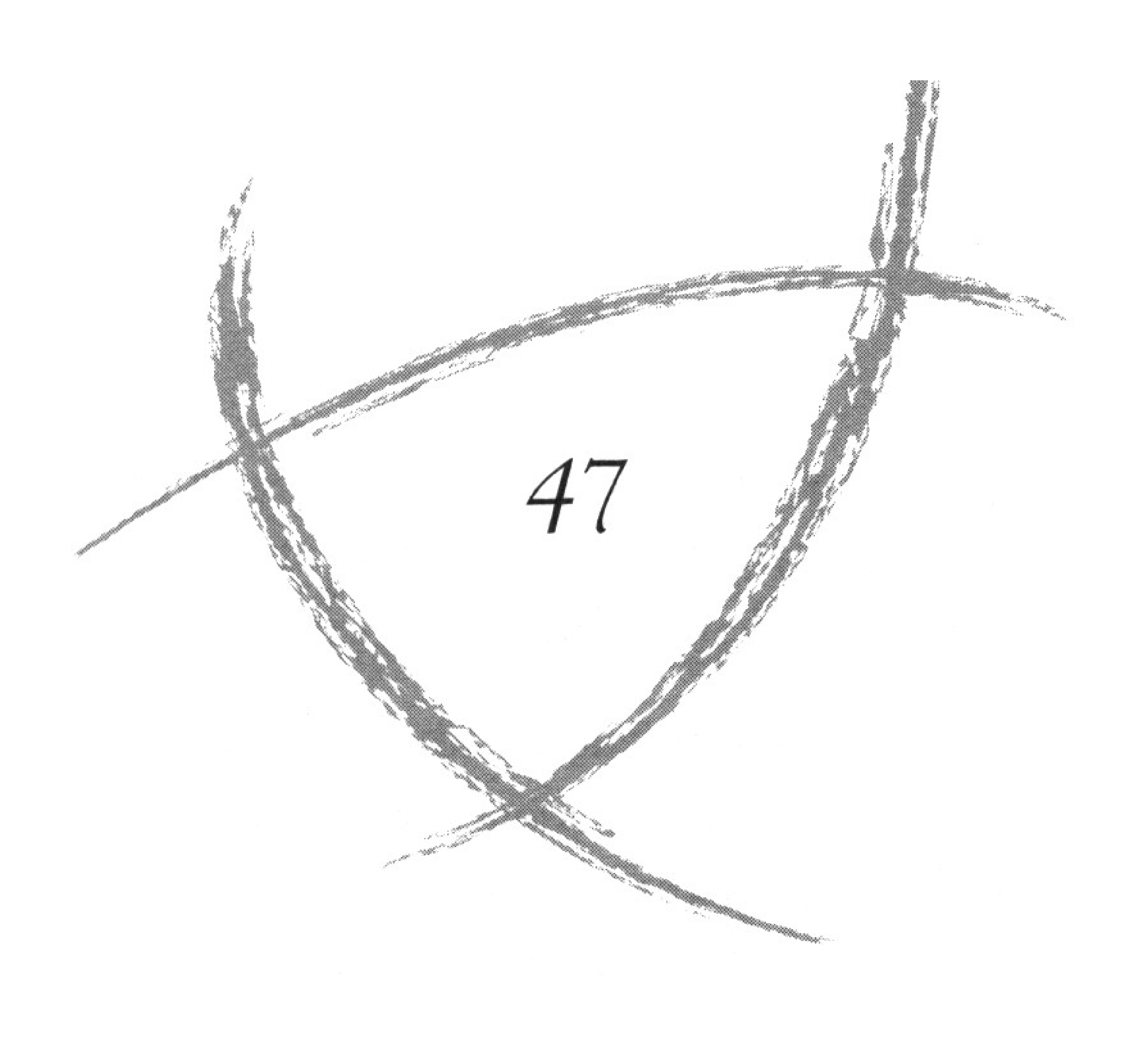
—¿Y no podríamos despertar a Glendower y utilizar su favor para eso?

Artemus no respondió. Había vuelto a entrar en el árbol, y Blue ni siquiera se había dado cuenta. La caja traductora estaba tirada entre dos raíces. El padre de Blue la había vuelto a abandonar; solo le había dejado una terrible verdad y ni un ápice de heroísmo.

—¡Vuelve, por favor! —exclamó.

La única contestación fue el murmullo de las hojas en las ramas.

—Bueno —dijo Adam con voz tan fatigada como la de Artemus—, pues ya está.



La noche acababa de caer; al menos, eso seguía siendo una constante en sus vidas.

Adam abrió la puerta del BMW. Ronan no se había movido desde aquella tarde: seguía mirando fijamente la carretera, con los pies en los pedales y las manos apoyadas en el volante. Estaba preparado para partir en cuanto Gansey lo dijera. Ni siquiera parecía sentir dolor; estaba en un lugar más allá de la pena, un sitio vacío y menos peligroso.

—No puedes dormir aquí —le dijo Adam.

—No —convino él.

Adam se quedó de pie en la oscura calzada, temblando de frío y cambiando el peso de un pie a otro, esperando a que Ronan se ablandase. Era muy tarde. Adam había llamado a Boyd una hora antes para decirle que, finalmente, no podría echar un vistazo al Chevelle con el problema en el tubo de escape. Aunque hubiera logrado

mantenerse despierto —algo que Adam casi siempre conseguía—, habría sido incapaz de rendir en el trabajo, sabiendo que Cabeswater se encontraba en peligro de muerte, Laumonier conspiraba contra ellos y Ronan estaba en pleno duelo.

—¿No vas a entrar para comer algo, al menos?

—No.

Ronan: imposible y terrorífico.

Adam cerró la puerta y dio tres suaves golpes de impotencia en el techo del coche. Luego caminó hasta el lado opuesto, abrió la puerta del copiloto, se aseguró de que Noah no estuviera allí y se montó.

Mientras Ronan lo miraba, toqueteó los controles del asiento hasta encontrar el que lo reclinaba, y luego buscó a tientas la chaqueta del uniforme de Ronan. Tanto la prenda como la niña huérfana estaban arrebujadas entre los trastos del asiento trasero. La niña se sorbió la nariz y empujó la chaqueta hacia Ronan; él la agarró, la enrolló para formar una almohada y apoyó la cabeza en ella, estirando una manga sobre su cara para tapar la luz de la farola.

—Despiértame si te hago falta —le dijo a Ronan antes de cerrar los ojos.

En el interior del 300 de Fox Way, Blue observó sin decir nada cómo su madre convencía a Gansey de que pasara allí la noche. Aunque ahora había camas vacías de sobra, él aceptó la manta y la almohada con funda rosa que le ofrecía Maura y se las llevó al sofá para dormir allí. Aún no había cerrado los ojos cuando Blue subió a su cuarto y se metió en la cama.

Todo parecía demasiado silencioso dentro de la casa, con tantas ausencias, y demasiado ruidoso fuera de ella, con tantas amenazas.

Blue tampoco podía dormir. Recordó a su padre fundiéndose con el árbol; a Gansey sentado en el Camaro, con la cabeza gacha; en los susurros del durmiente oscuro que había encontrado en la cueva… Todo parecía estar precipitándose hacia su final.

«Duérmete», se dijo.

Gansey estaba en el salón, apenas a cuatro metros por debajo de aquella habitación. No debería haber importado; de hecho, no importaba. Pero Blue no podía dejar de pensar en su cercanía y en la imposibilidad de todo ello. En la promesa de su muerte.

Blue estaba soñando, envuelta en las tinieblas. Sus ojos no aceptaban la ausencia de luz, pero su corazón sí lo hacía. Todo estaba oscuro; tanto, que la vista ya no importaba. Ahora que Blue lo pensaba, ni siquiera estaba segura de poseer ojos. Era una idea extraña. Si no tenía ojos, ¿qué tenía?

Una frescura húmeda bajo sus pies… No: bajo sus raíces. Estrellas brillando insistentes sobre ella, tan cercanas que solo tenía que crecer un poquito más para alcanzarlas. Una piel de corteza, cálida y vital.

Aquella era la forma de su alma. Esto era lo que había echado de menos. Así era como se sentía en su forma humana: sentimientos de árbol encerrados en un cuerpo de persona. Se dejó inundar por aquel gozo lento que se estiraba dentro de ella.

«¿Jane?».

Gansey estaba allí. Debía de llevar allí todo el tiempo, porque ahora que Blue lo pensaba, no podía dejar de sentirlo. Si ella era ahora algo más, él seguía siendo humano: un rey humano atraído hasta el interior de aquel árbol por la *tir e e'lint* que era Blue. Ella sintió que su ser lo envolvía completamente, y el gozo que la había invadido antes se mezcló lentamente con este nuevo gozo. Gansey estaba vivo y Blue lo tenía allí, a su lado, alrededor de ella, más cercano que nunca.

«¿Dónde estamos?».

«Somos un árbol. Yo soy un árbol, y tú estás dentro…». Blue soltó una carcajada. «No puedo decir eso, sonaría fatal».

«¿Te estás riendo?».

«Sí. Estoy contenta», dijo Blue.

Sin embargo, su alegría había empezado a disminuir al notar el rápido pulso de Gansey contra el suyo. Estaba asustado.

«¿De qué tienes miedo?».

«No quiero morir».

Aquello sonaba a verdad, pero a Blue le costaba ensamblar sus pensamientos lo bastante rápido para seguir a Gansey. Aquel árbol se adaptaba tan mal a la esencia de su ser como su cuerpo humano; Blue seguía estando a medio camino entre sus dos formas.

«¿Puedes mirar si Ronan ha salido ya del coche?», preguntó Gansey.

«Puedo intentarlo, aunque creo que no tengo ojos».

Blue lanzó su consciencia al exterior, apoyándose en todos los sentidos que tenía a su alcance. Eran mucho más agudos que los humanos, pero estaban interesados en cosas muy diferentes. A Blue le resultaba especialmente difícil concentrarse en los problemas de los humanos que había junto a la base de su tronco. Hasta entonces no había llegado a apreciar verdaderamente el esfuerzo que habían tenido que hacer los árboles para atender sus peticiones y las de sus amigos.

«No lo sé», dijo al fin. Envolvió estrechamente a Gansey, amándolo y protegiéndolo junto a ella. «¿Por qué no nos quedamos aquí?».

«Te quiero, Blue, pero sé lo que debo hacer. Preferiría no hacerlo. Pero sé lo que debo hacer».



Los sonidos y los olores de Fox Way se magnificaban tras el anochecer, cuando sus ocupantes humanas quedaban en silencio. Las fragancias de los tés de hierbas, las velas y las especias se hacían más definidas, como si quisieran dejar constancia de su origen, mientras que por el día se fundían en una mezcla que Gansey siempre había identificado con aquella casa. Ahora, aquel aroma le pareció algo tan poderoso como hogareño, tan secreto como consciente. Al igual que Cabeswater, aquella casa era un lugar de magia, solo que aquí había que escuchar con más atención para percibirla. Gansey se acurrucó en el sofá, arropado en la manta, con los ojos cerrados para mantener la oscuridad a raya, y escuchó el rumor de aire o aliento que entraba por alguna rendija; el ruido rasposo de una ramita o una uña que rozaba una ventana; el crujido de la madera vieja o de unos pasos en la habitación contigua.

Abrió los ojos y vio a Noah.

En ausencia de la luz del día, Noah no podía disimular en qué se había convertido. Estaba pegado a Gansey, porque había olvidado que los vivos no podían distinguir bien las cosas que estaban a menos de ocho centímetros de su cara. De él emanaba un frío helador, porque ahora requería una cantidad ingente de energía para hacerse visible. Estaba aterrado; y como Gansey también estaba asustado, sus pensamientos se enredaron.

Gansey apartó la manta de una patada, se abrochó los zapatos y se puso la chaqueta. Con sigilo, teniendo cuidado de no hacer crujir la vieja tarima, siguió a Noah hasta el pasillo. No encendió ninguna lámpara; su mente seguía enmarañada con la de Noah y eso le permitía usar los ojos del fantasma, que ya eran indiferentes a la luz. Su amigo muerto no lo llevó hacia la calle, como Gansey esperaba, sino que lo condujo a la escalera. Mientras subía el primer tramo, Gansey pensó que Noah pretendía que lo acompañara en su ronda habitual de la casa; mientras subía el segundo, creyó que Noah lo llevaba con Blue. Sin embargo, el fantasma pasó de largo su habitación y se detuvo al pie de la escalera que llevaba a la buhardilla.

Aquel espacio estaba cargado de energía; no en vano había sido la habitación de Neeve, primero, y de Gwenllian después, dos mujeres muy diferentes pero igualmente difíciles. A Gansey jamás se le hubiera ocurrido pensar que ninguna de ellas pudiera ayudarle; pero, dado que Noah lo había llevado allí, apoyó la mano en el picaporte y dudó por un segundo. No quería llamar a la puerta para no despertar a nadie más.

Noah empujó la puerta y esta se abrió blandamente.

Gansey subió los peldaños tras él. Una luz mortecina brillaba en la parte superior, acompañada por una brisa helada y olorosa a roble. A Gansey le dio la impresión de que había una ventana abierta.

Se asomó a la estancia.

Era cierto: la ventana estaba abierta.

El cuarto de Gwenllian recordaba a la cabaña de una bruja de cuento. Por él había esparcidos todo tipo de objetos extravagantes, salvo la propia Gwenllian. La cama estaba vacía. El frío aire de la noche entraba a través de una claraboya circular.

Cuando Gansey logró encaramarse por ella y miró hacia abajo, Noah había desaparecido.

—Hola, pequeño rey —lo saludó Gwenllian.

Estaba sentada en el borde de uno de los ángulos irregulares que formaba el tejado, con las botas firmemente plantadas en las tejas para no resbalar. Su silueta resultaba extraña, casi deforme a la luz titilante de las farolas de abajo; y sin embargo, había algo que transmitía nobleza en la orgullosa inclinación de su barbilla. Sin mirar a Gansey, palmeó las tejas junto a ella.

—¿No es peligroso sentarse ahí?

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—¿Es así como vas a morir? —replicó.

Gansey avanzó hacia ella con cuidado, notando el crujido de la tierra y las ramitas caídas bajo sus suelas, y se acomodó a su lado. Desde aquella atalaya se veían árboles y más árboles. Aquellos robles, que desde el suelo solo eran troncos anodinos, eran a esa altura mundos fascinantes de ramas entrecruzadas, aún más complejos por las sombras de la noche.

—Tralarí, tralará —canturreó Gwenllian con voz grave y despectiva—. ¿Acudes a mí en busca de iluminación?

Gansey negó con la cabeza.

—De coraje —contestó, y ella le lanzó una mirada apreciativa—. Tú trataste de detener la guerra de tu padre apuñalando a su poeta durante una cena —añadió—. Tenías que saber que aquello no acabaría bien. ¿Cómo lo hiciste?

Aquel acto de valentía había ocurrido hacía cientos de años. La lucha de Glendower por Gales pertenecía al pasado remoto, y el hombre al que Gwenllian había tratado de matar llevaba muerto muchas generaciones. Gwenllian había intentado salvar una familia que ya no existía; lo había perdido todo para acabar allí sentada, en aquel tejado de Fox Way, en un mundo que no era el suyo.

—¿Aún no has aprendido nada? Un rey actúa para que otros lo hagan. Nada produce nada produce nada. Pero algo da lugar a algo —Gwenllian trazó un signo en el aire con sus largos dedos, en un gesto que Gansey supuso destinado a ella misma—. Soy Gwenllian Glen Dwr[2], la hija de un rey y de una luz arbórea, e hice algo para que otras personas hicieran algo. Eso es actuar de modo regio.

—¿Pero cómo? —insistió Gansey—. ¿Cómo lo hiciste?

Ella simuló que lo apuñalaba entre dos costillas, y al ver la mirada triste de él, soltó una carcajada estrepitosa. Al cabo de un minuto entero de risas, dijo:

—Dejé de preguntar cómo y lo hice. La cabeza es demasiado sabia; el corazón es todo fuego.

No dijo nada más, y tampoco él le hizo más preguntas. Se quedaron sentados una al lado del otro en el tejado, ella haciendo danzar sus dedos en el aire y él observando cómo las luces de Henrietta bailaban al ritmo entrecortado de una línea ley oculta.

—¿Me agarrarías de la mano? —dijo él al fin.

Gwenllian detuvo su mano en el aire y se volvió hacia él con expresión astuta. Lo miró fijamente a los ojos durante un rato eterno, como si lo desafiara a apartar la vista o cambiar de idea. Él no hizo ninguna de las dos cosas.

Olorosa a cigarrillos de clavo y a café, Gwenllian se inclinó hacia él y, para asombro de Gansey, le besó la mejilla.

—Ve con Dios, rey mío —dijo tomándolo de la mano.

Al final, se trataba de algo muy sencillo. A lo largo de su vida, Gansey había percibido una y otra vez destellos de aquella certidumbre absoluta; pero lo cierto era que se había alejado de ellos. En el fondo, le aterraba pensar que tenía en sus manos el control de su propia vida. Era mucho más fácil verse como un navío sacudido por el destino que acceder a manejar el timón.

Pero había llegado el momento de manejarlo, aunque hubiera escollos en la costa.

—Dime dónde está Owen Glendower —le dijo a la oscuridad con voz tajante y segura, recurriendo al mismo poder que había usado para imponer su voluntad a Noah o a los esqueletos de la cueva—. Muéstrame dónde se oculta el Rey Cuervo.



La noche empezó a gemir.

El sonido provenía de todas partes. Era un chillido salvaje, un lamento primario, un grito de batalla.

Su volumen creció más y más, hasta que Gansey se puso en pie y se tapó los oídos con las manos. Gwenllian, enfervorecida, gritó algo inaudible. El sonido ahogó los crujidos de las hojas secas en las ramas y las pisadas de Gansey, que avanzó con cautela hacia el alero para otear la noche. El sonido apagó las luces, y la calle se sumió en la oscuridad. El sonido lo cubrió todo; y cuando por fin cesó y las luces volvieron a encenderse, una tosca bestia de cuernos blancos aguardaba en mitad de la calzada, con las pezuñas firmemente plantadas en el asfalto.

En algún lugar había un mundo cotidiano hecho de semáforos y centros comerciales, de letreros de neón, gasolineras y casas con moquetas de color azul claro. Pero allí, ahora… Solo había el antes del grito y el después.

A Gansey le pitaban los oídos.

La criatura levantó la cabeza y lo miró con ojos resplandecientes. Era el tipo de animal del que cualquiera creería conocer el nombre hasta tenerlo ante los ojos; entonces, su nombre huía y solo dejaba detrás la impresión de haber visto a la bestia. Era más antiguo que todo, más bello que todo, más terrible que todo.

Algo triunfal y despavorido cantaba en el pecho de Gansey: era el mismo sentimiento que se había apoderado de él a ver Cabeswater por vez primera. Se dio cuenta de que ya había visto criaturas semejantes a aquella en la estampida que había atravesado Cabeswater. Pero al mirar esta bestia se dio cuenta de que aquellas habían sido meras copias de ella: sus descendientes, sus memorias soñadas.

La bestia agitó una oreja y luego echó a correr zambulléndose en la noche.

—¿Es que no vas a seguirla? —preguntó Gwenllian.

Sí.

Ella señaló el roble más cercano, y Gansey, sin dudarlo, se acercó a una rama que colgaba sobre el tejado y reptó por ella, agarrándose a los brotes para no perder el equilibrio. Fue descendiendo de rama en rama hasta llegar a unos dos metros y medio del suelo y entonces se dejó caer. Al aterrizar, notó la sacudida desde las plantas de los pies hasta los dientes.

La criatura se había perdido de vista.

Gansey, sin embargo, no tuvo tiempo de sentirse decepcionado. Porque en ese preciso instante llegaron los pájaros.

Estaban por todas partes, haciendo vibrar y resplandecer el aire con sus plumas. Bajaban del cielo en remolinos y caían en picado sobre la calle; aquí y allá, los haces de luz de las farolas revelaban un ala, un pico, una garra. La mayor parte eran cuervos, pero también había aves de otras especies: pequeños carboneros, estilizadas tórtolas, compactos arrendajos… Sin embargo, los pájaros menudos se movían con menos determinación que los cuervos, como si se hubieran dejado llevar por aquella algarabía sin comprender bien su propósito. Aunque algunos piaban o graznaban, el sonido predominante era el de sus alas, un zumbido susurrante y frenético.

Gansey avanzó hacia el centro del patio y la espesa bandada se arremolinó en torno a él, rozándolo con sus plumas. No veía más que pájaros de todos los tamaños y colores. Le parecía que a su corazón también le habían brotado alas. No podía respirar.

Estaba aterrado. «Si no puedes dejar de tener miedo», le había dicho Henry, «aprende a vivir feliz y con miedo».

Los pájaros se alejaron con un movimiento brusco; querían que los siguiera, y tenía que ser en ese mismo momento. La bandada quedó suspendida formando una columna sobre el Camaro.

«¡Dejad paso!», gritaban sus graznidos. «¡Dejad paso al Rey Cuervo!». El estrépito era tan fuerte que en las casas de alrededor empezaban a encenderse algunas luces.

Gansey subió al coche y giró la llave de contacto. «Arranca, Pig, por lo que más quieras». El motor rugió. Gansey sintió una avalancha de sentimientos superpuestos: euforia, pánico, triunfo, saciedad.

Luego, con un chirrido de los neumáticos, arrancó en pos de su rey.



50

Ronan estaba funcionando con su batería de emergencia, con su piloto automático. Era una gota de agua detenida a medio parabrisas: la menor sacudida lo haría salir despedido hacia abajo.

Suspendido cuidadosamente entre el sueño y la vigilia, no advirtió que algo extraño ocurría hasta que la puerta del BMW se abrió con violencia a su lado. Sonaba un estruendo insoportable, empeorado porque Sierra entró volando en el coche en cuanto el paso estuvo libre. La niña huérfana chilló en el asiento trasero y Adam se despertó con un respingo.

—No lo sé —dijo Blue.

Ronan pestañeó, confuso, hasta que se dio cuenta de que Blue no hablaba con él, sino la gente que había a su espalda: Maura, Cala y Gwenllian, de pie en la acera y vestidas con camisón o pijama.

—Se lo dije, se lo dije —graznó Gwenllian, cuya pelambrera era una maraña de plumas y hojas de roble.

—¿Estabas dormido? —le preguntó Blue a Ronan.

No, no estaba dormido. Tampoco estaba despierto. La miró a los ojos. Solo recordó la herida que le había hecho Noah cuando sus ojos se posaron sobre ella. Era como una firma violentamente trazada sobre su piel, algo tan alejado del verdadero ser de Noah… Todo estaba al revés. «Demonio, demonio».

—Ronan, ¿has visto por dónde se ha marchado Gansey?

Ahora sí que estaba despierto.

—¡Ha salido de caza! —chilló Gwenllian con deleite.

—Cállate —le espetó Blue con dureza inesperada—. Gansey ha ido a buscar a Glendower. Se ha llevado a Pig. Gwenllian dice que salió tras una bandada de pájaros. ¿Viste por dónde se marchaba? ¡No contesta al teléfono! —exclamó, abarcando la calle con un aspaviento.

Ronan miró lo que Blue le indicaba: la plaza de aparcamiento donde había estado Pig, ahora desierta; la calle alfombrada de plumas de todos los colores; las puertas y ventanas entreabiertas, por la que los vecinos se asomaban intrigados.

—No debería ir solo —dijo Adam—. Seguro que hace alguna tontería.

—Dímelo a mí —replicó Blue—. Lo he llamado mil veces, y también he llamado a Henry para preguntarle si podemos usar su roboBee. Ninguno de los dos contesta. Ni siquiera sé si les llegan las llamadas.

—¿Podéis localizar a Gansey? —les preguntó Adam a Maura y a Cala.

—Está conectado a la línea ley —contestó Maura—. No sé cómo ni dónde, pero eso me impide verlo. No sé más.

La mente de Ronan se tambaleaba, abrumada por los empellones de la realidad. Imaginó sus pesadillas materializadas y el horror hizo que sus dedos se crisparan sobre el volante.

—Tal vez pueda localizarlo si entro en trance —dijo Adam—. Lo malo es que no sé si sabré cómo llegar luego hasta él… Si es un lugar que no conozco, nos costará localizarlo.

Blue giró sobre sus talones, exasperada.

—No tenemos tiempo para eso —dijo entre dientes.

Ronan miró la calle, fascinado repentinamente por las plumas que la salpicaban. Cada una de sus siluetas parecía nítida, real y significativa, comparada con los borrosos acontecimientos de los días anteriores. Gansey se había ido en busca de Glendower. Se había ido sin ellos. Sin él.

—Soñaré algo —dijo.

Como nadie le oyó a la primera, lo volvió a decir.

—¿Qué? —preguntó Blue.

—¿A qué te refieres con «algo»? —preguntó Maura al mismo tiempo.

—¿Y el demonio? —dijo Adam.

En la mente de Ronan aún estaba fresco el horror de su madre muerta. Aquel recuerdo, inevitablemente, se cruzaba con el del cadáver de su padre, creando una mezcla tóxica e invasora. Ronan no quería entrar en su mente en ese momento, pero aun así estaba dispuesto a hacerlo.

—Algo para encontrar a Gansey, como la abeja de Henry —explicó—. No tiene por qué servir para nada más. Será algo pequeño; puedo crearlo en un momento.

—Puedes morir en un momento —replicó Adam.

Ronan no le contestó; estaba preguntándose a qué tipo de ser podría otorgar aquella capacidad. ¿Qué era lo que más seguro estaba de poder crear, incluso estando rodeado por el huracán de espanto del demonio? ¿Qué objeto no se corrompería al momento de crearlo?

—Cabeswater no puede ayudarte —insistió Adam—. Pedirle ayuda no haría más que entorpecerte. Tendrías que crear algo que no sea terrible en ese paisaje de pesadilla, lo que parece imposible, y luego tendrías que traerlo de vuelta sin arrastrar nada más contigo, lo que parece aún más imposible.

—Soy consciente de cómo funcionan los sueños, Parrish —replicó Ronan sin despegar la vista del volante.

No dijo otras cosas. Por ejemplo, «no soportaría encontrar también el cadáver de Gansey». O «si no puedo salvar a mi antigua familia, al menos salvaré a la nueva». O «me niego a permitir que el demonio se quede con todo».

No dijo que la única pesadilla de verdad era no poder hacer nada, y que aquello, al menos, era hacer algo.

—Lo voy a intentar —dijo simplemente, confiando en que Adam entendiera el resto.

Adam lo entendió. Las demás, también.

—Haremos lo que podamos para mantener estable tu energía y protegerte de lo peor —dijo Maura.

—Entraré en trance para acompañarte —dijo Adam mientras levantaba el respaldo de su asiento.

—Blue —dijo Ronan—, será mejor que le agarres la mano.



El Camaro dejó tirado a Gansey.

Se estropeaba cada poco, y Gansey lo hacía revivir una y otra vez. Pero aquella noche… aquella noche lo necesitaba.

El Camaro, sin embargo, se estropeó. Gansey solo había llegado al límite del pueblo cuando el motor carraspeó y las luces del cuadro de mandos se debilitaron. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, el coche se detuvo. Los frenos hidráulicos y la dirección asistida dejaron de funcionar, y Gansey a duras penas pudo dirigirlo a la cuneta. Giró en vano la llave de contacto y miró por el retrovisor para ver si los pájaros lo esperaban. No, no lo esperaban.

«¡Dejad paso al Rey Cuervo!», gritaban surcando los aires. «¡Dejad paso!».

—Maldito coche… —masculló Gansey.

No hacía tanto, el Camaro se había estropeado del mismo modo en una noche sin luna, dejándolo tirado en el borde de la carretera y casi provocando su muerte. Ahora la adrenalina corría por sus venas igual que aquella noche, inmediata y abrumadora, como si no hubiera pasado el tiempo.

Pisó el acelerador mientras trataba de arrancar. Lo dejó descansar. Lo volvió a pisar. Lo dejó descansar.

Los pájaros se alejaban. No podía seguirlos.

—Vamos —masculló—. Vamos, arranca de una vez.

El Camaro no se dejó conmover por sus súplicas. Los cuervos empezaron a graznar con furia; era como si no quisieran dejarlo atrás, pero al mismo tiempo fueran arrastrados por una fuerza irresistible. Gansey masculló una imprecación, salió del coche y cerró la puerta de golpe. No sabía qué hacer. Los seguiría a pie hasta perderlos. Luego…

—Gansey.

Henry Cheng estaba de pie delante de él, con el Fisker atravesado en la calle.

—¿Qué pasa, Gansey? —preguntó.

La imposibilidad de que Henry estuviera allí golpeó a Gansey más que ningún otro acontecimiento de aquella noche, a pesar de que, de hecho, era el más posible de todos. Al fin y al cabo no estaban lejos de Litchfield House, y era obvio que Henry había llegado hasta allí por medios convencionales. Aun así, su aparición resultaba increíblemente oportuna; y a diferencia de los cuervos, no podía deberse a que Gansey la hubiera convocado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Henry hizo un gesto hacia el cielo. No señalaba los pájaros, sino el brillo titilante de roboBee.

—Le pedí a roboBee que me avisara si me necesitabas. De modo que te lo preguntaré una vez más: ¿qué os ocurre, caballero?

Los cuervos seguían llamando a Gansey. Estaban cada vez más lejos; pronto los perdería de vista. El corazón traqueteaba en su pecho. Se obligó a prestar atención a la pregunta de Henry.

—El Camaro no arranca. Esos pájaros… Me conducen a Glendower. Tengo que irme, tengo que seguirlos o…

—Para, para. Súbete a mi coche. ¿Sabes qué? Conduce tú; todo esto me tiene aterrado.

Henry le lanzó las llaves.

Gansey se puso al volante.

Sentía una inquietante sensación de inevitabilidad, como si en el fondo siempre hubiera sabido que las cosas ocurrirían de ese modo. Mientras se alejaban del Camaro,

el tiempo empezó a resbalar llevándose a Gansey consigo. Sobre ellos, los cuervos fluctuaban y se apiñaban en la oscuridad. A veces sus formas oscuras resaltaban frente a los edificios; otras se perdían entre las sombras de los árboles. Sus siluetas cortaron rítmicamente los haces de luz de las últimas farolas de pueblo, como las aspas de un ventilador. Gansey y Henry los siguieron, abandonando los últimos vestigios de civilización. Henrietta ocupaba tanto sitio en la mente de Gansey que le extrañó ver lo rápido que se desvanecían sus luces en el retrovisor.

Ya fuera del pueblo, la bandada se estiró hacia el norte. Avanzaban más rápido de lo que Gansey hubiera podido imaginar, oscilando para seguir las copas de los árboles y las hondonadas de los valles. Seguirlos no era tarea fácil; mientras ellos volaban en línea recta, el Fisker tenía que seguir las carreteras. «No los pierdas, no los pierdas», gritaba el corazón de Gansey. «No puedes perderlos ahora».

Le obsesionaba la idea de que aquella era su única oportunidad.

Había dejado de pensar con la cabeza para pensar con el corazón.

—Vamos, vamos, vamos —le apremió Henry—. Yo vigilo por si hay policías. Vamos, vamos, vamos.

Tecleó algo en su teléfono, y luego sacó la cabeza por la ventanilla para ver cómo roboBee se alejaba.

Gansey iba, iba, iba.

Se dirigían al noreste, por una intrincada red de carreteras secundarias que Gansey tal vez conociera pero no recordaba. ¿Acaso no había recorrido el estado entero? Los cuervos lo llevaban por carreteras que serpenteaban sobre colinas, a ratos asfaltadas y a ratos sin asfaltar. En cierto momento, el Fisker tuvo que trepar por un camino angosto que daba al vacío por uno de sus lados, sin vereda ni barrera de contención. Al cabo de un rato volvieron a salir a una vía asfaltada y bordeada de árboles espesos.

Los cuervos quedaron ocultos de inmediato tras las oscuras copas.

Gansey hizo frenar el coche y bajó la ventanilla. Henry lo imitó sin decir nada. Los dos inclinaron la cabeza y aguzaron el oído. Los árboles crujían, agitados por la brisa; se oía a lo lejos el rugido de los camiones en una autopista; los cuervos graznaban con urgencia como si llamasen a sus compañeros.

—Por ahí —dijo Henry de inmediato—. Dobla a la derecha.

El Fisker ganó velocidad rápidamente. Gansey se dio cuenta de que estaban siguiendo el trazado de la línea ley. ¿Hasta dónde los llevarían los cuervos? ¿A Washington D. C.? ¿A Boston? ¿Más allá del Atlántico? Solo podía confiar en que no quisieran llevarlo a algún sitio inaccesible para él. Aquello iba a terminar esa misma noche: Gansey había dicho que terminaría, y estaba seguro de ello.

Los pájaros prosiguieron su implacable avance. Gansey distinguió el cartel de una autopista algo más allá.

—¿Qué pone? ¿Sesenta y seis? —preguntó—. ¿Se entra por aquí a la autopista sesenta y seis?

—No sé, tío. Los números me confunden.

Sí que era la sesenta y seis. Los pájaros prosiguieron su camino y Gansey se incorporó a la autopista. Allí su avance era más rápido, pero también más arriesgado: si la bandada torcía, Gansey no podría seguirla.

Pero los pájaros volaban en línea recta. Gansey pisó el acelerador, y luego lo pisó un poco más.

Ya no cabía duda: los cuervos seguían la línea ley, acercando a Gansey a Washington D. C. y a la casa donde había pasado su infancia. De pronto, lo asaltó el terrible presentimiento de que era justamente allí adonde lo llevaban: al hogar de los Gansey en el barrio de Georgetown, donde había aprendido que su final era también su principio y donde, finalmente, había aceptado que tenía que evolucionar para convertirse en otro Gansey, con todo lo que eso implicaba.

—¿En qué autopista has dicho que estábamos? ¿En la sesenta y seis? —preguntó Henry, volviendo a teclear en su teléfono mientras el coche pasaba junto a la enésima señal de «Autopista 66».

—No me explico cómo puedes conducir.

—Es que no lo hago: lo estás haciendo tú. ¿A qué velocidad vamos?

—Ciento setenta.

Henry volvió a examinar su teléfono, con la cara iluminada por el resplandor de la pantalla.

—Eh, eh, frena un poco. Hay policías a kilómetro y medio.

Gansey levantó el pie y la velocidad del Fisker disminuyó hasta hacerse más o menos legal. Henry tenía razón: algo más allá, la silueta oscura de un coche con radar aguardaba en la mediana.

—Gracias por tus servicios, roboBee —dijo Henry, haciendo un saludo militar mientras pasaban junto al coche.

Gansey soltó una carcajada jadeante.

—Vale, ahora vamos a… Espera. ¿Puede roboBee encontrar una salida?

Los cuervos se habían ido desviando de la autopista poco a poco, y cada vez se hacía más evidente que su ruta se alejaba formando un ángulo.

Henry tecleó en su teléfono.

—A tres kilómetros. Salida veintitrés.

Si los cuervos seguían desviándose a aquel ritmo, en tres kilómetros estarían ya muy lejos de ellos.

—¿Crees que roboBee podría mantenerse a la altura de los cuervos?

—Ahora te digo.

Siguieron avanzando a toda velocidad, mientras la bandada se desdibujaba en la oscuridad hasta desaparecer. El pulso de Gansey se aceleró. Tenía que confiar en Henry, y Henry tenía que confiar en su abeja. Por fin llegaron a la salida, y Gansey tomó el desvío sin aminorar. No había ni rastro de los cuervos; lo único que se veía era la oscuridad de la noche en el campo de Virginia. A Gansey le extrañó reconocer los alrededores: estaban en Delaplane, ya muy alejados de Henrietta. Aquella era una comarca llena de familias adineradas, picaderos, políticos y millonarios, en nada parecida a un lugar de magia salvaje y arcaica. Era un lugar de belleza amable, una zona cultivada y cuidada desde hacía tantos años que resultaba imposible imaginarla sumida en el caos.

—¿Y ahora, qué? —preguntó.

Cada metro que avanzaban los llevaba a la nada, a la cotidianeidad, a una vida que Gansey ya había vivido.

Henry, concentrado en su teléfono, no contestó de inmediato. Gansey luchó contra el impulso de pisar el acelerador; si no iban en la dirección correcta, no tenía sentido hacerlo.

—Henry…

—Perdón, perdón. Ya lo tengo. Pisa a fondo y gira a la derecha en cuanto puedas.

Gansey obedeció con tal celo que Henry tuvo que aferrarse al asidero para no salir despedido.

—Toma ya —aprobó—. Lo que es más, ¡yupi!

Y entonces, sin previo aviso, la bandada apareció otra vez, disgregándose y recomponiéndose sobre las copas de los árboles, formas perfectamente negras sobre el oscuro púrpura del cielo. Henry golpeó el techo en un gesto triunfal. La carretera desembocó en otra de cuatro carriles, desierta en ambos sentidos. Gansey estaba empezando a acelerar de nuevo cuando los cuervos giraron en un brusco torbellino, dispersados por una corriente invisible, y cambiaron de dirección. Los faros del Fisker iluminaron fugazmente un cartel de «Se vende» a la entrada de un camino.

—¡Ahí, ahí! —exclamó Henry—. ¡Para!

Tenía razón: los pájaros volaban ahora sobre el camino que Gansey había dejado atrás. Escrutó la carretera: no se veía ningún cambio de sentido. No iba a perder a los pájaros. Se negaba a perderlos. Bajó el cristal de su ventanilla, asomó la cabeza para asegurarse de que la oscura carretera seguía vacía a su espalda, frenó bruscamente y retrocedió con un chirrido de la transmisión.

—Grande —aprobó Henry.

El Fisker ascendió por el camino en pendiente. Gansey aceleró, planteándose qué harían si la casa estaba habitada. Aquello podía complicarse: era muy tarde, viajaban en un coche extravagante y memorable, y aquel era un rincón apartado de un mundo

anticuado y formal. Aun así, no le importaba; ya se inventaría algo que contar a los dueños de la casa, si era necesario. Cualquier cosa antes que perder a los cuervos otra vez.

Las luces del coche revelaron muestras de un esplendor en declive: las piedras ornamentales que bordeaban el camino como enormes dientes estaban rodeadas de maleza; la verja de madera tenía una tabla suelta; por las grietas del asfalto asomaban matas de hierba.

La sensación de que el tiempo resbalaba era aún más potente. No era la primera vez que Gansey estaba en aquel lugar. Ya había hecho aquello, o tal vez ya hubiera vivido aquella vida.

—Menudo sitio, tío —comentó Henry torciendo el cuello para verlo mejor—. Es un museo.

El camino seguía subiendo hasta dejar atrás los árboles. Desembocaba en la cima de la colina formando una gran rotonda, tras la que se adivinaba la silueta de una casona. No, no era una casona; Gansey, que se había criado en una mansión, reconocía las mansiones a primera vista. Aquella era mucho más grande que la casa en la que vivían ahora sus padres; era un compendio de columnas, azoteas, pórticos e invernaderos, una enormidad chata de ladrillos y estuco color crema. Sin embargo, a diferencia de la mansión de los Gansey, esta estaba descuidada: entre los setos de boj crecían falsas acacias silvestres, y la hiedra había escapado de las paredes de ladrillo para invadir la escalinata de entrada. En los parterres, los rosales lanzaban ramas medio peladas en todas direcciones.

—Esto no es ningún chollo inmobiliario, ¿eh? —observó Henry—. Para reformar, y esas cosas. Aunque no veas las fiestas zombis que se podrían montar en el tejado…

El Fisker recorrió lentamente la rotonda, observado desde el tejado y la azotea por los cuervos. Una sensación de *déjà vu* tironeaba de la mente de Gansey, como cuando miraba a Noah y veía al mismo tiempo al chico vivo y al muerto.

Se tocó el labio inferior en un ademán pensativo.

—Yo ya he estado aquí.

Henry recorrió con la vista a los pájaros, y ellos, imperturbables, le devolvieron la mirada. Parecían esperar algo.

—¿Cuándo?

—Aquí fue donde morí.



52

Antes de caer dormido, Ronan era consciente de que Cabeswater sería insoportable. Sin embargo, no se daba cuenta de hasta qué punto lo sería.

Lo peor no era lo que veía, sino lo que sentía. El demonio seguía con su labor destructora en los árboles, la tierra y el cielo; pero también corrompía el ánimo del bosque, la esencia misma de su existencia soñada. Ahora, Cabeswater era el aire con sabor a culpabilidad que se respira tras una media mentira; el encogimiento del estómago al ver un cadáver; la destructiva sospecha de que uno es prescindible, molesto, que estaría mejor muerto. Era la vergüenza de anhelar algo prohibido, la fea excitación de estar agonizante. Era todas esas cosas al mismo tiempo.

Las pesadillas de Ronan solían ser una de esas cosas, dos a lo más; casi nunca todas de una vez. Eso solo le había ocurrido cuando de verdad había quien lo prefería muerto.

Pero en aquel entonces estaba solo. Ahora Maura y Cala lo apoyaban desde el mundo de la vigilia, Cala sentada en el capó del coche y Maura en el asiento trasero;

Ronan sentía su energía como unas manos que le rodeaban suavemente la cabeza, bloqueando en parte el feo estrépito que sonaba a su alrededor. Además, la mente de Adam se encontraba en el sueño, junto a él. En la vida real, Adam estaba en trance en el asiento del copiloto; en la soñada se encontraba de pie en el bosque en descomposición, encorvado e inseguro.

Pero no era eso. Ronan tenía que admitirlo: aunque la presencia de sus amigos lo hiciera todo más soportable, no era la mayor diferencia entre sus pesadillas de antaño y esta. La diferencia era que, en aquel entonces, sus pesadillas querían verlo muerto, y Ronan coincidía con ellas.

Miró alrededor en busca de algún lugar seguro, un rincón en el que su creación pudiera desarrollarse en paz. No lo había. Lo único que no estaba corrompido en aquel sueño eran Adam y él.

Tendría que sujetarlo él mismo mientras lo creaba. Juntó las manos e imaginó que dentro de ellas aparecía una pequeña esfera de luz. Era tan pequeña que el demonio la pasó por alto. De pronto, alguien resolló junto a su oído. Supo que era su padre. Que estaba agonizando. Solo.

«Por tu culpa».

Ronan apartó la idea y siguió pensando en la criaturilla luminosa que estaba fabricando para encontrar a Gansey. Imaginó su peso, su tamaño, los dibujos de sus minúsculas alas.

—¿De verdad creías que me quedaría en este lugar por ti? —le susurró Adam al oído opuesto, en tono helado y despectivo.

El Adam real estaba ante él. Tenía la cabeza ladeada para no mirar a una copia exacta de su padre que gritaba a centímetros de su cara, con un timbre y una cadencia exactamente iguales que los del Robert Parrish de carne y hueso. En el rostro de Adam había un rictus que no hablaba tanto de miedo como de tozudez. Llevaba semanas desvinculándose poco a poco de su padre auténtico; aquel duplicado era más fácil de resistir.

«Mereces que te abandone».

«No le pido que se quede», replicó Ronan para sus adentros. «Solo que regrese».

Apenas podía soportar el impulso de comprobar si el objeto que crecía entre sus manos era lo que él pretendía; pero sentía el anhelo del demonio por corromperlo, por revertirlo, por darle la vuelta y hacerlo feo. Sería mejor mantenerlo oculto por ahora y confiar en que estaba creando algo positivo. Debía aferrarse a la idea de lo que quería que hiciera su creación al llevarla a la vida real, desechando la idea que tenía el demonio sobre lo que debía hacer.

Algo le raspaba suavemente el cuello. Era un roce leve, inofensivo, repetitivo, implacable, que acabó por traspasar su epidermis e hizo brotar la sangre.

Ronan lo ignoró y sintió cómo el objeto que guardaba entre las manos se estremecía con un hálito de vida.

El sueño arrojó un cadáver ante él: algo negruzco y desgarrado, roto y corrupto. Gansey. Sus ojos aún estaban vivos, su boca se movía. Estaba deshecho, indefenso. Por una de sus comisuras asomaba la garra de un horror nocturno de Ronan, clavada en su mejilla.

«No hay nada que puedas hacer».

Eso no era cierto. Ronan sintió el delicado aleteo de su sueño en las palmas de las manos.

Adam buscó su mirada, sin hacer caso de los berridos que seguía lanzando su falso padre. El esfuerzo que hacía por mantener equilibradas las energías se reflejaba en su cara.

—¿Listo? —le preguntó.

Ronan asintió, aunque no estaba seguro. En realidad, no sabrían quién había ganado aquel combate hasta que abrieran los ojos en el BMW.

—Despiértame —dijo.



Sí: Gansey ya había estado allí, aunque desde entonces habían pasado siete años y el lugar había cambiado. Curiosamente, también había sido con motivo de un evento de recaudación para la campaña electoral del Congreso. Gansey recordaba lo emocionado que estaba antes de ir. El verano en Washington D. C. era agobiante y monótono, un secuestrador que mantenía a los habitantes de la ciudad encerrados como rehenes. Aunque la familia Gansey acababa de regresar de un viaje a la India para visitar los cultivos de menta del Punjab (un viaje de carácter político, cuyo propósito Gansey no acababa de entender), la experiencia no había hecho más que acrecentar la inquietud del más joven de la familia. El jardín de su casa de Georgetown estaba lleno de arbustos ornamentales más viejos que él, y en cualquier caso, tenía prohibido salir allí en verano porque estaba lleno de abejas. Y aunque sus padres lo llevaban con ellos a mercadillos de antigüedades y a museos, a carreras de caballos y a inauguraciones, el pequeño Gansey echaba de menos algo distinto. Ya conocía todas aquellas cosas;

estaba ansioso de hallar nuevas curiosidades y maravillas, cosas nunca vistas e incomprensibles.

Así que, aunque no le emocionaban los eventos políticos, se alegró cuando llegó el día.

—Lo pasarás bien —le dijo su padre—. Habrá más niños allí.

—Los hijos de Martin —añadió su madre, con una risita disimulada a la que su padre correspondió como si recordara algún incidente del pasado.

Gansey había tardado un momento en darse cuenta de que aquello no era un simple comentario, sino un incentivo que le ofrecían sus padres. Lo cierto era que a Gansey nunca le habían interesado mucho los niños, ni siquiera cuando él mismo era uno de ellos. Siempre había aspirado a un futuro en el que pudiera cambiar de domicilio por iniciativa propia.

Ahora, años más tarde, subió la escalinata de entrada y miró la placa de metal que había junto a la puerta. LA CASA VERDE, rezaba. APROX. 1824. De tan cerca, resultaba difícil definir por qué la mansión resultaba más grotesca que simplemente envejecida, aunque la presencia de cuervos en todas las superficies horizontales contribuía indudablemente a ello.

Gansey trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada. Encendió la linterna de su teléfono y se acercó a las ventanas de los lados para atisbar el interior. No sabía qué estaba buscando, aunque pensaba que tal vez lo reconocería si lo viera. Se preguntó si habría alguna puerta accesoria abierta o una ventana con una rendija por la que meter la mano. Aunque no tenía ninguna razón para pensar que la casa contenía algún secreto relevante para su búsqueda, la parte de Gansey que sabía encontrar cosas ocultas se estrellaba contra las ventanas como un moscardón empeñado en entrar.

—¡Ahí va! —exclamó Henry desde el costado de la casa, con voz exageradamente sorprendida—. Acabo de descubrir que, en algún momento de la historia, un sinvergüenza coreano forzó esta puerta lateral para entrar en la casa.

Gansey se abrió paso por un parterre de lirios marchitos hasta llegar a una entrada accesoria, tan recargada como la principal. Henry había terminado de romper un cristal ya agrietado para introducir la mano y abrir el cerrojo.

—Estos chicos de hoy en día… —masculló—. Aunque el apellido Cheng no es coreano, ¿verdad?

—Mi padre no es coreano —respondió Henry—, pero yo sí lo soy. Heredé eso de mi madre, junto con mi lado vándalo. Bueno, Dick; ya que he delinquido, vamos a entrar, ¿no?

Gansey dudó por un momento ante el umbral.

—¿Por qué le dijiste a roboBee que estuviera pendiente de mí?

—Era un gesto amistoso. Somos amigos, ¿no? —contestó Henry de inmediato, como si le doliera que Gansey sospechase de sus motivos.

—Lo sé, lo sé. Solo que… No sé, hasta ahora no he conocido a mucha gente que haga amigos como yo los hago. Tan… rápido.

Henry hizo unos cuernos con la mano, sonriendo de oreja a oreja.

—*Jeong*, colega.

—¿Qué significa eso?

—Uf, quién sabe. Significa ser Henry. Significa ser Richard el Muchachote. *Jeong*. Casi nunca se dice la palabra, pero se vive igualmente. Para serte sincero, no esperaba encontrarlo en un tipo como tú. Es como si nos conociéramos de antes… No, no es eso. Nos hemos hecho amigos de golpe, y estamos dispuestos a hacer por el otro lo que harían dos amigos. No hablo de colegas, sino de amigos. Hermanos de sangre. Es algo que se siente: nosotros, en lugar de tú y yo. Eso es el *jeong*.

Gansey se dio cuenta de que, en la superficie, aquella descripción resultaba exagerada, ilógica, recargada. Pero en un nivel más profundo, era algo auténtico, familiar, que explicaba gran parte de su vida. Eso era lo que sentía hacia Adam, Ronan y Blue. Al ver por vez primera a cada uno de ellos, había percibido una sensación de reconocimiento instantáneo, como si reviviera algo, como si hubiera hallado al fin algo perdido. Nosotros, en lugar de tú y yo.

—De acuerdo —dijo.

Henry sonrió aún más y empujó la puerta que acababa de abrir.

—Bueno, ¿qué tenemos que buscar?

—No sé —confesó Gansey.

Asomó la cabeza y aspiró el familiar aroma de la casa, aquel olor característico de las viejas mansiones coloniales. Moho, madera de boj, suelos encerados hacía décadas… Le asaltó algo impreciso, no tanto un recuerdo como la sensación de una época más sencilla.

—Tenemos que estar atentos a cualquier cosa que se salga de lo normal —precisó—. Creo que nos daremos cuenta al verlo.

—¿Nos dividimos, o estamos en una película de miedo y es mejor que sigamos juntos?

—Chilla si algo te devora —contestó Gansey, aliviado por el ofrecimiento de separarse; necesitaba quedarse a solas con sus pensamientos.

Apagó su linterna justo en el instante en que Henry encendía la suya. Por un momento Henry pareció a punto de preguntar: «¿Por qué?», a lo que Gansey se habría visto obligado a responder: «Porque la oscuridad intensifica mis instintos», pero Henry se limitó a encogerse de hombros y se alejó.

Gansey recorrió en silencio los pasillos de la Casa Verde, con los recuerdos siguiéndolo como fantasmas. Allí había habido una mesa con canapés; allí, un piano; más allá había visto un corrillo de becarios que parecían de vuelta de todo. Se detuvo en el centro de la sala de baile. Empezó a caminar de nuevo y dio un respingo: una luz automática había detectado su movimiento al otro lado de la ventana y se había encendido en el exterior de la casa. Miró alrededor: una gran chimenea, con una recargada repisa de mármol y una abertura negra como la boca del lobo. Ventanas con los marcos salpicados de moscas muertas. Por un momento, Gansey se sintió como el único ser vivo sobre la faz de la Tierra.

Aquel día lejano, la estancia le había parecido enorme. Entrecerró los ojos; casi podía ver la fiesta, como si siguiera ocurriendo una y otra vez en algún lugar irreal. Si aquello fuera Cabeswater, tal vez Gansey podría retroceder en el tiempo para vivir ese día de nuevo. La idea le resultó nostálgica e inquietante a la vez; por aquel entonces era un chiquillo inconsciente, sin las ataduras ni la responsabilidad que proporcionaba la experiencia. Sin embargo, había cambiado mucho desde entonces. La idea de pasar otra vez por todo ello, de volver a aprender lo ya aprendido, de esforzarse de nuevo para hacerse amigo de Adam, de Ronan y de Blue… Solo pensarlo lo dejaba exhausto, en tensión.

Salió del salón de baile y avanzó por los pasillos, agachando la cabeza para pasar bajo brazos que ya no estaban allí, excusándose por interrumpir conversaciones que llevaban años terminadas. Champán, música, un olor invasivo a perfume. «¿Cómo estás, Dick?». Bien, fenomenal, de primera; eran las únicas respuestas posibles ante aquella pregunta. El sol siempre brillaba sobre el joven Gansey.

Salió a un porche y escrutó la fría noche de noviembre. La hierba irregular se veía gris a la luz de la bombilla automática; los árboles desnudos parecían negros; el cielo mostraba un apagado tono purpúreo por la amenaza distante de Washington D. C. Todo estaba muerto.

Gansey se preguntó si reconocería a alguno de los niños con los que había jugado en aquella fiesta. Habían decidido jugar al escondite; él se había ocultado tan bien que se había muerto, e incluso después de resucitar, había quedado oculto a la vista de sus iguales. Aquel tropezón lo había llevado a un camino distinto.

Abrió la puerta del porche y echó a andar por la húmeda maleza que alfombraba el jardín trasero. También allí había habido invitados. Los niños mayores habían organizado un caótico partido de croquet, y los camareros no hacían más que tropezar con los aros.

Gansey avanzó hasta llegar a los árboles del fondo. La luz llegaba más lejos de lo que esperaba, filtrándose entre los troncos. El bosque no parecía tan salvaje como en su recuerdo; Gansey no habría sabido decir si se debía a que ahora estaba más

acostumbrado a caminar por parajes como aquel, o a que entonces era verano y había más maleza. Ahora, desde luego, no parecía un lugar en el que fuera fácil esconderse.

Durante su estancia en Gales para buscar a Glendower, Gansey había visitado muchos sitios semejantes a aquel —lugares en los que se habían librado batallas cruentas— y se había quedado de pie en el borde, como ahora. Una y otra vez, había tratado de imaginar cómo sería estar allí empuñando una espada, a lomos de un caballo, rodeado de hombres sudorosos y ensangrentados. ¿Qué se sentiría siendo Owen Glendower, sabiendo que otras personas se lanzaban a la guerra porque tú se lo pedías?

Mientras Malory lo esperaba en el camino o se quedaba en el coche, Gansey caminaba hasta el medio del campo, alejándose cuanto podía de la civilización moderna. Cerraba los ojos, eliminaba el lejano rumor de los aviones e intentaba oír los sonidos de hacía seiscientos años. Aquel Gansey más joven aún albergaba la tímida esperanza de estar embrujado, o de que el paraje lo estuviera; de abrir los ojos y ver algo más que antes.

Sin embargo, había acabado por rendirse a la evidencia: carecía de la más mínima percepción sobrenatural, y aquellos momentos que empezaban con Gansey solo en un antiguo campo de batalla terminaban con Gansey solo en un antiguo campo de batalla.

Se quedó en la linde de aquel bosque virginiano durante casi un minuto, hasta que el mero hecho de estar allí de pie le produjo una sensación extraña, como si las piernas le temblaran —aunque no lo hacían—. Y entonces, entró.

Las ramas desnudas crujían sobre su cabeza, empujadas por la brisa. A sus pies, la hojarasca húmeda no hacía ningún ruido al pisarla.

Hacía siete años que había pisado allí un avispero. Hacía siete años que había muerto. Hacía siete años que había vuelto a nacer.

Había pasado tanto miedo…

¿Por qué lo habrían devuelto a la vida?

Las mangas de su chaqueta se enganchaban en las ramitas. Aún no estaba en el lugar donde había ocurrido. Se dijo que el avispero ya no estaría allí; que el árbol caído junto al que se había desplomado llevaría tiempo podrido; que la penumbra fantasmal de la noche no le permitiría reconocer el sitio exacto.

Pero lo reconoció.

El árbol no se había podrido. Parecía igual de sólido que entonces, solo algo más oscuro por el rocío y la noche.

Allí había sentido el primer aguijonazo. Gansey estiró el brazo y examinó el dorso de su mano, maravillado y sorprendido. Dio otro paso tambaleante: allí las había sentido reptar por su cuello, siguiendo la línea del pelo. No se llevó la mano a la nuca

para despejar la sensación de un manotazo; hacerlo nunca ayudaba. Sin embargo, sus dedos se retorcían, ansiosos de hacer algo.

Avanzó un paso más, inseguro. Estaba a un paso del árbol muerto. Allí, el Gansey del pasado había caído de rodillas. Las avispas habían aprovechado para invadir su cara, cubriendo sus párpados cerrados y sus labios temblorosos.

No había intentado correr; era imposible escapar de ellas, y de todas formas el mal ya estaba hecho. Recordó haber pensado que, si aparecía cubierto de avispas entre los invitados, estropearía la fiesta.

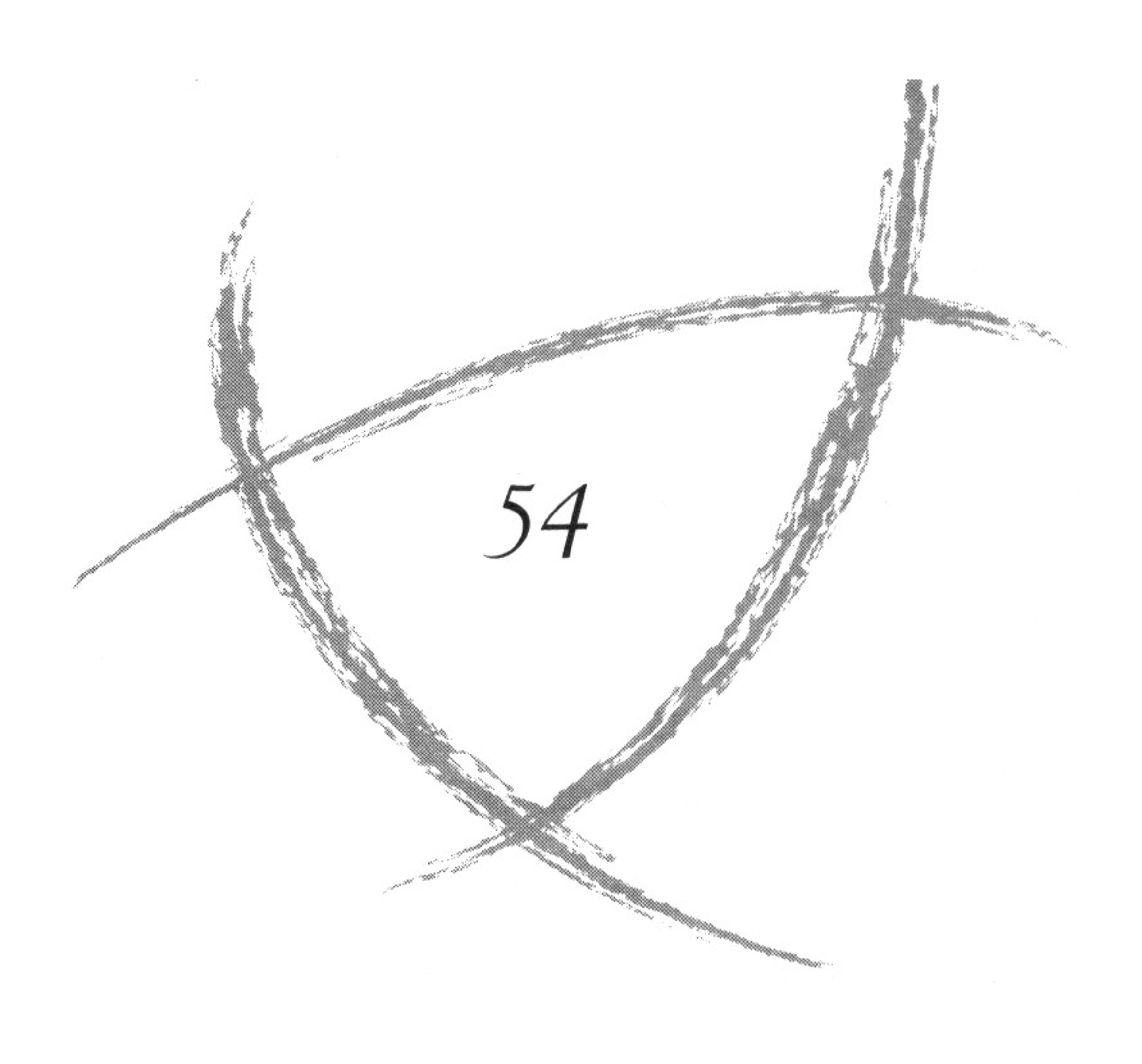
Levantó un momento el torso, apoyándose en las manos, y sus codos se vencieron. El veneno desgarraba sus venas. Estaba de lado, hecho un ovillo. Las hojas húmedas se pegaban a su mejilla mientras cada parte de su ser se asfixiaba. Estaba tembloroso y acabado y tenía miedo, tanto miedo…

«¿Por qué?», se preguntó. «¿Por qué a mí? ¿Con qué propósito?».

Abrió los ojos.

Estaba de pie con los puños cerrados, mirando el lugar en el que había ocurrido. Se había salvado para encontrar a Glendower. Se había salvado para acabar con aquel demonio. Tenía que ser eso.

—¡Dick! ¡Gansey! ¡Dick! ¡Gansey! —exclamó Henry desde el patio trasero—. Tienes que ver esto.



54

Al lado de la casa se abría la boca de una gruta. No era una entrada imponente en un afloramiento de rocas, como la de la cueva de Cabeswater. Tampoco recordaba a la brecha escondida por la que habían accedido a la tumba de Gwenllian. Esta semejaba unas fauces abiertas, una brecha en el terreno, con las paredes de tierra húmeda salpicadas de escombros y muebles rotos por el derrumbe de una parte del sótano. Parecía reciente, y Gansey, inquieto, pensó que tal vez se hubiera abierto para cumplir con la orden que había dado en Fox Way.

Había solicitado ver al Rey Cuervo y la magia le había mostrado el camino, abriendo simas en la tierra si era necesario.

—Pues sí que le hace falta una reforma, sí —comentó Henry, porque alguno de los dos tenía que decirlo—. Si quieren conseguir un buen precio, podrían aprovechar

para remodelar el sótano. No sé: ponerle suelos de tarima, renovar los picaportes, reconstruir la pared exterior…

Gansey se acercó al borde de la sima y los dos escrutaron su interior, usando los teléfonos para alumbrarse. A diferencia de la brecha, el interior de la gruta parecía seco y polvoriento, como si existiera desde antes de la construcción de la casa. Lo único que se había creado a petición de Gansey era aquella entrada.

Gansey echó un vistazo al Fisker, que seguía aparcado en la rotonda, y trató de situarse con respecto a la autopista, a Henrietta, a la línea ley. Claro; él ya sabía que aquella casa estaba en la línea ley. ¿Acaso no le había dicho una voz que solo sobrevivía a su muerte en la línea ley porque otra persona estaba muriendo en ella?

Se preguntó si en el pasado habría existido una manera más fácil de acceder a aquella gruta. ¿Habría otra entrada natural en algún lugar de la línea, o habría estado la cueva oculta todo aquel tiempo, esperando a que él le ordenara revelar su paradero?

—Bueno —dijo al fin—. Voy a entrar.

Henry soltó una carcajada, pero se cortó en seco al darse cuenta de que Gansey hablaba en serio.

—Para hacer estas cosas, ¿no se necesitan un casco y un sherpa?

—Tal vez. Pero no tengo tiempo de volver a Henrietta para buscar mi equipo de escalada, así que iré con cuidado y ya está.

Gansey no le pidió a Henry que lo acompañara: no quería hacerlo pasar por el trago de decir que no quería hacerlo. No podía esperar de él que lo acompañara a un agujero subterráneo, cuando lo único que temía Henry en el mundo eran los agujeros subterráneos.

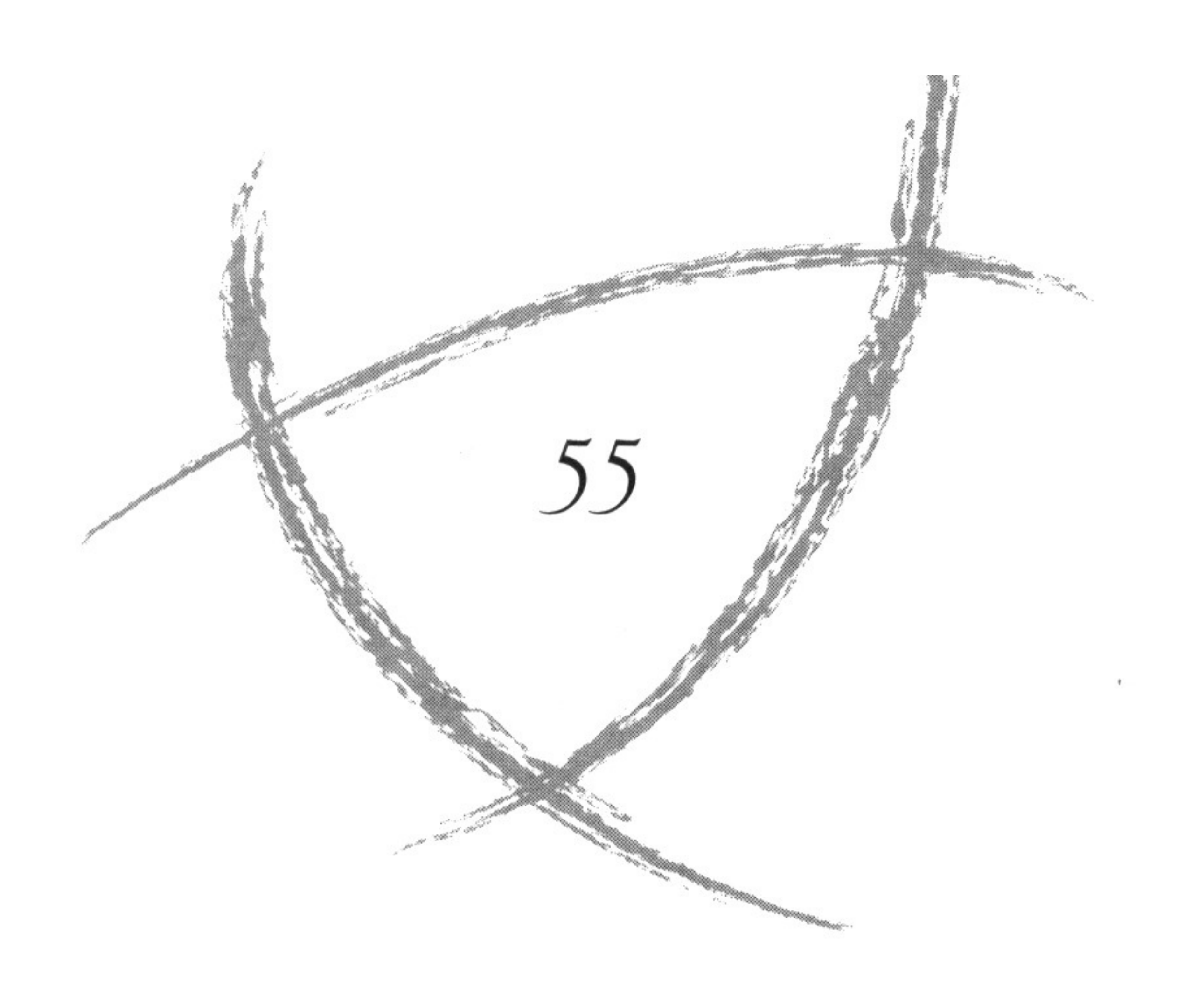
Se quitó el reloj y se lo metió en el bolsillo para que no se enganchase con nada si tenía que trepar. Luego se agachó, se remangó los pantalones y examinó la sima una vez más. No era una gran caída, pero quería asegurarse de que podría salir por sus propios medios si no había nadie esperándolo a su regreso.

Frunciendo el ceño, rescató de entre los escombros una silla en bastante buen estado y la dejó caer a la negrura. Cuando la pusiera derecha al bajar, le proporcionaría el escalón necesario para salir del agujero.

Henry lo miraba sin decir nada.

—Eh, hombre blanco, te vas a manchar la chaqueta —le dijo cuando Gansey estaba a punto de bajar. Se quitó de un tirón el jersey de Aglionby que llevaba puesto y se lo ofreció.

—Espero que no me acusen de cambiar de chaqueta por esto —bromeó Gansey agradecido, entregándole su cazadora y tomando el jersey—. Te veo al otro lado. *Excelsior*.



55

Mientras Gansey avanzaba por el túnel, sintió que dentro de él se elevaba una desquiciada mezcla de alegría y tristeza. Aunque lo único que veía eran las paredes de piedra del pasadizo, no podía sacudirse la sensación de que iba por buen camino. Había imaginado aquel momento tantas veces… Y ahora que lo estaba viviendo, no lograba recordar la diferencia entre imaginarlo y experimentarlo. Ya no sentía aquella eterna disonancia entre la expectativa y la realidad; había deseado realmente encontrar a Glendower, y ahora estaba a punto de llegar a él.

Alegría y tristeza, tan tumultuosas que su cuerpo apenas podía contenerlas.

Volvía a notar aquella sensación de que el tiempo resbalaba. Allá abajo era algo casi palpable, como una corriente de agua que se precipitara sobre sus pensamientos. Le daba la impresión de que tal vez no fuera solo el tiempo lo que se deslizaba a su alrededor, sino también el espacio; tal vez el túnel se doblara sobre sí mismo para llevarlo a un lugar muy alejado dentro de la línea ley. Caminó, comprobando de cuando en cuando la pantalla de su teléfono: la batería bajaba rápidamente, agotada

por la linterna. Cada vez que la miraba, el tiempo había cambiado de manera imposible: a veces avanzando vertiginosamente, otras retrocediendo en sacudidas, otras manteniéndose en el mismo minuto mientras Gansey avanzaba cuatrocientos pasos… En más de una ocasión, el teléfono parpadeó y se apagó momentáneamente —un segundo, dos, cuatro…—, dejando a Gansey rodeado de tinieblas.

Aún no sabía lo que haría cuando la batería se agotara. Sus expediciones anteriores por cavernas le habían enseñado que era muy fácil caer en alguna sima, incluso llevando linterna. Y aunque aquello parecía más un pasadizo que una gruta, era imposible saber dónde acabaría.

Solo podía confiar en los cuervos y en aquel sentimiento de estar haciendo lo correcto. Todos y cada uno sus pasos lo habían llevado hasta aquel momento.

Tenía que creer que la luz aguantaría hasta que hubiera llegado a su destino. Aquella era la noche definitiva, la hora final; estaba destinado a llegar hasta allí solo.

De modo que caminó sin detenerse mientras el nivel de su batería oscilaba, subiendo algunas veces y bajando las más.

Cuando solo quedaba un resquicio de un rojo ominoso, Gansey dudó. Podía retroceder sobre sus pasos; la luz solo le duraría un rato, pero al menos sabría que no había trampas en el camino. O podía continuar hasta agotar la batería, con la esperanza de encontrar algo antes… y de que no le hiciera falta luz al llegar a su destino.

—Dios… —masculló.

Se sentía como un libro en sus últimas páginas; no sabía si desear que terminase para averiguar cómo acababa, o desear que no se acabase nunca.

Siguió andando.

Algo más tarde, la luz se apagó. La batería había muerto. Gansey quedó envuelto por la oscuridad.

Ahora que no caminaba, se dio cuenta de que hacía frío. Una gota de agua helada le cayó en la coronilla, seguida de otra que se coló por el cuello de su camisa. Notó que los hombros del jersey de Henry empezaban a humedecerse. La oscuridad le pesaba como algo físico.

No sabía qué hacer. ¿Avanzar a tientas, centímetro a centímetro? Envuelto en las tinieblas, recordó con viveza lo que había sentido cuando el suelo desapareció bajo sus pies en la cueva de los cuervos. Ahora no había cuerda de seguridad para detener su caída, ni estaba Adam para evitar que resbalara más, ni Ronan podía decir a los enjambres que fueran cuervos en lugar de avispas, ni había ninguna Blue que le susurrara palabras de aliento hasta que él recobrara el coraje suficiente para salvarse a sí mismo.

La oscuridad no solo estaba en el pasadizo: también estaba dentro de él.

—¿No quieres que te encuentre? —susurró—. ¿Estás aquí?

El túnel siguió en silencio. Solo lo rompía de vez en cuando el chapoteo de una gota que se estrellaba en el suelo.

Gansey notó que el miedo empezaba a invadirlo. En su caso, el miedo tenía una forma muy específica. Y a diferencia del sótano de Borden House, aquellos pasadizos respondían al miedo.

Aguzó el oído, notando que el silencio ya no era tan espeso. Un rumor familiar había empezado a acumularse en la distancia.

Un enjambre.

Aquello no era un insecto solitario volando túnel abajo. Tampoco era roboBee. Era el chirrido oscilante de cientos de criaturas que zumbaban por los pasadizos, cada vez más cerca.

Y a pesar de que la oscuridad era absoluta, Gansey percibió la llegada de aquella negrura que había visto rezumando del árbol enfermo.

La sucesión de los hechos se desplegó en su cabeza: hacía poco más de siete años, él se había salvado de morir por picaduras de avispa mientras Noah moría. Y ahora, mientras el espíritu de Noah acababa de disolverse, volvería a morir de lo mismo. Tal vez jamás hubiera habido ningún propósito en todo aquello, salvo la recuperación del estado natural de las cosas.

El zumbido era ya muy cercano. Ahora, entre la vibración de las alas se oían los golpecitos casi inaudibles que hacían los cuerpos de los insectos al chocar con las paredes de piedra.

Gansey recordó las palabras de Henry al colocar la abeja en su mano. Le había dicho que no imaginara la criatura como algo mortal, sino como algo bello.

Podía hacerlo. Al menos, creía que podía.

«Algo hermoso», se dijo. «Algo noble».

El rumor zumbaba-golpeaba-zumbaba hacia él. Cada vez era más fuerte.

Estaban allí.

—Algo que no me haga daño —dijo en voz alta.

Su vista se tiñó de rojo y luego de negro.

Negro.

—Hojas —dijo la voz de Ronan Lynch, llena de intención.

—Tierra —dijo Adam Parrish.

—Viento —dijo Blue Sargent.

—Mierda —dijo Henry Cheng.

Un rayo de luz rozó a Gansey, tiñendo de nuevo su visión de rojo y luego de negro. Una linterna.

En la primera ráfaga, Gansey creyó que las paredes estaban bullendo de avispas. En la segunda se dio cuenta de que no eran más que hojas y tierra, con una brisa que envió lo uno y lo otro hacia la salida del túnel. Y con aquella nueva luz, Gansey vio a sus amigos temblando en el lugar donde habían estado las hojas.

—Serás estúpido… —masculló Ronan. Tenía la camisa mugrienta, y en un lado de su cara había una mancha de sangre que podía ser suya o no.

Gansey trató de hablar, pero no encontraba la voz.

—Creí que no ibais a venir —dijo al fin.

—Sí, yo también lo pensaba —convino Henry—. Pero luego pensé: «Eh, no puedo dejar que Gansey III se pasee solito por ese pozo misterioso. Nos quedan tan pocos tesoros que sería absurdo dejar que se destruyan». Y bueno, en fin… Alguien tenía que traer al resto de tu séquito.

Blue lo abrazó, aún temblorosa.

—¿Por qué quisiste venir solo? —le preguntó.

—Pretendía ser heroico —respondió Gansey estrechándola.

Blue era real; todos eran reales. Habían ido a buscarlo en mitad de la noche. Gansey estaba estupefacto; en el fondo, jamás hubiera esperado que hicieran algo así por él.

—No quería haceros más daño —añadió.

—Serás estúpido… —repitió Ronan.

Todos explotaron en carcajadas nerviosas, porque necesitaban reírse. Gansey apoyó la mejilla en la cabeza de Blue.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Ronan casi la palmó creando algo que te siguiera el rastro —respondió Adam.

El aludido abrió la mano y reveló una luciérnaga posada en la palma. En cuanto los dedos dejaron de rodearla, la pequeña criatura voló directa hacia Gansey y se enganchó en su jersey.

Gansey la desprendió con cuidado y la envolvió con su mano. Le lanzó una mirada a Ronan; no le hacía falta pedir perdón en voz alta para que Ronan supiera que lo sentía.

—Bueno —dijo—, ¿qué hacemos?

—Ordéname que le pida a roboBee que encuentre a tu rey —repuso Henry de inmediato.

Pero Gansey solo sabía dar órdenes a esencias mágicas, no a personas de carne y hueso. El estilo de los Gansey no era ordenar a nadie que hiciera nada; los Gansey sugerían, y luego aguardaban con la esperanza de ser atendidos. Solo hacían a los demás lo que desearían que les hicieran a ellos, y esperaban en silencio a que los demás les correspondieran.

Habían ido allí por él. Habían ido allí por él.
Habían ido allí. Por él.
—Por favor —dijo—. Por favor, ¿me ayudarás?
Henry lanzó la abeja al aire.
—Pensé que nunca ibas a pedírmelo.



56

Gansey no sabía cuánto tiempo llevaban caminando cuando lo encontraron.

Al final de todo, era así: una puerta de piedra tallada con cuervos y enredaderas y una abeja de sueño posada en ella. El pasadizo que habían dejado a su espalda arrancaba en una casa que pertenecía al prosaico pasado de Gansey, no en un bosque de su extraordinario presente. Aquello no se parecía en nada a todo cuanto Gansey había imaginado.

Y sin embargo, supo que había llegado nada más verlo.

Se detuvo ante la puerta, sintiendo una vez más que el tiempo se deslizaba alrededor de él y que él aguantaba inmóvil en medio de su rápida corriente.

—¿Lo sentís? —les dijo a los demás. «¿O soy solo yo?».

—Venid con la linterna —pidió Blue.

Henry llevaba todo el camino en la retaguardia del grupo, respetando cortésmente su posición de recién llegado. Ahora, en vez de abrirse paso entre los demás, le pasó la

linterna a Blue. Ella la acercó a la puerta para iluminar los detalles del relieve. A diferencia de la primera tumba que habían encontrado, cuya puerta mostraba el bajorrelieve de un caballero, esta estaba adornada con decenas de cuervos entrelazados. Ronan, que había abierto de una patada el primer sepulcro, rozó los relieves con respeto. Adam se limitó a mirar la puerta con expresión distante, agarrándose las manos como si necesitara calentárselas. Gansey echó mano a su teléfono para sacar una foto del hallazgo, como siempre hacía, recordó a medio gesto que no le quedaba batería y luego se preguntó si tenía sentido hacerlo, en vista de que aquella parecía ser la auténtica tumba de Glendower.

No, no haría fotos. Aquel momento era para él, no para los estudiosos.

Apoyó la mano en la puerta, con los dedos extendidos. Notó que cedía un poco; no sería difícil abrirla.

—No será malvado este tipo, ¿verdad? —preguntó Henry—. Soy demasiado joven para morir. Jovencísimo.

Durante los siete años anteriores, Gansey había contemplado todas las opciones posibles para el rey que descansaba tras aquella puerta. Había leído crónicas que retrataban a Glendower como un héroe y otras que lo tildaban de villano, dependiendo del bando de quien las escribiera. Había sacado a la hija de Glendower de su tumba y había visto la locura que había provocado en ella su largo encierro. Conocía leyendas que prometían favores, y otras que prometían muerte. Algunas historias mencionaban solo a Glendower; en otras se hablaba de docenas de caballeros que lo rodeaban y que despertarían con él.

Algunas historias —la de ellos— contenían un demonio.

—Puedes esperar fuera si tienes miedo, Cheng —se burló Ronan; pero su bravuconería era tan endeble como la tela de una araña, y Henry se la quitó de encima tan fácilmente como si lo fuera.

—No sé qué vamos a encontrar detrás de esta puerta —confesó Gansey—. En cualquier caso, todos estamos de acuerdo en que el favor será acabar con el demonio, ¿verdad?

Todos lo estaban.

Gansey apoyó las dos manos en la piedra, fría como un cadáver. La pesada losa cedió fácilmente bajo la presión, seguramente impulsada por algún resorte oculto. Aunque tal vez, pensó Gansey, no hubiera ningún resorte; quizá la misma puerta estuviera hecha de sueños y no tuviera que obedecer las leyes de la física.

El haz de la linterna iluminó la cámara sepulcral.

Gansey entró.

Las paredes de la tumba de Gwenllian habían estado ricamente pintadas de rojos y azules que no se habían desteñido en la oscuridad, con figuras de pájaros sobre pájaros

que perseguían a otros pájaros. De las paredes colgaban armaduras y espadas a la espera de que el durmiente despertase. El sarcófago reposaba sobre una base de piedra, y su tapa era una losa ricamente labrada con una figura yacente de Glendower. Era una tumba digna de un rey.

Esta no era más que una sala subterránea.

El techo era bajo y estaba excavado en la roca viva. Para pasar, Gansey tuvo que agachar la cabeza un poco, y Ronan, mucho. Las paredes eran de piedra desnuda. La luz de la linterna cayó sobre un cuenco plano y oscuro que había en el suelo, con una marca aún más oscura en su interior, y Gansey lo reconoció al instante como un cuenco de adivinación. Blue hizo avanzar el haz luminoso, revelando una losa plana en el centro de la estancia. Sobre ella yacía un caballero con armadura. Junto a su mano izquierda había una espada; junto a la derecha había una copa.

Era Glendower.

Gansey ya había visto aquel momento.

El tiempo resbaló con más ímpetu alrededor de él; ahora lo sentía arremolinándose en sus tobillos, tirando de sus piernas. No se oía ningún ruido. No había nada que pudiera causarlo, salvo los cinco adolescentes fascinados que se asomaban a la cámara.

Gansey no se sentía especialmente real.

—Gansey —musitó Adam, y las paredes de la sala engulleron su voz.

La linterna de Blue se movió más allá del caballero e iluminó el suelo del fondo. Había otra figura humana, y todos intercambiaron miradas sombrías antes de avanzar hacia ella. A Gansey lo ensordecía el roce cauteloso de las suelas sobre el suelo polvoriento. Al llegar junto al cuerpo, los cinco se detuvieron y giraron la cabeza para mirar la puerta de la cámara. En un mundo normal, habría sido fácil despejar con un par de bromas el miedo a que la losa se cerrase dejándolos atrapados; pero ellos llevaban mucho tiempo sin vivir en un mundo normal.

Blue mantuvo la linterna fija sobre el cadáver. Unas botas, huesos, ropajes casi desintegrados de un color indefinido… Estaba recostado contra la pared, con el cráneo levantado como si quisiera mirarse los pies.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó Gansey.

—¿Se moriría haciendo lo mismo que nosotros? —preguntó Adam.

—Solo si despertar reyes dormidos ya era un pasatiempo hace cinco o seis siglos —repuso Henry—, porque este tipo iba equipado en plan Edad Media.

Gansey y Ronan se arrodillaron junto al esqueleto. Aún tenía la caja torácica atravesada por la espada que lo había matado, hincada en uno de los omóplatos.

—Las características del arma coinciden con la época de Glendower —murmuró Gansey, en un intento de sentirse más como él mismo.

Se hizo un silencio expectante. Gansey notaba las miradas de todos clavadas en él. Se sentía como si tuviera que dar un discurso multitudinario.

—Bueno —dijo—, voy a hacerlo.

—Date prisa —le pidió Blue—. Tengo los pelos de punta.

Había llegado el momento. Gansey se acercó a la armadura que cubría a Glendower.

Por un momento, sus manos quedaron suspendidas sobre el yelmo. Su corazón galopaba con tal fuerza que no lo dejaba respirar.

Cerró los ojos.

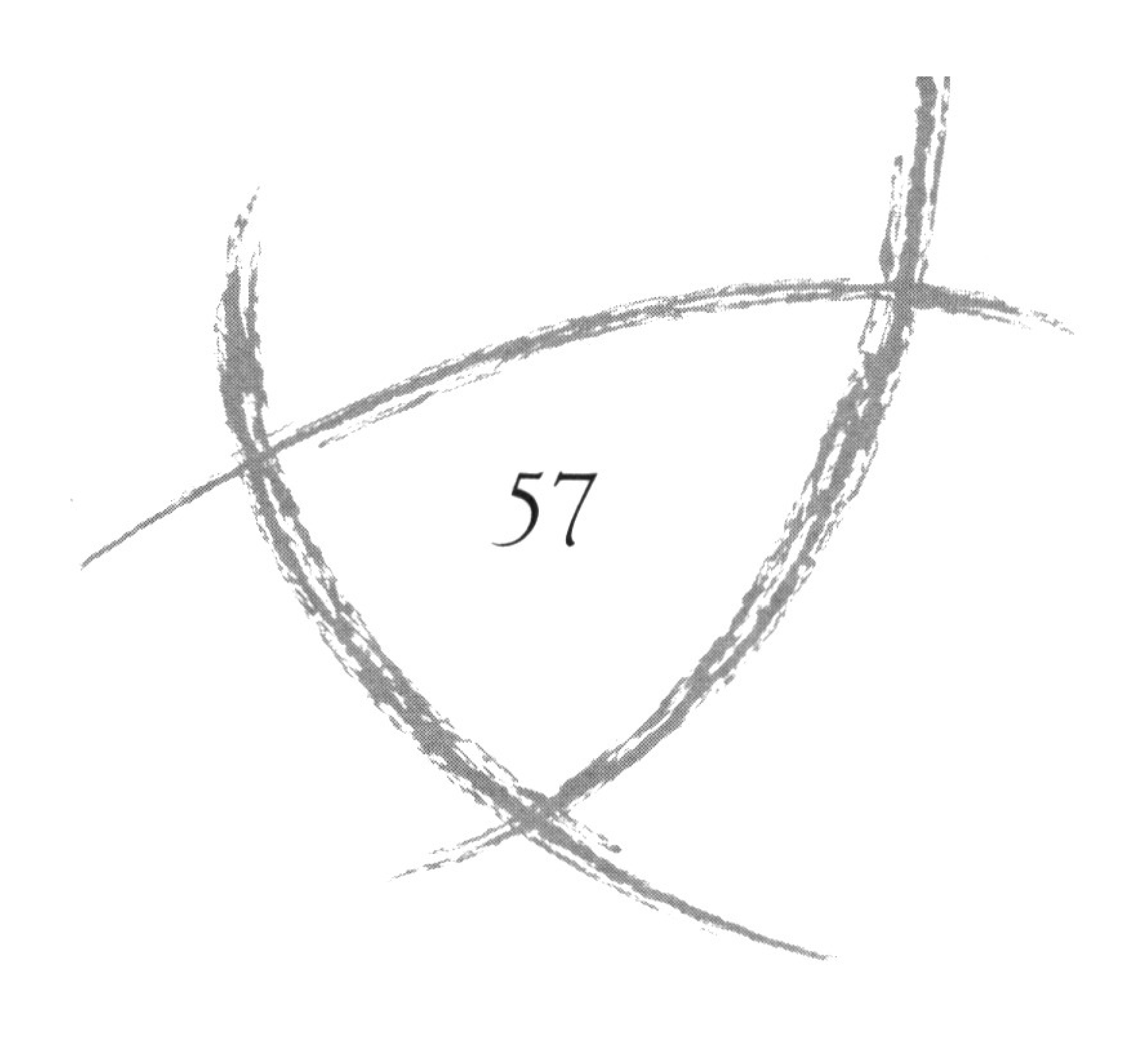
«Estoy preparado».

Con delicadeza, desabrochó la trabilla de cuero, rodeó el yelmo con las manos y lo alzó.

Adam soltó el aire de golpe.

Gansey dejó de respirar. Se quedó petrificado, aferrando el yelmo de su rey. Se dijo a sí mismo que debía tomar aliento, y lo tomó. Se dijo que debía dejarlo escapar, y lo dejó. Pero siguió inmóvil, sin palabras.

Glendower estaba muerto.



Huesos.

Polvo.

—¿Esperabais… Esperabais que tuviera este aspecto? —preguntó Henry.

Gansey no contestó.

No, no esperaba que Glendower tuviera aquel aspecto; y sin embargo, no se sentía sorprendido. Todo lo que le había ocurrido aquel día le parecía ya vivido, ya soñado, ya hecho. ¿Cuántas veces había temido que descubriría la tumba de Glendower y lo encontraría muerto? La única diferencia era que, hasta entonces, lo que Gansey temía era que Glendower se acabase de morir; que su muerte hubiera ocurrido minutos, días, a lo sumo meses atrás. Aquel hombre, sin embargo, llevaba siglos muerto. El casco y el cráneo solo eran metal y hueso. El jubón que había bajo la cota de malla era un cúmulo de hebras sueltas y polvo.

—¿Tenemos…? —comenzó a decir Adam. Su voz se apagó y su mano buscó la pared de la tumba.

Gansey se tapó la boca con una mano, temiendo de pronto que su aliento disgregase lo que quedaba de Glendower. Los demás lo observaban, atónitos. Se habían quedado todos sin palabras. Gansey llevaba más tiempo en el empeño, pero sus compañeros estaban tan esperanzados como él.

—¿Tenemos que despertar sus huesos? —dijo Blue—. ¿Hay que hacer lo mismo que en la caverna de los esqueletos?

—Eso iba a decir yo —repuso Adam—, pero…

Su voz volvió a apagarse, y Gansey comprendió por qué. Aunque la caverna que habían descubierto tiempo atrás no contenía más que esqueletos, había algo en ella que resultaba intensamente vital. En su atmósfera crepitaban la magia y las posibilidades. La idea de despertar aquellos huesos les había parecido increíble, pero no imposible.

—No tengo aquí mi amplificador de sueños —dijo Ronan.

—Esto… ¿despertar sus huesos? —repitió Henry—. No quisiera convertirme en el aguafiestas del grupo, especialmente en vista de que parecéis saber de lo que habláis, pero…

«Pero».

—Si vamos a hacerlo, que sea ya —dijo Ronan—. Cuanto antes. Este sitio es horrible; me está comiendo la vida.

Su vehemencia ayudó a Gansey a centrarse.

—De acuerdo, vamos a intentarlo —accedió, aunque no estaba ni remotamente convencido—. Quizá Cabeswater nos llevase a la cueva de los huesos para que estuviéramos preparados al encontrar esto.

En realidad, los esqueletos de la cueva solo habían revivido durante un momento, pero Gansey decidió que eso era irrelevante; al fin y al cabo, solo necesitaban que Glendower despertase el tiempo suficiente para solicitarle un favor. El corazón de Gansey se encogió ante la perspectiva de obtener un don y un propósito para su existencia en unos segundos, antes de que Glendower volviera a convertirse en polvo. Pero mejor era eso que nada…

Blue, Adam, Ronan y él se agruparon y trataron de aunar sus fuerzas como habían hecho en la cueva de los esqueletos, mientras Henry los observaba con curiosidad o inquietud. Adam palpó la pared con la mano extendida, buscando algo de energía que proyectar. Se desplazó por la sala, obviamente insatisfecho. Al cabo de unos minutos, se detuvo donde había comenzado y volvió a apoyar la mano.

—Aquí mismo valdrá —masculló en un tono teñido de escepticismo.

Blue lo agarró de la mano. Ronan se cruzó de brazos. Gansey apoyó las palmas sobre el pecho de Glendower.

Aquello parecía falso, ridículo. Gansey trató de convocar su intención, pero estaba vacío. Las rodillas le temblaban. Lo que sentía no era miedo ni pena, sino una emoción más poderosa que se negaba a identificar: aflicción.

La aflicción significaba que se había rendido.

—Despierta —dijo—. ¡Despierta! —repitió en tono más enérgico.

Pero sus palabras solo eran eso: palabras.

—Despierta —dijo una vez más, recalcando cada sílaba.

Una voz y nada más. *Vox et praeterea nihil.*

La primera toma de conciencia dio paso a una segunda y a una tercera; con cada minuto que pasaba, Gansey descubría una nueva implicación que aún no se había permitido considerar. Si no despertaban a Glendower, no habría ningún favor. No podrían pedir que devolviera la vida a Noah o que acabara con el demonio. Tal vez jamás hubiera habido magia en la historia de Glendower; quizá sus seguidores hubieran llevado su cadáver al Nuevo Mundo para enterrarlo lejos del alcance de los ingleses; a lo mejor Gansey tenía que informar de su hallazgo a los historiadores, si es que lograba darle una explicación convencional. Si Glendower llevaba siglos muerto, no podía haber sido él quien había salvado a Gansey.

Y si no había sido Glendower quien lo había salvado, Gansey ya no sabía a quién tenía que agradecer su vida, ni cómo vivirla, ni quién ser.

Nadie decía nada.

Gansey rozó el cráneo, el pómulo prominente, la cara de su rey prometido y malogrado. Todo estaba seco, gris.

Era el final.

Aquel hombre jamás sería nada para él.

—Gansey… —susurró Blue.

Cada minuto daba paso al siguiente, y luego al siguiente y al siguiente, mientras la certeza se hundía lentamente en el corazón de Gansey hasta clavarse en su mismo centro:

Era el final.



Gansey ya no recordaba cuántas veces le habían dicho que estaba destinado a la grandeza.

¿De verdad terminaba todo allí?

Habían salido a la luz del día. Los trucos de la línea ley les habían robado varias horas sin que ellos lo advirtieran; ahora estaban todos en la ruinosa Casa Verde, a unos cientos de metros del lugar en el que había muerto Gansey. Él se encontraba en la sala de baile, sentado contra la pared en el recuadro de sol que entraba por las polvorientas ventanas. Se restregó la frente con la mano, aunque no estaba cansado; de hecho, se sentía muy despierto, tanto que estaba seguro de que era otro truco de la línea ley.

Era el final.

Glendower estaba muerto.

«Destinado a la grandeza», habían dicho los videntes. Uno en Stuttgart. Otra en Chicago. Otra en Guadalajara. Dos más en Londres.

¿Y dónde quedaba aquella grandeza, entonces? Tal vez la hubiera gastado toda. Quizá su grandeza solo hubiera consistido en encontrar chismes antiguos. O quizá consistiera en lo que Gansey podía representar para los demás.

—Vámonos a casa —dijo.

Todos partieron hacia Henrietta repartidos en los dos coches, procurando no perderse de vista.

Gansey enchufó su teléfono al encendedor, y la batería solo tardó unos minutos en recargarse lo suficiente para recibir una cascada de mensajes. Cada vez que entraba uno, el teléfono vibraba; y el teléfono no dejaba de vibrar.

Se habían perdido la fiesta de recaudación de fondos.

La línea ley no les había robado unas horas: les había arrebatado un día entero.

Gansey le pidió a Blue que le leyera los mensajes, hasta que no pudo soportarlo más. Los primeros eran comentarios corteses, en los que sus familiares se preguntaban si se estaba retrasando por algo de última hora. Luego expresaban preocupación porque no contestase al teléfono. Seguían cada vez más irritados, preguntándole si le parecía razonable perderse un evento celebrado en su colegio. Por último, se saltaban el enfado y se mostraban directamente dolidos.

«Sé que tienes tu propia vida», decía su madre en un mensaje de voz, «pero tenía la esperanza de que la compartieras unas horas conmigo».

Gansey sintió que una espada atravesaba su caja torácica y asomaba por el otro lado.

Si antes lo había obsesionado su fracaso con Glendower, ahora empezó a obsesionarlo la imagen de su familia esperándolo en Aglionby. Su madre, pensando que se habría retrasado. Su padre, temiendo que le hubiera pasado algo. Helen… Helen, segura de que estaba haciendo algo por su cuenta. Su único mensaje había llegado al final de la fiesta: «Supongo que el rey ganará siempre, verdad?».

Tenía que telefonear a los tres. ¿Pero qué podía decirles?

La culpa se acumulaba en su pecho, en su garganta, detrás de sus ojos.

—¿Sabes qué? —le dijo Henry al cabo de un rato—. Para un momento ahí mismo.

Sin decir nada, Gansey condujo el Fisker hasta el área de descanso que le indicaba Henry. El BMW entró detrás de él. Los dos coches se detuvieron frente al edificio de ladrillo en el que estaban los servicios; eran los únicos que había aparcados. El sol había quedado oculto por una capa de nubes. En el aire flotaba un presagio de lluvia.

—Sal del coche —indicó Henry.

Gansey lo miró.

—¿Disculpa?

—Deja de conducir —dijo Henry—. Sé que tienes que hacerlo; lo llevas necesitando desde que salimos de allí. Sal. Ya.

Gansey estaba a punto de protestar cuando se dio cuenta de que, si lo hacía, la voz se le iba a quebrar. Era como el temblor de sus rodillas en la tumba: la debilidad lo había alcanzado sin que se diera cuenta.

De modo que salió sin decir nada y empezó a andar. Pensó en ir al servicio, pero en el último momento se desvió hacia la zona de mesas que había al otro lado. Con mucha calma, se acercó a uno de los bancos, pero no se sentó encima. En vez de hacerlo, se sentó lentamente en el suelo, se tapó la cabeza con las manos y se acurrucó hasta que su frente rozó las hojas de hierba.

Ni siquiera recordaba cuándo había llorado por última vez.

No lloraba por Glendower, sino por todas las versiones de Gansey que había sido a lo largo de los siete años anteriores. Por el Gansey que había rastreado a su rey con determinación y optimismo juvenil. Por el Gansey que había proseguido la búsqueda, cada vez más inquieto. Y por el Gansey actual, que iba a verse obligado a morir. Porque todo estaba empezando a cobrar un sentido ominoso: hacía falta que alguien muriese para salvar a Ronan y a Adam; el beso de Blue sería mortal para su amor verdadero; el camino de los muertos había presagiado su muerte antes de que transcurriera un año. Era él. Siempre había sido él.

Glendower estaba muerto. Siempre había estado muerto.

Y ahora resultaba que Gansey quería vivir.

Al cabo de un rato oyó pasos que se aproximaban a él sobre la hojarasca. Aquello también era terrible. No quería enfrentarse a sus amigos, mostrarles su cara llorosa y recibir su lástima; imaginar su compasión le resultaba casi tan insoportable como imaginar su propia muerte. Por primera vez en su vida, Gansey comprendió perfectamente a Adam Parrish.

Se enderezó y se puso en pie con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Pero al levantarse, vio que solo había acudido Blue; y por alguna razón, no lo humilló que ella lo viera vencido. Blue observó sin decir nada cómo se sacudía las agujas de pino de los pantalones y se sentaba sobre la mesa. Luego se sentó junto a él, y los dos se quedaron callados hasta que los demás salieron de los coches y se acercaron para ver qué hacían.

Los tres chicos formaron un semicírculo frente a su mesa-trono.

—Acerca del sacrificio… —dijo Gansey.

Nadie reaccionó. Gansey se preguntó si lo habría llegado a decir en voz alta.

—¿He dicho algo? —preguntó.

—Sí —contestó Blue—, pero nosotros no queremos hablar de ello.

—Si esta es una pregunta tonta, lo siento —intervino Henry—; pero es que, como sabéis, he llegado tarde a clase. ¿No te dio tu padre-árbol ninguna otra receta para matar al demonio?

—No, solo habló del sacrificio —respondió Blue—. Creo… Creo que tal vez él conociera la verdad sobre Glendower. Tal vez no lo supiera desde el principio; puede que lo dedujera mientras vagaba por allí abajo, después de estar con mi madre. Aunque también es posible que lo haya sabido todo el tiempo. Supongo que era uno de los magos de Glendower, y puede que también lo fuera el… otro.

Se refería al segundo esqueleto de la tumba. A Gansey no le costó seguir la historia que sugerían sus palabras: Artemus intentando aletargar a Glendower, fallando en algo al hacerlo…

—De modo que solo nos queda el sacrificio —repuso—. A no ser que se te haya ocurrido algo mejor, Adam —añadió, en vista de que el aludido llevaba un rato absorto en los pinos que rodeaban la zona de pícnic.

—Estoy tratando de pensar en algo que pueda sustituirlo —respondió Adam—. Pero la formulación no deja mucho espacio para interpretaciones: «muerte voluntaria por muerte involuntaria».

Gansey notó que una punzada de miedo le atravesaba el vientre.

—Entonces, está claro —concluyó.

—No —dijo Ronan. Su tono no era de protesta, de enfado ni de irritación; era neutral, como si se limitara a describir un hecho. No.

—Ronan…

—No —un hecho—. Si me he molestado en venir a sacarte de ese agujero, no ha sido para que ahora te mueras a propósito.

—Blue vio mi espíritu en la línea ley, de modo que ya sé que voy a morir este año —replicó Gansey en un tono tan objetivo como el de Ronan—. Según la navaja de Occam, la explicación más simple es siempre la correcta: decidimos entre todos que yo tengo que morir.

—¿Que Blue vio qué? —exclamó Ronan—. ¿Cuándo pensabais decírmelo?

—Nunca —respondió Blue. Su tono no era de protesta, de enfado ni de irritación; era neutral, como si se limitara a describir un hecho. Nunca: un hecho.

—No me miréis así —protestó Gansey—. No quiero morirme; de hecho, estoy aterrado. Pero no veo ninguna otra opción. Y lo cierto es que quería hacer algo con mi vida antes de morir, y creí que ese algo tendría que ver con Glendower. Ahora está claro que no… De modo que, al menos, puedo hacer algo útil. Algo… regio.

Esto último resultaba un poco dramático, pero la situación también lo era.

—Creo que estás confundiendo el concepto de rey con el de mártir —comentó Henry.

—Estoy dispuesto a considerar otras opciones —repuso Gansey—. De hecho, me encantaría hacerlo.

—Nosotros somos tus magos, ¿no? —preguntó Blue abruptamente.

Sí: ellos eran sus magos, su corte; él era su inútil rey, sin nada que ofrecer salvo su pulso. Cada momento de su amistad había parecido justo y necesario, impregnado de la certidumbre de que avanzaban hacia algo mayor incluso que aquel momento.

—Sí —respondió.

—Yo… Siento que debe haber algo más que podamos hacer si nos unimos, como pasó en la cueva de los huesos —dijo ella—. En la tumba no conseguimos nada porque no había vida sobre la que construir, o energía, o lo que fuera. Pero si tuviéramos más elementos con los que trabajar…

—Mi conocimiento de la magia no llega tan lejos —repuso Gansey.

—El de Parrish, sí —replicó Ronan.

—No —protestó Adam—. No sé tanto.

—Sabes más que cualquiera de nosotros —le espetó Ronan—. Danos alguna pista.

Adam se encogió de hombros, agarrándose las manos con tanta fuerza que sus dedos se pusieron blancos.

—Tal vez… —comenzó—. Tal vez pudieras morir y regresar luego. Si usáramos Cabeswater para matarte de alguna forma que no dañara tu cuerpo, el bosque detendría el tiempo, como pasó aquella noche de las 6:21. El mismo minuto se repetiría una y otra vez, y de ese modo no tendrías tiempo de… no sé, de alejarte demasiado de tu cuerpo, de morirte demasiado. Y entonces…

Gansey comprendió lo que estaba haciendo Adam: inventar una historia según hablaba, tejer un cuento de hadas lo bastante creíble para tranquilizar a Ronan.

—… Bueno, lo que es seguro es que tendría que ser en Cabeswater —prosiguió Adam—. Yo podría entrar en trance para acceder al espacio del sueño, con Blue reforzando mi poder, y acercarme a tu alma en uno de los espasmos temporales para pedirle que vuelva al cuerpo antes de que mueras definitivamente. De este modo cumplirías el requisito: solo tienes que morir, pero nadie dice que tengas que seguir muerto para siempre.

Se hizo un largo silencio.

—Sí —dijo Gansey; un hecho—. Suena bien. ¿Es lo bastante regio para ti, Ronan? ¿Te parece alejado del asunto mártir, Henry?

Ninguno de ellos parecía satisfecho. Pero todos parecían dispuestos, y al final, lo importante era eso. No hacía falta que se lo creyeran de verdad. Solo hacía falta que

quisieran creerlo.

—Vamos a Cabeswater —resolvió Gansey.

Apenas habían dado un paso en dirección a los coches cuando Adam atacó a Ronan.



59

Ronan tardó un momento de más en comprender que Adam lo estaba matando. Sus manos le rodeaban la garganta, con los pulgares salvajemente engarfiados sobre las arterias; sus ojos estaban en blanco. La visión de Ronan se disolvía en fogonazos: su cuerpo llevaba un minuto sin aire y ya lo echaba de menos. Notó los latidos de su corazón en las cuencas oculares.

—¿Adam? —preguntó Blue, horrorizada.

Una parte de Ronan seguía pensando que todo era un error.

Adam y él trastabillaron entre los pinos, y Ronan pudo tomar aliento por un instante. Los demás los rodeaban, pero Ronan no era capaz de distinguir lo que hacían.

—Defiéndete —masculló Adam, con el gruñido desesperado de un animal presa de otro más fuerte.

Pero mientras su voz decía eso, sus manos estrellaron a Ronan contra el tronco de un pino.

—Dame un puñetazo, ¡déjame fuera de combate!

El demonio. El demonio se había apoderado de sus manos.

Cada latido del corazón de Ronan era un vagón de un tren que se desplomaba en el abismo. Aferró las muñecas de Adam; parecían frágiles, quebradizas, frías. Las opciones eran morir o hacer daño a Adam, y ninguna de ellas era aceptable.

Adam tropezó y cayó de rodillas, soltando el cuello de Ronan. Se levantó de inmediato, y Henry tuvo que apartarse de un salto para evitar un zarpazo en la cara. Los dedos de Adam estaban engarbados de una forma estremecedora y antinatural; ningún humano pelearía de ese modo. Pero la cosa que se había adueñado de las manos y los ojos de Adam no era humana.

—¡Detenedme! —suplicó Adam.

Gansey trató de aferrar sus dedos, pero Adam los liberó sin dificultad. Una de sus manos enganchó la oreja de Ronan, desgarrándola, mientras la otra se clavaba en su mandíbula y tiraba hacia el lado opuesto. Sus ojos se desviaron hacia la izquierda, vigilantes.

—Detenedme… —gimió.

El dolor era un trozo desgarrado de papel. Ronan se centró en sentir cuánto le dolía; luego, se permitió un nivel de dolor más alto y se liberó con un tirón salvaje de las manos de Adam. Aprovechando el momento, Blue saltó tras Adam y lo agarró del pelo. Él se dio la vuelta en redondo, lanzó un zarpazo y, con la precisión de una navaja barbera, le abrió los puntos de la ceja.

Blue ahogó un grito, mientras un hilo espeso de sangre empezaba a gotear sobre su párpado. Gansey la agarró de un brazo y tiró de ella antes de que Adam pudiera volver a atacarla.

—Dejadme sin sentido, por favor… —jadeó Adam—. No me permitáis hacer esto.

Tendría que haber sido simple: ellos eran cuatro, y Adam, uno. Pero ninguno de ellos quería hacerle daño a Adam Parrish, por violento que se hubiera vuelto. Y el demonio que controlaba sus miembros poseía un arma secreta: no le importaban las limitaciones del cuerpo humano que manipulaba, ni su dolor, ni su supervivencia. El puño de Adam pasó rozando a Ronan y se estrelló con un crujido contra el tronco de un pino, mientras Adam resollaba. El aliento de los cinco empezó a condensarse al salir de su boca, emborronando el aire.

—Mierda… Le va a romper las manos —masculló Ronan.

Blue aferró una de las muñecas de Adam; este la retorció con un chasquido espeluznante, lanzó el otro brazo hacia el bolsillo de Blue y sacó su navaja del bolsillo

de la chaqueta. La hoja de la navaja brilló.

Todos clavaron los ojos en Adam.

Sus desorbitados ojos, controlados por el demonio, se clavaron en Ronan.

Pero Adam —el auténtico Adam— también estaba atento a sus propios movimientos. Con un impulso repentino, apartó su cuerpo del grupo y se estrelló contra el banco de cemento, tratando de aprisionar bajo el torso la mano que empuñaba la navaja. Logró inmovilizar ese brazo al segundo intento; pero en ese instante la otra mano se lanzó hacia arriba y, rápida como la zarpa de un felino, le arañó la cara con ferocidad. La sangre brotó de inmediato, pero la mano no se detuvo: estaba ahondando en la carne, castigando a Adam.

—¡No! —exclamó Gansey, incapaz de soportar aquella imagen.

Se abalanzó sobre Adam, con Henry pisándole los talones, y le agarró la zarpa. Cuando Adam alzó la otra mano, armada con la navaja, Henry estaba al quite para inmovilizarla. Los dos aguantaron firmes, cada uno aferrando un brazo, mientras los ojos de Adam se revolvían en sus órbitas tratando de calcular sus opciones —o, más bien, las opciones del demonio.

El ser que manejaba a Adam haría cualquier cosa por liberarse.

Mientras la muñeca de Adam se retorcía entre las manos de Henry —«¡Para, idiota! ¡Te vas a romper el brazo!»— y su otro puño se doblaba hacia atrás para golpear la boca de Gansey —«¡No pasa nada, Adam! ¡Sabemos que no eres tú!»—, Ronan lo rodeó con los brazos y le pegó los antebrazos al torso para inmovilizarlo.

Lo habían conseguido.

—*Forsan et haec olim meminisse juvabit* —susurró Ronan junto al oído bueno de Adam, y este se derrumbó contra su pecho, jadeante.

—Serás imbécil… —murmuró, pero Ronan pudo oír en su voz lo cerca que estaba de las lágrimas.

—Vamos a atarle las manos mientras decidimos qué hacer —dijo Blue—. ¿Podéis…? Ah, qué lista eres. Muchas gracias.

Esto último iba dirigido a la niña huérfana, que, anticipándose al desenlace de la escena, se había hecho con un largo lazo rojo de origen desconocido. Blue lo tomó y avanzó hasta meterse entre Henry y Gansey.

—Dejadme un poco de espacio… A ver, juntadle las muñecas.

—Así no, presidente —farfulló Henry, que aún estaba sin aliento—. Hay que cruzar una sobre otra. ¿Es que nunca has visto una serie de policías?

Blue trenzó la cinta entre los dedos de Adam —lo que le llevó un rato, porque sus manos no estaban dispuestas a cooperar— y luego amarró sus muñecas, que aún se retorcían. Dio varias vueltas a la cinta y la anudó con fuerza. Los hombros de Adam se crispaban de vez en cuando, pero las ligaduras eran muy sólidas.

Todo quedó tranquilo.

Blue dejó escapar un suspiro y retrocedió. Gansey le acarició la frente ensangrentada y luego miró los nudillos de Henry, que se habían despellejado en algún momento de la refriega.

Las manos de Adam dejaron de retorcerse; el demonio debía de haberse dado cuenta de que no podía hacer nada para liberarlas. Adam se quedó apoyado en el hombro de Ronan, tembloroso y demudado, aguantando solo porque Ronan no le permitía derrumbarse.

El horror de la escena parecía renovarse una y otra vez en la mente de Ronan: el mal era irreversible, Adam Parrish estaba corrompido, Glendower estaba muerto.

La niña huérfana se acercó sin hacer ruido y se desabrochó el reloj de Adam. Luego se inclinó, se lo puso a él en la muñeca, por encima de las ataduras, y le dio un beso en el brazo.

—Gracias —dijo él con voz sorda. Luego se volvió hacia Gansey y añadió—: Lo mejor es que sea yo quien se sacrifique. Ya no soy dueño de mí.

—¡No! —exclamaron a coro Blue, Gansey y Ronan.

—No nos dejemos llevar solo porque hayas estado a punto de matarnos —puntualizó Henry, dejando de lamerse por un momento los nudillos despellejados.

Adam levantó por fin la cabeza.

—Entonces, será mejor que me tapéis los ojos.

—¿Por? —dijo Gansey, sorprendido.

—Porque, si no —respondió Adam con amargura—, os traicionaré.



Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de Seondeok.

Seondeok no había empezado su vida con la intención de convertirse en marchante internacional de arte y jefa de una pequeña mafia. Todo había empezado como un deseo de algo más, seguido de una lenta toma de conciencia: si su vida no cambiaba, jamás podría convertirse en algo más. Estaba casada con un hombre inteligente que había conocido en Hong Kong; tenía varios hijos brillantes que salieron a su padre, salvo uno que salió a ella; sabía bien cómo sería su vida.

Y entonces perdió la razón.

Su locura no había sido larga; un año, quizá algo más, de visiones y ataques repentinos que la hacían merodear por las calles. Y tras salir de ella, había descubierto que tenía los ojos de una visionaria y el toque de un chamán, y había decidido utilizar

profesionalmente aquellas cualidades. Había cambiado su nombre a Seondeok, y así había nacido la leyenda.

Seondeok trataba con maravillas todos los días.

Fue al ver la abeja robótica cuando Seondeok se dio cuenta de que estaba en un camino predestinado. Henry, su hijo mediano, brillaba con luz propia, pero no parecía capaz de sacar aquella luz fuera de sí mismo. Y así, cuando Niall Lynch le ofreció a Seondeok una baratija, un juguete mágico que lo ayudara, ella lo escuchó con atención. Se quedó prendada de aquel bello insecto en cuanto lo vio. Por supuesto, Lynch se lo había mostrado también a Laumonier, a Greenmantle, a Válquez, a Mackey y a Xi; Seondeok no esperaba otra cosa de él, porque era un sinvergüenza sin remedio y no podía dejar de serlo. Pero cuando Niall Lynch conoció a Henry, le vendió a Seondeok la abeja por un precio ridículo, y eso era algo que ella jamás olvidaría.

Aunque aquel regalo contenía ya su castigo, porque algo más tarde Laumonier secuestró a Henry por su causa.

Algún día, Seondeok se vengaría de Laumonier.

En cualquier caso, no lamentaba haber aceptado la abeja. Incluso cuando puso en peligro la vida de su hijo, no logró arrepentirse de ello; aquel era un camino predestinado, y sentía que debía recorrerlo por duro que fuese.

Cuando se vio a sí misma delante del Hombre de Gris en un aparcamiento de las afueras de Henrietta, y descubrió que la sangre que salpicaba los zapatos de él había pertenecido a Laumonier, Seondeok se sintió vivamente interesada por lo que él tuviera que contarle.

—Una forma nueva de hacer negocios —le dijo el Hombre de Gris en tono discreto, para evitar que lo oyeran los recién llegados que empezaban a llenar el aparcamiento.

Los asistentes no eran muchos, pero todos tenían un aspecto intimidante. No parecían necesariamente peligrosos; simplemente miraban de modo extraño, de una forma que sugería que veían el mundo de manera muy diferente a la de la gente normal. La atmósfera de aquel grupo no se parecía en nada a la de la fiesta del día anterior en el cercano campus de Aglionby, a pesar de que, técnicamente, las dos eran reuniones políticas.

—Una forma ética —prosiguió el antiguo matón de Greenmantle—. Sin guardias armados en la puerta de las tiendas de muebles para evitar que la gente se cargue a los empleados y escape con los sofás. Eso es lo que quiero.

—No será fácil de conseguir —repuso Seondeok también en voz baja, sin perder de vista los coches que aún llegaban y mirando de vez en cuando la pantalla de su teléfono.

Le había dicho a Henry que no se acercara por allí, y confiaba en que fuera discreto; pero, al mismo tiempo, en quien no confiaba era en Laumonier. No tenía sentido tentar a los hermanos haciéndoles ver que Henry —y su abeja, por extensión— se encontraban en las cercanías.

—La gente se ha acostumbrado a llevarse los sofás gratis —continuó—, y a nadie le gusta dejar de robar sofás si todos los demás siguen haciéndolo.

—Tal vez haga falta algo de persuasión al principio —admitió el Hombre de Gris.

—Años de persuasión.

—Estoy dispuesto a emplearme a fondo —repuso él—. Solo necesito el apoyo de algunas personas que puedan estar interesadas en mi proyecto, personas a las que aprecio.

Los dos tercios restantes de Laumonier habían aparecido al fin. Uno de ellos hablaba por teléfono; su expresión sugería que estaba tratando de contactar con el tercero, pero este no estaba en condiciones de atender llamadas. El Hombre de Gris hablaría con ellos sobre el particular cuando terminara la subasta. Pensaba mantener una conversación persuasiva, aderezada con algunas armas muy útiles que había encontrado rebuscando en la granja de los Lynch.

—Yo no soy una persona a la que aprecias —observó Seondeok.

—Eres una persona a la que respeto, y eso viene a ser lo mismo.

La sonrisa de Seondeok le indicó al Hombre de Gris que sabía que la estaba adulando, pero que aceptaba el cumplido de todos modos.

—Tal vez me convenga, Gris. Concuerda con mis intereses.

Y entonces llegó Piper Greenmantle.

En realidad, lo primero que llegó no fue ella sino un presagio ominoso. El sentimiento golpeó a los presentes como una arcada, haciendo que se tambalearan. Algunos se llevaron la mano a la garganta; otros cayeron de rodillas en el asfalto. Aunque era media tarde, el cielo pareció oscurecerse de pronto. Fue la primera señal de que aquella subasta sería memorable.

De modo que primero llegó un presagio y luego lo hizo Piper. Apareció por los aires, lo que fue la segunda señal de lo inusual que sería aquel acontecimiento.

Cuando aterrizó, se hizo evidente que había llegado subida a una plataforma hecha de avispas negras que se disolvieron al tocar el asfalto.

Piper parecía radiante.

Su aspecto resultaba llamativo por varias razones. La primera era que, según los rumores, Piper había muerto antes de que un enjambre de avispas terminara con la vida de su empalagoso marido. La segunda era que sostenía una avispa negra de unos

treinta centímetros de largo, y la gente, normalmente, no parecía tan serena y satisfecha si estaba en contacto con un insecto venenoso, fuera cual fuera su tamaño.

Avanzó hacia Laumonier con la clara intención de saludarlo con unos besos, pero ellos recularon ante el insecto. Esa fue la tercera señal de que las cosas no iban a discurrir por los cauces habituales, porque Laumonier ponía mucho empeño en no parecer alarmado jamás.

—Esto no pinta bien —masculló el Hombre de Gris.

Para entonces, ya era obvio que el presagio ominoso emanaba de Piper o de la avispa. La sensación asaltaba a Seondeok en oleadas oscuras que le recordaron dolorosamente a su año de locura. Le llevó un momento darse cuenta de que, en realidad, si recordaba ahora su demencia era porque una voz le hablaba de ella dentro de su cabeza. La voz hablaba en coreano.

—Gracias a todos por venir —comenzó Piper en tono ampuloso. De pronto, entrecerró los ojos y torció la cabeza, y Seondeok supo que la voz también le susurraba a ella—. Ahora que vuelvo a ser soltera, tengo intención de dedicarme al negocio de los objetos mágicos de lujo, comerciando solo con las cosas más mágicas y alucinantes y todo eso. Espero que todos vosotros comencéis desde ya a confiar en mí como proveedora. Y para ello, mi pieza inicial, la que ha hecho que todos estéis hoy aquí, es… Esto —levantó el brazo, y la avispa trepó hacia su mano.

Un estremecimiento colectivo sacudió al público. Por alguna razón, la escena resultaba aterradora: el temor que flotaba en el aire, el tamaño de la criatura, su peso que arrugaba la manga de la blusa…

—Es un demonio —lo presentó Piper sin más.

Sí. Seondeok estaba segura de que lo era.

—Se ha puesto a mi disposición —prosiguió Piper—, como habréis supuesto por el pelo y el cutis tan maravillosos que tengo en la actualidad. Pero ahora estoy lista para pasárselo al siguiente usuario y continuar buscando productos cada vez más sensacionales. Lo importante es estar activa, ¿verdad? ¡Pues claro que sí!

—¿Está…? —comenzó a decir uno de los hombres del grupo, que, si a Seondeok no le fallaba la memoria, se llamaba Rodney. El hombre se interrumpió como si no supiera terminar la pregunta.

—¿Cómo funciona? —preguntó Seondeok.

—Bueno, pues yo le pido que haga cosas y él las hace —contestó Piper—. No es que yo sea muy religiosa, pero creo que alguien que se haya criado en un entorno religioso podría inventarse algunos truquitos muy efectistas para él. A mí me ha hecho una casa y estos zapatos de tacón. ¿Qué podría hacer por vosotros? De todo. ¿Empezamos la subasta, papá?

Laumonier aún no se había recuperado del sobresalto. Lo malo de estar ante aquel demonio era que la sensación empeoraba con el tiempo, en lugar de mejorar. Era lo opuesto a acostumbrarse, como una herida que evolucionara del dolor sordo a la puñalada. Los susurros eran insoportables, porque no eran susurros: eran pensamientos que se mezclaban de forma casi inextricable con los propios. Seondeok, sin embargo, podía distinguirlos; al fin y al cabo, había sobrevivido a un año de locura. No era imposible diferenciar las ideas que enviaba el demonio: eran las más feas, las más inversas, las que podían deshacer a quien las pensara.

Algunas personas comenzaban a retirarse, retrocediendo para llegar a sus coches antes de que las cosas se pusieran feas… o aún más feas.

—¡Eh, ni se os ocurra dejarme aquí plantada! —gritó Piper—. ¡Demonio!

Las antenas de la avispa se agitaron, y los que trataban de escapar se retorcieron al mismo compás y empezaron a girar sobre sí mismos, con los ojos desorbitados.

—¿Lo veis? —masculló Piper—. Es un demonio muy complaciente.

Laumonier observó a los compradores poseídos. Luego miró a los demás asistentes a la subasta y por último se volvió hacia su hija.

—Creo que este no es el mejor método de promocionar lo que quieres vender.

Lo que quería decir, en realidad, era que el demonio los tenía a todos aterrados y que resultaba difícil no pensar que podía matarlos en cualquier momento, lo que era perjudicial para los negocios presentes y futuros.

—No te me pongas pasivo agresivo, ¿vale? —replicó Piper—. Hace poco leí un artículo que decía que llevas toda la vida coartando el desarrollo de mi personalidad, y esto es un ejemplo perfecto.

—Este es un ejemplo perfecto de la imprudencia que te caracteriza —estalló Laumonier—. ¡Tu ambición supera con mucho tus conocimientos! Ni siquiera sabes cómo transferir un demonio.

—¿Es que aún no lo entiendes? ¡No tengo más que desearlo! Se ha puesto a mi disposición: tiene que hacer lo que yo diga.

Seondeok no estaba muy segura de que aquellas dos cosas significaran lo mismo.

—¿Estás segura? —replicó Laumonier—. ¿Eres tú quien lo controla, o te controla él a ti?

—Vamos, no me vengas con esas —resopló Piper—. Mira: ¡demonio, libera a esos clientes! ¡Demonio, haz que luzca el sol! ¡Demonio, haz que mi ropa sea blanca! ¡Demonio, haz todo lo que yo te mande!

Los clientes se quedaron inmóviles y asombrados; el cielo cobró un brillo cegador por un instante; la ropa de Piper perdió el color; el demonio se elevó con un zumbido. En la mente de Seondeok, los susurros eran frenéticos y ensordecedores.

Laumonier descerrajó un tiro a su hija.

El arma, que tenía silenciador, solo hizo un tenue «plop». Los Laumonier se quedaron petrificados. Sin decir nada, miraron el cuerpo de su hija y luego levantaron la vista hacia el demonio que les había susurrado que la mataran.

Todo el mundo salió en desbandada. Si Laumonier había disparado a su hija, podía pasar cualquier cosa.

El demonio se había posado sobre la herida del cuello de Piper, con las patas hundidas en la sangre y la cabeza inclinada sobre el orificio.

Estaba cambiando. Piper estaba cambiando. Todo se deshacía en una maraña violenta y perversa.

—Llámame —le dijo Seondeok al Hombre de Gris—. Pero primero, lárgate de aquí.

Piper soltó un grito que sonó del revés. Seondeok no se había dado cuenta de que aún estaba viva.

La sangre manaba negra de su cuello.

«Ambición codicia odio violencia desprecio ambición codicia odio violencia desprecio».

Ahora estaba muerta.

El demonio se alzó en el aire.

«Deshacedor, deshacedor, despierto, despierto, despierto».



61

Adam no hubiera sabido decir si aquello era lo peor que le había ocurrido en la vida, o si se sentía así porque lo comparaba con la alegría total e inconsciente que lo había invadido solo unas horas antes.

Estaba en el asiento trasero del BMW, aún maniatado y con los ojos cubiertos, sordo de un oído. Ni siquiera se sentía real. Se encontraba agotado pero no somnoliento, exhausto por el esfuerzo que suponía carecer de casi todos sus sentidos. Y aun así, el demonio seguía retorciendo de vez en cuando sus muñecas bajo las ataduras —su piel abierta parecía cantar de dolor— y haciendo dar vueltas a sus ojos en las cuencas. Había pedido que lo sentaran en un lado del asiento, con Blue en medio y la niña huérfana en el otro extremo. Esperaba no poder escapar del lazo; pero si lo hacía, sabía que el demonio no atacaría a Blue en un primer momento, porque iría antes a por Ronan o la niña huérfana. Así, si se desataba, no los pillaría desprevenidos.

«Dios mío… Dios…». Había estado a punto de matar a Ronan. Lo habría matado si no se lo hubieran impedido. Unas horas antes había estado besándolo y acariciándolo, y aun así, sus manos lo habrían matado ante sus propios ojos.

No podría regresar a Aglionby. No podría hacer nada nunca más.

Su respiración agitada debió de delatarlo, porque Blue apoyó la cabeza en su hombro.

—No… —musitó él.

Ella levantó la cabeza, pero Adam notó de inmediato cómo sus dedos le atusaban suavemente el pelo y rozaban el sitio de la mejilla donde había desgarrado su propia piel. Se quedó callado.

Cerró los ojos tras la venda. Escuchó el murmullo lento de la lluvia en el parabrisas y el siseo de las escobillas al moverse. Se preguntó a qué distancia estarían de Cabeswater.

¿Por qué no se le ocurría ninguna solución que no pasara por el sacrificio? Si Gansey había decidido no demorarlo más era por culpa de él, porque su trato con el bosque había convertido la situación en una emergencia. Al fin y a la postre, Adam iba a matarlo, como en su visión; sería una especie inversa y retorcida de culpabilidad, pero él sería el responsable. Porque, indudablemente, había sido él quien los había llevado a aquella situación sin salida.

Un sentimiento funesto se estremeció en su interior. ¿Sería la mala conciencia, o un aviso de Cabeswater?

—¿Qué es eso? —dijo la voz de Gansey desde el asiento del copiloto—. ¿Habéis visto lo que hay en la carretera?

Blue se apartó de Adam, y este oyó cómo encajaba el torso entre los dos asientos delanteros.

—¿Es… Es sangre? —preguntó en voz baja.

—¿De dónde sale? —dijo Ronan.

—Puede que de ningún sitio —contestó Gansey—. ¿Es real?

—La lluvia la agita al caer encima —respondió Ronan.

—¿Creéis que deberíamos pasar sobre ella? —dijo Gansey—. Blue, ¿cómo está Henry? ¿Lo ves desde aquí?

Adam sintió el roce del cuerpo de Blue cuando esta se dio la vuelta para observar el Fisker, que viajaba detrás de ellos. Sus manos se crisparon y se retorcieron, hambrientas. Sentía la presencia del demonio muy cercana.

—Dame el teléfono, Gansey —dijo Blue—. Voy a llamar a mi madre.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam.

—La carretera está inundada —explicó ella—. Pero el líquido parece sangre, y hay algo flotando en él. ¿Qué es, Gansey? ¿Pétalos? ¿Pétalos azules?

Se hizo un silencio pesado en el coche.

—¿Nunca sentís que las cosas regresan a su origen? —preguntó Ronan con voz sorda—. ¿Nunca…?

No terminó la frase. El coche seguía inmóvil; Ronan aún no debía de haber tomado una decisión. La lluvia tamborileaba sobre la carrocería. Los limpiaparabrisas volvieron a ponerse en marcha con un siseo.

—Lo mejor será que… Cielos —la voz de Gansey se quebró—. ¡Ronan! —exclamó, en un grito impregnado de miedo—. ¿Ronan?

Se oyó un chasquido metálico. El gemido de un asiento. Roces de tela sobre tela. El coche se balanceó como si Gansey se hubiera levantado y se hubiera dejado caer. Ronan seguía sin contestar. Sonó un rugido agudo, como si Ronan pisara el acelerador con el coche en punto muerto.

El presagio que arañaba la garganta de Adam se había convertido en un alarido.

El rugido se interrumpió bruscamente: alguien había apagado el motor.

—No, por favor —dijo Blue—. ¡No! ¡La niña también…!

Se apartó de Adam rápidamente, y este oyó cómo abría la portezuela del otro lado. Una bocanada de aire frío y húmedo penetró en el BMW. Se oyó ruido en otra puerta y luego en otra más; ahora estaban todas abiertas salvo la de Adam. Henry dijo algo en el exterior del coche, con voz grave, seria y desprovista de humor.

—¿Qué está pasando? —insistió Adam.

—¿Podemos…? —dijo Blue desde fuera del coche, con voz que casi era un sollozo—. ¿Creéis que podemos arrancárselo?

—No —musitó Ronan—. No lo toquéis… No…

El asiento del conductor se echó para atrás tan bruscamente que se estampó contra las rodillas de Adam. Se oyó un ruido que Adam identificó de inmediato como un jadeo de Ronan.

—Cielos, Ronan… —volvió a decir Gansey—. ¿Qué podemos hacer?

El asiento del conductor volvió a encabritarse, y las manos de Adam arañaron con fiereza el respaldo detrás de él. Ellas sí sabían lo que estaba pasando, y querían que ocurriera más rápido. El teléfono de Ronan empezó a sonar en el salpicadero: era el tono grave y monótono que Ronan había programado para las llamadas de Declan.

Lo peor era que Adam sí que sabía lo que significaba aquello: a Matthew le estaba ocurriendo algo. No, lo peor era que no podía hacer nada.

—¡Ronan, por favor, no cierres los ojos! —exclamó Blue, ahora entre sollozos—. Voy a llamar… Voy a llamar a mi madre y…

—¡Apartaos! —gritó Gansey.

El coche se zarandeó con violencia.

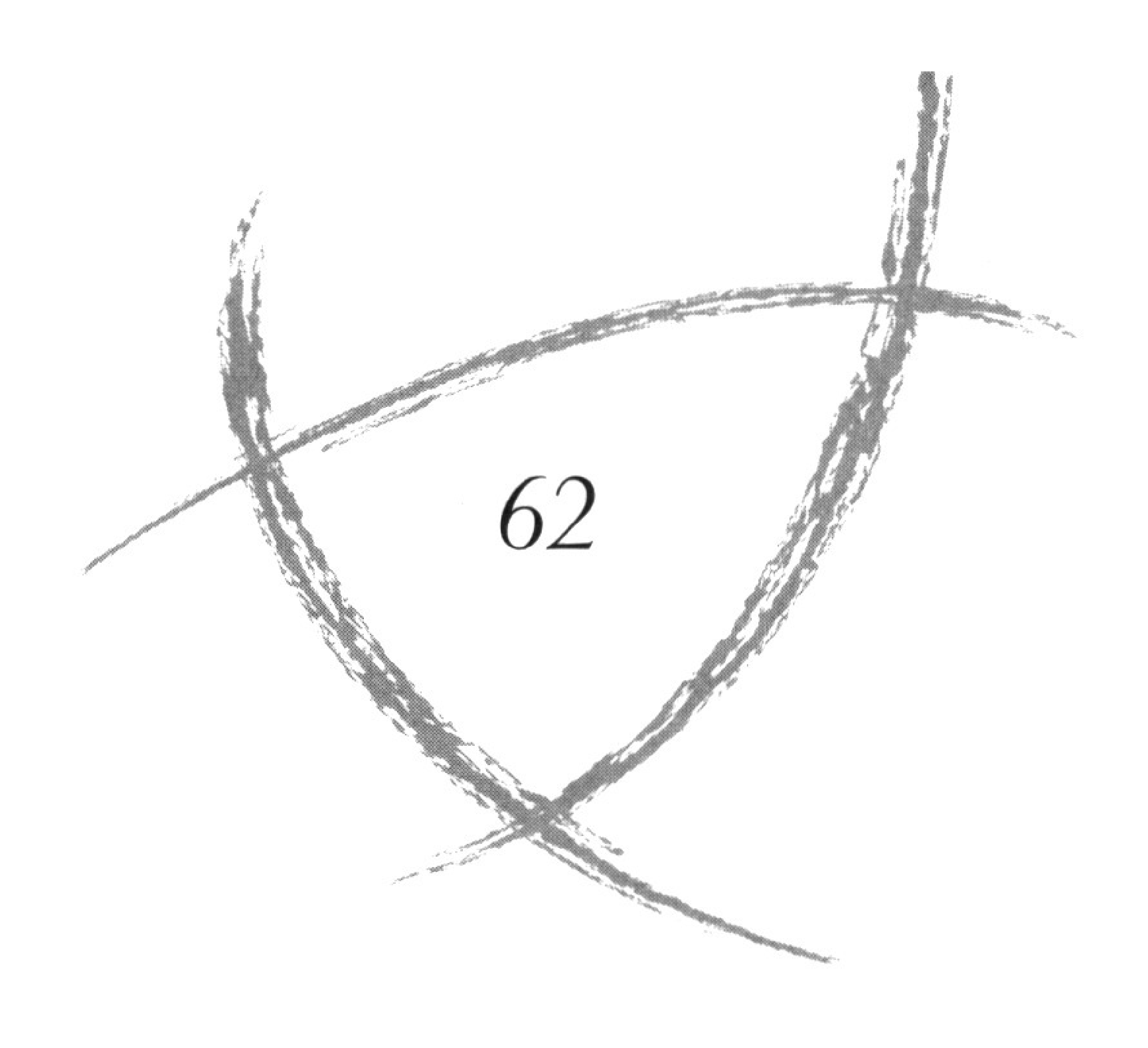
—¿Qué era eso? —exclamó Henry.

—Lo trajo de sus sueños hace un momento, cuando se desmayó —explicó Gansey —. No nos hará daño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adam una vez más.

Gansey le contestó con un hilo de voz que se estiró hasta quebrarse:

—El demonio lo está deshaciendo.



Adam se preguntó cómo podía haber pensado que la escena anterior era lo peor de su vida.

Lo peor era esto: estar maniatado y con los ojos vendados en el interior de un coche, sabiendo que el rumor entrecortado que se oía delante lo producía Ronan Lynch al boquear en busca de aire cada vez que aterrizaba en la consciencia.

Gran parte de Ronan era bravuconería, y ahora no le quedaba ni un ápice de ella.

Y Adam solo era un arma para matarlo más rápido.

Le daba la impresión de que habían pasado años desde su trato con Cabeswater. Gansey se había horrorizado al oírlo, y tal vez tuviera razón. La prueba era que Adam se había quedado sin opciones; el demonio lo había reducido a la impotencia con tanta facilidad…

Sus pensamientos eran un campo de batalla, y Adam huyó de él internándose en la oscuridad de la venda que cubría sus ojos. Caer en trance así era un juego peligroso: Cabeswater podía perecer en cualquier momento, y todos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de si él empezaba a agonizar también en el asiento trasero. Pero era la única manera de sobrevivir junto a los jadeos doloridos de Ronan.

Se precipitó más y más lejos, lanzando su inconsciente lejos de sus pensamientos conscientes, alejándose tan rápido como podía de la verdad del coche. Apenas quedaba nada de Cabeswater; casi todo era negrura. Tal vez no lograra encontrar el camino de vuelta a su cuerpo contaminado. Tal vez se perdiera como

Persephone

«Persephone».

No bien pensó su nombre, se dio cuenta de que estaba junto a él. No hubiera sabido explicar cómo lo sabía, porque no podía verla; de hecho, no podía ver nada. De pronto, se dio cuenta de que volvía a notar el tacto de la venda sobre sus ojos y el dolor sordo de sus dedos atados y amontonados unos sobre otros. Volvía a ser consciente de su realidad física; volvía a estar encerrado en su inútil cuerpo.

«Me has lanzado de vuelta aquí», le espetó a Persephone.

«Más o menos. En realidad, tú te has dejado».

Adam no supo qué responder. Tenerla al lado le hacía sentir una alegría casi dolorosa. No era que Persephone, la inconcreta Persephone, fuera una persona especialmente maternal; pero su forma de razonar, sus conocimientos y normas habían consolado a Adam en momentos de caos. Y aunque todavía no le había dicho casi nada, el recuerdo de aquel consuelo le producía una absurda sensación de felicidad.

«Ya no soy dueño de mí».

«Ajá».

«Es culpa mía».

«Ajá».

«Gansey tenía razón».

«Ajá».

«¡Deja de decir "ajá"!».

«Pues entonces, deja de decir cosas que te cansaste de decir hace semanas».

«Pero mis manos… Mis ojos…».

Adam los sintió según los nombraba: sus manos como garras, sus ojos desorbitados. Estaban encantados ante la destrucción de Ronan. Habían sido creados para eso. Cómo anhelaban participar en aquella horrible tarea…

«¿Con quién hiciste ese trato?».

«Con Cabeswater».

«¿Quién está usando tus manos?».

«El demonio».

«Pues no es lo mismo».

Adam no contestó. Una vez más, Persephone le estaba dando consejos que sonaban razonables, pero que eran imposibles de aplicar en el mundo real. Eran muestras de sabiduría, no instrucciones que se pudieran poner en práctica.

«Cerraste el trato con Cabeswater, no con un demonio», insistió ella. «Aunque tengan el mismo aspecto y parezcan iguales, no son lo mismo».

«Sí que parecen iguales».

«Pero no lo son. El demonio carece de poder sobre ti. Tú no lo elegiste a él: elegiste a Cabeswater».

«No sé qué hacer», dijo Adam.

«Sí, sí que lo sabes. Tienes que seguir eligiendo a Cabeswater».

Pero el bosque estaba moribundo; pronto no quedaría ningún Cabeswater que elegir. Pronto solo quedarían la mente de Adam, el cuerpo de Adam, y el demonio. No lo dijo en alto, pero no importó: en aquel lugar, sus pensamientos y sus palabras eran lo mismo.

«Eso no te convierte en un demonio. Serás uno de esos dioses sin poderes mágicos. ¿Cómo se llamaban?».

«No creo que haya ninguna palabra para eso».

«Reyes, creo. Me voy a marchar ya».

«Persephone, por favor. Yo… te echo de menos».

Adam estaba solo; Persephone se había ido. Como siempre, le había dejado una mezcla de consuelo e incertidumbre: la certeza del camino que debía tomar; la duda de ser capaz de recorrerlo. Pero esta vez, Persephone había acudido desde muy lejos para aleccionarlo. Adam no estaba seguro de que ella lo pudiera ver ahora, pero aun así no quería decepcionarla.

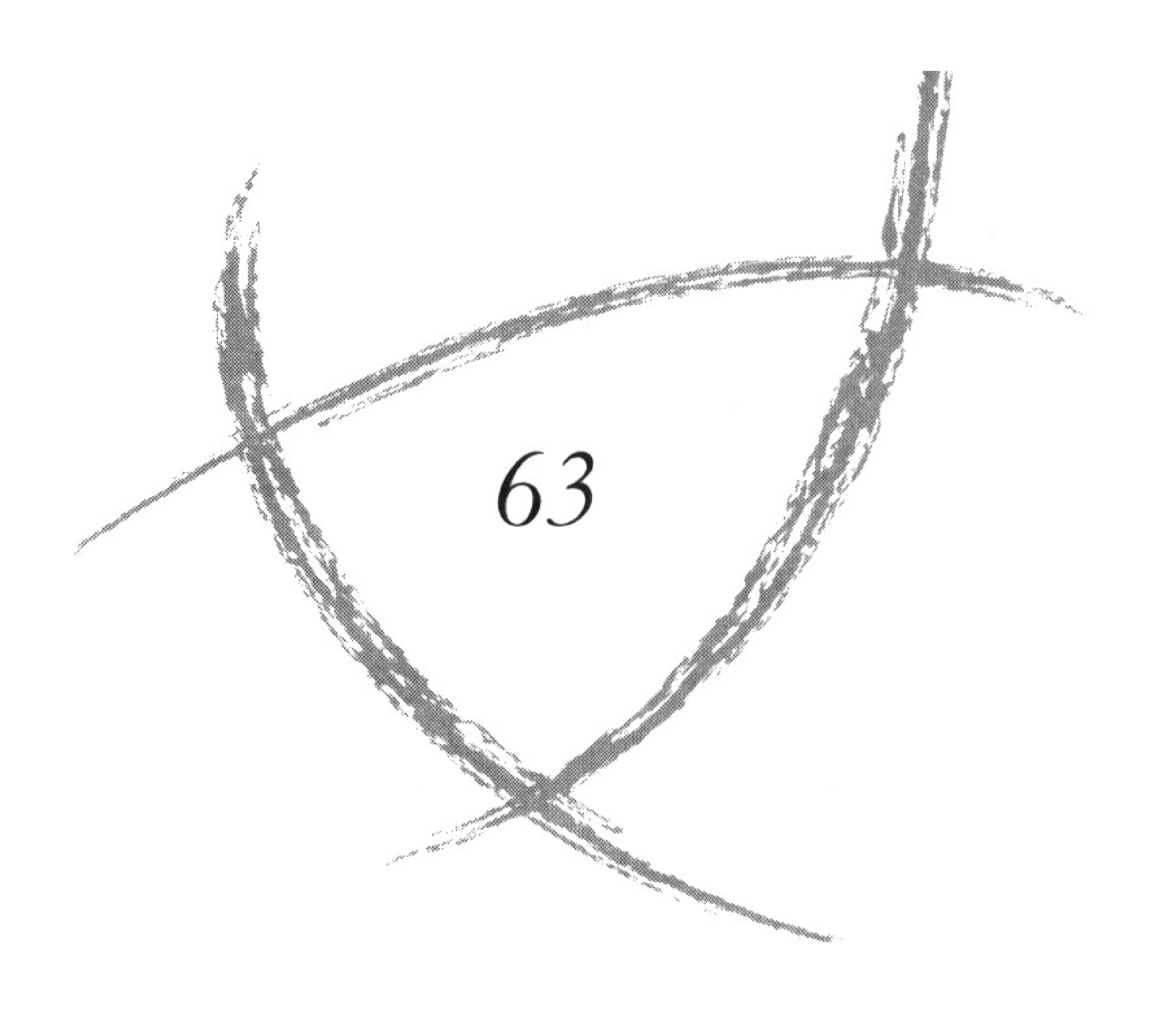
Y lo cierto era que, si pensaba en las cosas que amaba de Cabeswater, no era en absoluto difícil ver la diferencia entre el bosque y el demonio. Ambos crecían del mismo sustrato, pero no se parecían en nada.

«Estas manos y estos ojos son míos», pensó.

Y lo eran. Adam no tenía por qué probarlo. Solo lo tuvo que pensar para que se convirtiera en un hecho.

Giró la cabeza y la frotó contra el asiento de delante para quitarse la venda de los ojos.

Y vio el fin del mundo.



El demonio iba separando lentamente las fibras del soñador.

Los soñadores siempre resultaban difíciles de deshacer. Gran parte de su ser no existía dentro de su cuerpo físico; muchos de los jirones que los componían estaban enroscados en las estrellas o enredados entre las raíces de algún árbol. Muchos de sus fragmentos flotaban con el curso de los ríos o explotaban en el aire, entre las gotas de lluvia.

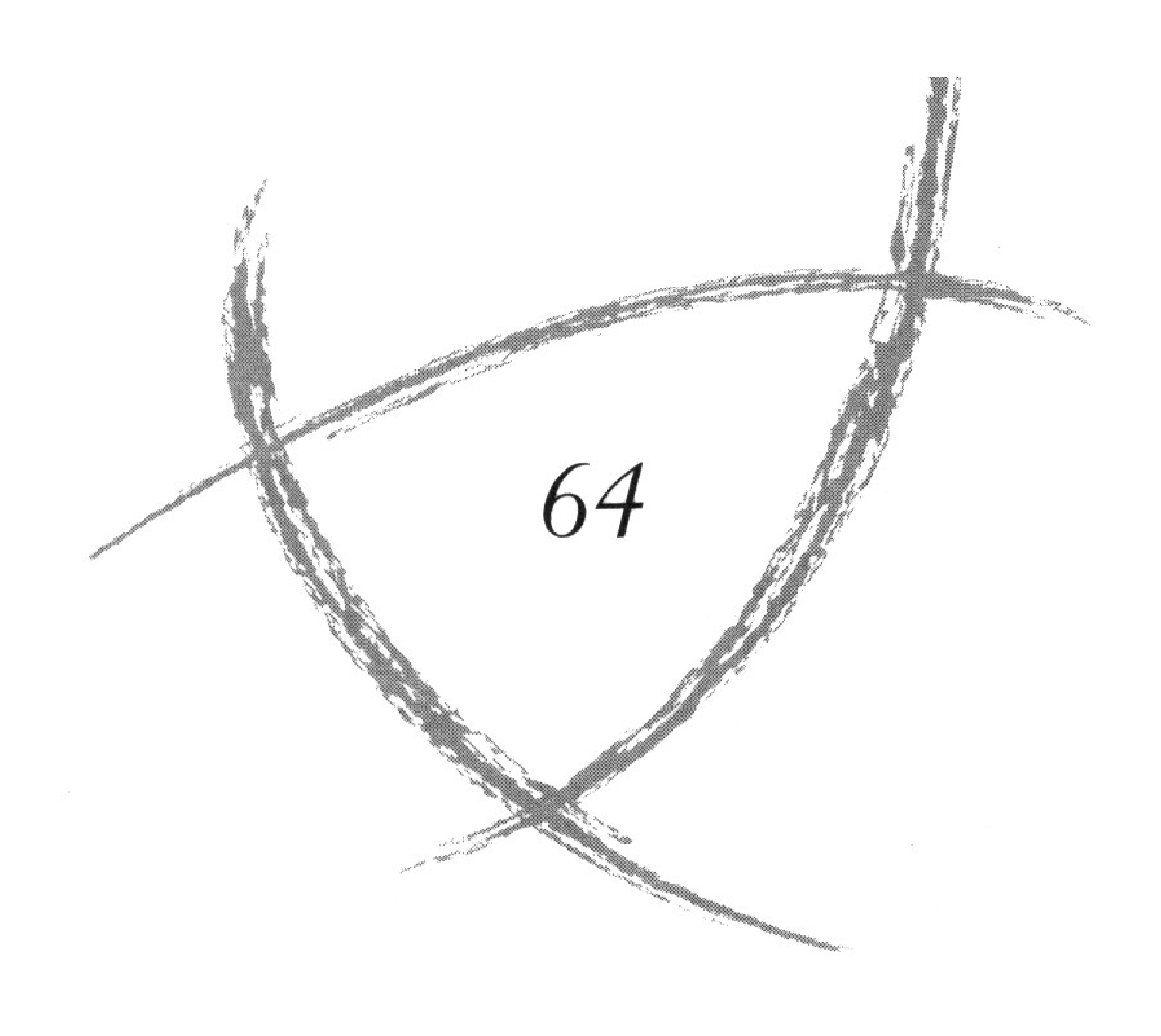
Aquel soñador se resistía.

El demonio era deshacer y era nada; los soñadores eran hacer y eran totalidad. Y aquel soñador era eso elevado a su máxima potencia: un nuevo rey en su reino inventado.

Y se resistía.

El demonio lo hundía una y otra vez en la inconsciencia; y en aquellos breves fogonazos de oscuridad, el soñador se aferraba a la luz; y cada vez que nadaba de vuelta a la vigilia, lanzaba sus sueños a la realidad, dándoles múltiples formas: criaturas aleteantes y estrellas terrestres y coronas en llamas y notas doradas que cantaban solas y hojas de menta esparcidas por la acera manchada de sangre y retazos de papel con palabras garabateadas: *Unguibus et rostro*.

Pero se estaba muriendo.



64

Querer vivir, pero aceptar la muerte para salvar a otros: eso era el coraje. Esa sería la grandeza de Gansey.

—Tiene que ser ahora —dijo—. Debo hacer ya el sacrificio.

Ahora que el momento había llegado, Gansey veía una cierta gloria en él. No quería morir; pero, al menos, lo haría por su familia encontrada. Al menos moriría para salvar a personas que vivirían de verdad. Al menos lo haría por un motivo, no por las picaduras de un enjambre de avispas. Al menos, esta vez significaría algo.

Ese sería el lugar de su muerte: una carretera junto a un prado en pendiente, salpicado de hojas de roble. Algunas vacas oscuras pastaban en la cima de la colina, meneando la cola como si quisieran espantar las ráfagas de lluvia. La hierba estaba asombrosamente verde para ser octubre, y el vivo contraste de la hojarasca otoñal le daba aspecto de escena de calendario. No había nadie más en kilómetros a la redonda.

Lo único fuera de lugar eran el río de sangre salpicado de flores que cruzaba la carretera y el muchacho que agonizaba dentro de su coche.

—¡Pero estamos muy lejos de Cabeswater! —se desesperó Blue.

El teléfono de Ronan sonaba otra vez: «Declan, Declan, Declan». Todo se derrumbaba en todas partes.

Ronan emergió por un instante a la consciencia, con los ojos teñidos de negro. Una lluvia de guijarros destellantes salió despedida de su mano y rodó hasta detenerse en el lodo sanguinolento de la carretera. La niña huérfana lo observaba desde la parte trasera del coche, espantosamente impávida. Un hilo de líquido negro goteaba de su oído. Cuando vio que Gansey la miraba, formó con los labios la palabra «Kerah» sin emitir ningún sonido.

—¿Estamos en la línea ley? —preguntó Gansey. Era lo único que importaba; si no, el sacrificio no sería válido para acabar con el demonio.

—Sí, pero Cabeswater está muy lejos. Morirás.

Una de las cosas que más le gustaban a Gansey de Blue Sargent era que jamás se daba por vencida. Se lo habría dicho, pero sabía que solo serviría para hacerle las cosas más difíciles.

—No puedo mirar cómo Ronan se muere y no hacer nada, Blue. Y Adam, y Matthew, y todo esto… Es lo único que tenemos. Tú viste mi espíritu. ¡Ya sabes lo que decidimos hacer!

Blue cerró los párpados y de ellos resbalaron dos lágrimas. Su llanto era discreto; no le pedía a Gansey que retirase lo que había dicho. Era una criatura indomable, pero también era sensata.

—Desatadme —dijo Adam desde el coche—. Si vais a hacerlo ahora, desatadme, por Dios.

Sus ojos ya no estaban vendados, y en ellos había una mirada que era la suya, no la del demonio. Su respiración era agitada. Gansey sabía que, si hubiera otra opción, Adam ya la habría mencionado.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Como la vida misma —repuso Adam—. Desatadme, por favor.

Henry llevaba un rato esperando a tener algo que hacer —no parecía capaz de procesar todo aquello sin tener una tarea entre manos—, de modo que se abalanzó para desatar a Adam. Este sacudió sus enrojecidas muñecas hasta librarse del lazo y rozó el gorro de la niña huérfana.

—Todo saldrá bien —le susurró.

Luego salió del coche y se plantó delante de Gansey. Ninguno de los dos supo qué decir.

Chocaron los cinco y asintieron con la cabeza. Todo era ridículo, inadecuado.

Ronan despertó por un momento con un manoteo feroz, y el coche rebosó de flores en tonos de azul que Gansey no había visto jamás. Como siempre le ocurría al despertar, Ronan estaba paralizado. Un viscoso líquido negro fluía de su nariz.

Gansey nunca había comprendido realmente lo que suponía para Ronan convivir con sus pesadillas.

Ahora lo entendía.

No quedaba tiempo.

—Gracias por todo, Henry —dijo—. Eres un príncipe entre los hombres.

Henry lo miró con el rostro inexpresivo.

—Esto es horrible —musitó Blue.

Era horrible, pero era lo correcto. Gansey notó por última vez que el tiempo resbalaba a su alrededor, que había hecho aquello antes. Apoyó suavemente los dorsos de las manos en las mejillas de Blue.

—No te preocupes. Estoy preparado. Blue, bésame.

La lluvia incesante levantaba salpicaduras rojinegras y arremolinaba pétalos alrededor de sus pies. Los objetos soñados de Ronan se apilaban junto a ellos. La tormenta impregnaba todo con su aroma a montañas otoñales: hojas de roble y campos de heno, ozono y tierra removida. Era un lugar precioso, y el corazón de Gansey se colmó al mirarlo. Le había llevado mucho tiempo, pero por fin había llegado adonde quería estar.

Blue lo besó.

Gansey había soñado innumerables veces con aquello; y allí estaba, convertido en vida. En un mundo distinto, solo habría sido esto: una chica posando suavemente sus labios en los de un chico. Pero en aquel mundo, Gansey sintió los efectos del beso al instante. Blue: un espejo, un amplificador, una extraña alma medio arbórea recorrida por la magia de la línea ley. Gansey: devuelto una vez a la vida por el poder de la línea ley, con un corazón hecho de línea ley en el pecho, otro tipo de espejo. Y cuando los dos espejos se enfrentaron, el más débil cedió.

El corazón de Gansey, hecho de línea ley, no era realmente suyo.

Retrocedió un paso.

Convocando toda su intención, dijo con una voz alta y clara que no dejaba margen para la duda:

—Que sirva para matar al demonio.

En cuanto su voz se apagó, Blue le rodeó el cuello con los brazos. En cuanto su voz se apagó, Blue apoyó su mejilla en la de él. En cuanto su voz se apagó, lo estrechó como si fuera una palabra gritada: amor, amor, amor.

Él se derrumbó blandamente entre sus brazos.

Era un rey.



Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de Noah Czerny.

Noah había descubierto que lo peor de estar muerto era que su historia había dejado de ser una línea para convertirse en un círculo. Todo tendía a empezar y a terminar en el mismo momento: el de su muerte. Resultaba difícil concentrarse en otras maneras de contar historias, recordar que a los vivos les interesaba el orden de los acontecimientos. Cronología; esa era la palabra. Noah, por su parte, estaba más interesado en el peso espiritual de un minuto. Morirse: allí había una historia. Noah nunca dejaba de ser consciente de aquel momento. Cada vez que lo divisaba se detenía para contemplarlo, recordando con precisión cada una de las sensaciones físicas que había sentido mientras era asesinado.

Asesinado.

A veces quedaba atrapado en un bucle incesante de comprender que lo habían asesinado, y la cólera le hacía destrozar objetos en la habitación de Ronan, desparramar la menta del bote de Gansey o rajar el cristal de una ventana en las escaleras del apartamento.

Otras, sin embargo, se enganchaba en este instante: la muerte de Gansey. Lo veía morir una y otra y otra vez, planteándose una duda: si Whelk le hubiera preguntado a él si quería morir, en vez de obligarle a hacerlo, ¿habría sido tan valiente como Gansey? Le parecía que no; tenía la impresión de que Whelk y él no eran tan amigos.

A veces, cuando regresaba para charlar con el Gansey-aún-vivo, olvidaba si este Gansey ya sabía que iba a morir. Cuando el tiempo se volvía circular, resultaba fácil saber las cosas; recordar cómo usar ese conocimiento ya no era tan fácil.

—Gansey —dijo Gansey—. Sí, es todo.

Noah se dio cuenta de que no estaba en el momento adecuado: había sido absorbido por la existencia de Gansey como espíritu, y esa era una línea enteramente distinta. Se apartó de ella; no era una cuestión de espacio, sino de tiempo. Le recordaba un poco a saltar a la comba con tres cuerdas —Noah no recordaba con quién había hecho eso, pero debía de haberlo hecho en algún momento, si se acordaba de ello—: había que esperar al momento adecuado para entrar si no querías que la cuerda te rechazara.

Aunque no siempre recordaba por qué hacía aquello, sí recordaba lo que hacía: buscar la primera muerte de Gansey.

Lo que no lograba recordar era la primera vez que había optado por aquella posibilidad. Cada vez era más difícil diferenciar qué era recuerdo y qué repetición. Ya ni siquiera estaba seguro de cuál de las dos cosas estaba haciendo.

Solo sabía que debía seguir haciéndolo hasta el momento final. Debía mantenerse lo bastante sólido para asegurarse de no perderlo.

Allí estaba: Gansey, solo un niño, retorciéndose mientras agonizaba entre la maleza de un bosque, al mismo tiempo que Noah, a kilómetros de distancia, se retorcía y agonizaba entre la maleza de un bosque distinto.

Todos los tiempos eran el mismo. En cuanto Noah murió, su espíritu, colmado por la línea ley y elevado por Cabeswater, había sentido cómo se expandía por todos los momentos que había experimentado e iba a experimentar. Resultaba fácil parecer sabio cuando el tiempo era circular.

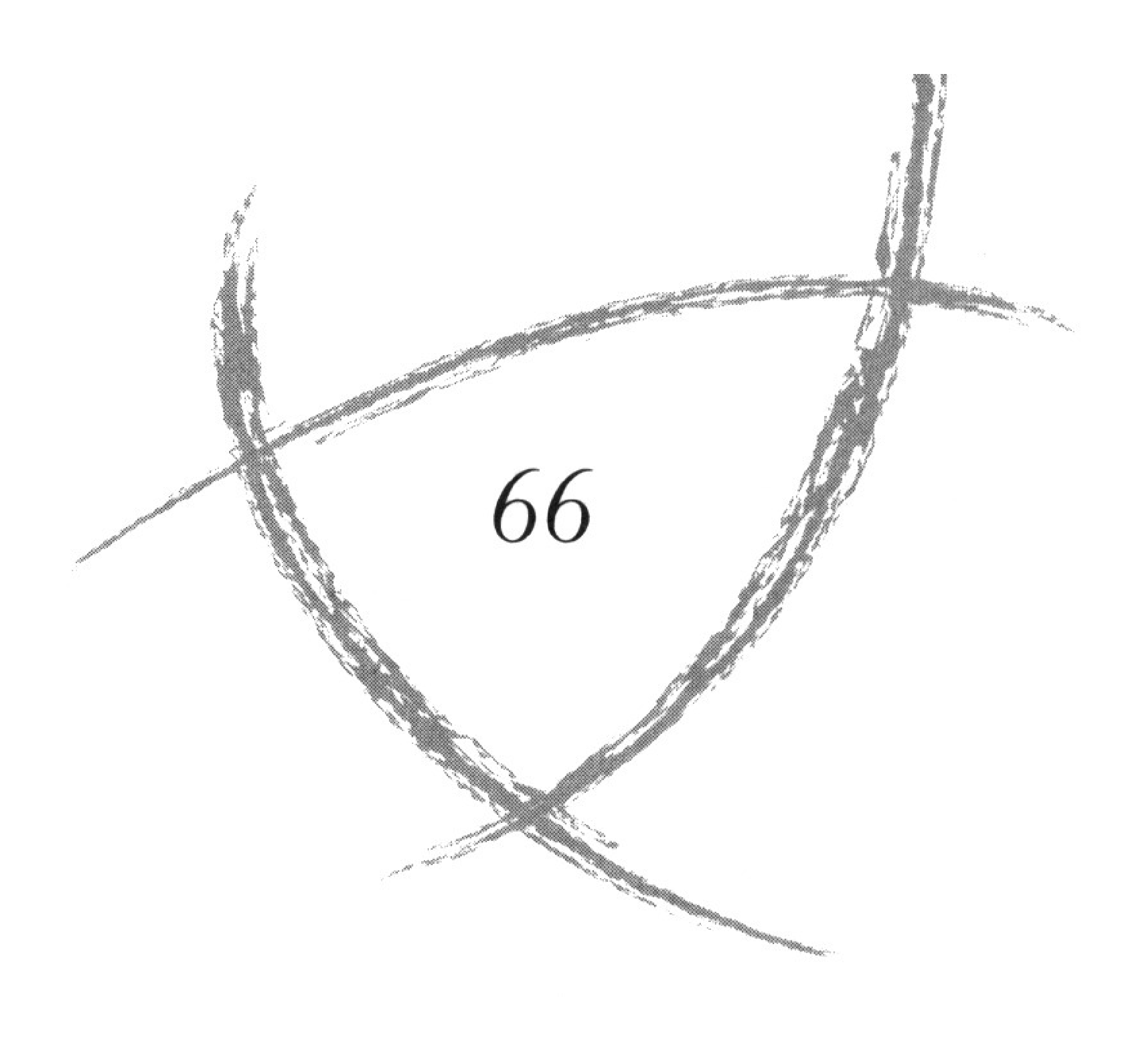
Noah se agachó sobre el cuerpo de Gansey y dijo por última vez:

—Vivirás por Glendower. Otros mueren en la línea ley cuando no debieran, conque tú vivirás cuando debieras morir.

Gansey murió.

—Buena suerte —le dijo Noah—. No lo desperdicies.

Y se deslizó silenciosamente hasta salir del tiempo.



66

Blue Sargent ya no recordaba cuántas veces le habían dicho que mataría a su amor verdadero.

Su familia se dedicaba a las predicciones. Echaban las cartas, celebraban sesiones de espiritismo y volcaban tazas de té en sus platillos. Blue jamás había formado parte de aquello, salvo en un aspecto importante: la predicción más estable de toda la familia se refería a ella.

«Si lo besas, tu amor verdadero morirá».

Había pasado casi toda su vida tratando de figurarse cómo ocurriría. Se lo habían advertido todo tipo de videntes. Aun sin poseer ni un ápice de capacidad profética, Blue había vivido en un mundo compuesto a partes iguales de pasado y futuro, siempre consciente en un cierto nivel de adónde se dirigía.

Eso había terminado.

Estaba mirando el cuerpo muerto de Gansey, su jersey de cuello de pico con los hombros húmedos de lluvia, y pensando: «No tengo ni idea de qué pasará ahora».

El agua ya casi había arrastrado la sangre de la carretera, y algunos cuervos se habían posado en el asfalto para picotear los restos. Todos los signos de actividad demoníaca habían cesado al mismo tiempo.

—Levantadlo… —empezó a decir Ronan con voz rota. Respiró hondo y terminó en un gruñido—: Sacadlo de la carretera. No es un animal.

Entre los cuatro, llevaron el cuerpo de Gansey hasta la verde hierba que bordeaba la calzada. Aún parecía vivo; solo habían pasado uno o dos minutos desde su muerte, y al fin y al cabo, no había tanta diferencia entre estar muerto y estar dormido hasta que las cosas empezaban a ponerse mal.

Ronan se acuclilló a su lado, con la cara aún manchada de negro bajo la nariz y alrededor de las orejas. Su luciérnaga soñada estaba posada sobre el corazón de Gansey.

—Despierta, joder —dijo con voz ronca—. Serás cabrón… No puedo creerme que hayas…

Su voz se quebró y Ronan se puso a llorar.

Adam estaba de pie junto a Blue y Henry, con la mirada perdida en el vacío. Aunque sus mejillas estabas secas, la niña huérfana le acariciaba el brazo como si consolara a alguien lloroso. En la muñeca de Adam, la manecilla del reloj marcaba el mismo minuto una y otra vez.

Blue ya no lloraba: había gastado todas sus lágrimas de antemano.

Los ruidos de Henrietta se abrieron paso hasta ellos. La sirena de una ambulancia o un camión de bomberos sonaba a los lejos; los coches aceleraban en las carreteras; un altavoz emitía música alta; en un árbol cercano, los pájaros trinaban. Las vacas de la colina habían empezado a avanzar hacia ellos, intrigadas por el rato que llevaban allí parados.

—La verdad es que no sé qué hacer —confesó Henry—. No creía que esto fuera a terminar así. Pensé que nos iríamos todos a Venezuela.

Su tono era irónico y pragmático, y Blue se dio cuenta de que era la única manera en que podía enfrentarse a la realidad de Richard Gansey muerto sobre la hierba.

—Ahora mismo no puedo pensar en eso —replicó, y era cierto.

En realidad, no podía pensar en nada. Todo había llegado a su fin abruptamente. Por primera vez en su vida, su futuro entero estaba por escribir. ¿Tendrían que llamar a una ambulancia? Las implicaciones prácticas de que se muriera su verdadero amor se extendían ante ella, pero no lograba concentrarse.

—No… No puedo pensar. Es como si tuviera la cabeza tapada por una pantalla de lámpara. Solo soy capaz de esperar a… No sé.

Adam se sentó de repente. No dijo nada, pero se cubrió la cara con las manos.

Henry dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Deberíamos sacar los coches de la carretera —dijo—. Ahora que las cosas no sangran, el tráfico… —se interrumpió—. Esto no está bien.

Blue meneó la cabeza.

—Es que no lo entiendo —prosiguió Henry—. Estaba tan seguro de que esto iba a… a cambiarlo todo… Nunca pensé que terminaría así.

—Yo siempre supe que terminaría así, pero también pienso que no está bien —repuso ella—. ¿Cómo iba a parecernos bien?

Henry se balanceó sobre sus pies y estiró la cabeza para ver si se acercaban más coches; a pesar de su comentario de antes, no había hecho ningún esfuerzo por sacar el suyo de la calzada. Miró su reloj: como el de Adam, seguía repitiendo sin cesar el mismo minuto, aunque los saltos de la manecilla ya no eran tan enérgicos.

—Es que no lo entiendo —repitió—. ¿Para qué sirve la magia, si no es para estas cosas?

—¿Qué cosas?

Henry señaló el cadáver de Gansey.

—Cosas como que él esté muerto. ¿No dijisteis que sois los magos de Gansey? ¡Pues haced algo!

—Yo no soy maga.

—Acabas de matarlo con tus labios —Henry se volvió hacia Ronan—. ¡Y ese acaba de soñar esa pila de cosas raras que hay junto al coche! ¡Y a aquel no le pasó nada cuando le cayó una tonelada de tejas encima!

Al oír eso, Adam salió bruscamente de su ensimismamiento.

—Eso es diferente —replicó, con un tono que la aflicción afilaba como una navaja.

—¿Por qué es diferente? ¡Las dos cosas van contra las normas!

—Porque una cosa es quebrantar las leyes de la física con magia —masculló Adam con rabia—, y otra es sacar a una persona de entre los muertos.

Henry, sin embargo, no se desanimaba así como así.

—¿Por qué? —replicó—. ¡Ya lo sacaron una vez!

Aquello era incontestable.

—Tienes razón —dijo Blue—, pero para eso hizo falta un sacrificio: la muerte de Noah.

—Está bien. Pues busca otro sacrificio.

—¿Te ofreces voluntario? —gruñó Adam.

A pesar de lo violento de su tono, Blue lo comprendía: en aquella situación, hasta el más pequeño ápice de esperanza era insoportable.

Todos se quedaron en silencio. Henry volvió a otear la carretera. Finalmente, los miró.

—Sed magos —dijo.

—Cállate —respondió Ronan con violencia—. ¡Cállate! No puedo con esto. Déjalo, ¿quieres?

Henry retrocedió un paso, como si la feroz pena de Ronan lo hubiera golpeado físicamente. Todos guardaron silencio de nuevo. Blue no podía despegar la mirada del reloj de Henry: la manecilla se relajaba más con cada segundo que los alejaba del momento del beso, y Blue no sabía si podría resistir el momento en que volviera a la normalidad. En ese momento, sería como si Gansey hubiera muerto real y definitivamente.

La manecilla se estremeció. Volvió a estremecerse.

Blue ya estaba fatigada de aquel futuro que no contenía a Gansey.

Adam, aún acurrucado sobre la hierba, levantó la mirada.

—¿Y Cabeswater? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Cabeswater? —dijo Ronan—. Ya no le queda poder para hacer nada.

—Lo sé —asintió Adam—. Pero si se lo pidiéramos, tal vez estuviera dispuesto a morir por él.



67

Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de Cabeswater.

Cabeswater no era un bosque, sino algo que en aquel momento de su existencia semejaba un bosque. Su magia peculiar hacía que fuera muy antiguo y muy nuevo al mismo tiempo; siempre había sido, y sin embargo, siempre se estaba aprendiendo a sí mismo. Estaba siempre vivo y esperando a estarlo.

Jamás había muerto a propósito.

Pero lo cierto era que nadie se lo había pedido.

«Por favor», dijo el Greywaren. *Amabo te.*

No era posible; al menos, no como él pensaba. Cambiar una vida por otra era un buen sacrificio, una base excelente para un tipo de magia fantástica y peculiar; pero Cabeswater no era mortal, y el muchacho que los humanos querían salvar sí que lo era. No era tan fácil como que Cabeswater muriera y él resucitara. Si se hacía, tendría que

consistir en que Cabeswater diera forma humana a una parte esencial de sí mismo, y ni el propio Cabeswater estaba seguro de que aquello pudiera hacerse.

La mente del muchacho-mago se desplazó por los deshilachados pensamientos de Cabeswater, tratando de comprender qué era posible y proyectando imágenes de su cosecha para ayudarlo a captar el sentido de la resurrección. No se daba cuenta de que aquel concepto era mucho más fácil de entender para Cabeswater que para él. Cabeswater estaba eternamente muriendo y resurgiendo; cuando todos los tiempos eran el mismo, la resurrección consistía simplemente en moverse de un minuto a otro. A Cabeswater no le resultaba complicado imaginar algo que viviera para siempre; lo que le costaba comprender era la idea de reanimar un cuerpo humano con una vida finita.

Cabeswater se esforzó por mostrar al mago aquella realidad, aunque el desgaste de la línea ley hacía difícil transmitir los matices. Si se podían comunicar, de hecho, era gracias a que la hija de la vidente estaba junto al mago, como siempre había estado de un modo u otro, y amplificaba tanto su energía como la del muchacho.

Lo que Cabeswater trataba de hacerles entender era que su esencia consistía en crear, en hacer, en construir. No podía deshacerse a sí mismo para aquel sacrificio, porque eso era contrario a su naturaleza. No podía morir para que un humano volviera a la vida tal como había sido. Le habría resultado más fácil hacer una copia del humano que acababa de morir, pero ellos no querían una copia: querían el mismo que habían perdido. Sin embargo, no era posible traerlo de regreso sin que cambiase en algo; aquel cuerpo suyo estaba irreversiblemente muerto.

Sin embargo, tal vez Cabeswater pudiera rehacerlo para dar lugar a algo nuevo. Solo le hacía falta recordar cómo eran los humanos.

Cabeswater lanzó una sucesión de imágenes al mago, quien se las susurró a la hija de la vidente. Ella dirigió su magia de espejo a los árboles que quedaban en Cabeswater, susurrando «por favor» mientras lo hacía, y los *tir e e'lintes* reconocieron en ella a uno de los suyos.

Y entonces, Cabeswater se puso a trabajar.

Los humanos eran complicados; tenían tantos recovecos…

Mientras Cabeswater empezaba a tejer vida y existencia usando la sustancia de sus sueños, los árboles restantes se pusieron a tararear y a cantar juntos. En tiempos lejanos, sus canciones habían tenido un sonido diferente; pero en este tiempo, cantaban las canciones que el Greywaren les había dado. Era una melodía quejumbrosa y ascendente, llena de gozo y aflicción. Y mientras Cabeswater destilaba su magia, los árboles empezaron a caer uno a uno.

La tristeza de la hija de la vidente irrumpió en el bosque; Cabeswater la aceptó y la añadió a la vida que estaba construyendo.

Cayó otro árbol y luego uno más, y Cabeswater regresó una y otra vez a los humanos que le habían pedido aquel don. Necesitaba recordarse cómo eran; necesitaba recordar que, para aquella tarea, debía hacerse pequeño.

Mientras el bosque menguaba, la desesperación del Greywaren y su capacidad para la maravilla inundaron a Cabeswater. Los árboles cantaron al Greywaren melodías consoladoras, canciones de posibilidad, poder, sueños; y entonces, Cabeswater recogió su maravilla y la añadió a la vida que estaba construyendo.

Por último, el arrepentimiento esperanzado del mago serpenteó entre los pocos árboles que quedaban. Sin aquello, ¿qué era él? Solo humano, humano, humano. Cabeswater extendió un puñado de hojas para acariciarle la mejilla por última vez, y las hojas absorbieron aquella humanidad para dársela a la vida que Cabeswater estaba construyendo.

Ya casi tenía forma humana. Encajaría, seguro. En el mundo no existía nada perfecto.

«Dejad paso al Rey Cuervo».

El último árbol cayó. El bosque desapareció y todo quedó en silencio.

Blue tocó la cara de Gansey.

—Despierta —susurró.



EPÍLOGO

En Singer's Falls, las tardes de junio siempre eran muy bellas: exuberantes y oscuras, un mundo pintado de complicados tonos verdes. Árboles; árboles por todas partes. Adam conducía por la serpenteante carretera que llevaba a Henrietta, al volante de un BMW pequeño y estilizado que olía a Ronan. En el equipo de música sonaba el estridente tecno de Ronan, pero Adam no necesitaba apagarlo. El mundo le parecía enorme.

Iba de regreso al aparcamiento de caravanas.

Ya era hora.

Desde Los Graneros hasta el aparcamiento había un trayecto de media hora; Adam tenía tiempo de sobra para arrepentirse y desviar el coche hacia Saint Agnes o Manufacturas Monmouth.

Pero atravesó Henrietta en dirección al aparcamiento y luego condujo por la irregular pista de tierra que llevaba a las caravanas, levantando cúmulos de polvo con

los neumáticos. Varios perros salieron de las cunetas para perseguir el coche, pero se dispersaron antes de que Adam llegara a su antigua casa.

No tuvo que preguntarse si de verdad iba a hacer aquello.

Al fin y al cabo, ya lo estaba haciendo.

Subió por los desvencijados peldaños. Aquella escalera, pintada hacía años y ahora llena de desconchones, grietas y perforaciones de insectos, no era tan diferente de la que conducía a su apartamento de Saint Agnes. Algo más corta, si acaso.

Al llegar arriba, examinó la puerta tratando de decidir si debía llamar o no. Había vivido allí hasta hacía solo unos meses, yendo y viniendo sin avisar a nadie; sin embargo, le daba la impresión de que habían pasado años. También se sentía más alto ahora, aunque no podía haber crecido mucho desde el verano anterior.

Aquella ya no era su casa, de modo que llamó.

Esperó, con las manos en los bolsillos de sus pantalones recién planchados, mirando a ratos las relucientes punteras de sus zapatos y a ratos la puerta polvorienta.

La puerta se abrió y su padre apareció en el umbral, cara a cara con él. Adam sintió algo más de simpatía hacia la versión pasada de sí mismo, aquella que tenía miedo de convertirse en un hombre como su padre. Porque, aunque Robert Parrish y Adam Parrish no se parecieran a primera vista, había una introversión, un ensimismamiento en la mirada de Robert Parrish que a Adam le recordó a sí mismo. También había algo similar en el dibujo de las cejas: el frunce que trazaban sus ceños reproducía con exactitud la eterna línea entre lo que debía ser la vida y lo que era de verdad.

Adam no era Robert, pero podría haberlo sido. Y ahora perdonaba al Adam del pasado por haber tenido miedo de aquella posibilidad.

Robert Parrish miró fijamente a su hijo. Detrás de él, en la penumbra de la sala, Adam vio a su madre, que miraba el BMW.

—Invitadme a entrar —dijo Adam.

Su padre se resistió por un segundo, con las aletas de la nariz dilatadas. Luego retrocedió hacia el interior de la casa y lo invitó a pasar con un ademán burlón, como un cortesano que saludara a un falso rey.

Adam avanzó. Había olvidado la estrechez de su vida anterior; había olvidado que la cocina era la misma sala que el cuarto de estar y que el dormitorio principal, y la diminuta habitación tras el tabique del fondo en la que dormía él. No podía culpar a sus padres por haberlo expulsado de allí con su resentimiento; era el único lugar de la casa que permitía escapar a las miradas de los demás. Había olvidado que había sido la claustrofobia lo que lo había hecho salir de allí, además del miedo.

—Muchas gracias por llamar —dijo su madre.

Adam también había olvidado la forma sutil en que ella lo rechazaba. En las palabras de su madre había un rechazo resbaladizo, que se escurría de la memoria de Adam más fácilmente que los golpes de su padre y se le clavaba entre las costillas cuando no prestaba atención. Si había aprendido a esconderse solo, y no junto a ella, era por algo.

—Os he echado de menos antes, en la ceremonia de graduación —dijo.

—No me pareció que quisieras vernos allí —replicó su madre.

—Llamé para invitaros.

—Fue una conversación desagradable.

—No fui yo quien la hizo desagradable.

Los ojos de ella se evadieron; su madre parecía evaporarse a la menor señal de conflicto activo.

—¿Qué quieres, Adam? —preguntó su padre. Seguía escrutando la ropa de Adam, como si achacara a eso el cambio de su hijo—. No creo que hayas venido para que te acojamos otra vez en casa, ahora que eres todo un graduado pijo que va por ahí en el BMW de su novio.

—He venido para ver si hay alguna posibilidad de mantener una relación normal con mis padres, antes de irme a la universidad —contestó Adam.

La mandíbula de su padre se movió como si masticara, y Adam no supo si estaba sorprendido por lo que acababa de decirle o simplemente porque le hubiera respondido. La voz de Adam no se había oído mucho en aquella casa; al recordarlo ahora, le sorprendía haber pasado tanto tiempo creyendo que era algo normal. Recordó la forma en que los vecinos apartaban la mirada para no ver su rostro magullado. De niño, creía que no decían nada porque pensaban que se lo había merecido. Ahora, sin embargo, se preguntó cuántos de ellos habrían tenido una infancia de acurrucarse en el suelo, frente al sofá; de esconderse detrás de la cama; de llorar en el porche mientras la lluvia caía alrededor. Sintió el impulso repentino de salvar a todos los Adam que se escondían a plena luz del día, aunque no sabía si querrían escucharlo. Le sorprendió aquella idea, más propia de Gansey o de Blue que de él; y mientras conservaba la chispa de heroísmo que acababa de encenderse en su ánimo, se dio cuenta de que, si podía imaginarse salvando a otros, era porque ya se había salvado a sí mismo.

—Fuiste tú quien lo hizo imposible —replicó su padre—. Tú has tenido la culpa de que las cosas sean desagradables, como dice tu madre.

Sonaba como un cascarrabias, no como alguien temible. Todo su lenguaje corporal —los hombros curvados como hojas de helecho, la barbilla retraída— indicaba que no iba a golpear a Adam, del mismo modo en que no golpearía a su jefe del trabajo. La última vez que le había levantado la mano, había acabado sacándose

una espina sanguinolenta de la palma; a Adam aún le parecía ver su estupefacción. Adam era otro. Aun en ausencia de Cabeswater, sentía su fuerza destellando fríamente en sus ojos y no hacía nada por disimularlo. Era un mago.

—Las cosas empezaron a ser desagradables mucho antes, papá —replicó—. ¿Sabes que no oigo nada con este oído? Cuando te lo dije, en el juzgado, estabas hablando al mismo tiempo que yo.

Su padre soltó un bufido desdeñoso, pero Adam prosiguió antes de que terminase.

—Fue Gansey quien me llevó al hospital. Tendrías que haber sido tú, papá. En realidad, no tendría que haber pasado; pero si hubiera sido un accidente, tendrías que haber sido tú quien me acompañara a urgencias ese día.

Aun mientras pronunciaba las palabras, Adam no podía creer que al fin estuviera diciendo aquello. Por primera vez en su vida, estaba replicando a su padre con la certeza de que la razón estaba de su lado; por primera vez, podía sostenerle la mirada mientras le hablaba. Le resultaba increíble no sentir miedo. Ahora se daba cuenta de que su padre solo le había dado miedo porque él ya estaba asustado.

Su padre levantó la barbilla y metió las manos en los bolsillos.

—Estoy sordo de este oído, papá. Tú me dejaste sordo.

Ahora su padre agachó la cabeza, y Adam supo que le creía. Tal vez eso fuera lo único que necesitaba sacar en limpio de aquella visita: los ojos de su padre rehuyendo su mirada. La certeza de que su padre sabía lo que había hecho.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó su padre.

Mientras conducía hasta allí, Adam se había planteado aquella misma pregunta. Lo que realmente quería era que lo dejaran en paz. La petición no se dirigía a su verdadero padre, que ya no podía inmiscuirse en su vida, sino a la idea de su padre, que era una entidad mucho más poderosa.

—Cada vez que alguien me llama y yo no lo oigo; cada vez que me doy con la cabeza contra la mampara de la ducha; cada vez que empiezo sin darme cuenta a ponerme los auriculares en los dos oídos, me acuerdo de ti —dijo—. ¿Crees que es posible un futuro en el que esas no sean las únicas ocasiones en las que me acuerde de ti?

Miró a sus padres: a juzgar por la expresión de sus caras, la respuesta a aquella pregunta no sería afirmativa en mucho tiempo. Pero eso no le hizo daño; había ido allí sin ninguna expectativa, de modo que no estaba decepcionado.

—Pues no lo sé, la verdad —contestó su padre al fin—. Te has convertido en una persona que no me gusta mucho, y no me importa decírtelo a la cara.

—De acuerdo —repuso Adam; tampoco a él le gustaba su padre. Gansey habría respondido con un «agradezco tu sinceridad», y Adam decidió utilizar el poder de su cortesía—. Agradezco tu sinceridad.

La mueca de su padre le indicó que había dejado perfectamente claro lo que sentía.

—Me gustaría que llamaras a veces —dijo su madre—. Que me contaras lo que haces.

Levantó la cara, y la luz que entraba por la ventana dibujó dos cuadrados de luz en los cristales de sus gafas. De pronto, los pensamientos de Adam se deslizaron a través del tiempo mientras su lógica seguía los mismos senderos que usaba su percepción sobrenatural. Se vio a sí mismo llamando a la puerta, y a su madre inmóvil al otro lado. Se vio a sí mismo llamando y a ella de pie en el extremo opuesto del remolque, conteniendo el aliento hasta que él se marchaba. Incluso se vio llamando por teléfono, y a ella sosteniendo el aparato sin contestar. Pero también la vio abriendo un folleto de la universidad que él eligiera; recortando un artículo de periódico con el nombre de él; colocando en la nevera una foto de él con traje elegante y sonrisa ancha.

En algún momento de su vida, su madre se había alejado de él, y no quería volver a acercarse. Solo quería estar al corriente de lo que le pasaba. Pero tampoco aquello le hacía daño. Era algo. Podía verse participando en ello. De hecho, tal vez no pudiera hacer más.

Aún pensativo, dio un golpecito en el armario que tenía al lado y luego se sacó del bolsillo las llaves del coche.

—Lo haré —dijo.

Esperó un momento más para darles la oportunidad de rellenar el vacío, de superar sus expectativas.

No la aprovecharon. Adam había puesto el listón exactamente a la altura que sus padres podían superar.

—No hace falta que me acompañéis al coche —dijo, y ellos le hicieron caso.

En el extremo opuesto de Henrietta, Gansey, Blue y Henry se bajaban de Pig en ese preciso instante. El último en aparecer fue Henry, que, embutido como iba tras el asiento del copiloto, salió a presión. Empujó la puerta y frunció el ceño al ver que no se había cerrado.

—Tienes que dar un portazo —le indicó Gansey.

Henry volvió a empujar la puerta.

—Da un portazo —repitió Gansey.

Henry dio un portazo.

—Tanta violencia… —masculló.

Habían ido allí, a la mitad de ninguna parte, porque Ronan se lo había pedido. Aquella tarde les había dado unas vagas instrucciones; al parecer, les había preparado

una especie de caza del tesoro para buscar el regalo de graduación de Blue. Aunque ella había acabado las clases hacía semanas, y Ronan le había insinuado que tenía un regalo para ella, se había negado a proporcionar más detalles hasta que Gansey y Henry se graduaran también. «Se supone que vais a usarlo juntos», les dijo con aire misterioso. Ellos le habían pedido que asistiera —tanto a la ceremonia de graduación como a la caza del tesoro—, pero él había replicado que los dos lugares estaban llenos de malos recuerdos para él, y que los vería al otro lado.

De modo que ahora caminaban por un sendero en dirección a una espesa hilera de árboles que ocultaba lo que había más allá. Hacía un calor agradable. Decenas de insectos sesteaban en sus camisetas y alrededor de sus tobillos. Gansey sentía que ya había hecho aquello antes, pero no sabía si era cierto o no. Ahora sabía que la sensación de resbalar en el tiempo con la que había convivido tantos años no era una consecuencia de su primera muerte, sino de la segunda; un efecto secundario de los fragmentos sueltos que Cabeswater había ensamblado para volver a darle vida. Los humanos no estaban hechos para experimentar todos los tiempos simultáneamente, pero Gansey tenía que hacerlo de todos modos.

Blue estiró el brazo para agarrarlo de la mano, y los dos balancearon alegremente aquel nudo de dedos. Eran libres, libres, libres. Las clases habían terminado y el verano se extendía ante ellos. Gansey había propuesto a sus padres tomarse un año sabático, y ellos habían accedido; Henry llevaba meses preparando el suyo. Todo encajaba a la perfección, porque Blue llevaba todo el curso planeando recorrer el país al acabar el instituto, sin apenas dinero y con un destino claro: la vida. Todo era mejor en compañía; todo era mejor estando tres. El tres, como decía siempre Persephone, era el número más fuerte.

Al atravesar la hilera de árboles se encontraron en un campo invadido de maleza, de los que tanto abundaban en aquella parte de Virginia. Las matas de hierba de San Pelegrín asomaban ya sobre la hierba; los cardos aún eran menudos y tímidos.

—Ay, Ronan —susurró Gansey.

Ronan no estaba allí para oírlo, pero Gansey acababa de darse cuenta de adónde los había llevado.

El campo estaba lleno de coches. Todos eran casi idénticos. Todos tenían un no sé qué que los hacía extraños. Todos eran Mitsubishis blancos, más o menos. La hierba que crecía a su alrededor y el polen que tapizaba sus cristales daban un aspecto bastante apocalíptico a la escena.

—No quiero llevar ninguno de estos a nuestro gran viaje por las Américas —dijo Henry con desagrado—. Me da igual que sean gratis y me da igual que sean mágicos.

—Estoy de acuerdo —repuso Gansey.

Blue, sin embargo, no se había alterado.

—Ronan me dijo que sabríamos cuál es el nuestro al verlo —afirmó.

—¿Sabías que era un coche? —le preguntó Gansey sorprendido, porque él había sido incapaz de sonsacar nada a Ronan.

—No iba a obedecer sus órdenes sin algo de información previa —contestó Blue.

Los tres caminaron entre la hierba, escuchando a los saltamontes que chirriaban ante ellos. Blue y Henry se esforzaban por comparar los vehículos; Gansey, por su parte, paseaba tranquilamente, notando cómo el aire estival colmaba sus pulmones. Fue aquel errático avance lo que lo llevó hasta el regalo.

—Chicos, lo encontré —dijo.

La diferencia saltaba a la vista: en medio de aquel mar de Mitsubishis nuevos había un viejo Camaro de color naranja rabioso. Era tan evidentemente idéntico a Pig que tenía que haber sido soñado por Ronan.

—Nuestro amigo se cree muy gracioso… —comentó Gansey mientras Blue y Henry se abrían paso hacia él.

Henry se desprendió una garrapata del brazo y la tiró a la maleza para que buscara otro bicho al que picar.

—¿Quiere que los dos viajéis en coches iguales? —se extrañó—. Una idea muy sentimental, para venir de un tipo sin alma.

—Me dijo que, si miraba debajo del capó, vería algo que me encantaría —afirmó Blue.

Rodeó el coche, se detuvo delante de él y toqueteó en busca del resorte que abría el capó. Cuando lo levantó, miró un momento y soltó una carcajada.

Los otros dos se acercaron, y Gansey se echó a reír también. Porque en el hueco del motor de aquel Camaro no había nada: ni motor ni engranajes ni nada. Solo un espacio vacío y alfombrado por la hierba que crecía entre los neumáticos.

—No puede haber un coche más ecológico que este —comentó Gansey, al mismo tiempo que Henry decía:

—¿Pero creéis que funcionará?

Blue empezó a saltar y a dar palmadas; Henry aprovechó para sacarle una foto, y ella estaba tan contenta que ni siquiera le hizo una mueca. Fue corriendo hasta el lado del conductor y se montó. Aunque su cara apenas asomaba sobre el salpicadero, se adivinaba su sonrisa de oreja a oreja. Gansey pensó que a Ronan le habría encantado estar allí, aunque comprendía su ausencia.

Un segundo más tarde, el motor se puso en marcha con un rugido —o, más bien, el coche se puso en marcha con un rugido, porque era imposible saber qué sonaba—. Blue soltó un gritito de pura felicidad.

El año se extendía ante ellos, mágico, enorme y enteramente desconocido.

Era maravilloso.

—¿Podrá estropearse? —preguntó Gansey, gritando para hacerse oír sobre el estruendo del motor inexistente.

Henry se echó a reír.

—Va a ser un viaje estupendo —dijo.

Dependiendo de dónde comenzara el relato, aquella podía ser la historia de este lugar: la larga cadena montañosa que se superponía a un tramo especialmente intenso de la línea ley. Meses atrás, ese lugar había sido Cabeswater: una arboleda poblada de sueños y floreciente de magia. Ahora no era más que un bosque virginiano común, poblado de zarzas y de suaves sicomoros y de robles y de pinos, todos esbeltos por el esfuerzo de crecer entre las rocas.

No es que a Ronan le pareciese un lugar feo, pero no era Cabeswater.

Cerca de él, una niña flaca y con pezuñas trotaba por una pendiente, atravesando alegremente la maleza mientras canturreaba y masticaba con la boca muy abierta. A la niña le interesaba todo lo que veía en el bosque, y se llevaba a la boca todo lo que le interesaba. Adam decía que la niña le recordaba mucho a Ronan. Este había decidido tomárselo como un cumplido.

—¡Opal, deja de hacer el tonto! —exclamó.

La niña escupió un bocado de setas crudas y trotó para ponerse a su altura, pero no se detuvo al llegar; en vez de hacerlo, empezó a retozar en círculos irregulares alrededor de él. Cualquier otra actitud habría podido parecer una muestra de obediencia por su parte, y la niña no estaba dispuesta a parecer obediente en modo alguno.

—¡Kerah! —gritó Sierra desde algún lugar del bosque.

El cuervo siguió graznando hasta que Ronan lo alcanzó. Como Ronan sospechaba, Sierra lo había llamado para mostrarle algo extraño. Apartó la hojarasca de dos patadas y lo vio: un objeto de metal que parecía muy antiguo, como si lo hubieran fabricado siglos atrás. Era una llanta de un Camaro de 1973, idéntica a la que habían encontrado en la línea ley hacía unos meses. Por aquel entonces Ronan había interpretado que, en algún momento del futuro, Gansey y ellos estrellarían el Camaro en su búsqueda de Glendower, y que los erráticos giros del tiempo en la línea ley los llevarían al pasado antes de devolverlos al presente. Al fin y al cabo, en la línea ley todos los tiempos eran el mismo. Más o menos.

Sin embargo, parecía que aún no habían llegado a ese punto. La línea ley contenía aún más aventuras que aguardaban su llegada…

La perspectiva era tan emocionante como terrorífica.

—Buen hallazgo, mocosa —le dijo a Sierra—. Vámonos a casa.

De vuelta en Los Graneros, Ronan pensó en todo lo que le gustaba de Cabeswater y en lo que no le gustaba, y reflexionó sobre las cosas que cambiaría si tuviera que materializarlo ahora. Se planteó qué podría protegerlo mejor ante las amenazas futuras, qué facilitaría su conexión con otros lugares semejantes a lo largo de la línea ley y qué lo convertiría en un reflejo más fiel del propio Ronan.

Luego, procurando mantener en mente todo aquello, se encaramó a un tejado y miró al cielo.

Y entonces, cerró los ojos y empezó a soñar.

AGRADECIMIENTOS

Llevo diez años trabajando en la saga *Raven Boys*, y a lo largo de este tiempo muchas personas me han ayudado de uno u otro modo. Así pues, esta sección será necesaria y terriblemente inadecuada.

En primer lugar, debo dar las gracias a las caballeras Tessa Gratton y Brenna Yovanoff, siempre dispuestas a plantar cara a mis dragones. A Sarah Batista-Pereira, que mató dragones a los que yo ni siquiera vi venir. A Court Stevens, que me ofreció una nueva espada al final de cada jornada.

A mi resplandeciente corte: Laura Rennert, mi apasionada agente, y Barry Eisler, su pareja. David Levithan, mi editor, que me concedió el don más apreciado para cualquier escritor: tiempo. Rachel Coun, Lizette Serrano y Tracy van Straaten, un trío de brujas profesionales de la clarividencia. Becky Amsel, chocolate para siempre.

A mi familia y especialmente a mis padres, que me construyeron un castillo de libros. Y a Erin, que me enseñó a construir armaduras.

A mi amor verdadero: Ed, siento mucho que todo sea siempre una batalla. Lo siento más o menos. Lo siento, pero no demasiado. Mira, tú ya sabías dónde te estabas metiendo cuando sacaste la espada de esa piedra. Siempre agradeceré tenerte a mi lado.



MAGGIE STIEFVATER. Nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor* perteneciente a la serie *Los lobos de Mercy Falls*. También tiene publicadas otras series de libros, *The Raven Cycle* y *A gathering of faerie* todavía no publicada en español.

Notas

[1] Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos. En este caso, la palabra original era

Glyndŵr <<

[2] Palabra original:

Glen Dŵr <<